

EN FAMILIA



LUIS ORREGO LUCO

Luis Orrego Luco

RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO (1886)

EN FAMILIA

== NOVELA ==

EMPRESA "ZIG-ZAG"

Calle Teatinos, núm. 666

Santiago de Chile - 1912

Es propiedad del autor. Queda hecho el depósito que ordena la ley.

CAPITULO I

Como vieja, pocas lo eran tanto como la casa aquella que bien podía figurar entre las más antiguas del barrio de Santo Domingo. La fachada era baja y larga, lo cual le daba cierto aire chato, á pesar de sus dos pisos, de los cuales el superior tenía uno de esos antiguos balcones volados que inspiran su cierto recelo á los viandantes de que puedan caer sobre ellos. El segundo piso, bastante bajo, ostentaba en el centro mojinete triangular, sobre el cual parecieron, en tiempos de antaño, las armas de la familia de Valcarcel, hoy tan decaídas y menoscabadas como la fortuna material de ella. El alero saliente se hallaba sostenido por vigas salientes también, de estilo labreado, que tenían, de trecho en trecho, argollas embutidas, destinadas á sostener, durante las fiestas patrias, los velones de las luminarias. La puerta principal era muy alta, cubierta á trechos de anchos clavos de cobre, y tenía postigo lateral por el cual se traficaba en los días de entre semana. Por allí se penetraba al ancho zaguán, cuyo piso estaba en altos y bajos, todo desnivelado. El corredor, en torno del zaguán, se hallaba pavimentado

con lozas anchas: las ventanas guarnecíanse con rejas salientes de hierro de Vizcaya, de color oscurecido por el transcurso de los años, sobre el cual destacaba su nota clara y simbólica una rama de palma descolorida y amarillenta, recuerdo, sin duda, de algún Domingo de Ramos. Por el amplio patio, empedrado con pequeños cantos del Mapocho, crecían las verdes hierbas silvestres, alimentadas por las lluvias, con aire descuidado y pereñoso. Los corredores eran bajos, y bajas eran, por consiguiente, las ventanas y las puertas, á la par que bastante anchas, dotadas todas ellas de postigos y de vidrios pequeños. Había en toda la tal casa aire de vetustez, de inmovilidad y de profundo reposo de las cosas que fueron y que ya no son—algo de la resignación melancólica en presencia de lo irreparable, el sello de fatalismo que domina á los hombres y á las cosas en ciertos momentos de la vida, cuando comprenden las esterilidades de la lucha en contra de lo inevitable que se impone. Y si se penetraba en el salón, que en esos propios momentos barrían, sentíase un tufillo de cosas viejas, como á rancio, á cuarto encerrado, que surgía con trazas de tumba. La tal casa tenía su psicología, representaba toda una época ya ida, y un orden de cosas ya modificado por las inquietudes de la vida moderna así como por la transformación inevitable de las costumbres y de las cosas.

Pálido sol de otoño iluminaba con suavidades nacaradas el raso del cielo, surcado á trechos por leves copos de algodón de nubes. Un pino de California cortaba en el segundo patio la línea del cielo con su ramaje verde, extendido, en ruedas sucesivas, hasta perderse en lo alto, muy alto, como ligera punta que se hundía en el azul. A lo lejos resonaba el silbido agudo de algún lechero, avisando su llegada.

—“Buena cosa con su flojera, Demofila”, exclamó una voz desde el salón, “¿qué no ha oído que el lechero llama?”

—“¿Cómo quiere que oiga cuando estoy barriendo el salón?” replicó la sirvienta con voz agria, y esa lógica

peculiar en la servidumbre que ni Dios que la entienda.

—“Yo acabaré de barrer”, replicó la joven, saliendo con paso rápido y silencioso—el paso peculiar de las jóvenes hacendosas y activas, que tiene algo de gimnástico.—“Pásame la escoba”. Y no se oyó más ruido que el del rápido barrer de una persona acostumbrada al manejo diario de la casa. Mientras la vieja sirvienta salía con una sopera blanca á recibir la leche, apareció en el hueco de la ventana una joven, de cuerpo esbelto, ceñido por saya negra, y delantal blanco, amarrada la cabeza con paño de manos. Se veía, sin embargo, una linda cabeza,—toda una primavera juvenil y alegre—los ojos grandes y negros, iluminados por fulgor misterioso que unas veces se enciende, otras se apaga, con las alternativas de faro. La luz suave de sus ojos proyectaba dulzura aterciopelada sobre su nariz algo tosca y su cutis un tanto moreno, sirviéndole así como una pantalla en las habitaciones, para bañarla en penumbra que borrara las asperezas. El terciopelo de la mirada se completaba con la exquisita gracia de la sonrisa—pues, siguiendo el curso de la imaginación, si á veces su ceño se fruncía, en ocasiones sonreía su boca de una manera infantil, con alegrías y con intenciones maliciosas. Tenía rostro de madonna italiana, era tanta la armonía plácida del conjunto, el equilibrio tranquilo desprendido de su persona toda—véase que era muchacha reposada y discreta. Al poco rato se subió sobre una silla, comenzando á limpiar los vidrios con paño; al frotar, escuchábase el rumor agudo, que se tornaba en grave, según discurría el paño húmedo sobre el vidrio.

Cuando la sirvienta volvió con la leche, se vió salir á la cocinera con su cesto, camino del mercado. La joven, de un salto, se puso en el zaguán y dió las últimas instrucciones para la compra del día.—“Los zapallos han bajado, no los vaya á traer tan caros como la última vez, Simodosea, trate de conseguir los huevos á veinticinco... que las papas sean grandes y tiernas... escoja bien las alcachofas y el melón... no se olvide de

cómo le agradan á mi tía, que no sea demasiado maduro, y no pague en ningún caso más de cuarenta centavos. Andese ligerito y vuélvase como un temblor, Simodesea”, agregó la joven.

Mientras le hacía las últimas recomendaciones, la acompañaba hasta la puerta, sin dejar de hablarle, y como la sirvienta siguiera andando, elevó la voz para ser oída: “No más de cuarenta por los melones, Simodesea”. La calle tenía el aspecto silencioso de una calle de provincia, á pesar de ser ya las ocho de la mañana. La muchacha dió mirada rápida para ver si pasaba alguna persona conocida y no viendo á nadie, avanzó tranquilamente por la acera, segura de que su indumentaria no sería comentada. La calle de Santo Domingo aparecía callada y limpia, con tono aristocrático, algo vetusto, de casas pasadas de moda, de anchos aleros de la Colonia, amplios zaguanes, espaciosas todas ellas, con extensos patios y cocheras en la calle atravesada. Algún cupé de médico pasaba conduciendo á su dueño al hospital, ó algún coche destartalado, de vuelta de su servicio nocturno. Unos barrenderos limpiaban las calles arrojando nubes de polvo. Al bajar la vista, la joven divisó, caído en el suelo, un billete de Lotería, que reconoció á la distancia, desde lejos; lo recogió con curiosidad y lo guardó en el bolsillo de su delantal volviéndose rápidamente al interior de la casa á cambiar de ropa.

A poco salía vestida de negro, con traje tan sencillo como de buen gusto. El manto ceñía las formas elegantes de su talle como ciñe un guante la mano, dándole aspecto de uno de esos cuerpos de lirio dados por Burn Jones á sus figuras de estilo pre-rafaelita.—Los pies pequeños, arqueados, sutiles se alzaban con curva suave sobre los tacones ingleses—la piel blanca de una pierna delicada se transparentaba por los puntos y calados de la media, y la línea de la cadera tenía la elegancia y pureza de una virgen. No era la virgen frágil, quebradiza, sino la virgen fuerte, vigorosa—pero toda en mirada de luz. Su paso era el andar tranquilo, sin prisa, del que sabe ha-

cer las cosas en su propio momento—dentro de marco metódico y ordenado. Era su sello personal la naturalidad, la falta absoluta de ostentación: no pretendía distinguirse de nadie, ni llamar la atención por ninguna circunstancia de modales ó de traje—y, sin embargo, había en ella, sin saberlo, acaso sin quererlo, sello enteramente peculiar de distinción innata. En su mirada modesta ponía dignidad, en su paso gimnástico algo como una cadencia de raza—vaga reminiscencia acaso de la pavana que bailaron sus abuelos en los salones de la Corte. Era natural en su traje, en su paso, en su saludo, en su mirada, en su sonrisa que no prodigaba.

La silueta esbelta y juvenil se deslizó por la calle hasta la esquina de Claras, doblando en dirección á la iglesia de la Merced. En esos momentos cruzaba por ahí un joven alto y corpulento, de barba negra, no muy bien vestido, de andar un tanto desgarbado. Daba grandes zancadas moviéndose á un lado y á otro, con la barba inclinada hacia el pecho. Bien se echaba de ver, á tiro de honda, que no pertenecía á la sociedad de buen tono, tan cerrada y casi terca entre nosotros. Desde luego, ningún muchacho de los que frecuentan salones se hubiera levantado de madrugada; en seguida, de todo tenía el joven menos aspecto elegante.

No bien la hubo divisado, cuando atravesó la calle. En sus labios se había dibujado súbitamente una sonrisa, quitóse el sombrero de paño suelto que llevaba, y se acercó á ella.

—“Qué madrugadora es usted, Elisa; nadie hubiera creído que se levantara con las gallinas. ¿Cómo puede ir al teatro, á bailes y á conciertos y luego hacer lo de la hormiguita?”

—“No sé qué diría usted si supiera que acabo de barrer yo misma la casa, desde la cocina hasta el salón, y que ahora me voy tranquilamente á misa. Lo hago todos los días. Por eso, por madrugar, estoy ahora con suerte: acabo de encontrarme un boleto de lotería... es el premio seguro”.

—“A ver, cuénteme—replicó el joven—que me interesa”.

—“No, Samuel, ahora no; vaya á casa esta noche y se lo contaré”.

Mientras la niña hablaba, notó Samuel Ortíz cierta vacilación en su mirada, y la adivinó: comprendía que deseaba evitar que la vieran conversando sola, á esa hora, con un joven en la calle. Como era inteligente y observador, sabía que la educación dada á Elisa era enteramente de la antigua escuela, excesivamente reservada, de nuestras madres. Veía en semejante reserva, algo que le molestaba y que le encantaba á un mismo tiempo; si notaba como alejamiento perfectamente claro de su persona, sentía, junto con esto, la delicadeza exquisita de un alma hecha toda de pudor, valiente para la vida y tímida ante la fragilidad de cristal de su reputación. Se sintió encantado en presencia de ese gesto tan sencillo de pudorosa reserva—era que como muchacho pobre y provinciano desconocido, sólo había tenido amistades un tanto vulgares, ó se había rozado con mujeres de especie equívoca, llegando á formarse, como algunos personajes de medio pelo, la extravagante opinión de que las damas de la alta sociedad eran de modales un tanto ligeros, y, cuando casadas, bastante libres. Y veía sociedad bastante diversa de lo que él imaginaba. En Elisa, cada gesto, cada actitud, cada palabra eran la expresión de una extremada reserva, de modo de ser sencillo, de pensamiento casto, de vida pura: no poseía una de esas ridículas virtudes que se defienden antes que nadie las ataque, en vanos alardes de pudor fingido, sino alma de bondad natural que fluía sin esfuerzo de su educación, del medio, de la raza, del temple natural que Dios le había dado.

Y después de quitarse el sombrero, cuando Elisa le despidió con un afectuoso “Adiós, Samuel”, que dió á su nombre vulgar entonación desconocida para él. al marcharse en dirección al hospital de San Vicente, se fué meditando, meditando suavemente, en atmósfera

de ensueño desconocida, pues era tan esencialmente práctico y tan naturalmente pesimista. Lo que más le había agradado en su conversación con Elisa era una frase muy sencilla que acababa de oírle: “había barrido la casa entera, desde el salón hasta la cocina”. Así le gustaban las mujeres á él: creía que las niñas de sociedad no sabían sino bailar un vals elegantemente; acaso por eso las miraba con desconfianza—pero Elisa no le tenía miedo á la escoba.

Samuel Ortiz atravesó el río por ancho puente con arcos de hierro, cerca de la “Cancha de Gallos”; junto á él pasaba en ese instante un acompañamiento, al cual no prestó atención alguna. Los muertos le tenían sin cuidado, había vivido tanto entre ellos, en la vieja Escuela de Medicina, que ya los colocaba entre esos conocidos á los cuales estamos acostumbrados, tratándolos sin etiqueta alguna. Y mientras desfilaba el carro fúnebre, con sus caballos empenachados de negro, y tras él largo y pomposo cortejo con rumor como de pesada artillería—lento, fúnebre, de esos que nos hacen meditar á pesar nuestro de las cosas de la muerte,—iba Samuel Ortiz, sumido en honda y risueña meditación.

Cada vez que la veía, le pasaba igual cosa, despertaba en él algo alegre y risueño, nota de simpatía, como de reconciliación con las cosas de la vida,—un suspiro de alivio, como el que involuntariamente se desliza en pos de alguna pesadilla, y murmuraba, entre sí—“es una buena muchacha”.

No era que se sintiese enamorado ni cosa que lo valga, no, sino que se reconciliaba con la vida cuando se encontraba con personas de alma sana y pura, esforzadas para luchar en contra de las adversidades, de la pobreza ó de cualquiera de los quebrantos de la vida; sentía entonces que su pesimismo bajaba algunos quilates y acaso, acaso se encontraba mejor, más ágil de cuerpo y de alma. Mientras recibía saludos de algunos de los acompañantes, desde los carruajes que pasaban, se puso á recordar involuntariamente la historia de su entrada á

casa de la familia de Elisa Orbegoso y García, una de las más antiguas y encopetadas de Santiago, de estiramiento y de orgullo proverbiales. Aquello había sucedido el año anterior, en época de vacaciones, durante día de fortísimo calor en que renegaba Ortiz contra su suerte, veraneando en su modesta casita de la calle de Loreto, y sintiendo no poder hacerlo en Viña del Mar por falta de numerario, ó de vil metal, como se quiera. Golpes dados á la puerta en forma repetida é imperiosa vinieron á sacarle de su quietud. Allí se encontró con un señor de edad madura, pero de buen parecer y sumo cuidado y esmero en su persona, que bajaba de carruaje bien puesto, mientras el lacayo seguía golpeando: era don Hernando García. Acababa de llegar del fundo "Timaulco", en busca de médico. La familia estaba sumamente alarmada con el accidente que por poco mata al joven Juan Orbegoso. Una recia caída del caballo casi dá cuenta de él: creyeron todos al principio que el asunto era mortal, viéndole sin conocimiento por espacio de varias horas. Don Hernando, que veraneaba en el fundo, se comidió para ir á Santiago inmediatamente en busca de facultativo; contaba sin la huésped, es decir, que en esa época del año los médicos emigran en busca de aire, como los demás mortales, y se halló con que todas las celebridades estaban fuera. En el Club se encontró, por casualidad, con Javier Rosales, que le recomendó un médico todavía desconocido, pero de no poco acierto en sus diagnósticos:—"Es un peine, hijito, le expresó, pues así cura una pulmonía infecciosa como un cólico miserere; figúrate que cuando el banquete del Ministro inglés, él me sanó del ataque al hígado que tuve". Era sabido que el sistema de Rosales para fijar fechas consistía en la época de sus enfermedades. Esto de que el doctor Ortiz hubiera curado á Rosales de un ataque al hígado, acalló los escrúpulos de García: no sería tan "pichiruche" el tal médico si Rosales, personaje tan conocido y de moda le consultaba. Así discurrió, y sin pararse á considerar que podía existir alguna diferencia entre curar un ataque

al hígado y tratar una caída de caballo con posible fractura de pierna ó brazo, se plantó en casa de Ortíz. Pocas horas más tarde, ambos se encontraban en las casas del fundo "Timaulco" propiedad de doña Encarnación García del Valle de Sanders. Al principio, notó el buen doctor —que no tenía un pelo de tonto— cómo le recibían con cierta desconfianza, de médico desconocido y dudoso; mas, luego que hubo examinado al paciente con detención, la simple expresión de su sonrisa bastó para ejercer sobre ellos la sugestión indispensable que constituye, acaso, la parte más importante de la ciencia ó el arte médico. Se trataba de una fractura sencilla de la pierna izquierda, sin complicaciones de ningún género. La fiebre que aquejaba al enfermo pasaría en breve, para lo cual despachó inmediatamente las recetas del caso. El joven Obergoso permaneció cerca de un mes con la pierna en yeso, y temor horrible de quedar cojo para todos los días de su vida, lo que hacía sonreír á Ortíz. La fiebre pasó, se alivió lentamente el enfermo, y creció con esto el prestigio del nuevo facultativo, á quien se consultaba para todo, hasta para las enfermedades de los loros de doña Micaela, hermana de la dueña de casa.

El doctor no contempló, como de ordinario, el hermoso paisaje de la cordillera y del río que descende allá lejos, saliendo de un semi-círculo de árboles, del lado del Seminario Conciliar. Continuaba embebido en sus recuerdos: "sí, aquellos días habían sido felices, y un nuevo mundo se había presentado ante sus ojos." Escéptico, pesimista, lleno de prevenciones para con las clases elevadas de nuestra sociedad, las creía llenas de corrupción, contaminadas por vanidad terrible, por amor desatentado al dinero, por inmoralidad subterránea: la religión le parecía máscara hipócrita, encubridora de vicios; el patriotismo de aquella gente, un engaño, la pureza misma de aquellas niñas, mistificación — sólo eran apetito de lujo, ansia de goce, deseos de vida libre. Y luego, en las intimidades de aquella familia, había descubierto su inmenso error,

lo vacío de sus prevenciones, lo extravagante y fantástico de sus ideas—todo aquello entraba en la categoría del famoso subterráneo de los Jesuitas que jamás había existido. Como hombre inteligente que era, Samuel Ortiz se había dado cuenta cabal del carácter de la familia en la cual se encontraba, de repente, en la más estrecha intimidad, mientras atendía su enfermo. El dueño de casa, don Evaristo Sanders, no contaba para nada, á pesar de que era el dueño de la fortuna, si bien el fundo en que se hallaban era de propiedad de su mujer; ésta, en cambio, tenía carácter imperioso y apasionado, ante el cual debían doblegarse todas las voluntades que la rodeaban. Doña Encarnación García del Valle de Sanders figuraba en primera línea en la sociedad tradicional de la vieja Santiago, era presidenta de varias sociedades de socorros á los pobres, organizaba *kermesses*, y daba grandes bailes en los cuales solía echar la casa por la ventana; á ellos concurría lo más selecto de Santiago, sin que faltara ninguna de las personas de tono ó de caudales. Su fortuna considerable, le permitía darse todo género de lujos y satisfacer cuantas vanidades hallan cabida en cerebro femenino—pero no hacía siempre uso de semejante facultad, pues era la más extraña mezcla de generosidad y de miseria. Debatía enérgicamente el gasto de la suma insignificante que se empleaba en cualquiera de los detalles de la casa en la vida diaria, y con esto, no vacilaba en gastar, cuando menos se pensaba, suma considerable en adquirir una pareja de caballos de raza, teniéndolos de considerable valor y belleza; peleaba con el cochero porque gastaba demasiado en aceite para el coche ó en ántes ó en esponjas; negaba fianza á su sobrino; suprimía la suscripción á un periódico; y arrendaba casa; alguna de las muchas que poseía, casi de balde, á una persona cualquiera que le hubiera caído en gracia. Muy aseada, tomaba todas las mañanas baño frío y asistía puntualmente á misa de ocho, “para mantener en su punto la salud del cuerpo y la del

alma", según decía. Nunca fué bonita, más en sus mocedades debió de ser graciosa, de lo cual solía dar en ocasiones muestras con cierta ironía contundente y feroz, contra la cual nadie podía defenderse, dada la posición que ocupaba en la casa.

Todo giraba en torno de ella, por decirlo así, pues su hermana Magdalena, madre de Elisa, había perdido la fortuna en malos negocios de su marido Santos. Las hermanas vivían en común, en la antigua casa de familia—indivisa todavía—; entre ellas, doña Juliana mujer sumamente beata, que pasaba la vida preocupada en cosas de iglesia, y doña Micaela, solterona como la anterior, muy dada á los animales, pues vivía rodeada de perritos falderos, de gatos y de loros que habían llegado á constituir un verdadero jardín zoológico. Los habitantes de la casa solariega formaban verdadera tribu, en la cual descollaba la figura respetable de don Santos Obergoso, padre de Elisa, con su cabellera cana; Juan, el mayor de los hermanos de ésta, era un tunante de genio alegre y deschavetado, regalón de doña Magdalena, su madre, que vivía ocultando sus travesuras y disparates. Dos niños, de siete y doce años, llenaban la casa con su bulla y con sus diabluras; respondían á los respetables sobrenombres de Micha y Caco.

El doctor comprendió desde el instante de su llegada cuál era la verdadera situación de familia; supo que el astro principal era doña Encarnación, en torno de la cual giraban sus hermanas Magdalena, casada con don Justo; doña Micaela y doña Juliana; su sobrina Elisa, que era la regalona de doña Encarnación; Juan, el tino incorregible, y los chicos. Don Evaristo Sanders, marido de la señora Encarnación, era hombre excelente, débil de carácter, de ánimo alegre, espontáneo, franco, á pesar de su corteza, en apariencia seca, de cáscara amarga y de carne dulce. Don Santos ocupaba en la casa un lugar especial, considerado de todos y muy respetado de doña Encarnación.

Recordaba el doctor perfectamente los incidentes del

día de su llegada, el examen del enfermo, la ansiedad de la madre de Elisa, el júbilo con que recibieron su diagnóstico tranquilizador, y luego, la primera noche que se había sentado á la mesa, penetrando en aquella vida de familia, en una forma de intimidad que no habían conocido los íntimos de la casa. El vasto comedor se hallaba iluminado con luz eléctrica, y sus reflejos brillaban sobre el parquet. Había lujosos y antiguos muebles de caoba, muchas flores, en grandes vasos; grandes y pesados candelabros de plaqué antiguo, grabados finos en las paredes. Un bow-window, daba la más hermosa vista sobre el jardín, en el cual grandes nísperos proyectaban sombras verdosas, en tanto que unos grupos de magnolios arrojaban bocanadas de perfume penetrante de sus grandes flores que abrían sus inmensos cálices blancos en la verdura de cera de sus hojas. Cuando se hubieron sentado á la mesa, le pareció á Ortíz que se hallaba en un convento, de tal manera le sobrecogía la sencillez monacal de las costumbres, la falta absoluta de afectación, la ausencia de vanidad y de exhibicionismo á que vienen acostumbrándose los tipos transplantados de "rastacueros" que suelen importarnos las falsas imitaciones de París. No bajarían de veinte los que se sentaban á la mesa, entre ellos el cura del pueblo, y el jefe de Estación, ambas personas modestas, á quienes se trataba con vieja cortesía castellana, ofreciéndoles los primeros platos, y los mejores trozos. Y se notaba en todo, en el tono de las conversaciones, en la actitud de los invitados, en el aspecto general de la mesa, en la familiaridad patriarcal que allí reinaba, en las bromas, en la traza de los que allí se sentaban, en la manera de circular de los sirvientes antiguos, en el servicio silencioso y puntual, en el buen tono distinguido, que allí habitaba raza de antiguos y rancios hidalgos españoles, sin falsas mezclas, ni adulteraciones de conveniencias por matrimonios ventajosos. Todo allí era sencillo, sin humos, sin vanidades, sin farsas, sin pretensiones; más, en el fondo, sintió el doctor Ortíz,

como nunca había sentido, el respeto de las viejas tradiciones que se imponían, el sentido respetuoso de las distancias — de seguro que allí no hubiera arriesgado Samuel ninguna de las bromas que gastaba en la casa de pensionistas en donde había transcurrido su juventud estudiosa, ni en las aulas de la Escuela de Medicina entre sus joviales compañeros. Se hablaba poco, se comentaba con tranquilidad los acontecimientos que referían los diarios, en tono apacible, sin exageraciones, sin elevar la voz, sin recargar los tonos—y en aquella familia religiosa, reinaba un tono de aparente escepticismo, de despego, para tratar de las cosas ordinarias de la vida; se hablaba de la fortuna con ligereza de buen gusto, como haciendo notar que para ellos no era lo más importante, y se mencionaba las grandes familias del terruño con el aire familiar de quien conoce el fondo de las cosas, así como había oído hablar á los actores unos de otros, pero con cierta leve é imperceptible ironía vetada. Samuel Ortiz se permitió dirigir broma de dudoso gusto al modesto cura de aldea; bastó, en ese instante, la mirada un poco fría de don Justo, y leve silencio en la mesa, sin que nadie le replicara, para que el médico sintiera la extensión de su plancha, que rompía con el tono y con las ideas de la casa—de aquí tuvo una confusión suma que le mantuvo callado el resto de la comida.—Entonces fué cuando Elisa le dirigió la palabra por primera vez: había comprendido su situación embarazada y quería sacarle de ella—era el movimiento espontáneo de un alma inteligente y noble.—“¿Tiene usted familia?”—había preguntado con interés.—“Sí, señorita; una hermana que vive con mi madre, en el sur; somos de Linares.”—“¿Pero Ud. vive en Santiago?”—“Sí, allá vivo, desde hace algunos años, en que vine á estudiar medicina.”—“Me parece que debe ser triste la vida de estudiante lejos de los suyos”, agregó Elisa; “son como pájaros fuera del nido”.—“Así no más es; uno vive como desterrado. Por eso no es raro que á mí nadie me conozca; además, soy de familia

modesta, mi padre era jefe de Estación en la frontera”, respondió el joven. Don Justo le miró atentamente, como hasta entonces no le había mirado, y dijo á media voz á don Evaristo: “Este muchacho irá lejos; no es vulgar”.

Luego, después de comer, recordaba los paseos por los corredores, donde los pasos resonaban sonoros; la yedra trepaba por los altos pilares, formando como un manto de verde sombrío al cual se mezclaban las rosas trepadoras, picando las manchas blancas de la cortina verde, y su perfume subía en oleadas, mientras la campana, allá abajo, en el pueblo, tintineaba una melodía larga, suave, melancólica. En la vieja casa de aspecto señorial se respiraba la paz de los campos, la vida sencilla y tranquila; el rumor de los grillos, á lo lejos, y el sonido metálico de unas espuelas se unían á ladrido de perros, lejano, muy lejano. El mayordomo se presentó á don Evaristo Sanders, que le recibió con saludo paternal:—“Buenas tardes, Eusebio, ¿se mejoró tu chiquilla?”—“Un poco má aliviá, patrón, á Dios gracias. . . los remedios que le llevó misiá Elisita le han güelto el alma al cuerpo. . . que nuestro señor se lo pague. . . ende no, se despacha, no más”.

Ortíz comenzaba á comprender las relaciones del inquilinaje con los propietarios, que nada tienen de tiránicos, sino de familiares y afectuosos las más veces; don Evaristo ayudaba á los suyos, les prestaba dinero, les daba medicinas en sus enfermedades y Elisa, en persona, les atendía, visitaba á las mujeres, les hacía ropa á los niños, llevaba limosnas y consuelos. Pero, la jerarquía se mantenía sólida con sus distancias naturales—como los antiguos tiempos del feudalismo—distancias establecidas por la diferencia de educación, de medio, de cultura, de hábitos; era la misma que mediaba entre “Vinaigre”, el viejo choco que acompañaba á Eusebio, y “Castor” y “Polux”, los hermosos y grandes perros daneses de la casa solariega.

Al día siguiente, que era Domingo, se abrió la capi-

lla del fundo, llegaron numerosos huasos con mantas de vistosos colores y grandes espuelas, ataron sus caballos á la vara del frente, junto á las casas de la administración y penetraron, lentamente, á la sala blanqueada que se llenaba de pueblo; el altar estaba cubierto de flores y de luces. Una suave armonía de órgano, se dilataba sonora y lenta mientras decían misa; las mujeres arrebujaadas en sus mantos, formaban un grupo negro, en el fondo, y los hombres, cerca de la puerta, inclinaban las cabezas de frente estrecha y tupida cabellera con recogimiento. Las caras tostadas tenían mucho de araucano y fiero, de expresión adusta y de fe sincera y arraigada. La familia estaba al pie del altar, cerca del cual se arrodillaban las señoras en sus reclinatorios. Ortíz que era radical y libre-pensador, comprendía sin embargo la fuerte ligadura, la trabazón entre el pueblo y las altas clases sociales, por el sentimiento religioso, entre la fortuna y el brazo—era una serie de ideas que por primera vez le penetraba de manera objetiva y plástica, por decirlo así. Al mismo tiempo, con su inteligencia rápida y comprensiva, se daba cuenta cabal del sentimiento que á cada uno animaba; en las mujeres como doña Encarnación y doña Magdalena, era la fe parte integrante de la educación, algo inherente á la extirpe, resabio aristocrático; en doña Juliana, una de las solteronas, era más que la vida, el fin que la justificaba, el ensueño, un arrobamiento; en Elisa, una expansión de su belleza moral, una suavidad, algo que la embellecía con los tonos de las vírgenes y que, junto al órgano que tocaba, le daba parecido con Santa Cecilia. En don Evaristo, el sentimiento religioso tenía aspecto de hábito inconsciente, de actitud moral heredada de sus padres—rezaba porque los había visto rezar y se lo habían enseñado. En cambio, don Justo era otra cosa: en él se veía el resultado de convicción profunda, de fe que echaba raíces en lo más hondo de su sér, que era superior á los accidentes de su vida.—las palabras del Evangelio se extendían como red sobre

sus actos, los informaban, caían como santa lluvia sobre él, dando á su naturaleza íntima temple formidable.

Recordaba el médico su impresión al despertar á la mañana siguiente, cuando clareaba el alba en las rendijas de la puerta; el piar de las diucas; los golpes menuditos de los pájaros que andaban á saltos por los corredores, y su canto apacible; luego, abierta la ventana, soplo de aire fresco y olor á hierbas de campo; el mujir de las vacas en los corrales de la lechería. A lo lejos, por el camino polvoriento, caminaba lentamente una mujer á pie descalzo, al aire la falda de percal listado, cubierta la cabeza con rebozo de lana roja, el pelo desgredado—entonaba la canción, después tan conocida, de “Adiós que me voy llorando y te dejo”. Sintióse el galope de un caballo que se acercaba y se alejaba luego, y junto con esto, los mil ruidos del despertar de una casa que se pone en movimiento.

Fuera, le salió al encuentro, en el corredor, don Justo, saludando afablemente: “Espero haya pasado buena noche, doctor, y no haya extrañado la cama.”—He dormido como un padre provincial; ahora, vamos á ver al enfermo.”—“Está desasosegado, creo que tiene un poco de fiebre.” En seguida, mientras tomaba el pulso á Juan, notó que el caballero le dirigía una mirada honda, incisiva. Elisa penetró á la pieza con un pocillo de medicina:—“¿Cómo lo encuentra, doctor?”—“No tengan ustedes cuidado, no hay motivos de alarma.” Sabía sugestionar; llevaba la calma con su aspecto serio y tranquilo, y hasta su traza modesta de médico pobre le hacía simpático. Ortíz no se tomaba otro lugar que el que quisieran darle, se ponía mentalmente entre el cura y el jefe de estación.

El golpe recibido por Juan había sido recio, la convalecencia larga,—señalada por sentimiento de alivio dilatado por sus miembros, hasta desprender la cabeza. Al principio le dolía el cuerpo entero, como si se la hubieran quebrado; ahora, una sangre nueva, cargada de substancias, vivificaba los tejidos alimentán-

dolos con su ola tibia y rápida. La piel se coloreaba, recomponiéndose; funcionaba regularmente la cavidad cerebral; los nervios producían sensaciones claras y netas. A la fiebre de los primeros días sucedió tranquilidad apacible, el deseo intenso de vivir y de sentirse vivir. A la modorra seguía sentimiento de alegre bienestar. Ahora se complacía en charlar, en charlar mucho, con el doctor Ortíz á quien eligió luego Juan como confidente, pues pertenecía á ese género de hombres que no pueden permanecer largo espacio sin auditorio. Era Juan Orbegoso muchacho de hermosísima figura, los ojos zarcos, de mirar intenso y suave, nariz aguileña y fina boca bien modelada, barba nazarena, rostro delgado, un tanto flaco. Vivía en un círculo de grandes tunos y figuraba entre los calaveras titulados de Santiago, lo cual le daba no poco prestigio entre las mujeres.

Por aquellos tiempos florecía en la capital chilena un tipo curioso, el "tipo de portal", así llamado porque vivía y penaba en el centro de la ciudad, en la parte comprendida en los portales de Matte y Fernández Concha. Pasaban esos muchachos una parte de la vida en los cafés, tomando copas ó jugando al billar, en el cual eran eximios, ó bien dados al arte del dominó—de donde tomó su nombre el círculo de que formaba Juan: "la Sociedad del Dominó." Habían llegado á ser temidos de la policía por sus barbaridades—tenían fiestas, acompañadas de grandes remoliendas en las cuales se bebía por espacio de dos ó tres días y se bailaba en compañía *non sancta*—aquello solía concluir con desórdenes monumentales en los cuales no siempre salía bien parada la policía que se atrevía á meterse con aquellos bárbaros—Javier Aldana—uno de los íntimos de Juan—había formado colección completa de sables de "Pacos" como se llamaba en aquellos tiempos á los policías: Julio Rosales, otro de los "dominós", guardaba preciosamente su colección de gorras de guardianes municipales, conquistadas en el campo de batalla, como trofeos de guerra. Era una juventud de buen humor que

se divertía locamente, que botaba el dinero sin contarle, y amaba y cantaba y reía y hacía todo género de disparates, pero siempre con traza de caballeros. Algunos tocaban la guitarra, otros eran poetas; había un capitán de artillería que después fué general y se distinguió en los campos de batalla; otros fueron Ministros y Senadores, otros se casaron, llegaron á millonarios y acabaron arruinados. Los primos de Aldana figuraban entre las primeras fortunas del país y su nombre gozaba de considerable prestigio.

“A pesar de que soy de los Aldana pobres, aprovecho, solía decir este; exploto siquiera la marca de fábrica.”

En este medio alegre, bullicioso, despreocupado y sin escrúpulos, en existencia agitada y loca, sin grande afición al trabajo, ni maneras de ganarse la vida, transcurrían los días y las noches,—principalmente las noches—de Juanito. Algunos de sus amigos se habían propuesto como fin principal el matrimonio con muchacha rica, para reponer un tanto el desorden natural de sus finanzas dado el género de vida que llevaban—los tales eran un poco más recatados para sus tunanterías. Otros miraban con tranquilidad el porvenir, seguros de sí mismos, como si llevaran en su mochila el bastón de Mariscal de Francia de los soldados de Napoleón. Los había que eran empleados públicos en oficinas secundarias, otros tenían rentas propias, ó administraban fondos de sus padres.

Un signo masónico les era común; todos se hallaban acribillados de deudas. Uno de los chicos Rosales, de gran familia, tenía que dar largo rodeo por la calle de Huérfanos, para evitar el paso por cierta sastrería donde tenían la extraña idea de cobrarle judicialmente una cuenta de mil quinientos pesos de ropa que no pensaba pagar, por cierto. Con tal motivo, otro de sus amigos le había compuesto los siguientes versos, que fueron enviados al sastre insolente, junto con la cuenta sin cancelar:

“El que la hace la paga
por Belcebú
me hiciste la levita?
Págala tú...”

No debió parecer muy graciosa la ocurrencia al sastre, sin duda, pues inició el juicio ejecutivo en contra de la víctima. En mala hora tuvo semejante idea; los jóvenes le volvieron loco. Pepita Albareda, pariente de Julio Rosales, le ofreció vengarle; había sabido que uno de los cortadores de la casa era de aspecto físico bastante menguado, jorobado casi, por lo cual le llamaban las costureras el “Zapo”. La muchacha que era de buena sociedad y muy viva, tuvo la idea diabólica de publicar en “El Chileno” un aviso en que se anunciaba la exhibición de un fenómeno: nada menos que “un zapo que cose con aguja”. Al día siguiente comenzó verdadera romería en torno de la tienda. El dueño y los dependientes, armados de sus varas, no daban para la defensa, una poblada deseaba divisar siquiera, el fenómeno. Los estudiantes iban en tono maleante, más no faltaban personas de buena fe que, con toda ingenuidad, preguntaran por el caso tan raro de habilidad que allí se mostraba, ofreciendo las más fuertes sumas por verlo, con lo cual subía de punto la indignación del sastre y la alegría de los “Dominós” que presenciaban la escena desde la acera del frente, dispuestos á presentarse al menor asomo de combate. Su coro de carcajadas hubieran trastornado el seso al más sólido de molle-
ra. Ellos afirmaron, aún cuando con pocos visos de verdad, que el sastre se había vuelto loco.

Eran considerados esos muchachos como los más terribles calaveras de Santiago; todo era nombrarlos, y las madres se hacían cruces. Gozaban, con todo, de innegable prestigio en la sociedad juvenil, atendidas sus condiciones de simpatía, de valor, de generosidad—por otra parte, casi todos ellos pertenecían á la mejores familias y de reconocidos abolengos.

De ahí á poco, Juan se familiarizó con el doctor.—“Ola, querido amigo, le decía al recibirle, saque usted la lengua. . . ¿qué tal noche? Ahora es á mí á quien corresponde curar á usted, le daré whisky.” “Y luego, dirigiéndose á Elisa, agregaba: “Vete fuera, lejos, pues nada quiero con el sexo femenino, que causa nuestra perdición en este mundo. Sansón fué entregado por Dalila; yo nada extrañaría que el doctor Ortíz se viera seducido por esta mujer peligrosa, olvidándose de lo que dice el poeta: “que la mujer es páfida como la onda.” No hay que hacer caso, doctor, de las tentaciones; deje usted que esta señora se adorne con las elegancias corruptoras de ese que llaman el bello sexo—no la mire usted—recuerde que todas las mujeres quieren solamente casarse.”

—“Lo que debe hacer, doctor, replicaba Elisa, es llevarse este hombre á la Casa de Orates; todos ganaremos y la casa quedará en paz. Créame que no hay hombre más insoportable sobre la faz de la tierra. Usted que es persona seria, no debería tolerarle tanto disparate.”

—“Fíjese como le adula á usted la desgraciada, doctor; le llama persona “seria.” Aunque si bien se mira, no deja de ser ofensa gratuita é injustificada. Así como se dice de una mujer que es muy buena, cuando es tonta y fea, no pudiendo alabarla de otro modo, así se dice de un hombre que es “serio” cuando no tiene cosa que valga la pena de mencionarse. Ella cree alabarle y le ofende—bienaventurados los pobres de espíritu.”

Juan decía disparates, hacía dibujos, arte en el cual era eximio, y componía versos que Ito García llamaba “las Versas de Juan Orbegoso”—poesías dedicadas á las numerosas amadas del poeta. En los tales versos se lloraba los desdenes de la bella, se hablaba de suicidio, de noches de luna, de amores fatales, de puñaladas en la sombra, y de cuando en cuando aparecía alguna reminiscencia de Campoamor ó de Núñez de Arce, más ó menos disfrazada. Había cobrado cariño al médico, á

quien hacía sus confidencias amorosas: en realidad era de los hombres favorecidos por las mujeres—merced á su simpatía, á su figura, á su trato tan original. Pero sus aventuras eran todas del género semi-mundano, entre mujeres fáciles.

El doctor había pasado en el campo, días inolvidables. Cuando creyó á Juan fuera de peligro, quiso irse, pero le retuvieron con delicado cariño; el médico se había convertido en amigo de la casa, en compañero de las horas interminables de campo en que no se sabe qué hacer por matar el tedio. En la casa se gozaba de libertad absoluta; los unos se acostaban á dormir la siesta, los otros jugaban al rocambor; el de acá leía, el de más allá charlaba. En uno de los extremos del parque había cancha de tennis, en donde jugaban Elisa y algunas de las vecinas de fundos colindantes que se aparecían frecuentemente de visita. Por la tarde se formaban alegres cabalgatas, y todos partían á paseo, en el break ó en victoria las señoras y niños, los demás á caballo. Eran galopadas locas en las cuales saltaban tapias y cercas como en un Steeple-chasse. Recordaba el doctor un incidente que le había ocurrido en cierta ocasión en que se le cargó al freno su caballo, como que no era muy diestro dada su vida sedentaria. Después de correr por caminos desconocidos que se bifurcaban, fué á dar á parajes en los cuales no había estado jamás. La noche caía y luego, en aquel continuo galopar en la sombra, Ortíz llegó al estero, á un lugar que según más tarde supo, llamaban "el paso del Molino." Ignorante del peligro, y sin más trámite, picó espuelas al caballo y se lanzó á la corriente. A los pocos pasos el animal se hundió en el agua y se puso á nadar—en aquella parte no había vado alguno.

Al frente corría el río caudaloso como brazo de mar; sólomente salía del agua la cabeza del caballo que nadaba infatigable. Ortíz aflojó la rienda y se entregó enteramente al instinto de su bestia. Después de esfuerzos desesperados, llegaron á la orilla opuesta, en donde había una isla, pero no era posible abordar la tierra pues

en aquella parte se daba en barranca. Por fin, sin saber cómo, el animal puso pié en tierra en la única parte abordable. Eran como las nueve de la noche—de una noche oscura como boca de lobo; el caballo se movía con dificultad entre los matorrales de palqui y los totorales de la orilla—más allá se extendía un bosque de peumos, de pataguas y de boldos. No habían caminos en aquella parte, en la cual, para poderse mover, tenía que apearse frecuentemente. El cielo cubierto de nubes que velaban las estrellas, parecía de tinta, en la cual se destacaban sombras sobre sombras, que tales parecían los árboles.

De repente resonó un grito en las lejanías: era que buscaban al doctor, notando que se había extraviado; los gritos se aproximaron—Ortíz los contestó, y pudo luego divisar unas antorchas desde la orilla opuesta, y, la gente que cruzaba el río por el vado, hasta dar con él. En cuanto supieron el punto por el cual había atravesado el río se hicieron cruces; casualmente por allí se habían ahogado unas yuntas de bueyes en días pasados. Era manifiesta la protección divina.—“Las animas del Purgatorio lo salvaron, patroncito”, decía el capataz que le halló: “Ven haiga con el peligro grande que ha corrido su mercé—es milagro”—“Milagro”—repetían los demás huasos, con profunda convicción. El cuerpo del doctor parecía regadera, por el agua que estilaba; la noche era siniestra, las luces brillaban en la sombra y todavía resonaban á lo lejos las voces de algunos inquilinos que buscaban al doctor, creyéndolo perdido. “Milagro—es la Virgen Santísima.”

Toda una honda psicología del pueblo le penetraba á pesar suyo, en aquellas horas de excitación nerviosa; luego había galopado terriblemente para llegar á las casas. Le esperaban, en el corredor. Los chicos Micha y Caco, hermanos de Juan, recibieronle con alborozo y gritos, temerosos de algún accidente serio; se le colgaron de los brazos y no querían soltarle. Como había pasado la hora de la comida le aguardaban con cena. En

todo pudo notar el sincero afecto que le habían cobrado en aquella casa patriarcal, donde al recién llegado de ayer se le miraba como amigo de la vida entera. Era la hospitalidad antigua, ofrecida generosamente.

Pero los recuerdos que no podrían borrarse en el ánimo de Ortíz eran los que se relacionaban con Elisa; en ella había conocido, por primera vez, el verdadero tipo de la gran dama en ciernes, de la joven bella y pura, de refinado sentimiento, fina en sus maneras, elegante en sus movimientos y en sus actitudes, con algo á la vez tan dúctil y tan frágil que le hacía pensar en los seres de elección que suelen cruzar por lienzos de pintores ó por versos de poetas. Diríase que fuego leve, algo como una chispa, animaba sus razgos con el brillo interior de lámpara de porcelana — mostrábase fugaz é inquietante, con la tez color pálido-mate y luz en la pupila de oro verdoso. Los rizos caían ensortijados sobre su frente como velo negro sobre una porcelana japonesa.

Y su voz tenía entonaciones musicales para decir á su hermano: —“Juan, si no fueras tan loco habría peleado contigo hace ya mucho tiempo; si te contentaras con decir barbaridades, menos mal, pero por desgracia también las haces, y estoy segura que el caballo que te arrojó al suelo era más juicioso que tú ó tenía menos paciencia que yo.”

Ortíz la escuchaba sonriendo, sentía el placer inefable que emana de la gracia en la mujer—de la gracia sugerida no tanto por lo que se dice como por la manera de decirlo. Luego, mirando á su interior propio, experimentaba la singular sorpresa que nos sobrecoje cuando tomamos conciencia de la inestabilidad del yo; ayer, no más, era un Samuel tranquilo, dueño de sí mismo, apacible, y fuerte, en tanto que ahora, sentía un ser diverso, sin energía, sin seguridad, sin serenidad, él, que había sido siempre pesimista por convicción, seguro siempre de sí mismo en sus negaciones absolutas. Hasta entonces se burlaba de la capa de poesía romántica en

la cual envolvemos á menudo las realidades de la vida, para embellecerla... El amor era una simple atracción de temperamentos, el secreto instinto de la especie, la selección que opera sin conocimiento nuestro... la honradez un acto de utilitarismo social... el matrimonio una institución de fundamento social y político, nada más; la amistad, quimera—la virtud, convención que variaba con las latitudes—y ahora se sorprendía dudando de sus antiguas convicciones, sintiendo dentro de sí algo nuevo y desconocido, un ser diferente, más débil, más humano, más soñador.

No era que se hubiese enamorado de Elisa, así, de golpe y zumbido, bien lo comprendía; pero su evolución comenzaba á ser un hecho perceptible para él. Jamás hubiera osado poner sus miradas en la hermosa joven; parecía algo inaccesible, tan lejano, como si le hubieran propuesto la Presidencia de la República. La misma imposibilidad del hecho, le retraía de concebirlo en la esfera ordinaria de las cosas corrientes, y como tenía profundo sentido de lo real no se engolfaba jamás en lo que no debía, y los sueños eran para él algo despreciable propio de seres débiles.

Instintivamente sus miradas se dirigían á la joven mas, luego se dominaba, temiendo que atención demasiado señalada le disgustara, y sus miradas se encaminaban á un objeto cualquiera: “¿Qué representa ese cuadro?”.—“Me agradan mucho los daneses que ustedes tienen”.—Pienso como Lord Byron, que mientras más conozco á los hombres más quiero á mi perro”.—“Ah,—doctor, usted es demasiado pesimista,—en el ser más perverso hay siempre algo bueno; aún esos hombres que le hayan hecho pasar malos ratos con su ingratitud ó perfidia han tenido momentos en que han sido grandes ó buenos. Quién sabe si acaso esos bandidos condenados al patíbulo, colocados en otra tierra, ó en alguna batalla, no hubieran sido héroes que cayeran sosteniendo su bandera en un reducto. ¿Sabe usted cual es el mal mayor de que padecen los hombres? es la incomprensión,

Yo soy muy ignorante; en las monjas no se aprende gran cosa, y creo que las mujeres no necesitan saber mucho; pero así y todo, me parece que la humanidad sería más feliz si tratáramos de comprendernos los unos á los otros. Para que vea cómo nos ignoramos, aún á nosotros mismos, le voy á preguntar sencillamente: “Doctor, ¿sabe usted lo que más nos agrada en los hombres á nosotras las mujeres? No me vaya á salir con tonterías, la figura, el talento, la elegancia, el brillo, la fortuna, el nombre”—“Pues yo creo que algo de eso”

—“Ya veía venir el disparate.—No, señor, no; lo que le pedimos á cada hombre es que sea en cierto momento de su vida, ó más bien de nuestra vida lo que nosotras deseamos. Por supuesto que usted no me entiende, y creerá que yo tampoco. Es tan difícil darse á comprender.—Pues bien, lo que yo quiero decirle es que cada momento de la vida requiere un hombre distinto. A las niñas les gusta á menudo un joven buen mozo; á las mujeres en la plenitud, el ser que les lleva la pasión; á las que avanzan en la vida, el ser discreto. La mayoría de las mujeres prefieren la expresión á la belleza en los hombres, junto con una afinidad indefinible, y la discreción antes que el talento. ¿Me comprende? Me parece que no. Y sin embargo usted no es tonto.”

—“¿En qué lo ha conocido?”

—“En que todavía no me ha dirigido ninguna galantería, y hace algunos minutos que nos conocemos”.

Esta y otras conversaciones análogas quedaron grabadas en el recuerdo de Samuel Ortiz, en el mismo rincón en que guardaba los paseos de la tarde en compañía de don Santos Orbegoso y de Elisa. Aún creía ver la figura alta y escueta del caballero, su distinción de hidalgo de antaño, su andar lento y reposado, su barba blanca, su nariz aguileña, la entonación de viejo marfil de su rostro. Si no le hubiera parecido tan respetable, el doctor se habría dicho á sí mismo: “¿Qué tipo más curioso es este señor!” Y lo era, en efecto. Don Santos pertenecía á una de las buenas familias de antaño; había heredado for-

tuna cuantiosa, compuesta principalmente de bienes raíces, de algunas casas en Valparaíso y de otras en Santiago, y numerosos bonos de la Caja de Crédito Hipotecario, así como acciones de Bancos. Pero uno de sus hermanos, que tenía casa de comercio en Valparaíso, le arrastró en su ruina, comprometiéndole fuertemente—acaso hubiera podido salvar mucho, pero don Santos prefirió el buen nombre de su hermano, que era el de su familia, y el de sus padres: se pagó hasta el último centavo. Esto puso muy en alto su honorabilidad, ya bien probada, le atrajo pruebas de simpatía de algunos amigos de su tiempo, y—luego ligera nube de imperceptible indiferencia, casi de menosprecio, en los más, á medida que su fortuna decaía. Don Santos lo notó pero no dijo palabra, ni manifestó de manera alguna su herida latente—era tipo de santo. Al poco tiempo se presentaba en Santiago el célebre Paraff—uno de esos prestidigitadores ó farsantes que aparecen de súbito en las sociedades y engañan á todo el mundo con el eterno cofre de madama Humbert. Este señor Paraff había descubierto el método de sacar oro de cualquier metal, mediante procedimientos químicos de su exclusiva invención. Reunió en su casa á varios caballeros de nuestra sociedad más distinguida, y que si tenían mucho de hidalgos no tenían nada de sabios, y además á dos ó tres señores que se las daban de químicos, por vanidad ó por interés. Las pruebas, que más tenían de prestidigitación que de química, dejaron convencidos á los buenos señores de la eficacia del invento. Repartiéronse las acciones y salieron naturalmente con premio á plaza. Don Santos figuró entre los afortunados accionistas de este nuevo sistema de trasmutación de los metales. Ya se consideraba millonario, y en el Club de la Unión, todos le saludaban con respeto del cual había perdido un tanto la costumbre desde la baja de su fortuna. Pero no tardó mucho en producirse la catástrofe; se vió que el descubridor, era simplemente un estafador, le metieron en la cárcel, lo que no es frecuente con este género de pájaros de cuenta

y de mala ralea. Don Santos no era hombre codicioso, y si se había lanzado en la aventura de la "Sociedad del Oro" había sido, tan solo, por dar oídos á su mujer, doña Magdalena, que deseaba rehacer su fortuna, pensando en Elisa y en sus niños: en vano se había resistido el buen caballero.—"Santos, quien no se arriesga no pasa el río", le había contestado su mujer.—Se arriesgó, y al poco tiempo se encontraba más ó menos en la calle, pues sólo se habían salvado en parte los bienes de su mujer, entre otros la casa de la calle de Santo Domingo, indivisa en la partición y en la cual habitaban. Naturalmente, desde ese día su mujer comenzó á tratarle con menos consideración, echándole en cara que no sirviese para maldita de Dios la cosa. Ese día se reveló una vez más el temple moral del caballero: en vez de amilanarse, buscó empleo público en la magistratura y lo consiguió, gracias á buenas y sólidas relaciones sociales y políticas. Cómo sería de buena la reputación de don Santos, que no sufrió con la caída del asunto Paraff, pues á nadie se le ocurrió acusarle de estafa como suele pasarle á las víctimas en casos tales. Mas, con todo, no dejó de notar el desdén que acompaña con la palabra de conmiseración á los que caen. Con esto, comenzó á retraerse del mundo, dándose á la devoción. Siempre había sido creyente sincero, hombre de fe acendrada, de prácticas religiosas firmes. Ahora se convertía en devoto, en fiel de las prácticas religiosas, comuniones y rezos; se humilló como si hubiera cometido grave falta; buscó en Dios alivio para los desdenes del mundo. Se le veía, por la mañana, en las primeras misas, al alba, de hinojos, en algún rincón obscuro del templo, en la sala fría y triste, por la cual cruzaba una que otra mujer de manto—esa tristeza le inspiraba la conmiseración de sí mismo, el olvido momentáneo de la situación difícil en que su familia se encontraba, el desprecio del mundo, la fortaleza para resistir los rigores de la fortuna. Y de noche experimentaba exquisito consuelo en asistir á funciones espirituales, oyendo los rumores del órgano

graves y sonoros, tenues con el murmullo, ó terribles como acentos de la cólera divina. Meditaba; la meditación fortalecía su vida interior, le daba alas para elevarse á países de ensueño, menos reales y duros que la tierra, y su alma iba tomando suavemente pliegues de rigidez para consigo mismo, sin dejar de ser blando para con los demás. Era la suya virtud desprovista de ostentación, enteramente natural, sin el orgullo de que por esto otros el conociesen y le estimasen. Don Santos se había resignado á ser empleado público, después de haber sido millonario. La herida profunda de vanidad humana se la ofrecía á Dios, en sus horas de amargura, que no eran pocas.

Su alma delicada y vidriosa estaba llena de escrúpulos, de esos escrúpulos que jamás comprenden los seres medianos, y que torturan como espigas que se hincan en las carnes; reprochábase el haber comprometido su fortuna con su hermano, olvidado de que á los suyos la debía; se vituperaba su ligereza en arriesgar sus caudales restantes, en empresa desatentada; no podía conformarse con haber dado á su hijo mayor la perversa educación de hijo de millonario—y las calaveradas de Juan eran para él perpetuo motivo de tormento. Creía perdido al muchacho y de allí nacían dolores que le atormentaban con fiereza—exagerando la responsabilidad que le cabía en el regalo y condescendencia con que había sido criado.

Esos días de campo le habían dejado recuerdos indelebles á Ortíz. Se hallaba cansado, agotado por largo trabajo del año médico, de manera que la curación de Juan le había caído que ni de perlas. Aún se dilataban sus pulmones galopando por las altas alamedas verdes y polvorientas, aún recorría las eras en numerosa cabalgata, á ver funcionar la máquina trilladora y el motor bajo la enramada.—Allí se veía crecer como cerro el hermoso trigo rubio. Los niños corrían á los montones de paja, y se dejaban rodar de lo alto ó bien se perseguían, arrojándose puñados á la cabeza. No faltaron días de paseo á las caídas de agua que se descolgaban allá lejos,

al pie de los montes, entre grupos de boldos y de pataguas, á la parte de la cordillera, en donde estaba el fundo de invernada. Por los potreros pacían tranquilamente los animales, veíase vacas holandesas casi finas, de cuernos cortos, manchadas de blanco y negro, pequeñas y fuertes, excelentes lecheras, y las de raza inglesa, grandes y de cuernos pequeños, de color ruán. A lo lejos galopaban caballos, en un prado. El agua, en los potreros que estaban regando, se apozaba á trechos, produciendo el efecto de trozos de espejo quebrados sobre el pasto. La zarzamora trepaba junto á los álamos y producía un efecto que á Samuel le parecía muro de fortaleza.

Y las nubes de polvo en los caminos, cuando pasaba el ganado, arreado por los vaqueros, entre gritos, como si fueran ejércitos de caballería en marcha, le ahogaban. Luego, el rumor sordo y el chillido de los ejes de las carretas que pasaban cubiertas de mieses á las eras; el galopar desatentado de algún jinete por los caminos: el olor de hierbabuena y otras plantas silvestres que salía de los potreros, el silencio apacible de los campos, el chillido de algún pájaro que cruzaba el espacio en rápido vuelo; el grito peculiar de las perdices que saltaban de súbito y luego desaparecían; los ladridos de perros, el agudo clamor de la locomotora que pasaba lejos, dejando suaves penachos de humo esfumado en el cielo: todo se presentaba renovado á los ojos de Samuel.

Había sido encantadora página de su vida—episodio fugaz—aquella intimidad inesperada con la familia de Orbegoso en el campo. Y cuando Juan pudo levantarse, ya dado de alta, el doctor insistió en volver á Santiago.—“Su clientela le llama, sin duda, doctor,” le dijo don Santos. Ortiz sonrió irónicamente—su clientela—si apenas tenía uno que otro cliente; era médico pobre—No ha divisado usted por las esquinas unos hombres que venden dulces y espantan las moscas con plumeros de papel? Ésa es mi clientela”.

El doctor sonreía mientras continuaba su camino entre recuerdos; estuvo á punto de ser atropellado por un

coche, al cruzar frente á la iglesia de la Estampa; más allá se dió feroz encontrón con un pasante, que salió echando pestes. De cuando en cuando algún incidente, el cruzar de una boca-calle, la carrera de un jinete, una muestra de peluquería, despertaban su atención, trayéndole á la vida real. Y sin saber cómo se halló frente al Hospital de San Vicente, al cual se dirigía. Estaba rendido de cansancio, y se dejó caer sobre un sofá de fierro—feliz y cansado, á un mismo tiempo. Se miró los zapatos y los notó viejos, así como el chaquet pasado de moda, y suspiro involuntario—entre cómico y doloroso—se escapó lentamente de su pecho. A lo lejos se veía la papalina blanca de una monja y olor de azahares llegaba del patio.

CAPITULO II

Por aquellos años de 1886 y 87 Santiago no era lo que hoy día—la transformación moderna sólo comenzaba á diseñarse y las costumbres tenían no poco de los tiempos coloniales en que al toque de ánimas todos daban por concluída la existencia. Se comía temprano. El paseo de la Alameda comenzaba á las cinco y terminaba á las seis y media. Allí se exhibían los trajes elegantes de las damas de tono, y se oía decir á media voz:

—Ése que lleva puesto la fulana se lo trajeron de Europa, le cuesta un dineral, es de Laferriere ó Doucet: mire qué linda combinación, mamá”.—“Por qué no se lo pides prestado para copiarlo?”—“Pero si apenas la conozco, mamá”.—“Y eso que más te da, tonta; eres muy amarrada para todo, si sigues así te vas á dar más trabajo para encontrar marido que si fueras á tomar una estrella con la mano”.

Quienes hablaban de ese modo eran Rafaela, Dorotea y Mercedes Escalante, acompañadas de su mamá. Acababan de bajarse del carruaje americano en que venían del Parque, y se dirigían á la parte del tabladillo de la música, frente á la calle del Peumo.

—“ A mí no me gusta la combinación de negro con

verde nilo—interrumpió Dorotea, la menor, eso es muy siútico”.

—“Pues, te equivocas, repuso casi al mismo tiempo Rafaela, es de muy buen gusto, lo que es á mí me encanta; nadie en Santiago se viste como Elisa Orbegoso, es elegantísima, y qué bien anda; es una de las pocas niñas que saben andar entre nosotras”.

—“Lo que es el sombrero, á mí me entusiasma”, agregó Mercedes.

Eran hermanas y hablaban todas á un tiempo, de ordinario; cuando estaban en la mesa uno creía asistir á una jaula de cotorras—nadie se oía, por lo cual esforzaban la voz hasta dar con las notas agudas. En la familia aquella, todo se expresaba en superlativos. Si se trataba de una joven, era “linda”, “encantadora”, “admirable”. O bien era “fea como el pecado mortal”, “contrahecha”, “ridícula”, andaba “como catimbao”, “la vestía su peor enemiga”. Todas poseían el mismo carácter jovial de la mamá, la señora viuda de Escalante; metían ruido por veinte, gritaban, manoteaban y charlaban sin cesar. Por eso decían las amigas: “No hay nadie como las Escalante, son tan graciosas, tan livianas de sangre; tan divertidas”. Con esto, y su poco de audacia, se creían con derecho á decir cuanto se les pasaba por la mollera, lo cual resultaba, á veces, bastante divertido; pero en ocasiones una solemne barbaridad. Se contaba de Meche, la menor, que en casa de su abuela había encontrado sobre una mesa la Biblia ilustrada, por Doré, en edición de lujo que se puso á hojear. De súbito exclama, sin poderse contener:—“Mamita, mira este grabado, qué curioso, si vieras, ¿sabes que soy igual á la mujer adúltera de la Biblia?” Aquel día tuvo un acceso de furia la señora viuda de Escalante, sin que Meche comprendiera los motivos de tan desusada ira. Y todas hablaban á un mismo tiempo, por lo cual no producían grande efecto los enojos. En sociedad les daba importancia su fortuna y la alcurnia distinguida de sus abuelos.

Al pasar junto á Elisa, le hicieron grandes saludos.

A la segunda vuelta, dejaron sentada á la mamá, en un banco del paseo, y se dirigieron resueltamente á la joven.

—“No he visto en mi vida traje más precioso que el suyo, es lindo, encantador, maravilloso”—le dijo, abrazándola, Dorotea, precisamente la misma que pocos momentos antes había dicho á su hermana que no le gustaba la combinación de negro con verde nilo,—“parece un sueño... traído de Europa”—agregó, á pesar de que poco antes había dicho que era “siútico”.—“Es regalo de mi tía Encarnación”—respondió Elisa.

—“Si te quiere tanto, y con razón, hijita; lo que yo siento es no ser hombre para casarme contigo”.

—“No hay traje más lindo, más ideal, parece “tejido por las hadas”, como dice Pas-Pouce en la vida social”—agregó Meche.—“Éstos modistos franceses son admirables—dijo Rafaela; el sombrero es digno del traje; Francia es el primer país del mundo, de Napoleón, de Doucet, de Víctor Hugo”. Meche conocía al gran poeta francés por la hermosa traducción de Bello de la “Oración por todos”. Y como hablaban las tres á un tiempo, resultaba para el espectador la mezcla más extraña que hubiera sido posible traducir: Traje admirable... ideal... Napoleón... sombrero... sueño de hadas... Víctor Hugo...” Ese traje admirable debe ser el ideal de Napoleón, en cuanto al sombrero debió ser un sueño que tuvo Víctor Hugo cuando fué Hada” vestida de Doucet.

A esa hora se reunía en el paseo la juventud elegante de Santiago. Los carruajes se estacionaban á uno de los costados, á medida que llegaban del Parque, en largas, interminables filas, bien puestos casi en su mayoría, tirados por troncos Cleveland—lo que constituía entonces la gran moda; se apreciaba el caballo enorme, de grande alzada y aspecto aparatoso. Relucía el barniz en los toldos, herido por los rayos del sol ya próximo al ocaso; piafaban los caballos, chasqueaban las fustas, y resonaba el golpe seco de las portezuelas, abiertas y cerradas para dar paso á la multitud de jóvenes

acompañadas de sus madres, que acudían á esa hora, formando en el centro del paseo grupo compacto de tonos claros, de sombreros con plumas, de sombrillas de colores. Los hombres, de "*gran tenue*", con sombreros de copa reluciente, la flor en el ojal, desfilaban repartiendo saludos y cruzando miradas—ya en aquel tiempo había comenzado la moda del flirt—ó *pololeo*—de esa corte en pleno aire, que ha venido á sustituir al antiguo cortejo de los salones, más grave, más comprometente y más seguro.

—“Te veníamos observando, picarona, le dijo Dorotea, vienes muy chic, con traje de conquista; como quien dice armada en guerra, para los pololos. Qué preciosura de traje. En mi vida he visto nada más lindo—esa mezcla de verde nilo con negro es lo más encantador que puede imaginarse”. Cómo se hubiera reído Elisa si hubiera escuchado la conversación de Dorotea con sus hermanas, minutos antes.

—“Ahí lo tienes á tu disposición” . . .

—“No me lo ofrezcas, si yo fuera Manuelita Vásquez, aquí mismo te lo sacaría para ponérmelo; pero soy más modesta, me contento con pedírtelo prestado para sacar el molde. . . Estoy segura que viene de París, esa debe de ser la gran moda. Parece un poquito ajustado, pero como lo que es de moda no incomoda, allá me avendré con él. Muchas gracias, desde luego”.

Y á pesar de que acababa de encontrarlo cursi, no vaciló en aceptarlo, pensando en una costurerita que le trabajaba muy á su gusto y por poco dinero.

—“Anoche te divisamos en el “Municipal”; como tocaba el turno del abono A. estaba todo Santiago y no podías faltar—la sala habría parecido incompleta”.

—“Gracias; ahora sí que podría devolverte la palabra, “picarona”. En cambio me parece que había demasiado silencio en el teatro estando ustedes”.

Las Escalante rieron en coro.

—“¡Qué divertido! . . . Tú parecías en misa, ni siquiera mirabas por caridad á la platea”.

—“Tengó el mal gusto de preferir la música”.

—“No te creo; pues, quien no te conoce que te compre”...

—“Haría buen negocio, replicó Elisa, no me creo tan mala que digamos”.

—“Pues, ¡ya lo creo! agregó muy rápidamente Meche, con seguridad vales más que las dos mil “Arturo Prat” que ha comprado mi tío á cien pesos y por las cuales ahora le ofrecen uno. Son tan tontos los hombres; más valía que me hubiera regalado á mí el dinero, ¡cuántos vestidos hubiera encargado á Europa con ellos! “la mar”...

—“Mira, ahí viene Elvirita Rosales, interrumpió Dorothea, está más linda que nunca, parece una porcelana”.

Elisa notó que las Escalante alababan siempre á todas las niñas bonitas: eso tenían de bueno, ignoraban la envidia. Se complacían siempre en notar el lado favorable de todas las personas.

—“Javier Aldana se ha juntado con Elvira”, agregó Rosalía Escalante y miró de reojo á Elisa.

Era que según murmuraban las crónicas sociales, Javier cortejaba á Elisa, de quien estaba enamorado; se agregaba, también, que la joven lo recibía con buenos ojos; pero que doña Magdalena, su madre, le miraba mal. Percibir una emoción, vislumbrar el secreto de un alma es sport delicioso para las mujeres. luego se complacen divulgando por la ciudad entera el resultado de sus averiguaciones, dando como hecho lo que en realidad no pasa de simple presunción, para contar historias de matrimonios y rupturas. Pero Elisa permaneció impassible—tenía dominio de sí misma.

—“Eso ¿no te importa nada?” preguntó Rosalía, en tono malicioso.

—“Absolutamente nada, amiga mía. En primer lugar, Javier es un buen amigo como otro cualquiera; lo estimo porque es inteligente, agradable, fino. Es atento conmigo, pero nada significa, y el hecho de que se acerque á otras en la misma forma les probará que se pasan de maliciosas”.

—“Entonces ¿por qué estabas tan romántica en el teatro, sin mirar á parte alguna, con el alma ausente, como están las enamoradas?”

—“No hablen más de eso. El amor, amigas mías, es como los aparecidos, de quienes mucho hablan y nunca les han divisado.”

Rosalía, que no era tonta, se rascó ligeramente la oreja, sintiendo la finura del epigrama. Aquello equivalía á decirle: ya que nadie se ocupa de tí, deja á los demás tranquilos.

—“Yo voy al teatro á sentir, las demás niñas van á mirar ó á ser miradas. Me agrada la música, y cuando sea solterona, y me haya quedado para vestir santos, no haré más que tocar el piano, que es mi mejor amigo y el más desinteresado, fuera de los perros y gatos de mi tía Micaela. Anoche estaba encantada con la admirable romanza de Aramburo, esa romanza final de “Favorita”, el *spirto gentil*, que cantó como un ángel.

—“Como un ángel mal educado”.

—“Yo no les miro la educación á los tenores cuando cantan”, agregó Elisa.—En aquel tiempo era frecuente oír formulado semejante extraño cargo en contra del gran tenor español: era *mal educado* y no sabía cantar en escena. “Lo que es á mí, no me importa que mueva las manos como aspas de molino, si canta divinamente y me conmueve. A ese, le oía extasiada, expresando sentimientos de pasión que parecen venir de otras esferas. Así me gustaría ser amada, si llegaran á quererme alguna vez; así, quisiera que un hombre fuera *capaz* de suicidarse por mí, que yo lo supiese, pero que él no lo hiciera.”

Las demás muchachas pensaban de igual modo; en ellas había ese romanticismo que todos tienen al comenzar de la vida. Estaban de acuerdo con Elisa. El ideal era un hombre que quisiera suicidarse, pero que supiera detenerse á tiempo, como tren sobre un borracho.

En esta parte de la charla iban, cuando se juntó con ellas un joven elegante, de buena estatura, moreno, de

ojos pequeños y vivos, pelo negro y levemente lizado, echado el sombrero á la oreja, con sonrisa llena de naturalidad y *bonhomía* en los labios. Era, sin duda, joven elegante, alegre, despierto pero con cierta innegable traza de tuno, no sé qué, indefinible de calavera. Era hombre de muy buena familia, de excelente condición social, pero con cierta nota desenfadada propia del tipo que tan exactamente llaman los franceses *bohémio*. Todo él se componía de anomalías y de contradicciones: era como decíamos, de buena extirpe, y, carecía de fortuna; inteligente, audaz, bravo, pero inútil, sin carrera, oficio ni beneficio, ni afición al trabajo: pertenecía á esa casta de personajes que pueden llegar muy lejos ó no ser nada en la vida—pero que jamás se detendrán en el término medio del vulgo. Era poeta romántico, perseguía infatigablemente á cuantas bailarinas llegaban al teatro, y estaba idealmente enamorado de Elisa.

Lo primero que hizo fué desprenderse de un jazmín del cabo que llevaba en el ojal y ofrecerlo á la joven que lo recibió con visible frialdad, poniéndoselo en el pecho con gesto de indiferencia, con movimiento pausado de gran señora, que sabe dar á las cosas la nota que conviene.

—Ya sé de qué venían hablando ustedes, dijo Aldana; de Aramburo, y naturalmente, del aria del suicidio de *Lucía*, que cantó maravillosamente en noches pasadas. A propósito, si alguna de ustedes necesita de que alguien se suicide, aquí me tienen á su disposición.”

—“Acepto, repuso Elisa, pero siempre que usted cante primero el aria final con la voz de Aramburo; en seguida le buscaríamos el médico.

—“Imposible, contestó Aldana, en esas condiciones yo no puedo—solo canto en guitarra.

—“Conciliemos las ideas,—interrumpió Meche Escalante,—podría cantar después de suicidarse con una guitarra.”

Sin más, continuaron el paseo, tomando por la parte central. Una banda de música militar tocaba los “Hugo-

notes”, y la conversación continuaba al son del coro de los “Puñales”, entre saludos, sonrisas repartidas á derecha y á izquierda, rumor de carruajes que llegaban y de otros que partían. El sol poniente arrojaba fulgores de incendio sobre los vidrios de las casas; el mármol de las estatuas se teñía de rosa, y algunas hojas secas, caídas de los altos árboles del paseo, revoloteaban suavemente. Las Escalante seguían comentando la crónica social, los matrimonios en ciernes, las rupturas, las enfermedades; se habló de guisos, de banquetes, de trajes, de los incendios que un conocido clérigo hablaba en contra de los liberales, recomendando á las niñas que no se casasen con ninguno de ellos, porque su alma iría, en tal caso, de patitas al infierno. Eso les causaba risa á las muchachas.

—“Yo conozco más de una, dijo Rafaela, que si llegara el caso, no vacilaría en contraer matrimonio con Lucifer en persona, con el mismo que acompaña al arcángel San Miguel en su altar de Santo Domingo, aún cuando echara fuego por la boca, siempre que llevara intenciones matrimoniales claras, y tuviera la bolsa bien provista”.

Al caer de la tarde, en tanto que una luz violeta se difundía suavemente, las niñas volvieron á sus casas, después de despedir los coches para hacer ejercicio á pie. Seguían lentamente, acompañadas de otros jóvenes que se les habían juntado en el paseo—andaban con paso largo, coqueteando, con miradas y reticencias, por instinto.

Javier había encontrado manera de colocarse junto á Elisa y aprovechaba los momentos conversando á media voz:—“Amiga mía, esto ya es intolerable; en vano me pregunto por qué causa me trata usted tan mal. Bien sabe que la quiero como un loco, que no hago más que pensar en usted noche y día. En mala hora la conocí: en mal momento me enamoré, me enamoré perdidamente, y sin poderlo remediar, usted sigue dura como roca, insensible, me mira como al último de los hombres, y sin embargo, yo me estoy muriendo de amor”.

—“Amigo mío, no le creo palabra de lo que usted dice. En último caso le queda á usted un recurso, una manera de probarme toda la sinceridad de su afecto.”

—¿Cuál? Pronuncie una palabra y lo verá.”

—“El suicidio”, replicó Elisa con su sonrisa insinuante y fresca. Suicídese usted, y veremos”.

—“Por Dios, no se burle usted, no pisotee lo que hay de más santo en mi alma, lo único puro y hermoso, mi cariño.”

—“¿Cómo pretende que lo tome en serio, hombre de Dios, cuando usted mismo no se hace respetar? ¿Acaso todo Santiago no habla de sus enredos y de sus calaveradas? Y sin embargo, me había prometido corregirse, transformarse en otro hombre, dejarse de locuras de una vez por todas. Fíjese que ya no es niño; en vez de trabajar, hace versos y locuras, y con poesías no se manda á la plaza. Un hombre que pretende formar hogar serio y honrado, constituir su familia, formarse un nombre, ser querido por niña que valga la pena, debe principiar por respetarse á sí mismo para que á ella la respeten los demás. Créame que siento una pena muy honda cuando llegan á mis oídos historias como la del último combate ó batalla campal con la policía. Usted es inteligente, simpático, pero demasiado loco—y esta es una expresión benévola, que emplean los que le aprecian, pues el resto de la gente usa otras palabras que talvez no le agradecerían si las oyese. El hombre que ama de veras, no tiene más pensamiento ni línea, en la vida, que aquella por la cual se llega á la mujer amada. ¿Cómo se puede concebir que un hombre que piensa con toda su alma en una joven rueda así—por lugares—no se cómo decirlo—sin nombre. El cariño es uno, Javier; en un corazón no tienen cabida semejantes contradicciones”.

Al hablar de esa manera, ignoraba Elisa, en realidad, que ese género de contradicciones constituye el fondo mismo de la vida: no cabía en su mente el oleaje de pasiones y de ocultos instintos que agitan á los hombres. Es el defecto de la enseñanza excesivamente delicada y sentimen-

tal dada á nuestras jóvenes por sus padres; es el de una enseñanza romántica, según la cual sólo conocen las apariencias de la vida, y llegan al matrimonio en la plenitud de las ilusiones, buscando algo que nunca llegará talvez, convencidas de la fidelidad inquebrantable de los hombres que aman, en la eternidad de los amores, en la delicadeza infinita de aquellos que se les acercan murmurándoles palabras dulces, con la miel en los labios—y crean en su fantasía un mundo árabe de embriaguez amorosa, sin exaltaciones sensuales que ignoran, pero de inefables idealismos, encerrado en marco de oro.

—“Está bien”, agregó Elisa, con la cabeza ligeramente inclinada sobre el pecho—si usted pretende que yo lo quiera, es preciso que se transforme por completo.”

Era que dentro de sus creencias, en la absoluta libertad humana, que constituían el fondo esencial de su fe religiosa, la regeneración era simple acto de la voluntad, y en semejante acto confiaba con toda la fuerza de las convicciones atávicas. “Es preciso que usted haga un esfuerzo poderoso, Javier, y sólo entonces tendrá el derecho de hablarme; cambie de vida”.

Javier quiso negar las historias que corrían por su cuenta. Elisa le detuvo con un gesto, con un simple juego de su fisonomía: —“No tolero la mentira, es la mayor de las bajezas; le pido que nunca me engañe—eso es cobarde, es villano. Si lo intenta siquiera, en otra ocasión, más vale que nunca se dirija á mí, pues no le contestaré”.

El joven agachó la cabeza; bien sabía la verdad de cuanto Elisa le hablaba; creía contar con su cariño, apesar de todo, pero estaba cierto de que ella cumpliría su amenaza. Si la amaba precisamente por eso, porque era un ser todo verdad, todo sinceridad, porque inspiraba la fe absoluta, porque era la mujer con la cual podemos contar en toda circunstancia, más alta que el destino, superior á la adversidad, igual y modesta en la fortuna. Su mirada transparente estaba hecha de luz—toda luz—en su punila se vislumbraba su alma, y esa alma tan hermosa correspondía en todo á su belleza física, elegante y fina,

firme y fuerte, segura de sí misma, con el brillo y la finura de las antiguas hojas toledanas. Javier se sintió vencido, se humilló, hizo propósito de enmienda. Cada vez que se doblegaba ante ella, experimentaba una especie de voluptuosidad especial, casi la misma que hubiera sentido si ella se hubiera dignado ponerle su pie sobre el cuello. Era la revelación de un temple y de una fuerza moral que la enaltecían y la consagraban como superior á las demás mujeres. Era, también, que se creía amado, á pesar de todo, y sin haber recibido jamás de ella, ni palabra ni promesa que la atara. Ni siquiera había coqueteado con él, en la forma del "flirt" vulgar ó del "pololeo", ni le había dirigido esas miradas que tan felices hacen á los enamorados. Pero creía percibir algo que emanaba de su alma en forma sutil, inconfesada, acaso inconciente, aún antes de que ella misma lo supiera—por el instinto peculiar de los hombres amados de las mujeres, á quienes de antemano les anuncia la corazonada, antes de que nadie lo sospeche, cuando cae la semilla en buen terreno. Y la actitud que á la mayoría pasaría desapercibida, es para ellos una revelación, como ligero movimiento de los ejércitos contrarios para un general, ó las oscilaciones imperceptibles de la Bolsa para verdadero hombre de negocios.

Javier se humilló porque esperaba; Elisa perdonó porque amaba.

Al llegar á la calle Ahumada, vieron que un carruaje americano se detenía; abrióse la portezuela, y se oyó la voz de doña Magdalena que llamaba á Elisa. La joven no tuvo más que despedirse de sus amigas y subir al coche. Las Escalante sonrieron, al ver la maniobra, muy contentas de poder comprobar su perspicacia; era claro como la luz del mediodía que la señora miraba muy mal el cortejo de Javier á su hija. —"El barómetro marca temporal", dijo Dorotea á Meche; con estas olas el buque de Javier se va á pique de fijo."

—"No creas, repuso Rafaela, en tierra, las tempestades avivan los incendios".

—“Pero en la casa no faltan bomberos—ni agua concluyó Rosalía”.

—“Tienen agua, sí, pero agua bendita, explicó Meche”.

—“Si nos estará oyendo Javier”, agregó, con cierto recelo, mirando hacia atrás, al joven que venía conversando con su mamá.

CAPITULO III

Acabaron de comer temprano, como de costumbre, en casa de las señoras García del Valle. Doña Micaela estaba atribulada, pues, "Lautaro", su perrillo favorito, parecía enfermo.—"No ha comido mermelada, que tanto le gusta, "decía ella con recelo", debe de estar enfermo; estos animales son como los niños, todos los cuidados son pocos con ellos". Mientras se hablaba de política, miseá Micaela había permanecido indiferente; á ella la tenían sin cuidado las tropelías del gobierno, así como las intervenciones electorales, pero la enfermedad del pobre animalito la preocupaba vivamente. Acaso por eso, brilló un relámpago en sus ojos cuando oyó decir á Elisa que se había encontrado con el doctor Ortiz por la mañana y que posiblemente vendría en la noche; ya pensaba consultarle á la hora del té, como quien no quiere la cosa. Los hombres se pararon á tomar café en el corredor, cerrado con mampara de vidrio. Allí había unos muebles de estilo americano que recién comenzaban á introducirse; eran amplios y cómodos, de corte severo llamado *Mission*, de cojines de cuero rojo, en los cuales se arrellanaron don Santos y don Evaristo Sanders, que fumaba un exquisito cigarro Corona. Desde allí se contemplaba el jardín, extendido hasta el fondo mismo de la casa,

con las líneas delgadas de un altísimo pino de California por el cual trepaban las enredaderas formando hermoso manto verde obscuro; las hojas de los nísperos reverdecían sobre fondo de cielo claro y las matas de flores sobresalían en leves sinuosidades. Entre las ramas de un magnolio aparecían las estrellas, titilando en la noche callada.

Juan salió entonando “rivedró la fioresta embalsamata”, á la vez que daba chupadas á un cigarro de millonario; sentía en sí la plenitud de la alegría de la vida—esa alegría de los veintidos años que no es comparable con ninguna otra. Al pasar junto á la mesa cargada de periódicos, sobre la cual apoyaba su padre el codo, vió que le hacía una seña: “Tengo que hablarte dos palabras—¿puedes oirme?”.

Ambos pasaron juntos al corredor del primer patio. Juan tenía miedo á esas conversaciones con su padre; sabía que de ordinario iban acompañadas de alguna reprimenda, por lo cual torció el gesto, interrumpiendo el curso de su “Fioresta”.

—“Aquí me tienes, papá”.

—“Pues bien, amigo, quería echar un párrafo”.—Don Santos no sabía cómo dejarse caer; amaba entrañablemente á sus hijos, por lo cual le dolía enojarse, pero no le era dable transigir con ciertas aventuras.

—“Me han contado de tí cosas que no me parecen bien”.

—“¿Qué cosas papá?”

—“Me han dicho que te habían visto en el Club de Noviembre, jugando á más no poder, ¿es cierto?”

—Si, papá, he jugado algunas veces—pero he ganado.

“La cosa no hace al caso, poco importa que ganes ó pierdas; lo malo está en que juegues. Eso me parece mal, pero muy mal. No hay vicio más feo en el mundo, ni que arrastre á peores caídas; en el juego, poco á poco se va perdiendo la noción de la moralidad, el sentido del honor y de la delicadeza. Además tú eres empleado de Banco. Si lo supieran en la Territorial, de seguro que no les agra-

daría—y ante un gesto de protesta de su hijo, comprendiendo lo que pasaba por su mente, gracias á ese don peculiar de adivinarse sin necesidad de palabras, frecuente en los que viven juntos, añadió, el caballero, “no creas que pasa por mi mente, ni por un segundo, la idea de que tú puedas echar mano de fondos que no sean tuyos, pero si, puede darse el caso de que pierdas y de que pidas prestado, lo que no es muy correcto cuando no se tiene fortuna. Así te vas llenando de trampas y con ellas acude el descrédito, lo que no es brillante para un muchacho que comienza la vida. Fíjate en que te cortas el porvenir; á ningún padre puede agradarle que una hija suya se case con jugador. Y si llegas á enamorarte verás que las madres te reciben tan mal como á tu amigo Javier Aldana, á pesar de ser de buena familia y simpático”.

—“Juego poco, papá, y sólo por divertirme un rato; nunca he perdido más de doscientos pesos.”

—“Así se principia, y después se pierde quinientos, y se recibe dinero que los amigos ofrecen, como si no hubiera necesidad de devolverlo jamás; entonces vienen los apuros, el ponerse de todos colores, el ir de carrerita en busca de lo necesario para cumplir compromisos. Anda, hombre, que con los naipes suele pasar lo que dicen de las escopetas, que las carga el diablo. Te prohibo terminantemente que vuelvas á tomar cartas en la mano” Y luego, doblando la cabeza, don Santos se dirigió á la parte noble y sana de su hijo, á quien conocía á fondo.

—“Bien sabes los padecimientos que he tenido que sufrir en mi vida, las preocupaciones, las pobreza, las amarguras, las humillaciones que aguardan al hombre que pierde su fortuna, el continuo cavilar en la suerte futura de sus hijos. ¿Crees que puedo estar contento con el lote que me ha tocado en la vida, á pesar de haber cumplido siempre con mis deberes? Cualquiera cosa que llegara á sucederte sería para mí golpe rudo. Toleraría con paciencia como Dios manda, reveses de fortuna, pérdidas de dinero, pero no caídas que afectasen la dignidad ó comprometieran el honor”.

En esos momentos se sintieron pasos por el zaguán, y se divisó un sombrero de copa; á la vez, llegaron á sus oídos fragmentos de diálogo. Eran visitas. En aquellos tiempos, los jóvenes se juntaban en grupos para visitar las casas de familias conocidas, ayudándose mutuamente, para que uno conversara con los padres mientras el galán se distraía con la novia.

Era Javier Aldana que hablaba:—“Ahí está, don Santos; de seguro que sermonea al pobre Juan. Todo anda así en el mundo: mientras el hijo regala ramos á las bailarinas, el padre le regala consejos á él... Por eso dice con razón: “Siempre que mi papá me divisa frente á la confitería de Torres, me llama para darme... consejos.

Si á lo menos fueran como los del personaje de la Mascotta, acompañados de un cesto con huevos, siquiera sirvieran para mandar hacer una tortilla”.

Don Santos alcanzó á pescar algo del diálogo, pero como tenía mundo y era hombre en todo superior á las pequeñeces ordinarias, les recibió con su cortesía habitual.

Las luces del salón estaban encendidas, y al través de las cortinas de punto se divisaba, en una diafaneidad, la sombra alargada del piano de cola cubierto con primoroso mantón de Manila de seda bordada y flecadura blanca.

Las melodías de una pieza de Moskowski llegaban en rápidos acordes que desgranaban sus notas en cadencias sentimentales. Eso influyó involuntariamente en el ánimo de Javier Aldana; cada vez que oía cierta música, sentía dentro de sí como un despertar de todo el ser. una explosión de vida amorosa, en forma que no acertaba á explicarse, de igual manera que ciertas esencias usadas por Elisa le producían mareo perturbador que despertaba ansiedades desconocidas, anhelos sensuales, ebriedad deliciosa, arrobamiento, encendiendo sus pupilas en fulgores rojizos. Dado su carácter ligero, no había observado la influencia que tienen perfumes y sonidos en la

formación de ciertos estados de alma. Sintió, pues, un vuelco en el corazón, y abriendo suavemente la puerta de la antesala, penetró en ella. Iba de levita cerrada y ceñida al cuerpo, de guantes gris perla, corbata de seda clara prendida con alfiler de brillantes, y alto cuello de guillotina—tal era el traje usado por los elegantes de aquella época. Junto con entrar, comprendió que su situación no era fácil ni agradable, al ver el grupo de señoras sentadas en el fondo del saloncillo azul. Miraba los sofás de estilo Luis XV, con tapicería de Aubusson, ricos, tallados y antiguos, con ese tono de abolengo que ni se imita ni se falsifica. Los cortinajes, igualmente antiguos, caían pesadamente, sin gracia, pero con cierta majestad innegable. Javier casi tropezó en la mesa de Boule con incrustaciones de bronce y carey, que tenía en el centro un tarjetero de porcelana de Sajonia, con figurillas de pastores en forma de égloga.

El saludo le aguardaba frío y ceremonioso; uno de esos saludos que á cualquiera le hacen comprender que está de más: pero el muchacho era osado y no se paraba en barras cuando iba tras de una mujer, á impulsos de sentimiento apasionado como el que indudablemente le movía. Por otra parte le servía de escudo la presencia de Julio Rosales, que iba de “matasuegras” como entonces se llamaba al acompañante que ayudaba á los enamorados. El joven Rosales tenía gran fortuna, pertenecía á una de las familias más antiguas é ilustres de la tierra, su aspecto no era malo. A pesar de no ser lo que comunmente se denomina buen mozo, no carecía de distinción en su figura delgada, con traza de Cristo de marfil, la barba aguda y la nariz fina y cortante como la hoja de un cuchillo. Pasaba por uno de los grandes partidos de Santiago, en cuyos salones era recibido con suma complacencia y con esa obsequiosidad que desentona á veces un tanto, al extremarse. Las señoras saludaron á Rosales de manera que contrastaba singularmente con la que acababan de usar con el joven Aldana; éste comprendió bien claro, que si se le to-

leraba en aquella casa era simplemente en homenaje á su amigo Julio, á quien le ligaba la más estrecha amistad, y todo dentro de ciertos límites que debía tener muy presentes.

—“Buenas tardes, Aldana...”

—“¿Qué es de su vida, Julio, por qué se había perdido de esta casa, de tanto tiempo á esta parte? ¿Y su mamá? buena, ¿no es cierto? Ayer la divisamos en la Sociedad del Buen Retiro, siempre interesante y joven, como que por ella no pasa día”.

—“Mi madre está bien, á Dios gracias; libre del reumatismo que le vuelve cuando menos piensa”.

—“Vaya, ¡qué molestia! Pero su mamá es joven para esos achaques; hasta podría casarse de nuevo”.

—“Ya lo creo, agregó miseá Micaela García, como que es apenas tres años mayor que yo; si estábamos juntas en el colegio... cuando yo andaba de vestido corto ella estaba entre las grandes”.

Don Santos Orbegoso sonrió; miseá Magdalena bajó la vista, y se mordió los labios—gesto que le era familiar siempre que su hermana decía alguna simpleza, particularmente cuando en su calidad de soltera se empeñaba en quitarse los años, cosa en que por cierto no hacía mal á nadie.

—“Pero; Micaela, repuso Rosales, si mi madre es muchísimo mayor que usted; usted si que es joven...”

Miseá Micaela se sonrojó, bajó la vista y encontró que Rosales era joven muy simpático y que debía casarse con Elisa. A ella que se creía perspicaz, le había parecido que la niña no le disgustaba y como todos en la casa la miraban como el extremo de perfección posible, de belleza y de gracia, aquello parecía natural y hasta lógico.

Por otra parte Rosales era todo un partido y eso pasaba en la casa como artículo de fe, repetido en conversaciones y charlas de sobremesa, en las cuales se comenta, en confianza los sucesos y las personas del círculo en que ordinariamente se vive. Efectivamente, al jo-

ven Rosales le gustaba Elisa y con agrado la hubiera cortejado, pero tenía mucho tacto, un tacto fino, y comprendía que presentándose en aquel momento estaba irremediabilmente perdido, pues la joven se inclinaba á Javier Aldana. En amor es preciso saber esperar—los impacientes están vencidos de antemano, se decía el candidato misterioso de la señora Micaela.

Mientras se cambiaban saludos, Javier experimentó dolor agudo en la pierna, algo como si le punzaran con acero, y palideció. Momentos después vió que su sombrero de pelo, colocado sobre una silla, junto á la mesa de "boule", principiaba á saltar solo, y oyó una gran carcajada que parecía salir debajo de la mesa. Era Caco, escondido tranquilamente, que acababa de picarle con un alfiler y que ahora estaba muy afanado en hacer bailar su sombrero, empujándolo con el dedo.

—“¡Maldito chiquillo! apuesto que Caco está debajo de la mesa haciendo alguna de las barrabasadas que acostumbra”, exclamó doña Juliana; “en vez de irse á estudiar el catecismo, como se lo recomiendo; á pesar de que le tengo prometido un caballo para el día de su primera Comunión si lo sabe como Dios manda”.

—“Caco, ándate á acostar”, le gritó con voz imperiosa doña Magdalena; “¿acaso no tengo ordenado que á las nueve te vayas á la cama?”

—“¿Entonces quieren que me vaya á acostar con las gallinas?, contestó el niño con disgusto. Vamos á ver, ¿quién cuidaría á Elisa cuando vienen jóvenes?”

Las señoras no pudieron dejar de reírse; en toda circunstancia estaban acostumbradas á celebrar las bromas y barbaridades que hacía ó decía el malhadado muchacho, pesadilla de los visitantes de la casa que con gusto le hubieran dado veneno como á los ratones. Y el diablillo adivinaba, con instinto extraordinario, guiándose además por las conversaciones que sorprendía, quiénes eran los que las señoras miraban mal y con los cuales podía gastarse bromas pesadas. Además, Javier le era antipático, por ejemplo, en tanto que otros como el doc-

tor le habían caído en gracia y no les hacía jamás jugadas desagradables.

X Con el pretexto de huir de las bromas. Javier pasó al salón en donde tocaba Elisa. La joven se puso de pie, le dió afectuoso apretón de manos, el skake-hand á la inglesa, y en seguida le hizo pasar á la antesala, en donde todos se hallaban reunidos. Era muy estricta en sus maneras; no le agradaba quedarse sola en la sala con joven que le hiciera la corte, á pesar de que estaba completamente segura de que nadie se permitiría con ella ni palabra ni gesto que no fueran inspirados por sentimiento respetuoso. — “Vamos donde están todos...” Javier obedeció inclinándose; le agradaba aquella manera de ser, talvez demasiado estricta; era como bocanada de perfume de castidad que aprecian más que nadie los calaveras. Eso le hacía resaltar aún más el contraste entre la mujer que amaba y las compañeras de diversiones y de calaveradas. Veía á Elisa como sobre altar, en apoteosis de Virgen, circundada de nimbo de luces y de flores, como en el mes de María; su amor tomaba algo de incienso, algo místico, envuelto en vapores de ensueño.

— “No lo tome á mal...” agregó Elisa, con gesto como de disculpa.

— “Al contrario”, le replicó gravemente Javier, “cuanto usted hace me agrada; si no viera en usted la exquisita distinción, el señorío, el refinamiento de respeto social, tal vez no la quisiera como la quiero, como un esclavo...”

Elisa le contestó:

— “No le permito ni una sola palabra más en ese tono...” Se puso seria, palideció, y se encaminó á la antesala como si no le oyera lo que decía con ardor apasionado, en frases entrecortadas. La cortina de seda roja tembló ligeramente, onduló su cuerpo de largas líneas, vestido de espumilla blanca y encajes, y Elisa penetró en la antesala en donde todos estaban reunidos.

En ese momento llegaba el doctor Ortíz, con som-

brero de pelo pasado de moda y levitón flotante; Elisa no se fijó en semejantes detalles, pero los jóvenes, en particular Javier y Julio, cambiaron rápidas miradas, nacidas de comprensión incompleta de la vida, de excesivo afán de elegancia, de un prejuicio errado de jóvenes—no penetraban en las almas, se detenían en la superficie, en el corte del traje, en la corbata. Elisa era otra cosa; les miró, sorprendiendo su pensamiento y les encontró pequeños—eso le produjo leve matiz de doloroso desencanto.

El doctor, á su vez, interceptaba al pasar, la sonrisa irónica de los muchachos elegantes, y veía el gesto, casi imperceptible, de Elisa con esa gratitud de las almas sinceras y llanas. Nunca dejaba de penetrar en el salón de Orbegoso sin experimentar la misma respetuosa deferencia de la primera vez que había contemplado aquella pieza de cortinajes de brocato celeste y "paneaux" de seda en las murallas, con el espejo altísimo que se alzaba sobre la chimenea, y los candelabros de bronce que representaban niños subiendo á un tronco de vid de doce luces. El reloj del centro era de Amores que se enlazaban y se perseguían. Ahí le agradaba contemplar su imagen reflejada en el espejo, y luego pasear las miradas por la mesa de boule, con porcelanas de Sajonia. Hasta la copia de la Virgen de Murillo colocada sobre el sofá, había llegado á serle familiar. Y de todo aquello se desprendía para él un sentimiento de tradición que le abrumaba, haciéndole verse inferior en posición social. Por eso, las burlas de los jóvenes le herían dolorosamente, en parte sensible. En la vida se habla tanto con las palabras como en el silencio de las actitudes. Existe lenguaje de silencio en el cual las almas se comunican sin palabras, con mímica imperceptible casi; se adivinan, se compenentran. De suceso baladí, sin importancia alguna, resultan enemistades mortales á veces; no se han pronunciado palabras pero se han manifestado sentimientos, se han dejado adivinar con plasticidad irrecusable. De tal escena muda, nimia, de esas que en la

vida jamás se toman en cuenta, nació hecho decisivo para la de Samuel Ortíz. Al dirigir á Elisa una mirada de gratitud silenciosa por la protección que le daba, sintió que había en ella otra mujer. Vió que su alma toda se arrodillaba delante de esa nueva y radiante visión—la sintió enteramente dueña de él. Su voluntad decaía y se entregaba, experimentaba la dulzura de darse, de darse toda entera y sin reservas. Y continuaba mirándola como algo lejano é inaccesible en la región de los dioses, allá entre las nubes, como suprema elegancia y belleza ideal; más fácil, más accesible le hubiera parecido una princesa sentada en trono. Y luego sintió que se ruborizaba hasta el blanco de los ojos cuando la niña le dijo con su voz llena, de soprano:—“Doctor, ¿quiere acompañarme al salón? voy á tocar el piano?”—Hablabá tranquilamente, como persona que miraba con indiferencia á los demás visitantes; Javier se mordía los labios, pero Rosales sintió más hondamente la cosa, y, sin embargo, por esas contradicciones aparentes del ser humano, desde ese punto sintió por Elisa un despertar de interés.

En el piano de cola se desgranaban las notas del “portrait” de Rubenstein, y la mano de nieve recorría el teclado con la seguridad elegante de quien lo domina en absoluto. Era una mano delgada, larga, puntiaguda en los dedos, de jestos suaves y flexibles, que ondulaba como su pensamiento y tenía expresiones elocuentes y contracciones nerviosas que pintaban, al vuelo, un sentimiento, un matiz de sentimiento, en su expresión fugaz. El perfil de Elisa se destacaba con fuerza sobre el gran espejo que cubría casi todo un costado, tenía la seguridad de líneas de una estatua griega; su mirada, al desprenderse del libro de música, para dirigir algunas palabras al joven, mostraba fulgores aterciopelados que se fundían en su sonrisa, dándole gracia propia, fuerza de atracción magnética, exclusivamente de ella, á la cual era imposible resistir cuando pedía, cuando insinuaba. En esos momentos Ortíz comprendía el por qué de

ciertas apostacías políticas y de ciertas abjuraciones morales. ¿Si ella le hubiera pedido un absurdo? ¿Acaso no lo hubiera consentido?

—“¿Qué historia de boleto, me contó, al pasar, esta mañana?” preguntó el doctor.

—“¡Ah! Se me había olvidado. Es que voy á ser pronto millonaria, estimado doctor”.

—“Mucho me alegro; y, ¿cómo será eso?”

—Me encontré en la calle un boleto de Lotería.

—“Por supuesto que se sacará la rifa”, agregó el joven con tono de profunda convicción. El boleto ha sido enviado expresamente para que lo tomara. Como dicen los pobres: “estaba escrito”. Me parece que nadie es más digna de sacarse la lotería”.

—“Doctor, no me haga perder el buen concepto que tengo de usted, diciéndome galanterías vulgares.” Fíjese que yo no soy como el mundo, agregó, con sonrisa que no se sabía si era de orgullo ó de picardía. Y sin más, desgranó las notas de una romanza de Gounod.

—“Es verdad, amiga mía, que usted es una criatura de excepción”, murmuró el doctor. Y lo dijo con tan profunda y sincera buena fe que á ella le resultó cómica y soltó la risa; pero en el fondo se sentía profundamente alhajada por el homenaje involuntario de aquel hombre á quien consideraba bueno y sincero, si bien de especie de tal manera inferior á ella en condición social, que no le hubiera cabido en lo posible que pensara en hacerle la corte.

En el salón vecino se notaba cierto ruído de conversaciones como de visitas que llegaban. Eran dos señoras jóvenes: Carmela Portal y Anita Escobedo, casadas ambas con dos caballeros del mismo nombre de Matson, apellido inglés muy conocido en el alto comercio de Valparaíso. Aún cuando sus maridos no eran parientes, esa coincidencia fortuita del nombre había conducido acercamiento que había concluído por amistad íntima. Ambas eran muy hermosas, real y poderosamente bellas, pero con distinta especie de bellezas; la una rubia,

morena la otra. Carmela Portal, tenía la delicadeza vapórosa de las antiguas pinturas de Wateau, con su nariz finísima, su rostro bien delineado, su talle admirable de finura, y cierta expresión de displicencia que le daba entonación exquisitamente aristocrática; sus labios delgados, apenas se movían para sonreír—y su sonrisa parecía salir del fondo de la pupila dorada con fulgores ligeramente verdes. Se veía en ella como la resurrección de alguna antigua belleza de raza, algo de antiguo retrato, de vieja marquesa. Era belleza espiritual más que belleza sensual. Y tenía un arte exquisito para saludar, para recibir, para arreglar su mesa en día de recepción ó de comida; sabía dar á cada uno la palabra conveniente, la sonrisa amable, distinguiendo con infinitos matices que hubieran hecho su fortuna en cortes europeas de antaño, situaciones y personas. Sabía ser amable; había nacido para ser amable, para decir en sociedad esas naderías que tienen tanta importancia según el tono en que se dicen y la manera de decir las. Añádase á esto sentimiento exquisito de la elegancia y de sus diversos matices, así en la manera de vestir como en la de saludar y de sentarse, de alargar su mano suave y fría como quien hace halago, homenaje ó servicio, según fuera la persona á quien se dirigía. Su marido, don Elías Walters, era de los políticos que más habían figurado en los últimos años como firmes pilares del Gobierno; hasta ese momento había sido bastante mal mirado por los círculos opositores que le atacaban con la violencia empleada entonces en la política chilena. Pero á semejantes ataques se mezclaba siempre un poco de miel—no acertaban á comprender los enemigos del Gobierno que le apoyase decididamente hombre de ilustres antecedentes, de fortuna y posición social. Estaba bien que los advenedizos medraran á su sombra, pero no los personajes como Walters. ¿Qué se dejaba para los aventureros, los cursis y los pícaros que medraban á la sombra de los contratos y de las granjerías de Gobierno? Precisamente por aquellos días se pro-

dujo choque entre el Presidente y Walters, que ocupaba la cartera de Justicia en el Gabinete, con lo cual éste se retiró, en medio del júbilo de la oposición que veía formarse el vacío en torno del Jefe del Estado. Conservadores y radicales hacían oposición infatigable al Gobierno, celebraban meetings, publicaban terribles artículos en la prensa y movían la opinión y la sociedad con entusiasmo ardiente. En casa de Orbegoso todos eran opositores y se consideraba como cosa de buen tono el serlo. La señora de Walters atravesaba pues, por la hora halagüeña de popularidad que en esos instantes rodeaba á su marido, en quien se veía esperanza y refuerzo inesperado. Penetró al salón con paso de vencedora, la sonrisa en los labios, la frente alta, recibiendo homenajes á los cuales se hallaba acostumbrada por su gran posición, por su belleza, por su fortuna y por la situación política de su marido.

Mientras tanto, don Santos y don Evaristo ayudaban á Walters á quitarse el abrigo, con gran ceremonia.

—“Todos estamos de plácemes, señor Walters, por su actitud tan enérgica y tan activa en su choque con el Presidente, dijo don Santos”. Bien, muy bien, así se portan los caballeros como usted; que aprendan los lacayos de la Moneda”. Tal era el lenguaje de la época.

—“Lo felicito Walters; eso es de hombre—que se queden solos esos pelagatos, “agregó don Evaristo, con desprecio”; el mandarín se ve abandonado por toda la gente de prestigio—sólo se va á quedar con el medio pelo”.

El ex-ministro estornudó, se sonó ruidosamente y replicó con la mayor cachaza, sonriendo: —“Ustedes están equivocados, señores; yo no he peleado con S. E. Simplemente hemos tenido pequeñas divergencias de detalles, y como yo estaba cansado con los tres años de ministerio, y había descuidado mis negocios por la política, aproveché la ocasión de darme una largona. Soy hombre de carne y hueso y necesito darme vacaciones como todo el mundo.” Diciendo eso volvió á sonreír y á estornudar.

Era político á la chilena, con mucha recámara; no quería quedar mal con el Presidente, seguro de que al menor apuro volverían á llamarle, y esta vez para el Ministerio de lo Interior. Al mismo tiempo, le convenía quedar bien con la oposición que en esos instantes le aplaudía desafortadamente, poniendo por los cuernos de la luna su desinterés y la firmeza de su carácter. Días antes afirmaba un diario, "El Clarín" que ninguna persona decente apoyaría ese Gobierno de sátrapas; al presentar su renuncia Walters, dijo editorialmente que el último caballero amigo de la administración la abandonaba. En el club le destaparon champagne cuando se presentó de nuevo.

Carmela Portal contaría entonces treinta y cinco años, y llevaba siempre en pos de sí un séquito de admiradores y de amigos que la seguían por su gracia de buen tono, su aureola de aristocrática belleza, la posición de su marido, el prestigio de su familia, su fortuna. Entre los que la escoltaban en ese momento iba Pepe Gallter, uno de los tipos más elegantes y más completamente santiaguinos de aquella hora. Gallter era natural de Suecia, y había venido á Chile años atrás, con motivo de la instalación de una fábrica de conservas. Todo parecía menos hombre de negocios: su especialidad era la elegancia, su culto el buen tono, su Biblia la moda. Ningún hombre en Santiago se vestía como él; el corte de su levita, la blancura irreprochable de sus pecheras, el matiz de sus corbatas, el puño de su bastón, el tono de sus guantes y de sus polainas, la forma de sus cuellos, sus sobretodos, sus sombreros eran materia de estudio especial que constituía el afán de su existencia entera.

Al verle pasar en su victoria. arrebujadas las piernas en la manta de paño; con la orquídea en el ojal, los guantes gris perla frescos, el sombrero de copa reluciente y á la última moda, la levita ceñida al cuerpo como que usaba corsé, un alfiler de perlas prendido en la corbata, el monóculo fijo en el ojo izquierdo, producía la ilusión de un figurín. En sus maneras jamás

abandonaba la frialdad sajona, la más acabada cortesía y atención constante para con las personas que como Carmela Portal ocupaban elevada situación en la vida mundana. Gallter, á pesar de todos los trabajos que se daba para ser el hombre más elegante de Santiago, no era persona que contara en materia sentimental ó amorosa; por el contrario, apenas si figuraba como simple corista, como personaje atento, insinuante, fino, de tono, figura decorativa de primer orden. Y como no presentaba peligro alguno, los maridos lo veían con agrado y las mujeres le recibían como auxiliar precioso en los salones, en calidad de acompañante de fiestas, como bambalina de sus representaciones sociales, como accesorio de valor subido. Ayudaba á la "mise-en-scene" de igual manera que las lámparas encendidas sobre las mesas, con pantallas de colores y encajes, ó los vasos de metal con helechos. Además era hombre agradable y culto, de conversación amena, de gustos artísticos, que sabía tratar de cuadros y porcelanas, de modas y de novelas, de chismografía social, y de "lo que se dice de nuevo". Cultivaba sus relaciones con esmero, y sacaba de ellas partido precioso; pertenecía á la categoría de los hombres que saben sacar todo el provecho posible de sus amistades mundanas, de los que jamás dan comida ó invitan á un amigo sino con la esperanza de sacar algún negocio lucrativo, algún beneficio neto. Y saben cultivar la copa, el cigarro ó el amigo como un prestidigitador su juego de cartas. Por eso se le veía siempre en el Club, conversando con millonarios, con extranjeros que colocaban capitales, con políticos influyentes, con hombres de posición social que dieran fiestas, con ingenieros ó personas que le procurasen datos de negocios. Muy correcto, muy atento, muy fino con las personas de su círculo, á las que no pertenecían á él les daba dos dedos de mano enguantada.

—"Señora, nos hemos pasado," dijo á doña Magdalena García, al tomarle la mano que besó respetuosa-

mente á la antigua; “nos hemos pasado á la oposici3n”, agregó en tono de broma, aludiendo á la renuncia de Walters.

—“Bienvenidos sean”, replicó doña Encarnación, su hermana. “Los trataremos como al hijo pródigo, haciendo matar el mejor de los corderos y dándoles el buen sitio de la mesa y del hogar.

—“Por favor, no hablen del hijo pródigo”, interrumpió Gallter,” con eso me hacen recordar un cuadro muy malo que hay en casa de las Bunsen; creo que no incita mucho al arrepentimiento.”

—“Y sin embargo, deben haberlo colocado ahí con alguna intención”, observó Carmela, aludiendo á cierta conocida historia de una de esas damas.

—“No sean murmuradores”, interrumpió Anita Escobedo, la acompañante de Carmela Portal. “Si son muy devotas, las veo todos los días en misa y comulgan los Domingos”, agregó, dejando caer una mirada suave de sus ojos verdes y húmedos de fulgor admirable.

—“Eso es, le dan sus huesos á Dios después de haberle dado la carne al diablo”, murmuró Javier.

—“No lo creo”, agregó Gallter con una sonrisa; “al diablo no podía gustarle.”

Todos rieron porque la dama Bunsen, del cuento, á pesar de sus distracciones era bastante fea, si bien muy elegante.

La figura delgada y el talle esbelto de Gallter aparecían en el marco de una puerta, con sus características: la línea oscura del traje, las polainas que blanqueaban en los pies y la flor en el ojal,—una hermosa gardenia;—los bigotes retorcidos, el pelo brillante y liso, en grandes ondas, los ojos azules que brillaban tras del monóculo, la raya del pantalón muy señalada, la sonrisa en los labios como en actitud de retratarse. Tenía algo del galán joven de la comedia moderna y algo de figurín. Presentábase como la corrección en persona, y muchos le admiraban, tomándole por modelo de elegancia. Era persona de cortesía perfecta y de finos mo-

dales, pues había frecuentado siempre la mejor sociedad en todas partes. Se notaba, con todo, en Gallter, falta de soltura en los modales, indefinible afectación, algo imperceptible casi, á no ser para los ojos de los iniciados, que revelaba la falta de raza, la prisa del advenedizo que se cree llegado, interés en conquistarse el beneplácito de mujeres bonitas ó de personajes de valía.

Gallter atravesó el saloncillo con paso de baile, corto, elegante, medido, y ademán de quien teme se formen arrugas en la impecable levita: era lo contrario de Kam-Hill, el actor que se daba vueltas de carnero y saltos mortales en el "Cirque d'Été", de París, sin que se le formara ni un sólo pliegue en su elegantísimo traje de frac, ni se moviera su corbata blanca. Se dirigió á Elisa cogiéndola cortesmente la mano, que besó con respeto, en su afectación de maneras europeas, lo cual constituía una de sus debilidades agradables.

—“Amiga mía, ¿con que me oculta Ud. sus secretos y yo tengo que adivinarlos?”

—“Si no tengo ninguno...”

—“Eso sí que está bueno.—Ya se está olvidando de los mandamientos de la ley de Dios.—El quinto, Ud. ha faltado al quinto...”

—“Si yo no he muerto á nadie, Gallter.”

—“Me equivoco... el sexto...”

—“Comendador, que te pierdes”, rectificó muy oportunamente Carmela Portal; “el mandamiento que Ud. busca es el octavo: “no levantar falso testimonio ni mentir”. Ud. olvida su catecismo, amigo mío.”

—“Eso es, precisamente”, agregó Gallter con bastante aplomo y exagerando bastante su acento extranjero, cosa que solía hacer cuando se sentía embarazado. “Eso es: No levantar falso testimonio ni mentir.”

—“Yo no he levantado falso testimonio ni he mentido”, dijo Elisa. “En cambio queda en limpio que Ud. ignora los mandamientos, Gallter.”

—“Es que los practico tan poco...”

—“Vamos, Elisa, no saque el cuerpo. ¿Por qué no me había dicho que tenía por ahí su adorador fervoroso?”

La joven temió de que Gallter fuera á embromarla con Javier Aldana.

—“Veo debajo del agua”, agregó Gallter. “He descubierto que está locamente enamorado de Ud...”

—“¿Quién?” preguntó Elisa á media voz.

—“Su tío... Hernando García”, replicó Gallter.

Elisa quedó estupefacta; la noticia le caía como bomba. Desde hacía tiempo, sin embargo, había notado gran solicitud en su tío; pero como éste la había tratado siempre de manera afectuosa y con gran cariño, no había dado importancia al caso. Notaba, sí, que solía tomar actitud romántica y entonaciones confidenciales cuando se dirigía á ella; había percibido ciertos destellos de luz en su pupila, un quebrantamiento de la voluntad, un embelesamiento al contemplarla. Todo eso no era cosa ordinaria en su tío. También le había llamado la atención cierta insistencia de su tía Encarnación en hablar de los hombres de provecho. Ahora caía en cuenta por qué soltaba frases como ésta: “Las niñas del día se vuelven locas por el primer muchacho de buena cara que encuentran al pasar en su camino, y ni siquiera miran á los hombres formados, de posición, de fortuna, de familia con quienes pudieran casarse tan sólo con decir dos ó tres palabras, no más.” De repente, muchas cosas que habían pasado desapercibidas para ella, se hicieron claras; fué como una especie de visión retrospectiva que iluminara su vida pasada en ciertos oscuros rincones. Su memoria resucitaba frases y situaciones que para ella no habían tenido sentido alguno, y se presentó, por primera vez, á su conciencia un problema nuevo, suscitado por una simple broma de Gallter, al pasar. Elisa lo formulaba de manera cruel y precisa: tenía ella el derecho de permitir que sus padres se sacrificaran como lo habían hecho hasta ese momento. Don Santos Orbegoso, entregado á la

modesta situación de empleado público, solamente por ella y para ella? A pesar de la pérdida de su fortuna, Elisa se había mantenido en situación brillante. Era verdad que su tía Encarnación, muy rica, mantenía el lujo tradicional de la familia, el coche, el palco en el teatro, las fiestas y bailes de invierno—clásicos en Santiago por su esplendor; la tía—extraña mezcla de generosidad y de miseria, que derrochaba el dinero en las grandes ocasiones en que se trataba del lustre del nombre y que encargaba á Europa los más caros trajes de Paquin y de Doucet para su sobrina—no vacilaba en pelear con el tapicero por cuenta que juzgaba exagerada. Pero don Santos era, en su pobreza, tipo de gran señor; aceptaba vivir en compañía de su cuñada, pero contribuyendo á los gastos de la casa, en la medida de sus fuerzas, y la carga resultaba pesada para él. Elisa no ignoraba nada de lo que pasaba á su alrededor: vivía en medio de lujo refinado, sabía era menester de sacrificios para mantenerlo y sin embargo, no podía evitarlo. Su tía se habría sentido con ella si no se hubiera puesto los trajes recién llegados de Europa—cuando tardaba en hacerlo estaba visiblemente inquieta, como sentida, como desairada. No tenía hijos y todo su orgullo se había concentrado en los triunfos sociales de la sobrina. Elisa experimentaba la zozobra del lujo obligatorio—sintiendo que no le era dable desprenderse de él y que con eso imponía sacrificios á sus padres. Por eso, la broma de Gallter había caído sobre ella como bomba, dándole á conocer, de golpe, el pensamiento íntimo de su tía Encarnación y acaso el de su propia madre. Les agradaba la idea de que pudiera casarse con su tío Hernando, ya rico, dueño de gran fundo, y que tenía hermosa “garçoniere” á la moderna, en la cual vivía solo, desde hacía tiempo, gozando de su libertad de solterón. Comía con frecuencia en casa de ellas. Hernando había sido para Elisa algo como hermano; muchas veces se había puesto sombreros encargados por él, á París. En más de una ocasión, le ha-

bía pedido una pulsera para regalar á sus amigas en el día de su santo, ó la satisfacción de algún capricho insignificante. Ahora, de súbito, se sorprendía ruborizándose de lo que había hecho y que le parecía como abuso de confianza, como desenvoltura indigna de mujer delicada.

Sonriendo, en apariencia indiferente, sentóse al piano tocando con acorde rápido, el comienzo de una mazurca de Goddard, para disimular con eso; y en realidad los acordes parecía que libertaran su cerebro, devolviéndole junto con su libertad la posesión de sí misma. La voz de Samuel Ortíz vino á sacarla de su turbación.

—“Deseo saber qué historia es esa del boleto de lotería de que me habló hace un momento. Cuénteme algunos detalles.”

—“¡Ah! se me olvidaba, doctor. Figúrese que al salir de casa me hallé un boleto de lotería. Ha de saber que hace un año, una señora dejó en su testamento al Asilo de la Infancia una propiedad en la calle del Puente, con la condición de que fuera rifada y su producto entregado á ese objeto de beneficencia. Figúrese que se trata de una casa bastante buena que acaso valdrá cien mil pesos.

Al ver el boleto me pareció que Dios me lo enviaba. Y si me saco el premio, como Ud. me lo anunciaba hace un momento, cuando comenzaba á referirle el caso, talvez cometa alguna locura, como se lo dije...”

“Vea, tanto gusto voy á tener, que hasta pienso casarme...” y como sorprendida y turbada de lo que acababa de decir, agregó la joven: “Y con Ud., doctor.”

Era aquella una simple broma, algo dicho al pasar, y sin intención alguna, ni ánimo de coqueteo, pero produjo con esa frase una impresión extraordinaria en el ánimo del doctor. Por primera vez se abrió ante sus ojos una perspectiva inesperada; hasta entonces era tal la distancia que á sus ojos le separaba de la joven que jamás hubiera osado poner en ella la vista. Le parecía dema-

siado alta y demasiado lejos, comprendía la fuerza de las preocupaciones aristocráticas en nuestra sociedad, recién salida de la atmósfera de antigua colonia. ¿Quién era él, Samuel Ortíz, pobre médico sin clientela, llegado de obscuro rincón de provincia, sin nombre conocido, ni fortuna, ni relaciones sociales, para pretender á una de las jóvenes más elegantes y encumbradas de Santiago?

Tales reflexiones le fluían naturalmente al ánimo, sin que llegara á quebraderos de cabeza para darse á sí mismo la respuesta. Y por eso jamás había pretendido cortejar á la joven. Pero la frase escuchada en aquel instante, el tono que creían sentir en ella y que un súbito deseo le pintaba, fueron suficientemente poderosos para dar al traste con sus razonables pensamientos lanzándole por camino inesperado, abriéndole horizontes nuevos, haciéndole concebir esperanzas que poco antes acaso le hubieran parecido locuras. “Hasta pensaría en casarme... ¿y por qué no habría de ser con Ud., doctor?”

Javier Aldana se acercaba á su turno á Elisa, con el aire indiferente y jovial que le caracterizaba; sonreía, pero había en sus ojos ligero fulgor que no se sabía si era de resentimiento ó de cariño. El doctor se retiró; quería separarse de la joven al són de la última y deliciosa frase, para conservar por más tiempo su armonía en el alma, para deleitarse en ella, para grabarla en fondo íntimo y no sospechado hasta entonces—en el relicario de los secretos amores.

—“Elisa, que mal me trata; soy para Ud. el último de los hombres... hasta prefiere al doctor...”

—“¿Y por qué nó? amigo mío; es una excelente persona, hombre de bien, trabajador, honrado, bueno, serio...”

—“Y además, porque la adora...”

—“¿Sabe que no me había fijado?” le contestó Elisa, con tono tal de sinceridad y de indiferencia que Javier no pudo dejar de sonreírse. Era que ella le inspiraba

fe absoluta, la creía la verdad misma, la sinceridad en persona. Aún cuando joven y pesimista teórico, ya la vida comenzaba á mostrársele en forma tal que las traiciones, las falsías, las ingratitudes, la deslealtad, le parecían cosa corriente en la existencia social. ¡Cuántos amigos y cuántas amigas que le estrechaban afectuosamente la mano iban momentos después con algún chisme, á donde pudieran perjudicarle; cuántos le habían pedido dinero prestado, le habían ayudado á derrochar su escaso patrimonio y luego le pintaban como el último de los perdidos en casas cuya opinión le importaba; cuántos le habían quitado de entre las manos algún negocio del cual les hablara confiadamente! Por eso sentía en sí admiración profunda, sincera fe, inmensa é ilimitada confianza en la verdad del alma de Elisa. Era mujer que no podía mentir, que no mentiría jamás. La cadena de fe penetra en las almas y se adueña de ellas de manera absoluta.

Esto acontece especialmente dentro de las almas que han sido rudamente probadas en la vida. Se había acercado con ligero destello de celos, mas al oír las primeras palabras de Elisa, los había visto desaparecer como nubes de verano y sentía placer íntimo en decirse: "Elisa es toda hecha de verdad, es completamente distinta del resto de las mujeres."

—“Ud. sabe que yo la quiero hasta el dolor... ¿por qué me trata con tanta dureza?”

—“He sido más benévola de lo que Ud. se figura. Ud. es joven de reputación abominable; en casa todos le miran mal, á excepción de mi hermano que le quiere, sin tomarle muy á lo serio, pues en el fondo estoy segura de que le consideraría un marido detestable. Su conducta, amigo mío, no puede ser peor de lo que es, y si en realidad me quisiera, como dice, la cambiaría.”

—“Elisa, Ud. talvez no me creerá, pero voy á mostrarle sinceramente lo que siento y lo que soy. A Ud. la quiero con toda mi alma, como ya más no puede ser. Pero más de una vez siento la ansiedad de mi porvenir

tan absolutamente incierto y obscuro, el desdén con que Ud. me mira, la amargura de su indiferencia, el vacío de mi pobreza. He nacido poeta, para la vida del amor y del ensueño, soy amigo por naturaleza del trabajo, y cuando pienso que Ud. es para mí un imposible, más la quiero y más la deseo; habríamos podido ser tan felices si Ud. me hubiese querido... Le confieso que me he perdido más de una vez para consolarme... y de lo demás yo no respondo. Ha sido la consecuencia de un estado de ánimo que me lleva á la desesperación. Si no bebiera, creo que me mataría. En el fondo mi gran delito es adorarla y ser pobre."

Elisa inclinó la cabeza; todas las mujeres han escuchado alguna vez en su vida esa misma frase de efecto mágico y seguro, que hiere siempre las mismas fibras delicadas y sentimentales, que despierta el ansia de lo imposible, que muestra en el desierto el miraje del amor, el oasis con sus palmeras y sus fuentes murmuradoras y frescas. Y así como en el alma de Samuel se había levantado una ola con movimientos de mar interior, así en el alma de la joven se levantaban oleajes con aquellas palabras que borraban hechos... la adoraba... era pobre... había caído en el vicio por ella. Y ella caía en la tentación de redimirlo, de rescatarlo ante sí mismo y ante el mundo, idea peligrosa y propia de personas ignorantes de las secretas corrientes de la vida, que llevan, sin que lo sospechemos, á ciertos abismos ignorados.

En la antesala se había formado un grupo en el cual todos hablaban á la vez. Se trataba de política, tema obligado en Chile de las conversaciones de los hombres, y que por aquellos días pasaba también á las de las mujeres, sustituyendo el ya un tanto manoseado de las enfermedades y de las sirvientas, que, junto con las reservas de la chismografía escandalosa, constituye la fuente de la vida social nuestra. Es que las costumbres no se modifican en un día; la era colonial había impreso su sello demasiado religioso y ajeno á la vida intelectual moderna en el ánimo de las mujeres pa-

ra que fuera posible, en el espacio de breves años, imbuirlas en ideas y darles gustos de cosas á las cuales habían permanecido, hasta entonces ajenas. Pero la política comenzaba á invadir el hogar. La prensa, absolutamente libre, desmedidamente libre, en un país dominado por el exceso de autoridad de los Gobiernos, comenzaba su propaganda con tendencias revolucionarias, en 1885. El clero se creía herido por las leyes de matrimonio civil y de cementerios, recién dictadas entonces. Y si por una parte los conservadores combatían con furia creciente al Gobierno, por las cuestiones religiosas, por la otra los radicales también le atacaban, acusándole de intervenir, imponiendo candidaturas oficiales á la Presidencia de la República.

—“Ay, cuánto me alegro, hijita, decía doña Magdalena García á Carmela Portal, “cuánto me alegro de que tu marido no figure entre los lacayos que apoyan al Gobierno. Un caballero como él, no puede entenderse con gente de tan baja estofa, sin dignidad, que sólo sirve al Ministerio por los empleos públicos, y por las pitanzas que se cosechan con eso; un hombre como él no podía emporcarse así no más.”

—“Es claro; sólo los “siúticos” apoyan al Gobierno”, agregó doña Micaela con su voz de pito.

Carmela guardó silencio con diplomacia, pues sabía que el Presidente podía verse obligado á llamar á su marido al poder. A pesar de todo, y de la buena cara que ponía, no dejaba de molestarla aquella eterna cantinela de que se valía la oposición para explotar ese “snobismo” de los verdaderos cursis: “Los caballeros, la gente bien nacida no apoyaba al Gobierno.” La vieja aristocracia hacía resonar bien fuerte sus pergaminos y sus viejas espuelas para que todos los advenedizos, los enriquecidos de última hora, los luchadores por la sociedad enconetada, se apresuraran á reforzarla.

Carmela protestó:

—“Usted exagera, miseá Magdalena; no hay tal; en todos los partidos figuran caballeros y “siúticos”, así co-

mo en todos hay hombres honrados y hay logrereros.”

—“Eso nó,” interrumpió precipitadamente doña Juliana. “Ayer, no más, decía Fray Pacomio en su sermón, que solamente los logrereros sin conciencia podían apoyar un gobierno de masones como el actual... una gente sin Dios ni ley. Las persecuciones han comenzado, es menester que los buenos cristianos vayamos preparándonos para ir á las catacumbas” agregó con los ojos brillantes de entusiasmo.

Las demás señoras asintieron, abanicándose lentamente y con visible satisfacción; todas estaban dispuestas á morir por la fe, querían figurar entre los cruzados de la causa. Sentíanse tocadas de exaltación mística.

Anita Escobedo trató de ayudar á su amiga:

—“No sean tan exaltadas; la moderación es indispensable para tratar de cuestiones políticas. Hay también muchos caballeros entre los liberales. Ahí tienen ustedes, sin ir más lejos, á don Tulio Fernández, descendiente nada menos que de los condes de Sierra Bella...”

Pero la exaltación política era tal que bastó con que saliera un sólo nombre á discutir la tésis que daban por sentada las damas, para que cerraran los ojos y declararan varias de entre ellas, que don Tulio nó era sino un simple “siútico” y que el título de conde, al fin y al cabo, no era sino título comprado como los títulos que suelen concederse en Portugal y ciertas condecoraciones de las cuales se hace comercio fácil en varios países. Doña Juliana García aprovechó la ocasión para referir unas cuantas historias en las cuales trataba de dejar mal parado á don Tulio, que en realidad, no tenía más pecado que ser partidario del Gobierno.

—“A ver, cítlenme otro para remedio”, agregó la Micaela muy sulfurada. “Al gobierno ni siquiera lo apoya un sólo liberal “honrado”, ni uno solo; para muestra, basta con un botón: Sólo con nombrar á José Francisco Vergara, Pancho Puelma, Amunátegui, Augusto Matte, todos los cuales figuran entre los más decididos

opositores. En cambio los pijes son todos partidarios del Presidente. . . .”

—“Para sacar empleo y robar á manos llenas. . . una siente verdadero asco al nombrar á esa gente. . . señor, ¡qué pillos! . . . y á veces se convierten en bandidos. . . ¿quién no recuerda las matanzas de la Cañadilla, en donde los soldados sableaban á la gente indefensa?”

La nota de indignación cundía; las señoras se incitaban las unas á las otras, se aplaudían, se calentaban mutuamente en el santo fuego de la causa. Y lo mismo comenzaba á verse en todos los hogares de Santiago, pues era un movimiento político al cual permanecía extraño el resto del país.

Se habían dado la mano los grupos dirigentes de la vasta oligarquía, y todos á una, radicales y conservadores, liberales y nacionales, atacaban, llenos de indignación, las infamias del Gobierno, se sentían puros, de almas blancas y regeneradoras, incapaces de fraudes electorales ni de incorrecciones administrativas. La prensa encendía la hoguera con oleadas de santa indignación; se hablaba de acabar con el personalismo y el autoritarismo, implantando el parlamentarismo, que sería el “istmo” salvador, mediante el cual tendríamos el gobierno de la opinión ilustrada con el sufragio universal.

Mientras las señoras se indignaban, se oyó en la pieza vecina un gran estrépito—precursor de la revolución que se incubaba.—Era una pirámide de sombreros de pelo que se venía al suelo, derribando las copas y los vasos de una bandeja.

—“Esos malditos chiquillos” . . . apuesto á que son ellos. . . esto dá grima” exclamó doña Magdalena.

Se oyó el portaso dado por Micha y Caco, que arrancaban despavoridos al ver el desastre de su torre de sombreros; detrás del sofá alcanzaban á divisarse la punta de un zapatito gastado, era el de Pepe que se había escondido.

CAPÍTULO IV

Acababan de comer en casa de los García del Valle. Todos se habían reunido en la galería vidriada del segundo patio, que tomaba forma de bow-window, dejando en su centro un espacioso cuarto cerrado de vidrios, con vista al hermoso patio del jardín. Los muebles eran de estilo Imperio, de caoba, tradicionales en la familia, con hermosos tallados y bronces; sólo el tapiz de color de rosa vieja, era nuevo. La mesa de centro con cubierta de mármol blanco, y patas en forma de alas de quimera, tenía aspecto decorativo. Multitud de periódicos y revistas de modas la cubrían, así como una caja de costura, en la cual resonaban, de tarde en tarde, las tijeras de Elisa que cosía. Doña Micaela—ó más propiamente Micaela, como todos la llamaban en la casa—tejía unas chaquetitas para los niños pobres, que no acababa nunca de tejer y que le servían de eterna entretención. Una luz de parafina arrojaba su claridad, desde la gran lámpara con pantalla de porcelana, formando círculo blanquecino en el centro de la pieza y dejando el resto en penumbra dorada. Era cuadro de paz el de aquella familia iluminada por las medias tintas de la luz de hogar. ¿Por qué se usaba allí semejante sistema de ilu-

minación? Era una de las manías características de doña Encarnación la de emplear lámparas de parafina en aquella pieza interior, porque se gastaba menos que con el gas; era tacaña en lo pequeño y rumbosa en lo grande y visible fuera. Las tales economías formaban parte de sus pequeños placeres. Doña Magdalena que era generosa, como hija de raza hidalga en todas sus fibras, sonreía. Las cabezas aparecían inclinadas bajo la luz, las unas sobre el libro: Juliana leía el Año Cristiano sin hacer ruido, con su rostro avellanado y reseco, á la manera de cuero viejo, surcado de leves arrugas muy finas; doña Magdalena, la última novela de París, pues detestaba las españolas. A las pérdidas turbaban el silencio los rumores de tijera que cortaban un figurín; ó del canasto de costura revuelto por Elisa que cosía ó del diario cuyas hojas volvía don Santos Orbegoso.

En el rincón había un brasero de bronce muy ancho y bajo, de los de rejilla, pero se la habían quitado para poner la tetera que hervía, arrojando su leve columna de vapor desvanecida en arabescos. Era indispensable para que Miseá Encarnación tomara el mate acostumbrado. Junto al brasero se apoyaba el antiguo arcón tallado, del siglo dieciocho, en el cual se encerraban los tarros de plata del azúcar y de la hierba. El gato ronroneaba pacífico, echando un sueño, ahora que se veía libre de que los niños le tiraran la cola ó le hicieran alguna barrabasada. De tarde en tarde pasaba la Demofila—la vieja sirvienta que servía de llavera—sin hacer ruido, como una sombra viviente, con sus viejos zapatos de badana, á la antigua; sólo se sentía el rumor de las puertas que abría y cerraba á su paso.

De todo aquello se desprendía un algo de cosas viejas, de tiempos idos, de costumbres muertas que desentonaban con la vida moderna, pero que tenían su encanto, sin embargo; algo de patriarcal y de noble á un mismo tiempo. De aquellos perfiles emanaba un no sé qué de raza, la tranquilidad en el continente, el orgullo callado, la posesión de sí mismos, confianza que los adve-

nedizos ignoran por más insolentes que sean; y por sobre todo, la conciencia de vida honrada, del deber cumplido, la pureza de almas que nada tienen que reprocharse en las cosas de la existencia, en la cual han seguido siempre la línea recta, sin desviaciones en su conducta.

Acaso por todo eso, desprendíase de la estancia una atmósfera de paz que se dilataba debajo del círculo luminoso de la lámpara y que se extendía por la penumbra, en aquella hora esencialmente tranquila de la vida de familia.

—“El jueves tienen recepción donde las Heredia” murmuró Micaela.

—“¿Sí? Pues me parece raro que no nos hayan convidado todavía”.

—“Estuvo esta tarde la Manuelita, muy interesada en que Elisa no faltara.”

—“Aquí hay una receta para hacer huevo molle”, interrumpió don Evaristo Sanders agitando el diario; “escúchenla...”

Hubo luego un silencio en el cual se oía tan sólo el zumbar cantante de la tetera con agua que hervía.

—“Parece que Nena Hernández se casa”, dijo la Juliana, levantando la cabeza del Año Cristiano que leía.

—“No comprendo qué relación tenga eso con el Año Cristiano que usted lee, tía,” le observó Elisa sonriendo.

Doña Encarnación celebró la ocurrencia de la joven; siempre le agradaba cuanto decía la sobrina regalona.

—“Nena se casa muy á disgusto de su familia... el muchacho es un tuno... un perdido, sin oficio ni beneficio; hacen muy bien en recibirle mal... pero ella se ha encaprichado”, agregó miseá Juliana.

Elisa se puso á coser precipitadamente. Hubo un silencio. En la vida de familia todos se comprenden; se habla más sin palabras que con ellas. Y sin necesidad de mirarse, continuando cada cual en su tarea aparente, pensaron todos en lo mismo. El nombre de Javier Al-

clana pasó por las cabezas de las señoras como una visión de pesadilla, despertando mueca de disgusto en un rincón imperceptible de los labios, en un leve fruncir del entrecejo, en la arruga de la frente. No se murmuró su nombre, pero todos lo sintieron presente en la vida de familia, turbándola, quitando la calma, inquietando el porvenir. Las señoras tenían los conocimientos de la vida que solamente la experiencia y los años procuran, en tanto que Elisa las combatía con la coraza de sus ilusiones que la impedían ver la realidad, esa realidad tan arrastrada. En su pecho se produjo un rápido palpar, unos latidos tan fuertes que se hubieran podido oír en el silencio. Pestañeó rápidamente y no pronunció palabra; había comprendido que el silencio era su gran fuerza, que la tristeza era su arma única y segura. ¿Qué le importaba á ella lo que decían de Javier? lo conocía mejor que nadie; era ligero, calavera, pero no malo, en cuanto á eso tenía un alma de niño, se había tirado al mar en Viña para sacar á un roto que se ahogaba. ¿Qué otro caballero hubiera hecho cosa semejante? Pobre Javier, á medida que le atacaban, más le quería, porque se extremaban los ataques, y la injusticia producía sublevación de todo el ser en su alma tan recta y tan noble; llegaban hasta negarle el agua y el fuego. La verdadera razón de la guerra tan tenaz que se le hacía estribaba en que Javier carecía de bienes de fortuna, y si nó ¿por qué se recibía con tanto cariño á Julio Rosales que era rico? Elisa, con la obsesión de los que aman, no se paraba á meditar en que la razón era muy sencilla porque el otro no la pretendía á ella.

En cierto estado de intimidad se comprende, por manera intuitiva, que las palabras jamás expresan las relaciones reales que entre los seres existen; se sabe que la verdad penetra más á fondo en el silencio en el cual se hace sentir de una suerte inequívoca. La intuición de las cosas más graves, de la muerte, del amor, del destino, se agita en el extremo de hondura, en el fondo del

tondo de las almas, sin que acierten las palabras á darle consideración, por eso las almas se pesan y comprenden mejor el silencio, porque sienten la verdad de la esencia de las cosas.

Allí, en ese minuto mudo, bajo el círculo luminoso de la lámpara, con las cabezas inclinadas sobre el libro ó la labor de mano, todos se penetraban sin mirarse; se veían sentir, se tocaban por tentáculos invisibles—tan acostumbrados estaban á llegar de unas almas á otras en la comunión tierna del afecto cotidiano, de unas mismas creencias espirituales, de una misma constante elevación del sér á otras regiones más altas y lejanas. Además, cuando los seres que viven en comunidad, llegan á penetrarse, lo hacen á fondo, así como cuando se ignoran entonces, se ignoran por completo.

El afecto mayor, la más grande preocupación era, sin duda, de doña Magdalena; la madre es quien mejor siente y mejor ama. Su cabellera, que comenzaba á trocarse en cenicienta, con suaves tonalidades de seda plateada, servía de marco á una frente y á unos ojos que revelaban por destellos los padecimientos de su vida, el orgullo herido, los fracasos de fortuna, las contradicciones, el padecer continuo, el incesante preocuparse con las cosas del futuro, en cuanto á sus hijos le tocaba. Ese corazón de madre soñaba para su hija el lote que para si misma hubiera deseado, y comprendía la felicidad, no según en realidad ella—la joven—la sentía—sino como la hubiera deseado para si la propia doña Magdalena cuando joven. No acertaba á comprender que en cada ser vivo hay todo un universo que evoluciona y cambia con el medio, una nebulosa que toma consistencia según el sentir propio y el sentir ajeno, con propios impulsos y con empujes que de fuera nos viene. A medida que las varias luces nos hacen ver los horizontes diversos, se modifica la idea que de la felicidad llegamos á formarnos. De aquí tomaba ocasión la madre para desear á su hija las felicidades que para sí concebía treinta años antes. Véjala de señora de una grande y rica heredad, de

X

un fundo á la antigua, de dos mil ó más cuabras regadas, ejerciendo el dominio á la manera feudal, socorriendo á los pobres, en tanto que los vecinos reunidos á su mesa le rendían pleito homenaje como á la "señora". Veíala recorriendo á caballo las dilatadas alamedas de su predio interminable, cruzando por esteros que nacían y morían allí; ó bien visitando la lechería de seiscientas vacas, los prados poblados de animales, las serranías de las crianzas que no se contaban, los inmensos potreros sembrados de trigo ó cebada, de donde volvían las carretas crujiendo con la carga de mieses, arrastradas por cuatro yuntas. Veía á su hija viviendo en palacio propio, poblado de maravillas traídas de algún viaje á Europa; hermosísimos cuadros, estátuas, cortinajes, tapices de India ó de Oriente, muebles ingleses. Contemplábala recostada en su victoria—la mejor de Santiago—arrastrada por tronco de fina sangre, recibiendo el homenaje de aquellas que la miraron en menos cuando era pobre. Todos sus rencores, todas sus decepciones, las amarguras del callado sufrir de su vanidad herida, las ponía á la cuenta de su hija, deseándola el desquite de los sufrimientos pasados. Como el amor de la madre sea fuego que nunca deja de dar calor y luz en donde está, junto con bienes de fortuna, quería para su hija la vida del sentimiento, las satisfacciones santas del cariño en el hogar, de un amor profundo que lo completara todo, hermoseándolo con santa y dulce luz de poesía; es decir, soñaba lo imposible, quería lo inabordable, dado que todas las felicidades de la existencia no pueden beberse en copa humana. Y como el criterio dominante, el de la mayoría de la gente, hace estribar la felicidad en la posesión de bienes materiales, quería para Elisa marido que realizara por lo menos sus ideales de riqueza. Echando una mirada en torno suyo, se había presentado á sus ojos, sin quererlo, un hombre que no era joven pero que tampoco podía ser tachado de viejo; de buena figura, de porte elegante, de gran familia, y de considerable fortuna acrecentada por el propio esfuerzo y clasificado entre los buenos partidos de

Santiago. era nada menos que su hermano Hernando García; no sería la primera vez que una sobrina se casara con su tío, formando un hogar dichoso. Pero ¿y el corazón? Doña Magdalena quería dar cumplida satisfacción á los anhelos naturales de su hija; su ideal habría sido que la joven se enamorase de Hernando. Mas, desgraciadamente, las cosas no habían pasado á su entero sabor. En cambio su hija le miraba con tierno afecto.

De repente, cierto día, sus hermanas le contaron que unas amigas acababan de preguntarles si era cierto el matrimonio de Elisa con Javier Aldana, y como rechazaran la idea con gesto de desagrado, una de ellas agregó, componiéndose los pliegues del manto: —“Así me había parecido, que eso no podía ser. Javier Aldana es un muchacho tunante y descreído, que no vale dos cominos, ni trabaja en nada, ni sirve para nada. ¿Y qué importa la figurita?... Por otra parte no es gran cosa la suya—es preciso que acompañen condiciones de seriedad que ese muchacho no tiene”. Semejante conversación había trastornado el ánimo de doña Magdalena; la idea sola del matrimonio de su hija con aquel muchacho le revolvía la bilis, daba al traste con todos sus planes. No cabía en su cabeza que Elisa pudiera enamorarse de él. Y así había sucedido, sin embargo. Elisa lo quería, si no con gran fuerza de pasión de los treinta años, con el cariño discreto que ella sacaba de las fuentes de ternura de su alma; se sentía querida y por eso necesitaba querer. El amor era en ella como una extensión de su bondad—pues cada uno ama según su temperamento y su conformación moral; sin que existan en todo el universo dos amores ni dos almas iguales y perfectas.

Cuando se había hablado de “oposición” á un matrimonio, doña Magdalena había pensado en Javier Aldana—y todos habían tenido el mismo pensamiento. Elisa, á su vez, había suspirado. Tal vez no había llegado su hora en la forma definitiva en que un escritor la presenta: cada botón no florece más que una vez, cada flor no tiene más que una mirada de belleza perfecta. El as-

tro no pasa más que una vez cada noche por el meridiano—los pensamientos y los sentimientos, por igual modo, no tienen más que un instante supremo y completo. “¿Había llegado esa hora para ella?

Elisa juzgaba que sí; recogida en el sagrado y casto silencio de su alma, hecho el examen de conciencia, estaba cierta que sería feliz casándose con Javier Aldana, siempre que se corrigiese de lo que ella consideraba meros extravíos, productos de malas compañías y de ligerezas, más que de tendencias dañadas—se pintaba sola, como casi todas las mujeres, para arreglar al sabor de sus deseos las cuestiones más difíciles, con las tintas sonrosadas de su imaginación soñadora y optimista. No concebía la pasión, el amor exaltado que arrastra á la manera de torrente ó de tempestad, sino el cariño tranquilo, el sentimiento apacible y suave que constituye á la esposa y dentro de ese orden regular, tranquilo y sensato, sentíase arrastrada hacia Javier.

La tía Juliana era de esos seres que necesitan pensar fuerte, casi como para rezar—que era su más importante ocupación en la vida—necesitaba la novena en común, con su largo coro que se dilataba en una salmodia rumorosa por los vastos ámbitos de la iglesia. Por eso fué ella quien dijo, en alta voz, lo que todos callaban:

—“¿Por qué no habrá venido Hernando estos días? Maldita de Dios la gracia que me hace la nueva moda que han tomado los jóvenes solteros de vivir por su cuenta y riesgo, en casa propia, aislados de su familia, sin que puedan atenderlos en caso de enfermedad, de la cual nadie se encuentra libre. A mí me gustaría que Hernando se casara, es tan bueno, tan creyente, nunca falta á sus deberes religiosos, y además tiene sus buenos reales, y como se dice vulgarmente—lo que abunda no daña—ó más bien, miel sobre buñuelos para la muchacha feliz sobre la cual ponga sus ojos”.

La Micaela abundó en el mismo sentido respecto de su hermano:

—“Si el pobre negro tiene un corazón de oro; eso se

le echa de ver hasta en el amor por los animales. Cuando se enfermó "Julio César"—así se llamaba su perro fox terrier—él mismo lo llevó en coche donde Musiú Broquard, para que lo curara en la Quinta. Es bueno con todo el mundo y tan caritativo, así á la chita callanda, sin que nadie lo sepa. . . "

—“De manera que nuestra mano derecha ignore lo que hace la izquierda. como dice Nuestro Señor Jesucristo, agregó doña Juliana. Así se practica la caridad como Dios manda”. Y luego, para hacer resaltar la fortuna de su hermano, agregó:—“Es verdad que eso poco le cuesta, ya que se encuentra tan rico, si no sabe qué hacerse con la plata. Tiene tres fundos y la cosecha de tabaco solamente le dejó más de sesenta mil pesos, sin contar las diez mil fanegas de trigo y las doce de cebada, ni las engordas, ni la lechería que le deja un platal, ni la crianza de ovejas en Panguilemu.

—“Es un gran partido y un excelente muchacho” agregó con voz decisiva Misedá Encarnación, que como la persona más rica de la familia, gozaba entre todas de excepcional prestigio.

Doña Magdalena pensaba de igual modo que sus hermanas, como claramente lo manifestaba con su sola actitud, pero no dijo palabra. Echábase de ver que concordaba con ellas en pensamiento, mas, por un escrúpulo de su alma delicada de santa, no quería que su hija sintiese la presión de la voluntad materna, inclinándola por sendas que acaso no satisficieran las exigencias de su alma. Jamás se hubiera perdonado á sí misma la imposición de un matrimonio en el cual entrara el interés, con daño de las aspiraciones libres de su corazón de mujer, sobre todo si en ella notara algún día el vacío del sentimiento, la tristeza invencible de un alma que palpita henchida de aspiraciones insaciadas. Pero, al mismo tiempo, deseaba con vehemencia verla en posición holgada, dueña de una fortuna, con independencia propia. De su propia condición de inferioridad, tomaba ocasión para desear la suerte de su hija. Misedá Magdalena

callaba valerosamente las penas que su pobreza le había ocasionado, no tanto por obra de su familia, que siempre la consideraba, sino por la actitud que habían asumido para con ella las amigas de antaño. A pesar de las palabras y de los halagos aparentes, bien veía que no eran las mismas. La herida de orgullo, de orgullo tradicional y de raza, permanecía sangrando en ella, en el fondo remoto de su alma. Eso lo sabía Elisa, lo sentía, y trataba de mitigar tales amarguras íntimas con extremos de cariño. Una sola mirada de sus ojos puros bastaba para que se comprendiesen todo lo que nunca se decían, porque semejante confesión hubiera cuadrado mal con el temperamento de la madre y con la sensibilidad extrema de la hija. Entre tanto, allí, bajo la lámpara, los rostros iluminados por suave luz de misterio, que ponía tonos de marfil en los dedos temblorosos de la madre al volver maquinalmente las hojas de un romance francés, y suavidades aterciopeladas y frescas en el brazo de Elisa extendido para sacar una carretilla de seda del costurero; allí, bajo la lámpara, se cruzaron las miradas de ambas en una muda interrogación de la una y en un silencio de la otra. Ambas sufrían el contra golpe de las ideas generales, mas al anhelo mudo de la madre, contestaba la hija con el recogimiento en sí misma, apelotonándose como el erizo que se defiende, para que nadie penetrase en su interior, para que nadie profanara su santuario. Ella también tenía su táctica invencible: no discutía, no presentaba blanco ni resistencia aparente, pero jamás cediaba, y proseguía firme en sus propósitos, de cualesquiera índole que fuesen. La resistencia muda era táctica de prudencia y de fuerza, de habilidad y de previsión—y también de orgullo. Si la condición material de sus padres hubiera sido diversa, acaso hubiera cambiado en su actitud, entablando la lucha abiertamente, dando rienda suelta á la vehemencia que se ocultaba tras de la aparente calma engañosa de las aguas mansas. No quería discutir, para no verse obligada aparentemente á ceder, en ciertos casos, pues el fondo de su espíritu le

constituía una ansia de vivir en la verdad, de no mentir por causa alguna, ni á costa de su felicidad, ni de su fortuna ni de su honor, si llegaba alguna vez el caso.

Unos golpes dados en el vidrio con los nudillos de los dedos, le sirvieron de diversión. Era Juan que llamaba: estaba en mangas de camisa.

—“Elisa, te necesito para que me salves la vida pegándome los botones del chaleco que están á punto de saltarse. Ven que te espera tu hermano, paloma mía...”

“Si á tu ventana llega
una paloma,
cuéntale tus amores
que es mi persona...”

Madre y tías dirigieron una mirada cariñosa al muchacho regalón, tan querido de todas ellas, prontas á celebrarle cualquiera de las cosas que decía con su ordinario buen humor.

—“Con Juanito no se pasan penas”, era la frase corriente en la casa.

Juan asomó las narices:

—“¿Sabe tía Micaela que el cólera acaba de aparecer en San Felipe?”

—“¿Y á mí qué se me dá eso?”

—“Que puede venir á Santiago, y se morirá toda la gente como moscas... y lo peor es que también se morirán todos los perros y gatos, que es lo que á usted más le importa. “Julio César” corre gran peligro con esto, y también el Lautaro... no digo nada de los loros, esos van á pasar á pérdida”—agregó Juan.

Las señoras se divirtieron con las bromas del muchacho, menos la interesada, que puso cara de leona, con lo cual aumentó la diversión general.

—“Dicen que el contagio viene por el agua, trasmisora de los *baccillus*”, expuso don Santos.

—“Pues entonces el remedio es fácil y está en la mano, observó con gravedad don Evaristo, con poner

en las bocallaves del agua potable una rejilla como las que se usan de coladeras en el té, ya quedamos del otro lado”.

—“Pero, hijo, si los microbios son tan pequeños que para verlos se necesita microscopio...”

—“Yo creo que basta para defenderse, con el empleo de la destiladera”, agregó con aplomo don Evaristo, mientras don Santos sonreía y doña Encarnación se ponía como tomate de puro colorada.

A ella no le agradaban esos desentonos de su marido que opinaba de todo, convencido de que basta el sentido común, aunque se ignoren las cosas, para tratar de ellas. Además los hacendados ricos, como don Evaristo, se hallan acostumbrados á que todos se inclinen ante su parecer, convencidos como están de que el dinero acaba siempre por tener razón. “Suerte te dé Dios, que el saber de nada vale”, era el refrán que de continuo se oía en sus labios.

—“Vaya corriendo tío, á pedir privilegio exclusivo para su descubrimiento”, le gritó al través de la vidriera Juan... y agregó: “apúrate Elisa, con ese botón, que ya estoy sintiendo los primeros síntomas del cólera con lo que acabo de oírle á mi tío. Tengo una risa que me duele el estómago.

La joven salió, penetrando con paso discreto al cuarto de su hermano. Era pieza de dimensiones reducidas; pero amueblada á la moderna, al estilo inglés, y puesta con elegancia y gusto. Fuerte olor de vinagre de tocador llenaba la atmósfera. Sobre una mesa de estilo *mission* se hallaban revueltos los frascos de cristal cortado y las escobillas, los pañuelos de batista y las corbatas, en desorden. Sobre un sofá, el frac esperaba que se lo pusieran y la corbata blanca y fresca, junto á los guantes, aguardaba su turno. Mientras se arreglaba junto á un espejo de cuerpo entero, hablaba Juan, sin mirar á su hermana.

—“Tengo que pedirte un servicio, hijita. Mira, ¿tienes plata que me puedas prestar? Es por poco tiempo,

te lo advierto, sólo por unos cuantos días... un apurillo... tú comprendes. Al fin y al cabo uno no es viejo, ni ermitaño, y hay que vivir con los vivos”.

—“Tengo seiscientos pesos que me ha entregado mi papá para que pague unos vestidos á la modista, á Madame Regnard, por encargos de mamá; no sé si pueda darte algo...”

—“Tráelos no más”.

A los pocos momentos apareció la joven con un rollo de billetes que pasó á su hermano, echándolos éste á su bolsillo tranquilamente:—“Gracias, te los devolveré dentro de unos días”.

—“Espérate, respondió la joven vacilante, voy á pedirle permiso á papá”.

—“No lo hagas, por los clavos de Cristo”.

—“Entonces, devuélvemelos, porque no será para cosa buena... no sea cosa que vayas á jugar... devuélveme esa plata, no quiero ayudarte en eso”.

—“No puedo; estoy comprometido á devolver doscientos pesos á Javier Aldana, que me los prestó anoche en el bacarat del club. Y además, con algo tiene uno que andar en el bolsillo para no parecer rotos”.

Elisa enrojéció hasta la niña de los ojos. Le parecía simplemente enorme, una desvergüenza, que su hermano le pidiese dinero prestado al joven que le hacía la corte á ella.

El corazón le palpitaba fuertemente y sentía vértigos, junto con acelerado correr de la sangre por sus venas. Jamás hubiera imaginado que su hermano fuese capaz de cosa semejante, de valerse del cariño que el otro le profesaba para sacarle dinero. Aquello la repugnaba hasta darle náuseas. Y sentía la desesperación de no haber podido sujetar una acción fea que la salpicaba con su lodo, allá en la región misteriosa de los escrúpulos de su conciencia. Parecíale que su blanca túnica de armiño, ya no estaba inmaculada, que la habían vendido soezmente:

—“Eres un miserable, un villano”, dijo á su hermano

con furia; el hermoso rostro se había congestionado, despedía fuego por los ojos, en tanto que una palidez mortal sucedía al primer movimiento. “¿Acaso no sabes que ese hombre me hace la corte? Y tú te vales de tales sentimientos, para especular con ellos, pidiéndole dinero prestado”.

“Parece que no tuvieras nociones de honor, como si hubieras nacido en calle atravesada y en mala hora”.

A medida que hablaba, indignábase todavía más, exaltándose con el sonido de su propia voz. Era que á su enojo natural se unía otro sentimiento que dolorosamente la oprimía con tenazas de hierro; era un desencanto que súbitamente la invadía. Javier había jugado, faltando á su promesa de pocos días antes. Muy pronto le había pesado la cadena—y sin embargo, veía al término de su camino otra que hubiera sido para él gran promesa si la hubiera querido. No la quería, sin duda; su cariño poco le importaba, á no ser como triunfo de vanidad mundana, ya que tan pronto la arrojaba por la borda como esos barcos que todo lo tiran para correr más ligero. Javier no tenía compostura; decididamente era incorregible, por más paciencia que con él tuviera. En su imaginación ella le veía en la mesa de juego, perdiendo el dinero de sus hijos, el pan de la familia, olvidado de lo que á sí mismo se debía y de la palabra empeñada. No era hombre serio, no debía dar batalla por él contra los sentimientos de su familia entera, de su madre, de sus tías, de sus amigas, por un hombre que rodaba rápidamente por vicios que á ella le parecían espantables y tremendos, con su inocencia de joven que mira la vida como camino llano en que los buenos jamás conocen las caídas, ni las debilidades ó flaquezas. Era un desencanto que la invadía toda entera con su luz difusa de crepúsculo; deseo de alejarse del mundo, para ocultarse en un convento y buscar la única felicidad humana haciéndose monja, como aconsejaba el gran poeta. El claustro, el alejamiento de los hombres, todos falsos, traidores y malvados, sumidos en la corrupción y en los vicios.

En el centro de su voluntad de hierro forjaba la resolución de romper con Javier, de alejarse definitivamente, sin explicaciones ni palabras inútiles. Nada la ligaba á él, no existía promesa positiva de su parte, habiéndole simplemente sometido á prueba. Y, sin embargo, al formar su resolución definitiva é irrevocable—ella lo sentía—experimentaba como inmenso desgarramiento interior, un desprendimiento de algo que arrojaba de sus entrañas, la muerte de una deliciosa esperanza, de una ilusión que la había llenado tantas veces en aquel rincón íntimo que nadie conoce, en el santuario reservado en el cual celebramos nuestro culto, nuestro santo culto de amor. Elisa suspiró y las lágrimas rodaron, hilo á hilo, de su rostro, en silencio doloroso que removió hasta lo indecible á Juan.

—“Perdóname, no sabía que lo quisieras”, contestó con humildad. Y se ruborizó al pensar que tantas veces había tunanteado en compañía del pretendiente de su hermana.

Sintió la profanación de algo sagrado, como un dejo de traición, un encubrimiento y complicidad de su parte.

—“¿Juega mucho Javier?”

—“Bastante veces lo he visto tallar mesas de bacarat, fuerte y feo”.

Elisa bajó la voz:

—“Dime, esto sólo, pero la pura verdad... si me engañas no te lo perdonaré en la vida. ¿Sabes tú si tiene... querida... Javier?”

Juan calló; no se atrevía á mentir en materia tan grave, sintiendo la importancia del momento.

—“Pero, hija de Dios, si eso nada tiene de particular. Todos los hombres padecen debilidades, no hay que tirar demasiado la cuerda porque al fin se corta... y al fin y al cabo no hay hombre que no tenga... asuntos de ese género, inciuso los casados...”

Y viendo el gesto de espanto que su hermana ponía, Juanito cobró ánimo y agregó, no sin cierta vanidad de mostrar cómo conocía las intimidades del mundo...

“Por supuesto que casi todos esos señorones casados y graves que sueles ver de Ministros y Senadores toman su coche sin número y lo dejan á la puerta del Club, para seguir su camino quién sabe dónde, en otro numerado y de farol rojo, á bailar su zamacueca de *pata en quincha*”...

Elisa no le dejó concluir:—“Está bien, véte, no quiero escuchar nada más”. Hablaba en tono tranquilo, pero se le notaba esa voz blanca que uno suele escucharse en ciertas ocasiones, sin reconocerla, como si hablara un extraño. Y salió de la pieza. Juan acabó de ponerse el frac, hablando consigo mismo: “Buena la plancha que hice, señor; pero no podía figurarme que esta tonta, se hubiera aleonado con Javier, que no sirve para maldita de Dios la cosa, y que no tiene un real, ni siquiera figura, pues no es buen mozo”,—á esto se miró al espejo y quedó complacido con la comparación. “A Javier no hay por dónde tomarlo, señor, ni con pinzas; se suele dar unas *monas* que Dios, tirita. Y vive á lo gran señor, con la Fonsetti, que gasta un dineral, como anoche me dijo la Linda...”

En esto se acordó que ya debía de ser tarde, mirando su reloj, de esfera chata, para el frac. Tenía que ir al Club Invernal, á echar su manito de bacarat, hasta las once, para llegar al último acto de *Lohengrín* y acompañar á Linda á una cena que le daba en compañía de media docena de amigos y amigas... algo alegre y ligero... pero caro. *Per Baco*... las estrellas de la ópera no se regalan en los tiempos que corren.

...“*Rivedró la fioresta embalsamatta*”... entonó á media voz, mientras rociaba el pañuelo con esencia *Thermidor*, echando una gota con la tapa.

Y salió, perfumado, elegante, correcto é irreprochable, haciendo sonar las botas de charol sobre el parquet del vestíbulo.

—“Adónde vas?...”

—“Por ahí... donde cantan... en el llamado Teatro Municipal”.

—“Harías mejor en asistir á una novena”.

—No me conviene *tía* Juliana”—sabía el maldito que le desagradaba profundamente ese tratamiento—“no me conviene”, porque el padre Contreras ha predicado un sermón en defensa de la poligamia y yo no quiero perder mi moralidad.

—“Andate, perdido. . .”

—“Adiós, Magdalena”, dijo el muchacho á su madre, que le vió salir orgullosa de su porte, de su simpatía y de sus atractivos, como todas las madres.

—“Mira niño, me dicen que estás botando el dinero por la ventana”, le murmuró don Santos al oído, mientras le acompañaba por el corredor. “Apuestas, remates de caballos, comidas, cenas, de todo se habla y se comenta. Llegaron hasta preguntarme si había recibido alguna herencia”. “Si la tuviera, no trabajaría así” les contesté. Pero todo esto me deja mala espina, muchacho. Un empleado de banco, como tú, no debe meterse en esas honduras que dan tanto que pensar, y que en el mejor de los casos se prestan á comentarios no siempre halagüenos para el que los sufre: no solamente debemos ser honrados en la vida, niño, sino también debemos tratar de parecerlo. . . los antiguos hablaban del “cristal de la honra...”

—“Eso era en tiempo de las comedias de capa y espada; lo que es ahora, que hay fábrica de vidrios, no hay cuidado”.

—“No me gusta que todo lo eches á broma, que hay muchas cosas serias y problemas graves que de todas partes nos cercan á los creyentes por convicción, por tradición y por raza: esa noche pavorosa del más allá, el deber, la conciencia, la libertad humana, los misterios de la fe y las crisis de la vida. Eso no se toma en broma, amigo mío, ni sirve para jaleo. El honor. . . en él pusieron nuestros padres su espada y su vida.”

—“Papá, cuando tomas ese tono, me haces acordarme del barítono en “Traviata”, al concluir el acto segundo. El mundo marcha, y todos marchamos. Yo marchó, tú marchas, él ó ella marcha, nosotros marchamos, vosotros

marcháis, ellos marchan. Sobre todo ellas marchan... Tariririrán... tariririrón... tariririntín... tin... tarantán... tan... tan. Buenas noches, Santos”.

Y mientras el muchacho salía con el sombrero de copa echado atrás, el cache-nez de punto de seda cuidadosamente prendido, la orquídea en el ojal del levita-paltó, dejando en el aire como un rastro de su perfume favorito, el padre, educado en la antigua escuela de respeto y de humildad, en la cual el jefe de familia era considerado como semi-dios, sin que jamás el hijo se arriesgara á fumar un cigarrillo ó echar una pierna sobre otra delante de él, ni se alzara de su asiento sin pedir licencia, el padre se sentía molesto de su tolerancia. Sin duda todas las transacciones con el vivir moderno eran para mal; la escuela antigua respondía mejor á las exigencias de la moral cristiana y de la familia que de ella nace. “El vivir sin disciplina ni orden, al uso, trae consigo la falta de respeto y de moral”, pensaba entre sí don Santos, “y si á esto se agrega la disolución de la familia por la relajación de los vínculos religiosos y legales, venimos á parar á un presidio suelto”.

Resonó á lo lejos el ruido del portón al cerrarse, fuéronse perdiendo en la noche las notas del “suo genitor” de “Traviata”, y don Santos sintió en su alma la ironía del canto, sus propias debilidades al educar á sus hijos, movido del deseo de no dejarles mal recuerdo, perdida ya la fortuna. Elevó los ojos al cielo frío y sintió como un soplo de angustia que le acongojaba, como tantas otras veces; al punto hizo rodar entre sus dedos, en los bolsillos del viejo gabán pasado ya de moda, las cuentas del rosario traído por su abuelo de Tierra Santa. Y sintió dicha inefable al murmurar por el patio silencioso las palabras del Padré Nuestro, con su voz grave y triste.

CAPÍTULO V

La orquesta rompía con el estruendo de los instrumentos de bronce, al concluir del acto, en medio del ruido de las puertas de palcos al abrirse y cerrarse, de los espectadores que abandonaban sus asientos en medio de las salvas de aplausos. Se arremolinaban las pecheras blancas de los fracs, en los pasillos del centro; abanicábanse las señoras, ó cambiaban de asiento, se ponían los gemelos, se cruzaban saludos, se hacían observaciones á media voz. Dos damas conversaban en un palco de primer orden:

—“Qué bien está esta noche Elisa Orbegoso; su cuerpo es admirable, de una belleza tan pura y tan distinguida. Cualquiera diría que tiene traza de duquesa”.

—“Así es, no más; está verdaderamente en su noche, muy bien. Pero cuando no está en su noche, Dios me libre. Lo que es ahora luce un traje de Paquín, no hay más que mirarlo, como dicen las argentinas, pues lleva la marca de fábrica. Hijita, si no hay quien tenga su corte impecable, y tan sencillo. Sólo yo me digo: ¿de adónde demonios saca esta muchacha tanto lujo, pues siendo pobre su padre no debía permitirlo?”

—“Pero hijita, si todos saben que la viste su tía Encarnación, que no tiene hijos, y que la adora. La Encarnación García está muy rica, poderosa; la fortuna de San-

ders pasa de tres millones, y la fábrica de azúcar de Betarraga es casi toda suya... si ni saben qué hacerse con la plata...

—“Quién le hace la corte? ¿No tiene pretendiente?”

—“Nadie... un muchacho Aldana, elegantón y bueno para nada, tuno... una insignificancia; un doctorcito radical que anda loco—por cierto que ella ni lo mira, ni se da por entendida—jera lo que faltaba!... Dicen también está enamorado de ella su tío Hernando—ese sí que es pretendiente que valdría la pena: rico, pero de bastantes reales, caballero, elegante—su victoria es la mejor puesta de Santiago—y muy buena persona; bastante serio. No es muy simpático, pero no tiene mala figura.

... Creo que acabarán por casarse. Por otra parte la situación de Elisa es bastante delicada. Sus padres no conservan su fortuna; vivirían estrechamente si no tuvieran casa común con los Sanders y el resto de la familia que guarda lo suyo. Pero el día en que ella se case, si el novio no es del agrado de su tía, no contará ni con un céntimo—y aún así, Dios mediante. Es una criatura acostumbrada al lujo y que exige gran gasto”.

—“No creas; las niñas acostumbradas al lujo desde que nacen, son las que mejor se encaran con las dificultades de la vida. Ahí tienes á las Onelli, pobres como padres franciscanos, todas arruinadas y tan contentas y tan dignas”.

—“Eso tienen las verdaderas señoras, que saben caer con dignidad, cosa que siempre ignoran las advenedizas”.

Una de las dos damas se puso de pie, alargando á la otra la punta de sus dedos enguantados, con gesto gracioso que ponía de relieve lo delgado y fino de su brazo, de línea suavemente curva.

—“Por un minuto... voy donde las García del Valle. Hasta luego... ¿no?”

Y resonaba su voz musical con entonaciones infantiles. ¿No?

Juan salía en los momentos en que llegaba Ana á

palco de visita. Le dió la mano, y en seguida se quitó el sombrero. á la inglesa, pues las nuevas modas, desterrando la galantería de antaño, tienden á la rigidez automática de las maneras. Pero conservaba todavía un poco de las antiguas tradiciones, pues, junto con verla, se sacó la orquídea que llevaba prendida al ojal, pasándola galantemente á la hermosa dama.

—“Estará mejor sobre su pecho”.

—“Gracias”.

A su turno Anita Escobedo, desprendió una flor japonesa de largos pétalos violáceos, pasándola con la frase francesa que había oído en asaltos de esgrima:

—“*A vous l'honneur...*”

—“*Par obeissance...*” contestó Juan al recibir la flor.

Y luego, se separaron, mas, al torcer el rincón del pasillo, el muchacho volvió la cara. á tiempo que Anita la volvía, cambiándose las miradas y las sonrisas de un *flirt* fugitivo, iniciado al pasar, sin que ni uno ni otro acertara á darse cuenta. Esas llamas se encienden ó se apagan, al azar, por un capricho, por una simpatía por el súbito despertar de un alma, por leve excitación nerviosa, por el aroma de un perfume—del cual algo les queda—por el desgranarse de una nota en las armonías de una romanza de piano, por las entonaciones de una voz que murmura á nuestro oído, en el momento preciso, las palabras que el alma ensueña.

Juan suspiró, encaminándose con paso gimnástico al patio que conduce al camarín de los artistas. Es una galería estrecha, á la cual se llega alzando pesada cortina y abriendo la puerta angosta, cuidada por un portero armado de órdenes estrictas—que jamás se cumplen. El joven le saludó con un “adios, Manuel” de gran familiaridad. La mayor parte de los muchachos sacan una especie de timbre de orgullo cándido de su intimidad con los camareros de clubs y restaurants nocturnos ó con los porteros de bastidores. Al llegar al camarín de Linda, dió tres golpes con los nudillos de la mano, suavemente, murmurando á media voz:

—“*Sono io—carissima*”.

—“*Avanti*”.

La puerta del camarín se abrió, arrojando una ráfaga de luz sobre el corredor envuelto en penumbra casi fúnebre. Era el cuarto pequeño, con gran espejo al fondo, y larga y estrecha mesa cubierta de pastas y de cosméticos de toda especie, de rojos, negros y blancos, de pinceles y algodones y botes de ungüentos. Había un hermoso traje arrojado sobre el canapé, y collares de perlas falsas revueltos con platos de orquillas y alfileres, un frasco de esencia y el paño mugriento. Más allá, un abanico de papel rojo y un pañuelo de encajes de valor. Las moscas se habían paseado por aquel espejo desde la época de la fundación del Teatro, y más de una diva había dejado escrito su nombre, con diamante, en algún rincón del cristal junto con fechas cabalísticas y misteriosas. De la pieza, calentada fuertemente por el gas, se desprendía un tufo desagradable, olor á vahos humanos y aceites rancios, algo que apestaba y que hacía mirar con desagrado la gran canastilla de flores naturales, obsequio de algún admirador, colocada en punto visible.

—“¿Mi gatito *va bene*?”

—“¿Y tú, querida?”

Ella le daba las dos manos, á un tiempo, y le alargaba la frente, que el joven besó con respeto casi religioso—extremadamente cómico para un espectador avezado á la vida de las tablas y que conociera los orígenes y aventuras de la bella primadonna, tan innumerables como las estrellas del cielo ó las arenas del mar. Por cierto que le había jurado era él su primer amor, el único amor de su vida, lo que creía Juanito á pie firme y como artículo de fe—siempre la vanidad de los hombres les mueve á dar crédito á cuanto halaga su amor propio.

—“Siéntate—¿por qué no fuistes hoy á verme?”

Al pronunciar estas palabras, arrojó del sofá al suelo su vestido de lujo y un par de zapatos nuevos de charol que rodaron despidiendo reflejos, hasta caer sobre enaguas de seda y encajes:—“Ahí tienes espacio, *carino*

—siéntate en el lugar que ocupaba “Toto”, mi perrito japonés. El *poveretto* está enfermo—es una gran desgracia, para cuidarle dije que tenía influenza. Por *cuesto*, sin duda, el *direttore*, un *banditto*, me ha puesto á la multa ayer—á mí que soy buena como un cordero *pasquale*, como il *pane*. No creyó que hubiese estado enferma, porque se me perdió el certificado del médico de ciudad. Vas á ocupar el lugar de “Toto”, *carino*; es el mejor lugar en mi alma de mujer.

—“¿Y estas flores? preguntó Juan con cierto recelo.

—“Me las mandó Maliani—un amigo—no te enojés—no seas tonto, *carino*, bien sabes que te adoro solamente á tí, que eres mi vida. Linda hablaba sin darse vuelta, mirándose al espejo y pasándose por el rostro diversas especies de cosméticos y afeites. Y mientras se teñía las ojeras dijo, con disimulo, que había ido al centro á ver si lo divisaba, pasando por la joyería de Rauff.

Juan se puso de pie, y acercándose á Linda, colocó sobre la mesa un paquetito atado con cintas y envuelto en papel de seda. Era un estuche de joyería de regulares dimensiones. “Te traía este pequeño recuerdo que en la mañana justamente compré para tí.”

La cantante arrojó los instrumentos que tenía entre manos, se limpió la punta de los dedos en una palangana llena de agua, y abrió el estuche. Fulgor intenso parecía desprenderse de un magnífico “Pendentif” de brillantes y perlas. Eran luces puras que se desgranaban sobre la candidez nacarada de las perlas de un oriente delicado y pálido—de velado fulgor. La belleza de la joya, la sobriedad de la forma, la riqueza del engaste y el valor de las piedras corrían parejas. Aquello para un conocedor, valía cinco mil pesos á lo menos. Y Linda era entendida en la materia, pues había nacido en las tablas contemplando las alhajas que las cómicas reciben ó mandan empeñar en circunstancias críticas. Se quedó entusiasmada, loca de alegría; su cara, su cuerpo, sus ojos y su boca, todo sonreía en ella. No pudo contener un grito de júbilo:

—“Mi Juanito, *carino*, cuánto te quiero, y qué bueno qué dije eres—*molto gentile*”.

Y se arrojó sobre él, besándolo apasionadamente, enlazándose á su cuerpo como una serpiente, arrojándole al rostro el hálito ardiente de su pecho, unido al perfume fuerte de su esencia favorita de Rosa Pompadour que jamás le había fallado en sus tentativas de seducción, de las horas críticas. Era el suyo cuerpo delgado que se enlazaba como planta trepadora, con flexibilidades de yedra, sin soltar, sin ceder, con perversos estremecimientos nerviosos, que hacían vibrar á los hombres como las cuerdas de un violín, que atraían, que fascinaban, y que sabían el difícil arte de retener, de hacer inolvidables las caricias, de hacer quemantes los besos dados con arte profundo. Conocía el saber misterioso de las simulaciones del amor, del engaño convertido en arte supremo, del beso estremecido y candente, del desfallecimiento amoroso llevado hasta el nirwana, deshaciéndose el cuerpo y el alma para fundirse en caricia devoradora como la túnica de Nesso.

Nadie hubiera creído, al ver las formas delicadas y finas de Linda, y su cuerpo de “*Fausse maigre*”; nadie hubiera soñado, al oír su voz acariciadora y cristalina de niño regalón, de falsa ingenua, que tuviese la naturaleza poderosa y ardiente que ocultaba para revelarse dominadora y soberana á sus favoritos de una hora. Pertenecía á la raza de cortesanas que producen catástrofes, como la que arrastró al teniente Ulm á vender los planos de las fortalezas de Niza al enemigo, como las que ha producido más de una vez, duelos y suicidios; á esa raza de mujeres que envenenan la sangre como las frutas deliciosas y perversas de ciertas regiones del Africa inexplorada.

—“Mi adorado, le dijo con voz desfallecida, lo que me conmueve no es tanto el regalo por sí mismo,—y lo encuentro magnífico—sino el sacrificio que has debido hacer para traérmelo. Tú no tienes fortuna, eres pobre, trabajas para vivir en un empleo de Banco. Estas deben

ser tus economías, ó dinero alcanzado en las emociones terribles de las noches de juego que pueden costar la vida. ¿No es verdad que juegas?

Juan se ruborizó, como niño, en parte de placer al creerse comprendido, en parte de vergüenza cuando le decían que no era rico, como si hubiera en esto crimen—experimentaba emoción deliciosa.

—“Juego por tí, porque te adoro y necesito darte algo que te amarre á mi recuerdo.”

En mala hora pronunció tal frase. La actriz aprovechó el momento para escena de alta comedia que sólo podía engañar á un enamorado. Envolvió rápidamente la joya en su estuche, lo ató con las cintas en que venía envuelto y se lo metió en el bolsillo del frac á Juanito:

—“Me desconoces—yo no puedo soportar esa ofensa. Has dicho que necesitabas “*amarrarme*” con esa joya. Yo no me vendo, Juanito, bien lo sabes, y no ignoras que he rechazado por tí, por tu cariño, amantes ricos que todas me hubieran envidiado. Me has ofendido, á mí, que te adoro, que te he dado el único amor de mi vida tan desgraciada. Vete; no quiero que me veas más, nunca más, y llévate tu joya....”

Junto con pronunciar estas palabras, le empujaba por los hombros hacia la puerta del camarín. El muchacho protestaba desesperadamente que ella no había comprendido su lenguaje y que jamás había pensado en pronunciar palabra que no fuera respetuosa. Linda, jadeante, le empujaba fuera, en tanto que Juan se aferraba á los muebles. Ella le soltó, por fin, con lo cual Juan se dejó caer sobre el canapé: las lágrimas caían hilo á hilo de su rostro.

La cantante se alarmó, creyó haber ido demasiado lejos, y se abalanzó sobre él, besándole frenéticamente: —“No quiero que llores, adorado mío—te recibiré las perlas. Dame un beso—de los tuyos—de esos que no se acaban.” Y le besó en las mejillas, en la frente, en la boca; le cogió entre sus brazos, se frotó contra él como

una gata, le emborrachó con su perfume cálido de suspiros y de besos.

Unos golpes del regidor sonaron imperiosos.

—“Fa presto—la hora del cuarto—á la escena.”

Era una voz desentonada y agria, con dejos de vino, por lo ronca. Oíanse carreras por los corredores, de partiquines y artistas secundarios.

—“Per Baco”—que esperen, si todavía no he concluído de vestirme, contestó Linda entreabriendo la puerta del camarín. ¿Acaso creen que una hace maravillas con los dedos, y cuando mi camarera está enferma?”

—“Es que no faltan camareros—contestó del corredor la voz avinada.

—“Insolente—voy á acusarte al Direttore, para que te aplique la multa.

—“¡Carne de bassoffia!

—“¡Sacripante! infame figlio del diavolo!”

Los insultos rodaban gruesos y redondos como bolas. Juanito se lanzó al corredor para abofetear al empleado que huyó pidiendo auxilio, nó sin haber recibido un golpe dado por el joven con la izquierda, antes de que se interpusieran coristas y guardianes. Fué un pequeño escándalo, rápidamente apaciguado mediante unos cuantos billetes.

Linda le despidió, dándole cita para la salida.

Juanito entró al palco de su casa rebozando alegría, ligero el paso, brillantes los ojos, sin huellas de la tempestad de verano recién pasada. Pidió unos anteojos, y de pie, desde el fondo del palco, recorrió la sala con mirada tranquila y fría, deteniéndolos, por breve espacio, al llegar al palco de Anita Escobedo. Hacía comentarios en voz alta:

—“Las Escalantes se han presentado como circo de fieras. Por grande que sea la fortuna de mamá, no se casarán á dos tirones.”

—“Rafaela no está mal, lleva traje bastante presentable...”

—“Lo que no está presentable es su cara; si pudiera

ponerse otra para venir al teatro, menos mal. ¿Y qué me dicen de Dorotea? Tiene todo el aspecto de una alumna aventajada de la Escuela Profesional, de esas que salen en grupo á la hora del cañonazo. Esa si que no me dirán que sea presentable, á no ser á la hora del fusilamiento, al final de Tosca.

—“Parece que fueras cronómetro, hablas tanto de horas.

—“A propósito, interrumpió, Hernando García, quitándose de la boca su bastón con puño de oro, á propósito de horas ¿sabían ustedes que el Gobierno había hecho venir de Europa un hombre para que compusiera los relojes de las torres de Santiago? Miren qué disparate: si no saben cómo botar el dinero...”

Elisa, entretanto, miraba hacia un palco de primer orden; precisamente en esa dirección se hallaba colocado Javier Aldana, mostrando su rostro moreno y simpático en un grupo de muchachos elegantes. Llevaba orquídea en el hojal; su cuerpo esbello y delgado se destacaba en el grupo, que reía, al parecer, de algún dicho suyo. Sus miradas se cruzaron, Aldana se inclinó saludando, emocionado, con súbita palidez que le subía al rostro. Elisa no le contestó, y prosiguió su mirada circular, con la misma expresión de tranquilidad plácida, de completa indiferencia, que constituía precisamente el sello de su buen tono—miraba sin ver. La gente desaparecía á sus ojos, con despreocupación natural, no estudiaba, con desprendimiento de sí misma que hubiera envidiado un Brummel. Aldana sintió el golpe en pleno pecho; era algo tan imprevisto, que la sangre le subía al rostro. Con pretextos, se alejó de sus amigos para ir á colocarse en un punto que quedaba muy cerca del palco de las Orbegoso.

Volvieron á encontrarse sus miradas—saludó nuevamente. En esta ocasión ella no podía desentenderse—contestó fría y tranquilamente, con leve inclinación de cabeza, sin mirarle. Javier quedó mudo—era tan completo el cambio, marcaba una situación tan clara, un

propósito de tal manera firme de suprimirlo de su vida, que se sintió aterrado.

Sólo el que conoce las costumbres santiaguinas puede comprender el alcance de estas escenas mudas que suelen desarrollarse en teatros y paseos. Existe entre nosotros un hábito exclusivamente nuestro—el del *pololeo*—que es un flirt, y que es algo más y algo diverso; en este juego amoroso, se cambian miradas entre personas que no se conocen, que jamás se han visto, que en ocasiones nunca llegan á tratarse, ó que concluyen casándose. Son miradas tímidas al principio, decidoras luego, ardientes por último que dicen tanto como los abanicos andaluces, que declaran sentimientos, que dan quejas, que marcan inteligencias íntimas. Son castas y pudorosas—esas miradas que en otras partes hubieran sido síntomas de equívoca desenvoltura—y que sólo marcan el sentimiento esbozado, intuición de cariño, un amor en ciernes entre las muchachas santiaguinas. Es mezcla extraña de algo casto y picaresco, de viveza decidora y diabólicamente inocente. Hay cariños de esta especie, prolongados por largo espacio y que concluyen, de repente, en matrimonio—ó en despedida melancólica,—como en ciertas Doloras de Campoamor:

“Te ví una sola vez, sólo un momento;
mas lo que hace la brisa con sus palmas
lo hace en nosotros dos el pensamiento;
y así son aunque ausentes nuestras almas
dos palmeras casadas por el viento”.

Aldana sintió que esto era irrevocable—conocía el carácter de Elisa—sabía que era de esas mujeres que hablan solamente una vez para pronunciar la última palabra. Su actitud era inequívoca, no quería saludarle, no quería verle.

Había resuelto borrarle de su vida, pasar la esponja. Todo concluía para siempre. ¿Qué habría pasado? ¿Qué le habrían contado para moverla á resolución tan deci-

siva y tan cruel? Lo ignoraba, pero sentía en el fondo de su ser un desgarramiento inmenso—el mismo de ella, tan bien disimulado—deseos de morir, de que viniera una catástrofe cualquiera que le llevara de la vida. No la comprendía sin ella. Y precisamente ahora que sentía cortados lazos tan dulces, la amaba más que nunca, soñaba con ella al término de su camino de amor; recordaba sus menores palabras, las entonaciones musicales de su voz, que no tenía ninguna otra mujer, las delicadezas de su alma. Veníanle á la memoria palabras espirituales ó sentimentales que le había oído, voces de ternura murmuradas á media voz en su delicioso mezzo—tono tan penetrante y tan dulce—miradas que equivalían á promesas infinitas. Y todo eso había desaparecido, ya estaba lejos, era ido á regiones de recuerdo, y sin embargo era de ayer. Aldana casi no podía creerlo, tan rudo y tan inesperado era el golpe. Salió tambaleándose, como ebrio, sumido en pesar indecible. en dolor sin forma y sin nombre.

La campanilla eléctrica resonaba sin cesar, señalando el principio del acto; la multitud volvía apresuradamente con el estrépito de pasos de un ejército en marcha, con rumores secos de puertas abiertas y cerradas, de voces que se perdían por los pasillos y bocanadas de humo en el espacio, mientras se arrojaba el cigarro para entrar á la sala. Alguna gente salía tarareando trozos de ópera, poniéndose el paltó de carrera—empujados por el cansancio del final.

El telón se alzaba lentamente. Tumulto de fiesta anima la escena de baile, en el cual aparecen los trajes pintorescos de 1830 con que se representa ahora la *Traviata*—vieja ópera de música envejecida, pero de tanta poesía humana. La alegría—una alegría en que descontamos el porvenir, en que arrojamos por la ventana la juventud, en que derrochamos estúpidamente la existencia—esa alegría malsana de ciertas horas.—vibra con los violines de la orquesta, salta, juguetea, embriaga, se olvida de sí misma. Mientras unas parejas cruzan la escena en colo-

quios íntimos, otras se sientan á las mesas de juego. Ahí está Margarita, que no puede olvidar á su amado—la pasión la ha ennoblecido, y en tal forma, que hasta los más severos se inclinan ante su cariño purificado en el fuego santo del sacrificio, en el crisol de las grandes amarguras de la vida. El dolor tiene algo santo, algo que redime, en su esencia. Elisa, sin darse cuenta cabal de las honduras del vicio, comprendía el drama en su esencia—el sacrificio suele atraer á las mujeres como el abismo á los hombres. Lo sentía, lo percibía al través de las notas veladas que se escapan á Margarita Gautier, al pasar, entre los murmullos de la fiesta y las risas de los violines.

Su vista se dirigía involuntariamente, á través de la barandilla del palco, hacia los hombros de una dama lujosamente vestida de negro, con traje escotado de terciopelo, que permitía ver al desnudo sus hombros llenos y su garganta sobre la cual se estremecían los hilos de una *riviere* de brillantes. La música proseguía el doloroso drama de Margarita Gautier: Armando quiere aturdirse y juega, juega locamente, busca otras mujeres, trata de arrancarse aquel amor que lleva clavado como un puñal. La orquesta prosigue el alegre ritmo de la fiesta con esa eterna indiferencia del mundo para con los dolores ajenos que jamás pasan de su epidermis. Armando se cree traicionado y Margarita, pudiendo justificarse con una palabra, calla. Pero eso no es humano: Elisa siente que la pasión está dispuesta á saltar todas las vallas, á romper todos los diques—el drama resulta de un sentimentalismo hermoso pero desentonado y falso. La verdadera pasión no es así: todo lo sacrifica, menos una cosa, su propia existencia—se siente inmortal, porque el amor es inmortal.

La escena del juego llevó su pensamiento á otra parte, recordó las promesas de Javier de cambiar de conducta, y luego, sus últimas aventuras y los escándalos que habían llegado á sus oídos respecto de amistades equívocas, de una comida en la cual todos se habían

embriagado. Ya su resolución estaba tomada, y esta vez, era irrevocable. Por último, un amigo de la casa les había contado historias de dinero poco honrosas para Javier Aldana. Con eso no podía transigir Elisa; su espíritu se sublevaba—no podía amar á hombre despreciable—y, sin embargo, sentía que le amaba, sin poderlo remediar. Pero rompió violentamente en el Teatro. Aquella noche era la primera en que volvían á encontrarse, y le mostraba sus sentimientos de manera que no le dejase la más mínima duda. Elisa tenía concepto muy alto de sus deberes en la vida, alma bien templada, necesidad de tener junto á sí la compañía de un hombre que la respetara y que la amara. Por educación, por temperamento, por el medio en que había vivido—una atmósfera de honorabilidad le era tan necesaria como el aire. No se resignaba, como otras, á vivir al día, en vida desconceptuada, en medio de honor dudoso, de negocios averiados, del juego como único recurso de existencia. Malquistarse con su familia por un aventurero habría sido el colmo de la locura. Pero á ese aventurero ella lo amaba... Lo amaba verdaderamente, hasta el sacrificio? Tales contradicciones la movían de un extremo al opuesto, en incesante oleaje—mientras la orquesta se estremecía con el grito supremo del naufragio de Margarita, á quien su antiguo amante arrojaba un puñado de dinero—era el premio que la vida daba á un sacrificio—entre los sollozos de la flauta y el suave clamor de los violines. Javier tampoco sabría agradecerle semejante lucha, y habría de llegar un momento fatal en que ella pagase la desobediencia—Dios castiga, pero no á palos—era la intuición de la sumisión incondicional y absoluta, conforme á la educación antigua, la transmitida de padres á hijos—era también el secreto de la disciplina moral tan fuerte que dió á Chile, mientras se mantuvo, gobierno severo, honradez acrisolada en la vida pública y en los negocios, y temple espartano en la guerra. Se inclinaba ante sus padres, desgarrado el corazón, el alma coronada de espinas, porque sentía que una ley suprema de moralidad se lo

imponía—ley de tal naturaleza que los individuos, ante ella, son como infusorios que desaparecen y sufren sin que el mundo se altere, por obra de conservación de la sociedad misma.

En el último acto la música sube doliente: ha llegado la hora de la reparación y de la justicia. Armando corre á arrojarle á los pies de la amada, pidiéndole perdón de haberla desconocido—pero llega demasiado tarde y siente que su dicha, cuando va á ser completa, se le escapa, se desliza entre sus dedos, ya que en este mundo no cabe felicidad cabal, y el amor sigue de cerca á la muerte. La música es triste, pero también, en el fondo mismo de la felicidad humana, hay gérmenes de tristeza que es ilimitada. La felicidad de dos almas que vibran completamente unidas y se reconocen en la multitud entre millones, encierran también esos gérmenes. Las miradas de Elisa volvían involuntariamente á la platea en donde se hallaba Javier, buscándole, ansiosamente con la vista, para darle el último adiós sin que él la viera.—Acaso allá en las profundidades de lo inconsciente esperaba todavía su rehabilitación, sintiendo que le amaba. Elisa tenía tan sagrado culto del deber y de la conciencia de la responsabilidad humana, que creía poder amar ó dejar de amar á voluntad—y cerraba los ojos para no desentrañar el oculto sentido de los suspiros que se le escapaban del pecho como una bandada de golondrinas huyendo de las proximidades de la tempestad.

Rumor de pasos estremecía los pasillos del segundo orden de palcos, como si fuera ejército en marcha; todas las puertas de los palcos se abrían á un mismo tiempo, los hombres se ponían los gabanes, las señoras los largos abrigos de teatro, envolvíanse en pieles, en ligeros tisúes de seda que les cubrían las cabezas, en mantillas de blondas ligeras y elegantes, en pañuelos de encajes transparentes y finísimos. Por las puertas del *foyer*, abiertas de par en par, se deslizaba la muchedumbre, formándose grupos de señoras que esperaban la llegada de sus carruajes—que partían luego al trote acompasado

de los animales de raza. Trajes claros, rosas té, celeste y blanco, mantillas tras de las cuales asomaban ojos negros de muchachas, largos guantes blancos recogiendo el vestido, sombreros de copa aterciopelados y lucientes con sus "ocho reflejos", blancas pecheras de fracs, el bigotillo levantado de un muchacho, la barba entrecana de un padre de familia, talle esbelto y delicado de joven, cuerpo ya obeso de matrona, marchaban lentamente, confundidos, en aquel lento salir del teatro á media luz, al rumor incesante de los coches que llegan y que pasan.

El doctor Ortíz miraba la salida; vió pasar á las Alvareda, hablando todas á un tiempo, muy entretenidas y alegres. Una de ellas, Julia, se dió vuelta para divisar á su pololo que venía detrás, y le dejó caer una sonrisa encantadora de gracia y de picardía—más allá hizo un saludo en extremo afectuoso á otro muchacho que también le gustaba.

—“Te pillé, picaronaza, le dijo al pasar Rafaela Escalante; eso se llama comer á dos carrillos. ¿Que no te remuerde la conciencia?”

—“Ni pizca—respondió la otra muy fresca;—los hombres son tan malos que es preciso vengarse de ellos anticipadamente”.

—“Lindo traje el de Miss Buxton, la hija del Ministro americano. ¿Te fijaste, mamá?” decía al mismo tiempo otra de las Escalante.

Las tres pasaron vestidas de blanco y con lazos crema.

Samuel Ortíz seguía mirando, interesado en el desfile. Junto á él pasó la señora Portal de Watson, del brazo de su marido; mantenía bien su reputación bien adquirida de elegancia. Su cuerpo esbelto y gracioso, recordaba los de las ladys inglesas en los diarios ilustrados europeos; llevaba traje malva, gran color de moda por aquellos días, con cuellos de encajes negros de Valenciennes; pero la capa, una larga capa de teatro, la encubría en parte. Ortíz saludó profundamente. Carmela contestó con ligero saludo—demasiado digno—que suelen hacer algunas señoras, como si su virtud corriera

peligro y hubiera llegado la ocasión de defenderse; don Elías Watson tuvo la corrección severa que cumple á un hombre político importante—ni demasiado familiar, lo que le haría perder su prestigio, ni demasiado terco, lo que pondría en peligro su popularidad.

Juanito llegaba en ese instante; saludó con leve sonrisa á Samuel:—“¡Hola! buenas noches, doctor”. No agregó ni una palabra más. Era que por sentimiento de extraño snobismo no le agradaba que sus amigos le vieran de intimidad con aquel personaje mal vestido y anónimo.

Ortíz lo comprendió, y una ráfaga de amargura pasó por su fisonomía noblota y honrada que iba adquiriendo la gravedad melancólica y la patina de nobleza impresa por el estudio sobre la frente serena del sabio. Bien sabía que no era caballero, sino persona de clase media; que no era elegante de profesión, que no pertenecía á la categoría de los inútiles adinerados y brillantes—bien seguro estaba que no era ni sería jamás buen mozo profesional. Pero no habría creído que Juanito, cuya casa visitaba, á quien había atendido en horas bien difíciles, acaso salvándole la pierna quebrada durante las vacaciones, le hiciera la desconocida en esa forma. Una ráfaga de tristeza cruzó por su rostro moreno.

Elisa bajaba por la escala de mármol blanco, lentamente; su aventajada estatura se destacaba entre las fragilidades de Sevres de otras figurillas femeninas, bonitas y pequeñas, que se deslizaban á su lado. Tenía algo de la virgen germánica, la virgen de los hielos, mas sus ojos negros le daban asomos y resplandores fugitivos de pasión—deslizados como destellos de faro. Sus ojos negros brillaban aterciopeladas sobre la palidez anémica del rostro—palidez enfermiza que tenía reflejo de ciertas orquídeas unido á la tristeza de los desencantos y de las fatalidades de la vida. Su mirada se encontró con la de Samuel Ortíz, y le saludó sonriendo, con sonrisa de afecto franco—de espontaneidad encantadora. Era que sentía la necesidad de un desahogo, dada la tensión nerviosa que le había causado su actitud con Javier; y había sen-

tido cerca de sí aquel cariño tan sincero, aquel amor que conocía tan hondo y tan puro, y tan desinteresado. Samuel nunca sería marido posible para ella; él no lo ignoraba, y persistía, sin embargo, en su adoración, incensándola con su pasión no correspondida. Elisa no le amaba, y sentía sin embargo, dentro de su alma, que alejándose le hubiera causado con esto disgusto.

Samuel Ortíz experimentó sentimientos de felicidad indecible—la llevaba tan junta y unida con el alma en su pecho. Como el amor sea fuego que nunca deja de dar calor en donde está, la sencilla mirada de Elisa bastó para remover en sus más ocultas fibras esa pobre alma vencida del amor. No era limosna de sentimiento, sino el dejarse llevar á un impulso misterioso, de corriente de simpatía; era algo que le sorprendía de improviso, algo no esperado, pues jamás se atrevió á soñar con que le amara una mujer colocada en sus imaginaciones á la altura de diosa, como la más elegante y la más bella de las mujeres de Santiago. El pobre no cabía en sí de contento al recordar luego esa mirada que le había mostrado el horizonte nuevo—no de otra manera debió mirar Colón las proximidades encantadoras del Nuevo Mundo, ni sentir la dulzura de las noches tropicales y el rítmico palpar de las estrellas en el cielo tibio y profundo, azul y luminoso. Más de una vez había pensado en ella, levantando la mirada de un libro, en su modesta pieza de trabajo; más de una vez había creído escuchar el eco de su voz—tan conocida y tan querida—con las modulaciones cristalinas que tanto le agradaba recordar. Era la visión radiante de unos ojos admirables, fundidos en la sonrisa incomparable de su boca graciosa, de labios sinuosos; el brillo de los dientes en el hoyuelo de su sonrisa; las firmes líneas de sus brazos por los cuales corría una sombra de oro, al contemplarla escotada, erguido el busto en el palco, la mano nerviosa sobre la roja barandilla. Cerrados los ojos, mirábala, y veía su cuerpo como concierto inexpresable de curvas armoniosas, desde el extremo de la oreja delicada hasta la

línea del pie arqueado. Veíala tentadora, imperiosa y sencilla, pero lejana como lo imposible, por su elegancia, por su posición y por su nombre. — Veíala más lejana que una estrella para un pobre mediquillo de provincia, sin familia, sin nombre, sin recursos, sin clientela—venido de las clases inferiores á la conquista de Santiago, sin más bagaje que su libro sobre los Insectos nacionales—cosa de naturalista antes que de médico—que le había valido más de una sonrisa de sus colegas más dados á ganar dinero que á escribir libros improductivos, leídos de pocos. Era el sueño de lo imposible. Samuel bajaba los ojos, daba suspiros, y empujaba lejos de sí aquella visión de sirena que permanecería siempre en la región inabordable de las armonías wagnerianas, entre las ondinas y las vírgenes blondas—á la hora en que aparecen las náyades envueltas en rayos de luna. Suspiraba, entonces, y bajaba la vista sobre sus libros, ó corregía con furia los manuscritos comenzados.

Ahora sentía su alma inundada de gozo. El horrible pesimismo que le devoraba y que esparcía entre sus amigos con reguero de veneno, pasaba de súbito, para dar paso á deliciosa beatitud, al optimismo de los escogidos—era que con todo su aliento—que era grande—aún no se persuadía de que la mayor parte de los sistemas que dividen al mundo arrancan de la situación personal de cada ser en la vida—y que nuestras creencias ó nuestro escepticismo, nuestra fe y nuestras sublevaciones íntimas, son reflejos y proyecciones de la vida sobre nosotros, como el contra golpe inconsciente, la reacción de la vida misma. Y así como el cuerpo tiene los movimientos llamados reflejos que se efectúan sin que la conciencia tome en ellos parte, así en el espíritu se efectúan reacciones debidas á nuestros intereses, á nuestro humor, al medio, al lote personal que la vida nos otorga. La pobreza, el batallar continuo, las humillaciones, el verse postergado sin causa, la carencia de recursos más indispensables cuando vemos en otros el derroche, las injusticias del mundo, el injusto desdén con que se mira á

los que como Samuel se consagran á la ciencia y que sólo reciben á manera de compensación una ironía—todo era parte á formar, en el alma del joven un fondo de secreta amargura, allá en la trastienda obscura del ser, pronto á verse traído á la superficie por cualquiera sacudida violenta. De aquí su pesimismo natural; mas en esta ocasión se le habían abierto de súbito las ventanas de la vida, con aquel saludo que le llenaba de gloria, dejándole gusto á miel en los labios. ¿Acaso podía quererlo Elisa? ¿Quién conoce los misterios del espíritu femenino? Nunca se acierta á saber por qué las mujeres aman. Las hay que se enamoran de sujetos feos y estafalarios—luego, no es la belleza masculina lo que las seduce; las hay que se enamoran de tontos ó de vulgaridades ridículas—luego no es el talento lo que las fascina; las hay que se entregan á un hombre ya viejo— luego no es la juventud; duquesas han huído en brazos de un violinista zingaro— luego no es la posición social, ni la distinción lo que las arrastra. ¿En dónde reside el secreto misterioso de tantas locuras y de tantos amores inexplicables? Es una fuerza como la electricidad, cuya esencia y origen se ignora. “¿Por qué no habría de quererme á mí, que soy pobre, desgraciado, sin familia, sin nombre, sin posición social, sin figura? ¿Acaso Dios no es más grande arrojando su perdón ó su gracia de más alto?”

Elisa salía, con el paso gentil que ponía de relieve la elegancia del talle, lo esbelto del cuerpo, y Samuel la miraba, de lejos, como quien contempla un tesoro que casi considera propio. Junto á la puerta se hallaba Javier Aldana, esperando sin duda á la joven. Samuel sintió furioso ataque de celos. ¿Si fuera coquetería, una mera maniobra de Elisa? Sería mordedura feroz, recibida en pleno corazón, la simple duda. Luego se dió á mirar con atención á su rival—no podía negar que fuese bien plantado, de arrogante figura, fuerte, expresiva, simpática, la nariz tosca, pero los ojos grandes y elocuentes, el mirar dulce, la boca espiritual, plegada ordinariamente por alegre sonrisa, pronta á transformarse en carcajada, en

este momento severa, el gesto adustó. Era que Javier se había impresionado con el saludo de Elisa, que no comprendía; era evidente que deseaba romper, y que le señalaba la puerta. “¿Por qué, señor, por qué?” Acaso le hubieran llevado chismes de su vida, contándole aumentadas sus locuras de joven. La culpa, al fin y al cabo, no era suya; había quedado huérfano muy joven, con algún dinero y nadie que velara por él, á no ser su tía, señora de alguna edad, con quien vivía desde entonces. Lo natural era que se divirtiese y que hiciera sonar su dinero, que no era mucho—ya trabajaría. Mientras tanto no podía olvidar que la vida es corta y que no tenemos más que una, después de la cual nadie sabe lo que pasará, ya que nadie se ha vuelto del otro mundo para contarlo. Era ocurrencia curiosa la de la niña: “Que yo haga votos de... fraile por adelantado... que me transforme en cartujo, sin causa justificada—es una ocurrencia estrafalaria; que deje las cartas de una vez... Pues, señor, en primer lugar yo pierdo lo mío—y además el libro de las cuarenta hojas dá mucha sabiduría, enseña á conocer á la gente...”

Por otra parte, no se dirá que la compañía de una tía vieja sea la más á propósito para mantener á un hombre en su casa”, pensaba entre sí. Aldana vivía con doña Custodia Méndez Núñez, su tía, hermana de su madre, á quien sacaba de cuando en cuando sus buenos pesos; pero tenía que comer todos los días á las cinco de la tarde, junto con ella, y que rezar el rosario en compañía de todas las sirvientas de la casa. Eso sí que de cuando en cuando fingía comer, probando tan sólo uno ó dos platos, para irse luego donde papá Gage á indemnizarse con una comida copiosa y regada con vinos franceses pues los del país no le gustaban. “¿Qué le pasará á Elisa? si me habré equivocado?”

Y la joven pasó sin mirarle, contestando su saludo con una leve y fría inclinación de cabeza.

Samuel Ortiz la seguía con la vista, y vió el saludo. Dijérase que se había bañado en agua de rosas; Elisa no quería á Javier Aldana; cuanto se hablaba en socie-

dad de sus amores era falso de toda falsedad—aquel saludo lo decía claro. El doctor se sentía tan feliz, que se hubiera puesto á saltar en un pié, como solía hacerlo de niño.

Qué aspecto tan honrado tenía el ex-Ministro Watson, á quien, hacía poco, acababan los diarios opositores de acusar de mil delitos—era la injusticia humana. Anita Escobedo, al pasar á su lado, le dejó impresión de virgen, indignándole las murmuraciones, las calumnias propaladas contra ella, sin duda alguna faltas de todo fundamento. Así discurría en ese instante, el doctor Ortíz, dispuesto de ordinario á aceptar como artículo de fe cuanto malo le contaban respecto de personas que no conocía y por absurdo que fuese. Ahora sentía inmensa dosis de benevolencia social, indulgencia inagotable. Se creía triunfante, lo daba todo por seguro: el amor de Elisa, la llegada de la clientela, la fortuna, el porvenir, todo le sonreía de manera inefable.

Una mano se dejó caer sobre su hombro pesadamente, con el prurito de dar golpes para manifestar cariño, propio de nuestra clase media. Reconoció á su antiguo compañero de la Universidad, Justo Salcedo, á quien no veía desde hacía tiempo.

—“Ortíz, hombre, déjame darte un abrazo; hace que no nos veíamos casi más de un siglo... desde la guerra del Perú”.

—“No exageres... en primer lugar, no ha transcurrido un siglo desde la guerra... Luego nos daremos un abrazo donde Gage, agregó, temiendo producir mala impresión, con su recibimiento, en su antiguo camarada. Pero aquello de abrazarse en el *foyer* del Municipal, no le caía muy bien—sobre todo delante de aquella sociedad correcta y fría, elegante y mundana. La verdad, era que al doctor le habían bajado inconscientemente unos aircillos de *snob*, á él, que siempre se había reído del *snobismo* santiaguino, del afán nobiliario, del buscar la compañía del buen tono y *chic*, de la vanidad mundana. Y ahora, sin darse cuenta, veía penetrar dentro de su alma

las debilidades y flaquezas que tanto criticaba en otros. Esa es la vida.

—“¿Vámonos á cenar donde Gage?”

—“Donde Gage sea dicho”.

Los últimos grupos se alejaban del teatro, en tanto que partían de gran trote los carruajes de lujo, iluminadas las lanternas relucientes, los caballos con capas de monogramas enormes. Al llegar á la esquina de San Antonio, vieron el cupé de Linda, acercándose lentamente á la puerta de los artistas. La cantante salió envuelta en pieles de nutria, y penetró, con paso ligero, al hermoso cupé tapizado de seda. Transcurrido un minuto se abrió nuevamente la portezuela y entró al coche un joven de figura esbelta, en el cual reconocieron fácilmente á Juinito: los caballos de grande alzada partieron con pesado trote—no había llegado aún la moda de los Hackneys.

CAPITULO VI

Javier Aldana amaneció aquel día con humor de todos los demonios: hallábase en uno de esos momentos en los cuales, según su manera gráfica de hablar, no se aguantaba ni á sí mismo. De ordinario era de carácter alegre, bromista y liviano, dado á las aventuras de todo género; si rabiaba era á manera de polvorazos en las minas, produciéndose en él estallido violento, vientos de tempestad, tan pronto nacidos como disipados. Su naturaleza de calavera alegre, le inclinaba á bromas que celebraba con grandes risotadas y estallidos de una voz ronca pero simpática. Innumerables eran las historias que de él se referían, habiendo pasado algunas á la crónica social de los muchachos. Entre otras contábase que cierta noche, á raíz de una comida, acompañados de amigos de su afección, se había presentado, á las dos de la mañana, á la botica de turno, haciendo levantarse al boticario á grandes aldabonazos en la puerta. Y cuando éste asomó las narices, hallándose todavía á medio vestir, preguntóle, asiéndole fuertemente de la nariz:—"Señor boticario, podría Ud. decirme á cómo está el cambio sobre Europa?"

Tenía la buena costumbre de hacer esperar á los acreedores años enteros, ejercitando su paciencia lo más po-

sible; pobre del que pretendiera ser pagado antes de tiempo—quedaba sometido á las bromas más pesadas de Aldana y sus amigos, que formaban con él una sociedad masónica de protección y ayuda mutua. Eso sí que con el tiempo y la garúa siempre acababa por pagar sus deudas. Entre tanto, le debía á cada santo una vela: al sastre, al zapatero, al camisero, en la cigarrería, en la pastelería, hasta recordaba una cuenta de trescientos pesos en esencias y agua de colonia y tocador donde Jardel. “Que aguarden; la paciencia es una de las virtudes más hermosas del hombre.”

La última broma, dada por Aldana á un sastre inglés, demasiado exigente, llamado Mr. Knox, había sido verdaderamente extraordinaria. El joven se había dirigido á la empresa de funerales, pidiendo carro fúnebre para el entierro de Mr. Knox, que tendría lugar al día siguiente á las ocho; habló con varios cocheros de posta y algunos sin número, dándoles cita para el día siguiente, á la puerta del sastre, detrás del carro. Hizo publicar avisos en “El Ferrocarril”, anunciando la muerte súbita del inglés é invitando al acompañamiento que partiría de la calle Cueto, á las ocho de la mañana. Cuál no sería la sorpresa y la furia del británico al ver una inmensa fila de coches, comenzando por el de las pompas fúnebres, instalados á la puerta de su casa. “¿Quién ha muerto?” preguntó.

—“Mr. Knox, el sastre inglés”, le respondieron.

—“Parta Ud., antes que yo raje su alma de un bastonazo.”

—“Era lo que faltaba, no más; apruébalo, gringo de m...oledera; pero amárrate bien los calzones, por la gran flauta.”

—“Mr. Knox no estar muerto, ser yo”... Goad deam...

—“Pá tu madre, por si acaso.”

Se corrió la voz, los cocheros querían que el gringo les pagase, pues en caso contrario no se irían; hubo gritos, insultos, palos, rabias, intervención de la policía, que dió la razón á los que no la tenían, hubo de abrir su

cartera y quedó furioso mientras seguían presentándose, en fila interminable, todos los carruajes de Santiago. Lo peor fué que al día siguiente comenzaron á llegarle pé-sames á la viuda, en sobres negros de todas dimensiones. Mr. Knox fué á ver al Ministro británico para pedirle reclamación diplomática al Gobierno de Chile, con indemnización de perjuicios.

Javier estaba de mal humor, todo le salía mal; los zapatos nuevos estaban apretados; el cuello estrecho; no pudo dar con una collera; derramó la taza del desayuno; se hizo un tajo al afeitarse. Entre tanto sonaba desde el fondo del segundo patio la campanilla del almuerzo con tintineo desagradable. No podía acostumbrarse á una hora tan temprana de almorzar, las doce, precisamente la hora en que salen las empleadas donde Prá, dando unos saltitos de chincoles, en busca del carro que habrá de llevarlas á su calle apartada. "Hay algunas de rechupete", pensaba entre sí, como que más de una vez las había seguido, invitándolas á tomar las once—un lunch reconfortante—en el cerro—en "*cabinet particulier*". Suspiró; era preciso abandonar tan halagüeñas expectativas, cediendo prudentemente á las imposiciones de la tía doña Custodia Méndez, que le quería como á hijo pero que le iba de cuando en cuando á la mano; á pesar de que á escondidas y sin que él lo supiera, era quien más celebraba sus bromas. Pero le gustaba comer y almorzar acompañada del sobrino—á quien obligaba á rezar el rosario de tarde en tarde. Javier, le obedecía, sobre todo cuando andaba corto de fondos, aprovechando la primera coyuntura para darle un sa-blazo.

¡Qué diantres! Su renta era exigua, y tenía que vivir con muchachos ricos y como no era decoroso que se hiciera pagar por otros, debía el oro y el moro. Bien hubiera querido ser roto pobre y sin obligaciones, empleado de tienda de la clase media, que viviera en la Chimba, ó médico modesto como el doctor Ortíz; pero tenía obligaciones sociales á las cuales no podía faltar. Era nie-

to del Oidor Martínez de Aldana, y biznieto, por lo Me-sías, de los Condes de Sierra Bella. Aún cuando la cosa no le importara un rábano, solía expresarse de ese modo, sabiendo la buena impresión que tal argumento causara en la tía Custodia, con lo cual conseguía, á vueltas de muchos rezongos, la entrega de algún cheque de Banco, en extremo saludable para llevar con paciencia las contrariedades de la vida.

El joven se anudó cuidadosamente la corbata, escogiendo una de las mejores, se puso terno nuevo, sacó un alfiler de oro de la caja de "*cloisson*" japonés, en la cual guardaba los prendedores, y se roció con gotas de agua de colonia ambrée, su perfume favorito. Figuraba entre los muchachos elegantes de Santiago y gastaba un dineral en vestirse: su traje tenía el mejor corte, su corbata, de las más caras, pues había costado cuarenta pesos—de Doucet—era de verde resedá con negro, en arabescos finísimos, y se fundía con el gris del traje; su camisa, era de los más fino. Sin embargo, aparecía ligero desentono en el conjunto, algo que no caía bien—unas veces era que se había puesto de prendedor una calavera de plata que le agradaba mucho, otras el sombrero de forma rara, echado al lado, á lo matón; en ocasiones llevaba de bastón un palo extravagante. Lo que usaba Javier con grande satisfacción y por primera vez, parecía ya visto. Lo que traía siempre de bueno eran su humor y su simpatía. Cogió el pulverizador, apretó la bomba regando el ambiente de agua ambrée, que olía, husmeándola con gran satisfacción, como un fumador el cigarro.

En seguida se sacó la chaqueta y el chaleco; se le había olvidado el ejercicio Sandow. Siempre, en todo, le pasaba lo mismo: tenía que deshacer lo hecho. Púsose á mover en diversos sentidos las palanquetas niqueladas, al frente, hacia arriba, á los costados, inclinando el cuerpo y levantándolo. Luego el *Puching-ball*, la gran pelota sobre la cual debía ejercitar la fuerza de sus puños. Ya se creía listo, pero no lo estaba: después de los

ejercicios atléticos debía limpiarse las manos y arreglarse las uñas, para lo cual tenía una serie de estuches é instrumentos de manicuro, con tijeras de todas clases y formas, cepillos grandes y chicos, alicates, esponjas y antes, escobillas de todas dimensiones, colocados sobre una mesa, cubierta con paño blanco, deshilado "*a jour*", fino como encaje.

Por último, al sentir unos golpes dados sobre el vidrio, con los nudillos de los dedos, salió. Doña Custodia había ido á buscarle, viendo que no llegaba.

—“¿Por qué no te levantabas, perezoso incorregible?”

—“Es que la noche se ha hecho para dormir, y el día para descansar, según dijo un sabio, tía.”

—“Eso te pasa por llevarte la noche jugando al maldito baccarat en el club. Así vas á perder hasta el modo de andar.”

—“Eso sí que me gustaría, querida señora; andamos tan mal en Chile. Mire las cosas de Gobierno... y de finanza... Y en sociedad... Si usted viera las niñas en la calle, parecen jorobadas casi todas; por eso me dijo un extranjero, al ver á las niñas de manto en el centro: “Aquí casi todas las señoritas, son viudas ó jorobadas. En cuanto á los hombres siempre andamos mal, ó por lo menos en malos pasos.”

—“Cállate, cínico... si no fuera por el cariño que tuve á tu madre, te plantaría de patitas en la calle.”

—“Le apuesto á que ya estaría aburrída... si Ud. no puede vivir sin mí. Soy como quien dice su palmaristi. Vamos á ver cómo gastaría Ud. todo su dinero si yo no le ayudase de cuando en cuando? Además, ya me estoy convirtiendo, tía, voy por el buen camino de la Iglesia; Ud. sabe que el niño más querido es el hijo pródigo.”

—“Me alegraría que fuera cierto y que acabaras de veras en el seno de la religión.”

—“Figúrese que á pesar de mis reconocidas ideas liberales, el remedio que uso, el único, es la cáscara sagrada, y entre los licores el Padre Kerman...”

Javier hablaba con un metal de voz ronco, bastante ligero y simpático.

Atravesaron el primer patio, enlozado en mármol, de altos corredores decorados con profusión de estucos y de arabescos plateados, sobre fondo gris. Había otro corredor al extremo del patio, y una puerta que comunicaba, por angosto pasillo, con el segundo, el cual parecía un jardín al antiguo estilo andaluz que era el de las casas de antaño, con muchas matas de claveles y de rosas, enredaderas de jardines que colgaban entre los pilares, grandes plantas de Jazmín del Cabo, gardenias, hortensias, rododendros, azaleas, lilas delicadas y suspiros: aún no se habían propagado los crisantemos, tan populares ahora, y que sólo comenzaban á introducirse por aquellos días. El comedor, regiamente puesto con muebles importados de estilo renacimiento, de tallados finísimos, alto zócalo de corte inglés, alto espejo y chimenea de mármol verde, sobre la cual se alzaba un reloj de bronce con candelabros del mismo metal, todos con amores que se trepaban y se agarraban de los pies formando como una guirnalda de niños, al estilo florentino. ó como suele verse en los bajos relieves griegos. Las columnas de encina tallada sostenían estatuas de Falguières, en bronce de Barbedienne. La gran ventana, con *vitraux* de colores, tamizaba suavemente la luz que venía del jardín, deshaciéndola en hilos brillantes que se rompían sobre el parquet de madera de haya, cubierto en el centro por rojo tapiz de Esmirna auténtico. Sobre los aparadores brillaba la cristalería de Baccarat junto á los platos de Elkington, y una pieza de centro que sólo se ponía en los días de comidas especiales. Éra aquel comedor—uno de los más elegantes y lujosos de Santiago—resto de la fortuna de la familia Aldana, que había venido á menos, después de haber sido una de las más acaudaladas de la colonia, y de más orgullo por sus rancios y auténticos pergaminos.

Doña Custodia tomó asiento á la cabecera de la mesa, en amplio sillón tallado y tapizado en cuero de Cór-

doba legítimo, dorado y estampado. Sirviéronle jugo de carne, en antigua taza de plata. Javier preparaba una palta, entre tanto, con la atención que todo gastrónomo consagra á estas materias, hundiendo en la carne verde de la fruta el fino cuchillo de postre, con la suavidad de un cirujano.

—“He formado propósito de enmienda, tía, para que no me miren tan mal mis futuras suegras. Pienso trabajar como negro, dedicarme á cosas prácticas.

—“¿A esos versos que sueles publicar en los periódicos llamas tú cosas prácticas?”

—“Renuncio á ellos para siempre, á menos que me los reciban de pago en la sastrería. Estoy pensando poner “lechería modelo”, en alguna parte central; ya tengo un amigo que me presta las vacas para que vayamos en medias. Voy á llenarme los bolsillos de dinero.”

—“Hum... malo. En Chile todos los muchachos comienzan con ventas de frutos del país, con puestos de carbón y leña ú otras novedades por el estilo, ó empresas de coches de posta. Como á uno le fué bien, todos siguen su ejemplo hasta acabar con el negocio; lo mismo ha pasado con las viñas y con cuanta empresa resulta—es la historia del perro del hortelano, que ni come, ni deja comer.”

—“Mi lechería modelo dejará un platal, tía. Voy á poner todo género de atractivos para que las niñas vayan á pasar un rato agradable, bebiéndose un vaso de leche á las seis de la tarde; para atraerlas pienso instalar una orquesta de damas vienesas que toquen czardas y piezas románticas. Los muchachos, por ver á las niñas, se irán allá á beber leche, en vez de embriagarse con whisky y cocktails. Será, en el fondo, una empresa moralizadora y de reforma social, para combatir al alcoholismo...”

Doña Custodia se echó á reir de buena gana. Recordaba que su sobrino había llegado, en días anteriores, bastante alegre, costándole trabajo considerable dar con la cerradura para introducir la llave en el hueco.

—“No es cosa de risa, tía, observó Javier poniéndose grave, y medio corrido, “esto que á mí me pasa cuando tengo deseos de trabajar en algo, dejando para siempre una vida de ocio que ya me tiene desesperado.

¿En qué quiere usted que trabaje? Yo no tengo la culpa de no haber seguido carrera. Cuando mi madre murió, quedé solo en el mundo; es verdad que Ud. me ha tratado como á hijo, acaso fuí demasiado consentido y regalón de chico. Si hubieran sido severos conmigo, castigándome cuando me hacía el enfermo; si me hubieran obligado á cursar leyes ó matemáticas, ó medicina, otro gallo me cantara; estaría trabajando como cualquier hijo de vecino, con mi buena carrera, en vez de andar á salto de mata como ahora... No dirían que soy un bueno para nada, sin oficio ni beneficio. La voz de Javier se enronqueció aún más que de ordinario, mientras su mirada se clavaba en los artesonados del techo, en las hermosas vigas salientes, talladas á imitación de antiguo y barnizadas de color café, pero no las veía, entregado por entero á sus meditaciones—es que en el fondo sentía la herida sangrando, creía que el desprendimiento de Elisa, su cambio súbito guardaban relación con la guerra que por tales motivos se le hacía en su casa.

Doña Custodia sintió en lo más hondo el reproche que con justicia le hacía su sobrino. Le echaba en cara su indulgencia, aquel cerrar los ojos á sus locuras de niño, á su pereza, á su poca afición al estudio. Su propia debilidad se la arrojaba al rostro como crimen—sintió la desesperanza melancólica de ciertas mujeres cuando el hombre amado, en ciertos instantes de la vida, suele echarles en cara la flaqueza que con él tuvieron, la falta cometida en amor suyo. Es ráfaga de cansancio de la vida, es peso de algo que nunca esperábamos sentir, es la sensación de un carga arrojada sobre nuestros hombros por la única persona que no tenía derecho para hacerlo. Involuntariamente inclinó la vista hacia el plato. El sirviente de mesa—un español de rostro afei-

tado y limpio—le sirvió un trozo de pescado, pasándole la salcera en seguida.

Hubo un silencio en el cual se oyó el ruido tenue de una copa tocada al azar.

—“Tienes razón, Javier; eso que acabas de decir es justo. Cuánto necesitaría para ese negocio de...”

—“Lechería modelo...” con unos quince mil pesos para principiar, creo que sería suficiente.

Pudo pedir más, pero Javier era honrado y no quería abusar de la benevolencia inesperada de doña Custodia. Además era listo, y calculó que si estiraba demasiado la cuerda podría cortarse, diciendo para su capote: “Don Juan de Segura vivió muchos años.”

—“Sería bueno que buscaras otro nombre para tu negocio. Recuerdo que cuando yo era niña había en Santiago un Ministro de la Corte llamado don Casto Paredes, casado con una señora de mediana estatura pero de cuerpo rollizo y opulento pecho, á la cual llamaban los jóvenes de entonces por el nombre significativo de “Lechería Modelo”. Los abogados que alegaban ante los estrados cuidaban mucho de no mencionar, en caso alguno, la palabra lechería, desde que uno, por hablar con insistencia de vacas, perdió su pleito.”

Javier celebró el caso con grandes risotadas; la promesa de la tía le había puesto de excelente humor. Sabía que cuando la señora hablaba del tiempo viejo, era cosa de nunca acabar y que entonces era cuando llegaba de ordinario el momento de los sablazos; podía pedirle cuanto quisiera.

Los recuerdos de antaño acudían á los labios de doña Custodia; hablaba del general Blanco, y de cuando, hallándose viejo el guerrero ilustre, hacían pasar á los sirvientes con paraguas delante de su ventana, para que no tuviera tentación de salir, creyendo que llovía. Recordaba los hombres de su tiempo: Manuel Recabárrén era joven muy buen mozo y simpático; Manuel Antonio Tocornal también era buen mozo y hablaba notablemente bien en las Cámaras—se preocupaba bastan-

te de su compostura—decían entonces que pasaba horas enteras en su tocador, antes de salir á la calle, afeitado y perfumado como un dandy. Ahora no hay jóvenes tan cumplidos como los de aquellos tiempos—se va perdiendo la educación, ya no existen las maneras refinadas, la galantería fina de entonces. Cualquier muchacho le quita á una la vereda, nadie le ofrece el brazo para subir una escala, ni le cierran la portezuela del coche. Recuerdo que asistí al baile de la reelección de Pérez, con quien dí un paseo,—“yo era entonces una chiquilla”, agregó con cierta coquetería la vieja señora.

—“Sí, tía, debía de ser Ud. muy joven entonces”, repuso Javier con el visible propósito de adularla, y sin creer palabra: “¿Asistió Ud. al baile del Presidente Errázuriz?”

—“Por supuesto... fué gran baile; la gente no cabía en el salón. Los conservadores lo habían elevado á la Presidencia. Cuando se acercó á la Rosario Reyes, que era tan graciosa, le dijo con bastante malignidad: “Este Presidente me parece que huele más á azufre que á incienso.” Poco después subían los liberales al Gobierno.

Al decir estas palabras doña Custodia se sirvió un vaso de agua de Vichy “Celestins”, mientras Javier paladeaba un cognac viejo, que relucía como oro en la copa. Casimiro, el sirviente, se alejaba con una bandeja de plaqué, de piezas brillantes. La ventana, de grandes *vitraux* de colores, en cuyo fondo aparecía Santa Cecilia, entre soldaduras de plomo, dejaba penetrar un pálido sol de invierno que doraba suavemente unas plantas de helechos, filtrándose entre sus hojitas finas de primoroso encaje verde.

Javier se puso de pie, acercóse á la anciana señora de cabellos plateados y de ojillos verdes y pentrantes, de manos exangües y finas de abadesa noble; la besó en la frente y dijo sencillamente: “Gracias.”

Sentía profundo cariño por su tía, á quien miraba como si fuera madre. La muerte había creado entre

ellos unos lazos estrechos y firmes—anudados por los ausentes desde el cielo. Sentíase comprendido y perdonado de antemano por ella, que leía en el fondo de su conciencia, viendo ligerezas y debilidades, locuras y vicios, entretejidos de nobles sentimientos; violencias de carácter, inconsciencias infantiles y sanos impulsos hacia el bien; grandes faltas de conducta, unidas al sincero deseo de reparar sus defectos y de enmendarse. Era un eterno hijo pródigo. Pero también parecía naufrago de la vida, sin la mano vigorosa de un hombre que hubiera podido sujetarle en sus caídas y flaquezas. Entre tía y sobrino existían lazos de las más afectuosa ternura. Doña Custodia vió desaparecer, con dolor imborrable, á su hermana, y tres años después á su cuñado. Javier había sido el fruto de un matrimonio tardío, hecho á esa hora en que la mayor parte de los hombres comienzan á sentirse definitivamente clasificados entre los solterones, haciéndose egoístas, amigos de su comodidad exclusiva, de pequeños goces materiales, y enemigos de las molestias y preocupaciones inherentes á la vida de casados. Los hijos, cuando llegan entonces, son insupportables de consentidos, su educación es difícil, hacen lo que se les da la real gana, inútil es tratar de contenerlos, por todas partes encuentran aliados, en las abuelas, en las tías, en el padre contra la madre y en la madre contra el padre. Por eso recibió Javier la educación del niño mimado. Sus padres murieron. La tía Custodia, que no se había casado, recordaba que allá en sus mocedades se había enamorado de un muchacho tunante y buen mozo, á quien sus padres hicieron guerra por múltiples razones; lo cierto es que la bella y seductora muchacha, que nadie reconociera en la anciana de cabellera blanca y de encorvada nariz, de frente surcada de arrugas finísimas—la hermosa niña de antaño, al envejecer, había concentrado los anhelos inconscientes de maternidad que toda mujer abriga, aún sin darse cuenta, en aquel muchacho alegre y diablo, que revolvía la casa y el barrio. Todos los días llegaban con acu-

ses: que el niño juntándose con otros de la vecindad, había puesto una cuerda tendida de uno á otro lado de la calle, para sujetar, de repente á los caballos que pasaban; que arrojaba agua á las sirvientas, ó le prendía cola á los pasantes. Javier creció, y con ésto las bromas pasaron de castaño obscuro, dándose el caso de que una noche amaneciera el policial del punto amarrado, á la puerta de la casa vecina. Doña Custodia veía en el muchacho, no solamente la simpatía sino el recuerdo del hombre amado—de quien la había separado la suerte—mirábale contemplando en él reflejos de su propia vida, escuchando esa música de nuestra juventud, de las ilusiones y de las primeras esperanzas, cuyos compases no pueden ser oídos sin emoción involuntaria, sin sentir que nos remueven algo de nosotros mismos, fibras ocultas del ser, rincón abandonado del alma. Y se había quedado tan sola; su hermano Hermógenes, sólo venía á Santiago en ocasiones contadas, en tratándose de algún gran negocio, ó de alguna festividad excepcional; era misántropo, tenía por el mundo distancias que nada podía llenar. Corrían, respecto de él las más contradictorias consejas, atribuyéndole curiosas aventuras. Alto, de cuerpo vigoroso, atrevido, sanguíneo, habíase distinguido durante la campaña del Perú por valor á toda prueba, pero también por sus locuras, á pesar de que no era niño. Referíase que había subido á caballo, por la escala de mármol de un hotel, hasta llegar al comedor, en el cual había revuelto su animal á la chilena, y luego había bajado tranquilamente, en medio del estupor de gente que á cada instante creía se matara. Decíase también, en el mundo, que había tenido un gran cariño y que aquello había concluído de manera misteriosa, de la noche á la mañana, sin que nadie acertara á explicarse el por qué de aquellos asuntos. Como su hermano vivía encerrado en el campo, si bien tenía listas dos de las mejores piezas del primer patio, por fuerza doña Custodia había concentrado su cariño en el muchacho, cuyo buen natural y excelentes dotes conocía.

Como veía en el fondo, en la intimidad, sentíase inclinada á disminuir lo grave que ignoraba, como pasa casi siempre en las familias. Llegaban, sin embargo á sus oídos cosas serias, á las cuales no daba crédito—porque jamás creemos lo que daña la reputación de las personas queridas—dijéronle que Javier había seducido á una muchacha de la clase media, dejándola abandonada al poco tiempo; que había tenido un duelo que se mantuvo secreto, por asuntos que no redundaban en su honor. Esto caía como la lluvia sobre los vidrios, en el alma de la anciana señora. Por cima de todo flotaba su afecto, invencible, al sobrino regalón, que perfumaba su vida silenciosa y retirada con aroma de alegría, con eterna nota jovial de juventud, con algo fresco de mañana de sol, que es á un mismo tiempo luminosa y reconfortante. Luego él le traía las últimas noticias del día, la ponía al corriente de la crónica mundana, de las maledicencias, de los chismecillos corrientes que son en ciertas épocas de la vida como el último contacto que nos queda con el mundo. De aquí la ternura conmovida con que le miraba partir—ese niño tenía algo de la ternura de su pasado lejano.

Javier salió tarareando un trozo de zarzuela, ocupado en cortar la punta de un cigarro puro que encendió luego cuidadosamente, dando largas chupadas. Tan sólo en el tono de importancia con que ejecutaba operación tan frívola, veíase ya el vacío que dejaba en su alma el ocio eterno, el eterno vagar del tiempo perdido cuyo valor ignoraba. Penetró en su escritorio, tendióse sobre amplio sofá de Maple, de resortes suaves y muelles, de sólido marroquí color de cereza. Las bocanadas arrojadas con beatitud, iban á perderse en el techo blanco, pasando por unos grabados ingleses de marco de madera, de haya clara que representaban escenas de cacería. La pieza daba cierta idea de su dueño. Había en ella dos estantes, de color caoba, de estilo británico como todo el amueblado; en el primero se mezclaban los libros más encontrados de carácter: una

hermosa Biblia de Scio, en varios tomos, regalo de su tía; las obras de Paul de Kock, "El hombre de los tres calzones", "Bigote", "El vecino Raimundo"... y varios libros de Javier de Montepin; las poesías de Espronceda, un libro de Víctor Hugo y "El puñal y la sotana"; "El Almanaque Divertido" y "El Consejero Doméstico" de Mena—que metía mucha bulla por aquellos tiempos—era un libro lleno de consejos por el estilo de éste: "Escobillas de dientes, son indispensables para las personas de buena educación, y una vez usadas, conviene ponerlas boca abajo, para que el agua se deslice suavemente, de lo contrario se pudren."

En el otro estante de Javier lucían sus lomos encuadernados con lujo varios libros, con rótulos dorados. En una de las tablas inferiores, veíase un par de zapatos nuevos de charol, una caja de polvos de dientes—comprados sin duda por la sana influencia del "Consejero doméstico"; un frasco de tinta, una cantidad de pañuelos y corbatas, revueltos con calcetines de seda y un revolver Smith-Wesson.

Las paredes se hallaban decoradas por trofeos de armas, floretes de esgrima con sus guantes y máscaras, petos amarillos, guantes de box, y un retrato de Sullivan en guardia, con la espléndida musculatura del atleta al desnudo. Javier le contempló, con el placer que siempre le causaba la imagen del maestro, y se tocó los lagartos con infinita complacencia—tenía las condiciones de un profesional del box en los brazos y en las piernas.

Y luego se puso á componer versos, porque Javier era poeta, y los suyos habían sido muy aplaudidos de los amigos, y hasta los había leído en el Teatro Municipal en fiestas de caridad, recibiendo verdaderas ovaciones.

Y mientras subían las columnas de humo descendía sobre su alma tristeza invencible que parecía brotar de su mismo contento. No era motivo de satisfacción que su tía le hubiera prometido los doce mil pesos para su "Lechería Modelo"? La instalaría regiamente, en lu-

gar central, á donde todos fueran sin molestia á beber su vaso de leche cotidiano; y para que se entretuvieran les pondría orquesta vienesa—unas cuantas damas y muchachas del Conservatorio vestidas de sayas cortas á lo gitano: “zíngaras”. Ya le parecía escuchar los ritmos del vals arrebatador y lánguido; ya veía las parejas deslizándose, y en cuanto comprendieran la posibilidad de concertar allí sus matrimonios, no dejarían de acudir todas las mamás de Santiago, llenas de santo fuego. A fin de cuentas, y todo bien mirado, sería un verdadero filántropo, ya que los muchachos dejarían de beber y las niñas se casarían—por obra de su industria—y Javier lo daba todo por sentado según su costumbre, y casi se extrañaba—como hubiera dicho don Marcial—de que no le hubieran enviado la Legión de Honor por su idea que juzgaba en extremo feliz. Otra bocanada del cigarro. El Partagas no había salido malo. Pero ¿de qué le servía todo esto si Elisa le alejaba de sí, precisamente cuando trataba de convertirse en hombre de provecho? Ahora le invadía ola de negra tristeza, de súbito desencanto, ante la inutilidad del esfuerzo—porque lo subordinaba á Elisa. A la verdad que su actitud era inexplicable, á no ser que alguna de sus amigas le hubiera llevado cuentos. En balde examinaba su conciencia—nada le remordía—no hallaba en ella cosas verdaderamente graves que con justicia hubiera podido reprocharle en otra época. ¿Sus historias con la Rufina? Eso era cosa que le pasaba á cualquier joven, no había materia para alarmarse—mas, en lo íntimo de su conciencia, bien comprendía que para una alma pudorosa aquello debía revestir los más graves caracteres particularmente en sociedad de costumbres severas como la nuestra. Acaso había sido demasiado franco—en las componendas de conciencia suele darse al cinismo el nombre de franqueza—también había jugado baccarat, contra lo convenido—debía de haber otra cosa. De repente los celos le mordieron, rabiosos, en un solevantamiento de todo el ser con esas conmociones violentas

que los terremotos producen. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Más una vez, esos amigos y amigas que se complacen en hacernos sufrir, dándonos cuantas noticias desagradables pueden, le habían mencionado ciertos rumores, según los cuales Elisa se casaba con su tío Hernando. ¿Y por qué no? Bien veía que si no joven, era hombre de posición y de gran fortuna, de regular figura—de las que no disgustan á las mujeres; de distinción innegable. Tenía casa bien puesta, en la cual solía dar comidas encantadoras, á una de las cuales había asistido el mismo Aldana. Su galería de cuadros figuraba entre las mejores de Santiago, pues los había reunido pacientemente, por acá y por allá, en viajes á Europa, en exposiciones, en ventas, sin contar un legítimo Ribera heredado de sus abuelos. Eso de que Elisa fuera á casarse con otro le hería el corazón como agujas que se le clavaran, quebrándose en la herida, era suplicio que se hacía por momentos intolerable.

La puerta se abrió dando paso á un muchacho de aspecto desveído, británico en su porte, en su traje, en su manera de andar; tenía los ojos de un azul plumizo, rubio el cabello, el bigote afeitado, el cuerpo tiezo—con mucho del clásico jockey inglés ó del preparador de caballos. Era como visible la influencia del medio de sport en que vivía, más entre caballos que entre gente.

Conocía los *pedigrees* de todos los animales que habían corrido en nuestro turf, sus hechuras, su manera de correr, sus defectos y cualidades, el peso que habían llevado al ganar sus premios respectivos, la historia de los *baratazos* célebres. Había tomado copas con los jockey en bars dudosos, para tener noticias reservadas; les conocía á fondo, expidiendo verbalmente en cada charla certificados de honradez para los unos, de pillería para los otros: “Jameson es un pillo, un pícaro redomado—sujetó á *Red-Roof* en su carrera con *Mortimer* que sólo pudo ganarle por medio cuerpo. Rico caballo, *Red-Roof*—y tan elegante—tiene una manera de sacar las manos

que parece niña bonita—*looks well—is a jolly fellow—darling*".

Solía tener palabras conmovidas para con los caballos, en cambio la gente le importaba poco y era bastante egoísta. Créianle tonto, pero no lo era, el bueno de Julio Rosales. Su ideal, como decía de chico, habría sido el ser caballo—en sus días de infancia el más agradable de sus juegos consistía en relinchar, y solía decir con lágrimas en los ojos: —“Papá, yo quisiera ser caballo”. También le hubiera gustado, sin duda, tener algo de inglés, si quiera una partícula de apellido, pero le había cabido en suerte apellidarse Rosales, gran nombre en la sociedad chilena, tan dada á pergaminos coloniales, pero español, al fin y al cabo, lo que no dejaba de ser inconveniente para un sportman de su mérito y condiciones. Le consolaba, á lo menos, el que todos los que no le conocían, al verles por vez primera, le tomaran por británico—por lo cual exageraba un tanto, en el vestir y en el andar, las maneras de los hijos de Albion. Por lo demás hablaba regularmente el idioma del país amado.

—“Alló—Javier.

—“Como va.

“*Pretty well*—Te veo preocupado—sin duda estarás con spleen, como yo; á cualquiera se la doy, después de la que hizo ayer Tom Kreeks, sujetando las riendas á *Dinora* de una manera escandalosa en la cuarta carrera. Por eso he perdido hasta el modo de andar.”

—“Hombre, no sería malo, porque tú andas demasiado á la inglesa; no te vendría mal una inyección de huaso chileno bruto.”

—“Siempgre tan bromista—hombgre.

Hablaba con acento cerrado, agregando de cuando en cuando erres y ggeés.

Javier se divertía con él prodigiosamente, de ordinario, á pesar de que sus demás amigos no podían comprender semejante intimidad entre dos personas de naturaleza tan diversa; pero, hubiesen pensado de otro modo si conocieran la profunda admiración que Julio Rosales sen-

tía por Javier Aldana — era como culto supersticioso de su talento, admiración de la fuerza de sus puños— le había visto pegar firme en dos ó tres ocasiones—y el box era para él materia importante, sumamente importante. Aldana le atraía de manera invencible, le sugestionaba, por decirlo así, le servía de oráculo en materia de modas, pues solía recibir trajes de Pool. Consultábase el color de sus corbatas, y hasta para sus flirts, buscaba niñas que le agradasen á Javier.

—“Ayer me acordé de tí.

—“Hombre. . .

—“La Ferreti estaba en las carreras muy elegante, digna del príncipe de Galles; te hacía honor, chico. Llevaba traje malva, de túnica sencilla, v encajes negros. Todos te envidiaban, diciendo: “Con este Javier no hay quien pegue”. Eres mucho hombre, señor. Y como tienes la ventaja de unos buenos puños, nadie intenta—condecorarte, como dice papá. “Pero yo no lo pasé tan mal con una morenita, nueva—*Y have also my chance*”.

Al decir estas palabras Julio cogió una licorera de cristal de roca, sirviéndose media copa de whisky, con media de agua—half and half,—para beberla lentamente, como conviene á gente que se respeta.

Después de un rato de charla insustancial, Javier propuso á Rosales que fueran á dar una vuelta al centro, dándole comisiones reservadas para que averiguase lo que pasaba en casa de Elisa, y lo que significaba su actitud.

—“Andate de visita, tú que eres pariente de las Orbegoso y trata de averiguarme lo que haya de verdad respecto de Hernando García, v si hay algo cierto en lo que se corre. Echa mano de toda tu malicia, gringo, agregó, sabiendo que este apodo agradaba á su amigo. No dejes de preguntarle á la Micaela por “Julio Cesar”, su perro favorito, y por el loro nuevo; lo que es á la tía Juliana dile que piensas entrar al retiro de San José. Averíguame todo lo que sepas de Elisa.”

Hechas estas recomendaciones, cogió el sombrero y los

guantes, saliendo con la soltura desenfadada que le caracterizaba; en la puerta esperaba un individuo de regular aspecto. Javier comprendió en el acto que se trataba de una cuenta, y que era cobrador.

—“¿A quién buscaba? á mi hermano Javier? Acaba de salir pero no tardará en regresar, agregó; espérelo un rato hasta que llegue”.—Su tono se hacía amable y melifluo.

—“Está bien, señor, esperaré á su hermano.”

Julio Rosales abría tamaños ojos:

—“Hombre, esta si que está buena, yo no te la conocía; me parece espléndida, no estaba en mis libros. Así lo haré yo con el sastre; voy á contársela á todo el mundo en el Club.

—“No seas bruto; esas cosas deben permanecer misteriosas y reservadas, de otra manera pierden su mérito y ya no sirven sino de perjuicio. Si todo el mundo emplea los mismos ardides los pájaros se espantan.”

Pensaba entre sí, con buen acuerdo, que si todo eso era una payasada divertida para él, los demás podían echar-sela en cara y tomarlo á mal.

—“Cállate, Julio, mira que “conozco el mundo y se su alevosía”.

Lo menos que dirán es que yo le he pegado á ese pobre diablo y tú eres testigo de la manera amable y suave con que lo he recibido.

Y los dos amigos tomaron por la calle de Huérfanos, en dirección al centro comercial. Javier andaba con paso largo y desmadejado, echado atrás el cuerpo, la cabeza mirando al cielo, con sonrisa de satisfacción maliciosa; Julio tenía su aspecto más británico que nunca, el paso también largo pero firme, el bastón cogido por el medio, y alejado del cuerpo, el sombrero hacia atrás—Aldana lo usaba al lado—eran matices de carácter. Y eso les daba aspecto, al uno de jockey y al otro de matón.

Eran como unos transplantados de modas extranjeras inertadas en la vida nacional.

En la esquina de Huérfanos con Ahumada estaba

entonces la antigua pastelería de Torres, en donde los muchachos solían tomar su aperitivo de la tarde. Ambos amigos se dirigían á ella, cuando les detuvo Martín Salas, frente al Club Gimnástico, situado en donde ahora se halla la Casa Prá:

—“Párense un momento que está “Silva”; tengo que hablar con ustedes.” Entraron juntos á una de las pequeñas salas de conversación, en la cual tomaron asiento, sin quitarse los sombreros como es uso en los Clubs.

—“¿Qué han oído ustedes de Juan Orbegoso”? les preguntó misteriosamente.

—“Pues nada—¿qué hay algo?”

—“Si ustedes no saben más que yo, para qué sigo—no se puede creer, la gente es tan calumniadora...”

Salas tenía recelos de que Aldana, por su entusiasmo con Elisa, que todos conocían, recibiera mal la cosa.

—“Habla, hombre, habla.”

—“Sólo sé lo que por ahí se murmura: que Juan ha tenido un choque, no sé qué historia en el Banco Territorial, y que ha salido.”

—“Será alguna bellacada de sus jefes,” afirmó Aldana, que era buen amigo y estaba siempre dispuesto á defender á los suyos. “Juan es honrado, pertenece á una familia respetabilísima, tiene tradiciones que guardar, y nadie me hará creer que sea hombre de echarse un sólo centavo al bolsillo sin consentimiento de su dueño. Eso sí que nó.

—“Protesto de que yo sólo repito lo que acabo de oír, sin que nada me conste,—agregó el otro—; también lo creo muchacho honrado. Pero á todos les llama la atención el hecho de que tenga queridas y de que gaste dinero á manos llenas, de que haya hecho correr un caballo, el “Diamante”, que ganó una carrera, sin que nadie sepa de donde venga semejante dinero”.

—“Ni tienen para qué averiguarlo”, contestó Javier, ya en tono cortante. Yo también gasto, y también tengo querida, y juego, sin que por eso haya robado dinero al Banco Territorial ni á ninguna otra institución ó persona.

Estamos lucidos si cada uno tiene que parar á la gente por la calle para explicarle el estado de sus finanzas y sus fuentes de entradas y gastos particulares. Ya no cabría mayor espanto—ni la Inquisición se metía en semejantes honduras.”

Aldana tomaba la cosa con calor, no ya solamente por tratarse de un amigo, sino por que el asunto le tomaba más de cerca. Así lo comprendió Salas, quien para borrar el efecto de su plancha, hizo la proposición usual en estos casos entre nuestros jóvenes:

—“Dejémonos de “lesuras” y vamos á tomar un whisky”.

—“Eso es de hombre, *have a drink mann*; no vale la pena acalorarse por asuntos que no importan un rábano. No hay que llorar hermanos, como decía el predicador después del sermón de Viernes Santo, al ver á una vieja en extremo afligida con la Pasión y Muerte de Nuestro Señor. Si eso pasó hace muchísimo tiempo, como dos mil años—y todavía quien sabe si la cosa fué cierta.”

Celebraron la salida volteriana de Rosales y pasaron al comedor del segundo patio. Allí estaba casi toda la juventud conocida en aquel tiempo, los muchachos elegantes, los de rompe y razga, los políticos en ciernes, imberbes casi todos entonces, más tarde Ministros Diplomáticos los unos, escritores los otros, hacendados y ricachones los más, políticos de fuste algunos. En una mesa departía Joaquín del Valle que más tarde debía alcanzar grandes y ruidosas conquistas de amor, con Pepe Ruíz, de barba negra y rostro delgado y moreno, que debía ser célebre por un terrible drama de amor y de muerte. Más allá, frente á una botella de champagne, charlaba “el gringo” Mac Donald, con sus conocidas pastillas inglesas de color rojizo, buen muchacho, popular y alegre. Samuel Ortíz, con su cuerpo flaco y el paso balanceado, la barba negra y larga, los anteojos relucientes, y la frente empapada en sudor, salía de la sala de esgrima en donde había tirado florete durante media hora en compañía del profesor Ferragut y de Jerónimo

Arteaga—que también debía tener más tarde aventuras sentimentales ruidosas en nuestro pequeño mundo.

Al cabo de breve rato Aldana desapareció, escabulléndose con ligereza. Ardía en deseo de ver á las Escalante, de quienes se había hecho íntimo amigo. Ellas le hacían tercio, en la gran cofradía femenina en que las mujeres se sirven unas á otras, con cargo de devolución llegado el caso. Javier atravesó el centro comercial, en donde bullía la multitud á esa hora,—las cuatro y media de la tarde.—Comenzaba el desfile de la gente conocida.

La manzana se hallaba rodeada de coches americanos recién introducidos por una fantasía de la familia Cousiño— y de unas pocas victorias, cuya moda no tomaba el incremento que ahora tiene. Las muchachas elegantes daban vuelta, en los días en que no había música en la Alameda. Estrenábanse modas, se lucían los nuevos sombreros, y los nuevos abrigos de mujeres. Los hombres vestidos á la inglesa, con sobretodos cortos de color claro, café, y corbatas de rojo rabioso—también en moda y polainas blancas, desfilaban en grupos, aquella tarde del año de 1886.

De donde Gage, en la antigua casa situada junto al Banco de Chile, de ancho portalón y balcones bajos, salían algunos militares de los de antaño, casi siempre en bomba—pues se consideraba que el embriagarse formaba parte de la hombría y algunos muchachos deseosos de lucir su estado más que alegre.

Siguió rápidamente su camino Javier, cruzando entre grupos de amigos y de gente conocida que le saludaba, ó le llamaba; iba calle de Huérfanos arriba, á casa de las Escalante, en extremo suntuosa, como de viuda rica y de familia pudiente. La fachada era de estilo moderno, bastante alta, de grandes ventanales con cristales de una pieza—según la moda—Había una imponente mampara en el vestíbulo; las puertas eran de caoba, según la moda introducida por don Enrique Meiggs, y todas barnizadas.

Apretó el timbre eléctrico, abrióse la puerta, y el joven preguntó al portero si las señoritas recibían, dando su nombre. Hiciéronle pasar á un saloncillo, desde el cual oyó desbande como de personas que arrancaban, seguido de cierra puertas general, y de las interpelaciones que unas á otras se dirigían entre sí las niñas Escalante, preguntándose por el paradero de esta ó de la otra prenda de vestir. Por aquellos tiempos las mujeres vivían siempre de trapillo en sus casas, y ni siquiera se daban el trabajo de peinarse como ahora; así, pues, la llegada de una visita, fuese de hombre ó de mujer, las llenaba de zozobra, obligándolas á cambio inmediato de vestido y de calzado, cosa que hacían hasta las personas de gran fortuna—como si en la propia casa no se pudiera permanecer todo el día decentes. Sentíase un abrir y cerrar de cómodas y roperos. El chorro de agua caía sobre la taza de lavatorio, mezclado á perfume de esencias que llegaban en ráfagas al saloncillo. Luego entraron las tres hermanas en tropel, precipitadamente compuestas como en tales casos acontece con las cosas á medio hacer. Luego principiaron á señas misteriosas las unas con las otras. Era que á esta se le había olvidado quitarse los polvos, á la otra le había quedado abierta la “manera”; á la de más allá se le había olvidado abrocharse un zapato. Y comenzaron á hablar las tres á un tiempo. Sus voces se elevaban sonoras en el saloncillo amueblado al estilo Luis XV, con sofacitos pequeños tapizados de verde nilo, con cortinajes del mismo género, y mesillas recargadas de objetos de porcelana de Sajonia y de las mil fragilidades elegantes que suelen estar de moda. Por todas partes espejos con marcos recargados de oro y arabescos y curvas propias del estilo, jardineras, biombos pequeños de cristales con espejuelos y género de seda, mesas de metal, jarrones. Aquello era un maremagnum en donde el visitante no sabía donde sentarse, tantos y tales eran los muebles: las sillas y las mesas, los biombos y las terracottas, todo bonito, todo vistoso y todo inconfortable.

—“Por fin se apareció Javier, exclamó Rafaela rom-

piendo el fuego; ya creíamos que se había muerto y buscábamos su nombre entre las defunciones. . .”

Esa era la broma con que invariablemente lo recibían á uno en todas partes, hasta que mejoró un poco el tono y la cosa quedó para la gente cursi; entonces todos la empleaban, como fórmula obligada de buen tono.

—“Lo que es yo, estaba tranquila, interrumpió Dorotea, pues, hoy estuve con Elisa y no ví que llevara luto.”

—“Pero estaba tristona—concluyó Meche—quien sabe por qué motivo; lo cierto es que se dió una larga encerrona con Dorotea, que debe saber muchas cosas de ella.”

—¿Cuánto me paga si se las cuento?

—“Lo que usted quiera.”

En ese instante el reloj de porcelana de Sajonia daba las cinco; Meche se paró tranquilamente encaminándose al salón “grande”.

—“Como á usted le agrada la música, Javier, voy á tocarle un poco.”

—“Eso es, gracias.”

Luego se desgranaban las notas del vals de Fausto en un magnífico piano de Blüthner, de media cola. Era esa la señal convenida entre Meche y su pololo. El vals de Fausto significaba: “hay visitas, pero puede usted pasar por la casa.”

“La Mascota”, quería decir estoy libre, todos han salido, venga; Chopin, “mamá está en casa y no saldremos, cuidado, váyase.” El telégrafo no podía ser más sencillo.

Rafaela se quedó algunos instantes, pro-fórmula, y salió enseguida; sabía perfectamente lo que significaba aquella visita de Javier, y con la curiosidad que forma el fondo de todas las mujeres en general y de las Escalante en particular, no podía írsele cosa tan gorda. Cuando quedaron solos, habló Dorotea:

—“Malas noticias tengo que darle, Javier.

—“Ya lo presumía: la actitud de Elisa me ha parecido verdaderamente incomprensible. Usted sabe lo que yo la quiero, y lo que ella es para mí. No me gusta el tono

lirico, ni creo que haya necesidad de muchas palabras para expresar lo que sabe sentir un hombre de corazón. Ud. me conoce. Le aseguro que la actitud de su . . . amiga me ha parecido tan rara que creía estar soñando el otro día en el teatro. Me miró con frialdad glacial, con desprecio que no me explico, que no puedo comprender; por eso creía que fuera cosa de equívoco, de chisme, de enredo que hayan metido entre nosotros.”

—“Por desgracia no hay nada de eso, amigo mío. Ayer estuve con Elisa; usted sabe lo seria y reservada que es con todo el mundo; cuesta arrancarle una sola palabra y es preciso sacárselas como con pinzas. Por eso me extrañó encontrarla ayer tan franca. Le hablé de la amistad tan estrecha que nos liga, del cariño que á usted le profesan en casa, pues aquí todos lo quieren . . .”

—“Gracias.”

—“ . . . Le conté que usted estaba sumamente impresionado con su conducta en el teatro, con la manera tan terca y tan injustificada de tratarlo, pues casi le negaba el saludo. “Éstá desesperado el pobre Javier”, le dije. Elisa se puso nerviosa. Cuando me hacía la corte con más insistencia, me contestó, le puse como condición que observara conducta seria, que trabajase, que se dejara de calaveradas, que no diera tanto que hablar. ¿Y sabes cómo se conduce? Pues juega á más y mejor en el Club de Noviembre; hace tres días ó más, le oí á Juan que decía, por darse aire de hombre corrido. cosa que le agrada: “Pobre Javier, “le han metido cuatro” . . .”

—¿Cuatro qué?—Cuatro mil pesos, hija. Eso en jerga de jugador, quiere decir que ha perdido cuatro mil pesos en una noche, mozo sin fortuna. Además tiene una amiga . . . en la compañía italiana. ¿No crees que es una verdadera insolencia lo que hace ese hombre conmigo? Vaya manera de pretender á una señorita . . . y si eso hace ahora ¿qué puede esperarse para más tarde? Mira, Dorotea, yo no quiero casarme con hombre rico; rico ó pobre lo mismo dá, siempre que una lo quiera y que sea persona seria, capaz de hacerse respetar de todos y

querer de la que haya de compartir su vida. Yo no soy persona romántica, ni sentimental—eso me parece rancio y pasado de moda—Me gustan las cosas regulares y ordenadas, el marido casero, ocupado de trabajar durante el día—sentado, á la noche, junto á su mujer y sus hijos, departiendo tranquilo y sin preocupaciones, sin amores y sin luchas, á no ser los amores del hogar y las luchas naturales de la vida. No me gustan esos personajes brillantes y aventureros, de escasa moralidad, metidos en enredos perpetuamente, que van noche á noche á exponer el pan de sus hijos en el tapete verde, en vez de trabajar con tezon por ganarse la vida y formarse posición honrosa.—Muy simpático es Javier, amiga mía, pero creo que lo mejor para él y, para mí, es que busque en otra parte una muchacha interesante y con fortuna que tenga para con él toda la indulgencia que necesita y que yo no puedo darle ¿qué quieres? yo soy así, y no puedo hacerme de nuevo. Con que repíteselo cuando lo veas: que no piense más en mí.”

Javier escuchaba con la cabeza inclinada lo que su amiga le repetía, sintiendo en su interior que todo era en extremo razonable y que no había objeción que hacerle—pero con eso y todo sintió que se le rodaban las lágrimas en silencio, una tras otra, sin que hiciera esfuerzo para retenerlas: era que deseaba en lo íntimo que Dorotea, al hablar más tarde con su amiga, le repitiera ese detalle. Existe algo de actor inconsciente en todo ser enamorado, cuando todavía espera—y en medio de su angustia, sintiendo que se abrasaba, que el corazón se le partía, que el mundo vacilaba bajo sus plantas, todavía Javier, quería mostrar su corazón llagado, desnudo y sangrando, á los ojos de su amiga, para que Elisa supiera más tarde cuánto había sufrido por su causa. El extremo de sentimiento borraría todo vestigio de vanidad, así como el mendigo, para excitar compasión, no vacila en exhibir su llaga.

—“Elisa tiene razón, no digo que no; tiene mucha razón, soy indigno de ella. Me he conducido como un

peón, como el último de los miserables. Todo cuanto le han dicho es cierto. Pero qué gente, señor, qué gente tan chismosa y tan villana. . .”

Ahora le bajaba sentimiento de indignación profunda contra los que habían llevado el chisme á casa de su amada. Y Juan, á quien contaba entre sus mejores amigos, había sido capaz de referir sus historias de juego en el seno del hogar, y había cometido acaso la indiscreción de mencionar sus aventuras á la hermana. Eso no tenía nombre. No se daba cuenta de que el otro había procedido por ligereza y sin darse razón alguna de lo que hacía.

—“¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer?”

—“Usted sabrá; por ahora sólo le aconsejo que no piense más en Elisa—hay otras mujeres, amigo mío. No es la única.”

Esas palabras se pronuncian siempre, fiándose en su efecto que se cree mágico, olvidándose que para el enamorado no hay más que una mujer en el mundo entero, y que las mujeres no amadas no existen. La voz de Dorothea había tomado inflecciones cariñosas, entonaciones dulces y compasivas, como si quisiera descorrer el velo del porvenir, diciéndole: “si hay otras mujeres como yo, que no tienen tantos escrúpulos y que pueden quererte con todos tus vicios y tus defectos; acaso en razón misma de todos tus defectos.” Y esa es la razón por la cual los calaveras son tan simpáticos y queridos de las mujeres.

Javier sentía sobre su frente el peso de una sentencia horrible. Era como ráfaga de soplo frío que le calaba los huesos. No se resignaba á renunciar á un ensueño de poesía, dentro del cual encaminaba su felicidad. No podía razgar los velos que cubrían el *sáncta-santorum* de su existencia—ese lugar en donde había ocultado todas las ternuras de su vida y de su alma; sus esperanzas de hogar—él que no lo tenía y que lo necesitaba más que nadie—desamparado de la vida desde la infancia, sin padre que lo protegiera, sin las delicadezas tibias de

nido del afecto materno. Cuántas veces había pensado en una vida regular y tranquila, de orden y de afecto duradero—y su visión coincidía, sin saberlo, con la de ella— en un hogar de trabajo y de paz. Todo eso desaparecía para siempre; era menester decirle adiós, enviarlo á las regiones á donde van los suspiros y las esperanzas muertas.

Ese muchacho fuerte y viril sintió que se le anudaban los sollozos en la garganta, que sus nervios no le acompañaban, que se le desplomaba el mundo, ese mundo de ensueño en el cual se complacían sus imaginaciones de poeta y de joven.

Más le hubiera valido, á su entender, una enfermedad que carease sus huesos en achaque repugnante, que pudriese sus carnes, ó que trastornase su cerebro en las tinieblas de la inconciencia: más valía el decaimiento físico que la agonía moral de una vida desarraigada. Con enfermedad horrible se habría quejado, habría sufrido, se habría sentido acosado del mal feroz que no perdona, mas, al mismo tiempo, habría podido adorarla en suprema visión de esperanza. Elisa le suprimía de su vida, quitándole toda esperanza del hogar soñado—sólo con ella y para ella—de los hijos, entregándole á la piedad estéril de una parienta anciana. Ese cuerpo encantador que había besado en sus sueños tantas veces—conservándolo en su blancura casta de lirio—sería de otro, pertenecería á otro, se uniría á otro; esa carne que tenía la frescura aterciopelada del durazno, y el brillo suave del nácar, sería acariciada por otros labios, tocada de otro dueño. Adivinaba que ese cuerpo tan delicado, lleno de afinidades secretas é indefinidas con el suyo, de comprensiones misteriosas de esa que sólo el genio de la raza explica—tendría otro dueño. Dorotea sentía removida su alma, al ver sollozar á ese hombre tan fuerte y tan audaz, agitado por los oleajes de la vida.

Oyóse el ruido de una ventana que cerraban: era Meche que acababa de conversar con su pololo, dándose cita para el paseo de la Plaza, á las seis. Y luego reso-

naban las melodías elegantes de un vals de "Los Patinadores" de Godard, con sus escalas rápidas y el suave desgranarse de sus notas como patines sobre hielo. En el silencio grave, en el recogimiento de aquella hora tan amarga, Dorotea experimentaba el duro contraste de la música alegre, en presencia de la miseria, y sentía que una extraña piedad invadía su alma.

CAPÍTULO VII

Juan Orbegoso, sentía en esos instantes el peso de un mundo que se le venía encima, en desarrollo de cataclismo universal; hasta ese instante, había vivido en la inconsciencia alegre de la hora que pasa. Ahora llegaba el momento temido de la crisis. Una angustia suprema le atenaceaba, la vergüenza enrojecía su rostro—como si fueran á azotarlo en la plaza pública, se sentía puesto en la picota, de tema de las murmuraciones malévolas de sus amigos y de sus envidiosos, de los que le miraban mal por su figura elegante y esbelta, su porte airoso, su nombre, por las atenciones que recibía donde quiera que fuese. Sentía en un solo instante, los inconvenientes de todas las ventajas que la naturaleza y la sociedad le habían concedido. Era que tocaba á la hora grave—á esa hora de suprema gravedad, por la cual todos atravesamos en el curso de nuestra vida y que nos sirve como piedra de toque—unas veces para levantarnos y otras para hundirnos definitivamente. Preséntase ese instante como resultado de larga serie de factores, entre los cuales predominan nuestro temperamento, la educación, el medio con sus potentes influencias, nuestro ser oculto, las leyes atávicas que salen á luz, y encontramos en nosotros mismos un ser desconocido, nuevo, gene-

roso ó vil, que nos sorprende como el sonido de nuestra propia voz en ciertas horas críticas, de una voz blanca que nos parece ajena y sin embargo es la nuestra. Aquella mañana Juan se había levantado, bostezando y des-perezándose, como de costumbre, á la vez que renegaba de sus tareas y de su empleo que le obligaba á presentarse tan temprano en el Banco Territorial, en el cual era cajero. Había que estar á las diez en el escritorio con el sueño todavía vivo, recordando escenas de fiestas, las incidencias del baile anterior, las peripecias de una carrera emocionante, en que había resultado un "*bata-tazo*" que diera dos mil pesos por diez al ganador, ó bien con el disgusto de un desaire innmercido, de alguna pequeña herida de vanidad de esas que se ahondan solas. Y siempre la misma vida, el eterno contar de los billetes, recibir y pagar cheques y sumas, apuntando en libros, revisando cantidades y haciendo operaciones rápidas. Aquella mañana Fernández, su vecino de caja y amigo de antaño, le llamó de manera misteriosa: "Compañero, tenemos que hablar. Le oí á un consejero amigo de casa, que en el Consejo del Banco se había hablado de usted,—nada malo,—lo encontraban simpático de buenos antecedentes de familia, sobre todo su padre tiene tal reputación de integridad que eso entona á cualquiera que ande por las vecindades. Pero se comentó con extrañeza el hecho de que usted apostara tanto en las carreras, y también se dijo que le habían visto en el Noviembre—perdóneme la franqueza—pero un empleado de Banco no debe jugar; se expone á todo género de comentarios más ó menos equívocos. Se dice también que usted gasta mucho y que no se le conocen las fuentes de entradas. Yo observé que sus tíos Sanders son ricos y que nada tenía de particular que de cuando en cuando le regalasen sus buenos morlacos—pero la cosa no pareció clara. Así mucho me temo que le hagan un arqueo extraordinario de caja, y—sea dicho sin ofenderlo—bueno es que esté alerta, por si acaso; nada se pierde. Juan enrojció hasta la niña de los ojos, haciendo ade-

man como de persona ofendida, pero luego, cambiando súbitamente de actitud, contestó al otro: "Le agradezco, compañero, su consejo y su defensa; jamás he jugado en las carreras sumas extraordinarias, y siempre que lo hice fué con buena suerte, de otra manera no me hubiera permitido gastos con mujeres de teatro, ni regalos."

El otro bajó la vista, dudoso, como diciendo, "á mi no me la pega usted". El fondo de su discurso, aparecía rudo y hasta ofensivo para Juan, así lo sintió—pero al mismo tiempo veía la conmiseración de una situación que el otro sentía como posiblemente crítica, acto de compañerismo y de piedad, y también acto de solidaridad comercial, el deseo de evitar al Banco y á los compañeros situación bochornosa; que se dijera de uno de los cajeros del Territorial, Banco serio y bien reputado, que había cometido malos manejos. Era la dignidad del espíritu de cuerpo que obraba inconscientemente. Juan sintió perturbación indecible, temor súbito; las piernas se le doblaron, vaciló el suelo en torno suyo. Una palidez mortal—que el otro observaba con el rabillo del ojo, sin mirarle por lástima,—invadió su rostro. Sentíase mal. Invencible inquietud nerviosa se adueñó de él, dominándole con garras de hierro. Antes había tenido confianza absoluta en si mismo, y sacaba dinero, al principio, en pequeñas sumas; luego en sumas algo mayores, *con la esperanza de reponerlo en breve*. ¿Acaso no tenía parientes ricos? Ahí estaba su tío Hernando á cuya bolsa había acudido en más de una ocasión, hallándola siempre abierta; también tenía su tío Sanders—que era millonario, á quien podría recurrir en caso apurado. Al principio había sacado dinero que repuso jugando en el Club, y quedando, sin grandes dificultades, al día. Así había entrado en gastos que reponía siempre sin la menor dificultad, mediante su habilidad y su suerte en el tapete verde y en las apuestas de caballos. De esa manera sacó el dinero de los regalos á Linda, y el que le daba á manos llenas. Pero un día, cambió la suerte y comenzó á perder.

Esto sorprendió á Juan, que se creía seguro de ganar siempre. Hasta entonces había mirado como simple hipótesis la necesidad de pagar ese dinero que sacaba de á pocos de su caja; ahora para reponerlo, seguía jugando y perdía más y más, cavando el hoyo, que comenzaba á inquietarlo; ahora surgía en sus noches la pesadilla de algo terrible que le deshonrara, algo peor que la muerte, más infame que el presidio. Adivinaba la desesperación de su padre, el dolor y la angustia de su madre, el descrédito para todos—hasta para su pobre Elisa que pasaría á ser la hermana de un ladrón. Las consideraciones que hasta entonces no se había hecho se formulaban ahora de súbito, con precisión cruel—veíase descubierto, lo sentía así con la sobreexcitación nerviosa anticipadora de acontecimientos que á veces no llegan á verificarse y que producen siglos de agonía en cada minuto de recelo del mal que asoma como sombra terrible sobre nuestras cabezas. El engranaje rodaba y se estrechaba cada vez más, hasta cogerle entre sus dientes, y apretarle á morir, y rebanar sus carnes, y romper sus huesos. Daba ya por hecho el arqueo inminente, por descubierta la substracción de fondos, por recibido el golpe; veía el desprecio pintado en el rostro de los amigos que le quitaban el saludo, con la implacable zaña con que se pisotea á los caídos y á los desgraciados—el mundo no espera las veinticuatro horas de regla para senultar á sus muertos.

Las amigas con quienes tuvo sus pólculos, que coquearon con él en bailes y recibieron regalos de carreras, no le reconocerían al pasar, ni le recibirían en sus casas; los amigos que tantas veces le habían pedido dinero prestado en la mesa de juego, aprovecharían la ocasión para no reconocerle donde le hallaran—acaso serían los que más se ensañasen, como en otras ocasiones había visto. Tampoco le defenderían los que se habían sentado, invitados por él, á la mesa de alegre cena, y habían bebido su champagne, y comido sus platos exquisitos dispuestos por él con el gusto profesional de un Petronio. Presen-

tábase á sus ojos, de golpe, una visión anticipada de la situación que venía, y esa visión era cruelmente lúcida y clara—de claridad que sorprendía por lo dolorosamente aguda. Juan experimentó inmensa conmiseración de sí mismo, al mirarse en el espejo del lavatorio, á lo cual se mezclaba secreta satisfacción de su figura—era buen mozo y las mujeres lo aceptaban bien—eso había entrado en parte de su fatalidad. Sus miradas cayeron sobre el zapato de charol, de corte elegante y que le hacía bonito pie, como le decían en la tienda; sobre el pantalón bien planchado, sobre el conjunto aristocrático y distinguido, sobre el aire innegable de elegancia de su persona toda—y fué una pequeña sensación de vanidad satisfecha que borró, por instantes, con su futilidad, la gravedad inmensa de la hora.

Sonó un timbre: el Gerente le llamaba; su corazón palpitó con fuerza espantosa—todo se había descubierta, le llamaban para despedirle, para humillarle, para hacerle cargos—era la hora del suplicio que se acercaba. de la inevitable vergüenza. Se estremeció, tuvo ganas de huir, pero luego recuperó su sangre fría. El Gerente, hombre de regular estatura, pálido, de rostro arrugado y amarillento, le recibió con seriedad pero sin resabios de mal humor; era excelente y caballeroso—exigente con todos y consigo mismo en materia de cumplimiento del deber, firme, duro, pero de alma sana y bien puesta—extraordinariamente delicada en ciertos casos. Le saludó dándole un encargo de oficina. Era simple alarma, pero había bastado para hacerle medir la amargura inmensa de una posición enteramente falsa. Recordó haber leído años atrás, un cuento de Poe, titulado “El péndulo” en el cual un condenado á muerte por la Santa Inquisición, vé bajar sobre su cabeza el péndulo de acero que habrá de horadarle el cráneo, sin que la cosa sea posible de evitar. También su péndulo bajaba por minutos, y el suplicio se hacía intolerable, como desgarramiento permanente de la piel á tirones lentos y cortos. Hubo instantes en que pensó hablar con

el Gerente y confesarle su falta. Encaminóse á la gerencia con paso resuelto, el corazón lacerado y la frente palpitante; más allí se encontró con uno de esos detalles insignificantes que cambian, sin embargo, el curso de las cosas. Don Germán de la Fuente, respetable caballero, amigo de su casa, le detenía golpeándole el hombro cariñosamente, para preguntarle por los suyos.

—“¿Cómo estaba don Santos?”—habíanle dicho que enfermo—don Germán era consejero del Banco, y entró á la sala del Gerente como á su casa. Juan se detuvo; no se atrevía á confesarse en presencia de ese caballero y lo dejó para después: en ese instante oyó la voz del Gerente que le decía: —“Usted parece enfermo, Orbegoso, retírese á su casa.”—“Nó señor, gracias, si todavía puedo trabajar.” Quería prevenirle en favor suyo con tal muestra de celo. Todo en su espíritu era contracción; por una parte quería alejarse de aquel volcán, de aquella terrible mina que tenía encendida la mecha, próximo ya el estallido; por otra, le parecía que junto con alejarse de la oficina vendría el terrible arqueo, para dejarle en descubierto, produciendo la catástrofe final.

A las cuatro y media en punto, salió del Banco, encendida la cabeza, la frente ardiendo, todo afebrado; los nervios le sacudían de tal modo que no podía encender un cigarrillo sacado de la petaca.—“Dios mío, ¿qué hacer?”—era la pregunta que incesantemente repetía, sin hallar respuesta. Aunque le doliera mucho, lo más corto sería pedirle prestado el dinero á su tío Sanders—¿cómo no se le había ocurrido antes una idea tan sencilla?—pero la suma no dejaba de ser gruesa—diez y nueve mil pesos. Su tío le quería, eso era evidente, su fortuna era considerable—una suma de esa especie no le haría ni más pobre ni más rico, millonario como era. Adelante y pecho al río; no debía amedrentarse por vanos temores—pero eso que le parecía tan sencillo de hacer, en teoría, en realidad se le hacía terriblemente difícil, retenido como estaba por falso pudor, por el

miedo de confesar que había cometido una acción fea, una acción indigna. “¿Por qué no decirlo si era la verdad? una acción criminal,” cuyo peso sólomente ahora comprendía en toda su extensión inmensa. Y esa retención del pudor moral era tan grande que casi le parecía mejor confesárselo todo al gerente. Sin embargo, al llegar á la Plaza de Armas, le entró como fiebre por hablar con su tío Sanders; miró su reloj, serían cosa de las cinco y media. Apresuró entonces el paso, obligándole á detenerse unos carruajes que se habían enredado. De uno de ellos le hicieron el más cariñoso de los saludos—eran las Escalantes, que iban al Parque, “mañana ya no me saludarán de esa manera” se dijo el cuitado, en verdadero sobresalto de su vanidad herida y palpitante. “Ya no me conocerán, así es el mundo”. Esto le movió á apresurar el paso. Después de arrastrarlo, al salir de la oficina, ahora casi corría, tal inquietud le devoraba. Por fin, después de minutos que le parecieron siglos, llegó á la vieja casa de la calle de Santo Domingo preguntando á la primera sirvienta que topó: “¿Dónde está mi tío Sanders que traigo un recado urgente para él?”

—“Acaba de irse, contestó doña Encarnación entrando la puerta; partió á Chillán, en el nocturno, á pesar de lo mucho que le pido no viaje en ese tren tan peligroso, aquí donde tienen la costumbre salvaje de arrojarle piedras á los trenes nocturnos—no sea que vaya á tocarle una en el instante menos pensado. Pero si se te ofrece algo de importancia le escribiré mañana temprano ¿de qué se trata?”

Juan se sintió sorprendido de improviso, calculando que á su tía no podría decirle nada; además las mujeres tienen criterio tan especial que uno jamás acierta por dónde habrán de salir ó reventar. Hizo gesto de indiferencia: —“No se trata de nada de importancia.”—No pudo dejar de ruborizarse al mentir tan impensadamente. Doña Encarnación lo advirtió:—“Y entonces ¿porqué venías tan apurado?”—Por si se iba de Santia-

go".—“¿Cómo lo sabías cuando el viaje lo ha resuelto de repente hace apenas una hora?”—Su tía le dirigió una mirada interrogadora—que le cayó como garrotazo—y movió la cabeza lentamente, entre recelosa y sorprendida; sentía que algo raro pasaba.—“Tu me ocultas algo,” agregó; lo que dices me parece turbio.”—“Nada tía”.

Juan salió aparentando indiferencia; en la puerta sacó el reloj de su bolsillo; daba las cinco y tres cuartos. ¿Acaso, acaso, apurándose alcanzaría á su tío en la estación, acompañándole hasta San Bernardo; en el camino se lo diría todo, la verdad entera, como se le dice á un padre, y le prometería enmendarse, salir de Santiago, hacer lo que quisiera—sólo quería salvar su honor, evitar humillaciones que le abrumarían. En vano recorrió la calle á trote largo, corriendo por último, atropellando á los pasantes al fin; no parecía ningún coche—hasta que por fin dió con uno, le ofreció espléndida paga si alcanzaba al tren del sur. Azotó los caballos el auriga y partieron en carrera vertiginosa, atropellándolo todo, partiendo por encima de la gente, sin darse tiempo de gritarle se hiciera á un lado—diríase que su vida pendía de la velocidad de la carrera. Llegaron, por fin, á la Estación. En ese preciso instante, el tren, que acababa de partir, tomaba vuelo—ya era imposible alcanzarlo. Horrible desesperanza le invadía; dábanle ganas de matarse, para evitar aquel terrible derrumbe que presentía. La indignación de su padre—puritano de terrible severidad—las lágrimas de su madre, y su congoja, el dolor de los suyos. Era la muerte civil—¿cómo, jamás, se atrevería á presentarse delante de ellos con mancha semejante sobre el rostro?—era la pérdida del hogar. Nubes negras le envolvían de todas partes, con signos precursores de la tempestad cercana.—Valía más morir—pero Juan miraba dentro de si y no se sentía con ánimo de matarse—la muerte honda, siniestra, con abismos insondables, con lo desconocido pavoroso en pos de si, le aterraba, le empequeñecía, despojándole de su valor

natural—del cual no carecía—y debilitando su voluntad. No es tan fácil suicidarse como generalmente se cree—pensó entre sí. En el instante recordó la imagen de un individuo, ahorcado, que había visto de muchacho, y sintió movimiento convulsivo, casi animal de repulsión instintiva. El no podría matarse.

Al volver, se echó á andar á pie por la Alameda, á hora oscura y mal alumbrada, particularmente por aquellos tiempos. Aún no se había levantado la serie de magníficos edificios, posteriormente construídos—los alrededores de la Estación Central estaban llenos de casas pobres, de cafés chinos, pintados de rojo, de casas equívocas, de bodegas que arrojaban olor á vino, de bares miserables en los cuales se revolvían el vicio y el crimen. Allí se concertaban, entre bandidos, los asaltos nocturnos, los salteos de los alrededores, se enganchaban las cuadrillas de salteadores encabezados por alguno de los horribles jefes perseguidos inútilmente por la justicia. Un terrible relámpago iluminó las tenebrosas obscuridades de la conciencia de Juan—sintióse rebajado hasta ellos, aún más vil que ellos, puesto que había abusado de la confianza en él depositada, para robar á mansalva—mientras tanto el bandido siquiera había jugado su propia vida, al asaltar la casa del rico que podía recibirle á tiros y darle muerte en legítima defensa, sin responsabilidad alguna. ¿Cómo había podido caer tan abajo un joven como él, hijo de don Santos Orbegoso, el hombre más honrado y escrupuloso del mundo, y de una mujer tan digna como su madre, de vida sin tacha, toda pura y noble, que aún en su pobreza veía manera de consagrar parte de su tiempo y de su escasa fortuna á la beneficencia? cómo pudo hacerlo? —En casa sólo había recibido buenos ejemplos, educación religiosa, casi mística, de extremada devoción. ¿Acaso no resonaban aún en sus oídos los rumores del rosario-semicantado, en su melopea de invocaciones sagradas, tan dulces allá en los días de su infancia, en los cuales todos rezamos y todos creemos? ¿Acaso no veía á las mujeres de la casa,

incluso la servidumbre y niños, además de don Santos, arrodillados ante el altar resplandeciente de luces y de flores, con la imagen de la Virgen, vestida de blanco y de azul? Aún creía recordar ese impulso fervoroso que parecía brotar de las almas estremecidas al elevar sus plegarias al cielo; el sonido ronco de la voz de don Santos cuando llevaba el coro, en tanto que las últimas palabras parecían arrastrarse en suave murmullo, todo lleno de unción: “—Ruega señora, por nosotros los pecadores, ahora... y en la hora... de nuestra muerte, amén.”

No podía explicarse á sí mismo, cómo un hombre, criado en semejantes condiciones, hubiera podido tener caída tan atroz, en delito de tal manera grave. Pero, en ciertas penumbras de su conciencia, comenzaba á vislumbrar rayos de luz. Le había arrastrado la vanidad, principalmente la vanidad, que era la nueva ley que la sociedad se había dado á si misma. Primero, se había visto en círculo de jóvenes elegantes y de gran fortuna, que tenían nombre tan bueno como el suyo. Todos eran aficionados á copas, bebían, se alegraban, y luego iban á parar á las casas de calles lejanas en donde tenían sus queridas; otros picaban más alto y tenían relaciones con artistas de compañías extranjeras que les hacían gastar dinerales. Juanito entró en la vida de diversiones que sus demás amigos, más ricos, llevaban—pero no tenía dinero—á no ser lo poco que sus padres podían darle, y eso no era suficiente. Recibir invitaciones sin corresponderlas jamás no sería digno—habría sido rebajarse á existencia de parásito en la cual no podía mantenerse un Orbegoso que tenía nombre. Comenzaba la terrible vida del pobre de levita. Por eso no siguió carrera, como hubiera deseado su padre: además existían prejuicios de familia. No les hubiera agradado un médico de apellido Orbegoso, era descender; para ser ingeniero ó abogado habría tenido que sujetarse á estudios desagradables. Además, necesitaba dinero para poder llevar vida pasable, aún sin lujo. ¿Y cómo viviría durante los

varios años de aprendizaje que una profesión requiere? ¿Cómo haría sus gastos de sociedad? Necesitaba ganancia inmediata. Recibido de bachiller entró al Universal, en donde había trabajado varios años; pero necesitaba mantenerse en posición y en rango de mucho gasto. Entonces fué cuando se le ocurrió meterse á jugar, en compañía de Javier Aldana, que hacía sonar los restos de su patrimonio, y de otros muchachos de fortuna, que tenían fundos en arriendo, de sus padres, y disponían de muchísimo dinero, como Julio Rosales, el "pato", Lamas Arteaga y otros por el estilo. Los más invitados, los mejor recibidos eran los que se presentaban con mayor boato haciendo sonar los cascabeles de una victoria, y los billetes en fiestas de beneficencia ó en comidas ó paseos. La vanidad social, las exigencias que impone, habían sido cómplices de su caída. Su padre tenía alma romana, templada en el sentimiento del deber que constituía la fuerza de las viejas generaciones chilenas y que nos dió la victoria en los campos de batalla, aún más que el valor de nuestros soldados. Era forjada con el espíritu de sacrificio, con el valor de la pobreza, con el desprecio del qué dirán, con el desdén de la vanidad social, con la cual ni siquiera se encaraba, de tal manera la modestia entraba en el fondo de sus virtudes—pero modestia en las costumbres unida á terrible orgullo de familia, al sentimiento de raza de los antiguos conquistadores. Juan admiraba á su padre, sin comprenderlo. En cuanto á él, era hombre de su tiempo, de sociedad nueva, en ebullición, que se transformaba y que pretendía gozar, vivir al día, cuya ocupación principal iba á ser la conquista del dinero, por bien si se podía, por mal en caso contrario. Se había saturado de la nueva atmósfera, sin reparar en los medios. Por eso, había comenzado por jugar con su dinero, luego había tomado de la caja su futuro sueldo, por último sumas gruesas que, según se decía para disculparse, devolvería más tarde—era que entraba en los compromisos de conciencia, cada vez más elásticos y cada vez más inciertos que de la transacción nos llevan

á la destrucción definitiva del sentido moral. Ahora despertaba de su horrible pesadilla, del insensible rodar, al borde de la catástrofe inminente.

Al levantar la vista, en el continuo desfilarse de edificios y de luces, divisados al través de sutil neblina, vislumbró Juan el de los Padres Franceses, en donde recibiera su primera educación. Vínole entonces la idea de verse con el padre Anselmo, su antiguo maestro, Rector del Colegio ahora. Tiró del cordón de la campana, tocada en otro tiempo cuando volvía con su saco de ropa al hombro, como los demás muchachos, el día domingo—cuán melancólico le parecía entonces el final de fiesta, con los estudios, los trabajos y la clausura en perspectiva—y sin embargo, con gusto hubiera vuelto á esos tiempos cuya atmósfera de paz sólo ahora apreciaba. El Padre Anselmo era entonces hombre de sesenta y cinco años, pequeño de estatura, de cabellera blanca, los ojos grises y vivos, que brillaban como alfileres tras de sus gafas, tratando de penetrar en el fondo de las personas. Era fama que los muchachos más diablos, hasta el célebre Javier Aldana que pasaba por ser el mismo demonio, le tributaban homenaje juzgando inútil tratar de engañarle. En cierta ocasión en que se había presentado con la cara amarrada, pidiéndole permiso para salir, por dolor de muelas, le contestó el padre:—“Si quieres sacártela, no tengo inconveniente en que salgas”, Javier aceptó, pero no contaba con la huésped; el padre Anselmo le acompañaba. Fueron donde el dentista, Javier tuvo el valor, por no dar su brazo á torcer, de hacerse sacar una muela sana. Volvieron juntos al colegio. En la puerta le despidió el padre, diciéndole: “Lo que es ahora, ándate á tu casa, por el valor y la consecuencia que has demostrado en sacarte una muela que no te dolía; en otra ocasión, no trates de engañarme, pues cuando tú vayas de ida ya estoy yo de vuelta”. Era espíritu fino y penetrante, unido á corazón generoso; sus costumbres severas, exigente con todos, en material de disciplina—que para él era lo principal en materia de educación.

Junto con penetrar en el estrecho salón de la casa, al ver el antiguo crucifijo que tantas veces contemplara de niño sobre la misma mesa, y los viejos muebles, decentes y limpios pero modestos, de estilo imperio tapizados en cuero; al divisar por los corredores el paso arrastrado de "Tachuela", con su cuerpo chico y su rostro apergaminado, que había sido tambor de los ejércitos de Napoleón, según la leyenda del colegio, sintió que le daba el corazón un vuelco. "Ah! qué lástima de no vivir aún en aquellos tiempos! El padre Anselmo penetró á la sala momentos después; recibióle con los brazos abiertos y una sombra de emoción, de cariño paternal, que empañaba sus lentes:

—"Al fin, hijo mío, te apareces por acá. ¿Cómo están en tu casa? Nada de particular, por cierto, felizmente. En cambio tú traes algo; me han dado malas noticias tuyas—muy malas—Vivo lejos del mundo pero me llegan los rumores de lo que pasa y sigo á mis alumnos en sus triunfos y en sus tristezas. Dicen que te has vuelto calavera, que juegas, que pierdes gruesas sumas, que—en fin—no hablemos todavía de esas cosas tristes que tienen tan duro despertar, porque todo en la vida trae consigo su resultado, amargo á veces cuando la conciencia no está limpia. Y pensar que tú eras tan bueno y tan piadoso. ¿Quién pudo corromper á mi oveja predilecta?" Su voz se hacía tierna, insinuante, como si quisiera penetrar con suavidad en la conciencia de su antiguo alumno. El sacerdote tuvo ese mismo tono lejano, de honda melancolía, de música de antaño, con que María Guerrero, dijo años más tarde los versos del "Rosal": ¿Quién te sacó de la rama que no estás en tu rosal?

Juan se sentía removido hasta lo más hondo. No necesitaba casi hablar, su antiguo maestro iba poniendo suavemente el dedo en la llaga, para que no le doliese demasiado.

Luego agregó el padre Anselmo: "A tí te pasa algo grave, algo que no te atreves á decirme, y que es consecuencia directa de la nueva vida que llevas, del ca-

mino que has tomado. Presiento en tí, una especie de agonía íntima, desesperación que no encuentra palabras. Y si así no fuera, no estarías aquí, casi al pie del confesionario, en busca de alivio que el mundo te niega”.

Juan no respondió una sola palabra; el silencio se hizo en la sala conventual, mientras la sombra del crepúsculo muerto, invadía rápidamente, por los altos ventanales de colores, los ámbitos de la pieza.

—“¿Tan grave es la situación?”

—“Muy grave”

—“Habla, hijo mío...”

La voz acariciaba de nuevo, abría las puertas, indicaba en las lejanías el perdón, como una esperanza, la resignación como una fuerza. El Crucifijo blanco, palidecía en la sombra.

—“Habla, hijo mío...”

Juan sintió entonces toda la fuerza sugestionante del crepúsculo y del vasto silencio; comprendió, por intuición, esa ley oculta en virtud de la cual las palabras de amor y de misterio tienen doble fuerza á la caída de la sombra, en la hora en que se dice todo y en que todo puede decirse. Abrió las compuertas de su alma, y refirió la situación en que se encontraba, con detalles, sin sin omitir alguno, sin perdonar lo que más le humillaba. Era la necesidad de vivir en la verdad que le sobrecogía, de súbito, como canal desbordado y poderoso que rompe los diques.

El padre Anselmo le escuchaba. “Todo no está perdido puesto que sientes la necesidad de vivir en la verdad y de enmendarte. Por mi parte, voy á quedar tranquilo respecto de tí; es menester que ahora tú mismo te tranquilices, que reconfortes tus nervios, que te aprontes á la crisis social y de vanidad humana—porque, no te equivoques, el origen de todas tus culpas está en el demonio de la vanidad mundana que á tantos pierde, y del orgullo. Lo primero es pagar; no desmayes, busca dinero, ábrete con algunos de tus amigos y parientes, con los más íntimos. Pinta tu situación en globo, sin bajar

á los detalles de vida privada que sólo á tí te pertenecen. No vayas á mentir por nada, pero no seas indiscreto. Por el momento, se trata de salvar limpio tu nombre que es de tu familia, y luego de hacer nueva vida, y de pagar religiosamente lo que ahora te prestaren. Veamos á quienes podrías dirigirte.”

Y comenzaron un examen rápido y sumario de sus parientes y amigos, en el cual el sacerdote demostraba conocimiento maravilloso de los hombres, disecándolos, hundiéndoles el escarpelo, como lo hubiera hecho un político avesado al manejo de los hombres y de la vida. —“Mira, no te vayas á meter con tu tío Hernando, que no sirve para nada; muy regular, muy correcto, oye siempre su misa y cumple con la Iglesia—tiene fortuna y la guarda, es *guardoso*... pero no es capaz de corazonada, de algo espontáneo. A mí no me gustan esos seres que todo lo constituyen en la forma, en la modalidad, que siguen la letra y no el espíritu del Evangelio, al modo de los fariseos. No te metas con ese... Y ya que has estado en esos líos, busca, para que te saque del pantano, á tu amigo Javier... es tuno, desvergonzado, un perdido... pero con remedio porque tiene corazón, y jamás hay que desesperar con los hombres de ese temple; anda á verlo. “El sacerdote lamentaba no disponer de fondos en ese momento...” De ninguna manera los hubiera aceptado—interrumpió Juan.—“Ya vez? habla el orgullo” le contestó. Y salió con el alma reconfortada, más animoso, más firme, distinto del hombre que antes pensara en matarse.

Inmediatamente fué donde Javier, á quien no encontró. Le dejó una tarjeta escrita con lápiz, y partió á casa de su tío Hernando.

¿Por qué iba? Porque no podía creer en las palabras del padre Anselmo; conocía el orgullo y la vanidad de familia de su tío, y por esto esperaba ayuda, aún cuando sólo limitada, pero algo en fin—dado que también recaía sobre él aquel escándalo ya próximo.

Hernando vivía en una casita de la calle de Teatinos

cerca de Rosas, en edificio elegante y nuevo de dos pisos. El sirviente, vestido de librea, le introdujo al saloncillo, puesto con muebles de estilo americano, del llamado *mission*, de cuero. Todo era elegante y confortable. Los cortinajes sobrios, los cuadros alegres, y algunos de regular mérito, aún cuando no por cierto legítimos los que exhibía como Holbein y Watteau, repitiendo su historia á cada visitante de la casa.

En esos momentos hallábase en compañía de un amigo, el elegante Gallter, que paladeaba tranquilamente su copita de Kummel, dejando caer unas cuantas palabras con el tono parejo y levemente desdeñoso que formaba parte de su estudiada elegancia. Gallter vestía como figurín, según su costumbre, de pantalón claro, irreprochablemente planchado, chaquet tan entallado que parecía llevara corsé, albísimo cuello y plastrón de seda de tono granate y oro; la onda de su cabellera formaba una curva ireprochable, y los bigotes retorcidos y engomados tenían ese corte germánico, posteriormente popularizado por el Kaiser.

—“Si señor, decía con acento levemente tudesco, los negocios no marchan, no llevan, como antes, el paso de parada. Es que la política en Chile todo lo resuelve. Mire, usted, hombre; yo no comprendo francamente por qué le hacen tanta oposición al Presidente: es necesario que alguien mande, no es posible que todos gobiernen á un mismo tiempo...”

—“Pero un pueblo libre, una raza viril como la nuestra, necesita de libertad de elecciones, no puede dejarse pisotear por un mandón cualquiera; no somos inquilinos de fundo, ni estamos dispuestos á correr tras la mula madrina que pasa haciendo sonar la esquila. ¿Adónde iríamos á parar si lo dejáramos hacer lo que se le da la gana, y designar á sucesor como quien nombra nuevo mayordomo? Esto ya no se puede tolerar, el país está que se arde; el día menos pensado vamos á parar quién sabe dónde, en qué lío, en una revolución”.

—“Já, já, déjeme usted reirme, hombre; ustedes los

chilenos son muy pacientes, no hacen revoluciones, y tienen además mucho sentido práctico y saben que con la mejor revolución no se gana nada—salvo los proveedores de armamentos, que son los que promueven en Chile las cuestiones guerreras ó internacionales, repartiéndole primas para mantener el fuego sagrado del patriotismo.

Gallter tenía entonaciones irónicas en su lenguaje tranquilo y frío, para decir las cosas más amargas y fuertes, como quien no dice nada.

Hernán se exaltó:

—“Usted no nos conoce. Gallter, aquí no todo es negociado; hay altivez, espíritu de sacrificio, abnegación, generosidad.”

—“Estoy convencido de eso, desde que ví á una señora millonaria que usted conoce, en circunstancias en que un muchacho suplementero le devolvía su cartera con quinientos pesos, que acababa de recoger botada en la calle. La gran señora le pasó una moneda de diez centavos, diciéndole. “toma hijito, pero no te vayas á beber al despacho.”

—“Gallter á usted se le pasa la mano — como partidario del Presidente abusa...”

—“Si yo soy extranjero—no tengo partido sino el pelo já... já...”

Era el precursor de los cuentos alemanes. Gallter reía, satisfecho de lo que juzgaba su gracia, balanceando un zapato de charol con caña amarilla, que era entonces la última palabra de la moda, á la cual seguía como los buenos observantes las prácticas religiosas.

Juan entraba en esos momentos, á tiempo para impedir una discusión—cosa que Gallter había evitado, probablemente, en su horror de buen tono por cuanto significara levantar la voz y exaltarse; las discusiones le parecían groseras y de mal tono—él hubiera perdonado un asesinato antes que una falta de corrección. Se estiró una arruga invisible del chaquet, se paró de su asiento y recibió á Juan con sonrisa graciosa. Hernán-

do salió á su encuentro. Como el sobrino jamás le prodigaba las visitas, calculó que si venía era para pedirle un favor, por lo cual asumió desde el principio actitud importante y un si es no es desdenosa:

—“Juanito, ¿cómo va? ¿Cómo están en casa todos? ¿y Elisa bien? Me alegro...”

Y sin más prosiguió su conversación con Gallter, para evitar con su malicia de huaso chileno el quedarse á solas con el joven, de quien temía un sablazo.

—“Volvamos al punto de partida, al estado general de los negocios, Gallter”. A Hernando le gustaban las cuestiones económicas, en las cuales podía decir impunemente todo género de disparates, sin miedo de que le enmendasen, á no ser con otros disparates. Con ellas se daba cierta traza de hombre de Estado, versado en cuestiones tan importantes como la Hacienda Pública, y además ese género de conversaciones sentaba bien á un hombre serio y formal: por eso y su fortuna ya cuantiosa, gozaba de crédito en el Club y en la buena sociedad santiaguina.

Juan escuchaba con los ojos bajos, sin atreverse á interrumpirles, en estado de verdadero anonadamiento, intimidado por la situación que atravesaba: hay momentos en que las alas se le caen al más altivo, en que la miseria moral inclina la frente borrando hasta el sentido de la dignidad natural. Juan miraba modestamente á los interlocutores, en particular á su tío, con esa mirada peculiar de los inquilinos á los patrones, de los pretendientes al ministro, en que hay un dejo de sumisión inquieta, restos de vencimiento en la lucha por la vida, la zozobra del rechazo que se teme, de la humillación que se ve venir.

La conversación proseguía lánguida, cohibida ahora por la presencia de un tercero. Así llegaron á las ocho. En ese instante Gallter se levantó apresurado:—“Tengo que irme, voy á llegar tarde... hasta luego”. Miraba distraído un magnífico reloj de Breguet. Hernando le acompañó hasta el vestíbulo, y distraído también:

—“Juanito, le dije, vas á dispensarme pero tengo que vestirme apresuradamente para ir á comer á casa de Watson, en donde me esperan.”

Juan sintió que la voz se le pegaba en la garganta: —“Una palabra, Hernando, se trata de un gran servicio que tengo que pedirte, de cuestión de vida ó muerte para mí. . . Necesito que me prestes dieciocho mil pesos. Eres rico, no te harán mucha falta, y más tarde te los devolveré puntualmente con sus intereses. . . eso no podrás dudarlo. . .”

—“¿Para qué?” preguntó Hernando con curiosidad.

Juan recordó el consejo prudente del Padre Anselmo; no era conveniente largar todas sus cartas, descubriéndose por completo, ya que una indiscreción podía perderlo. Tuvo miedo, vaciló, y, luego, confesó francamente su situación real. Era que su alma sentía el ansia de la verdad después de lo que había cometido, y llegaba hasta el extremo contrario—la indiscreción—por recelo de engañar.

—“No puedo ayudarte en estos momentos, pues acabo de enviar una suma gruesa á la Argentina para comprar el caballo “Céfiro” que acabo de adquirir en diez mil nacionales. Por otra parte, hablando francamente, no me gusta mezclarme en estas cosas así. . . tan sucias. . . dispénsame la franqueza de la palabra. He sido siempre hombre honrado, y no puedo aceptar el meter las manos en un plato repugnante, en defraudación bancaria. En último término, tengo escrúpulos; yo vendría á ser tu cómplice, á participar en cierto modo en esos manejos. . . poco limpios. . . dispensa la franqueza—pero los hombres de honor debemos siempre el lenguaje de la sinceridad. Siento mucho. . . dispénsame, tengo que vestirme”.

Juan se puso de pie; ambos se estrecharon la mano fríamente. Al llegar de nuevo á la calle, el joven sintió que la frente le abrasaba, con ardores de fiebre. En su interior admiró al conocimiento de los hombres que tenía el Padre Anselmo. Experimentaba, sin embargo, sensación de alivio al dejar aquella casa, y vaga tristeza que

provenía más que de la repulsa recibida, de profundo desencanto. Ahora no le quedaba más recurso que hablar con Javier, con el pobre amigo tan perseguido, tan mal mirado en sociedad. Encaminóse á la calle de Agustinas, tocó el timbre de Javier. No estaba—le escribió una tarjeta dolorida, angustiosa, apremiante, pidiéndole hora, dándole cita.

El estómago le ardía con fuego de plomo; era que no había comido, en tanto trajín. Se fué al Club, en donde escribió una carta, una larga carta en la cual refería á Javier su situación tal como era, sin omitir detalle—sentía confianza en la caballerosidad de su amigo,—precisamente del que tanto había contribuído con su ejemplo y con su compañía á llevarle á la dura pendiente, al calvario que cruzaba desde hacía horas—que eran siglos. Agitábale sentimiento extraño, mezcla de odio, por el mal que le había hecho, y de confianza por la salvación que ya sólo de él aguardaba. En caso contrario, la noche, la sombra, lo desconocido, quién sabe qué cosa. . .

A las diez llegó á su casa, y entró en puntillas, para que no le sintieran—notaba que cualquiera conversación sería para él fuente de amargura y ya no podía disimular por más tiempo el cansancio moral. Pero vió luz en el escritorio de su padre. Al pasar, la puerta se abrió:

—“Entra, tenemos que hablar”.

Estas palabras, pronunciadas en voz baja, le dieron la intuición de que todo estaba perdido; cayeron como una sentencia de muerte sobre el infeliz, como el adiós al honor, á la familia, á la vida, á la sociedad. Experimentaba la sensación desesperada del que se ahoga. El corazón parecía salirsele del pecho. Entró en el escritorio de su padre. Aquello debía terminar de una vez, sufría ya demasiado.

—“Ya lo sé todo”, le dijo su padre.—“Primero vino Gallter á llamarme por encargo de su amigo el gerente del Territorial. Fuí allá, y lo sé todo. . . ¡qué vergüenza!... un hijo mío... y yo que supe sacrificar mi fortuna, pudiendo salvarla en el asunto de la Sociedad Paraff,

á trueque de legar á ustedes un nombre limpio, nombre honrado... ¡qué vergüenza!...

Don Santos que se paseaba por el escritorio, tomó asiento, apoyó sus codos en la mesa y se echó á llorar. No le había dicho ninguna injuria, no había proferido ninguna palabra dura, su tono era dolorido, sin imprecaciones inútiles, sin impresiones melodramáticas. Pero Juan veía esa cabeza blanca, de hombre de trabajo, que tan duros sacrificios había soportado por la familia.

—“La cuestión de dinero no me importa, agregó, veré manera de pagar y, aún cuando con sacrificios, podré hacerlo... pero no es eso, sino la mancha... la caída... el crimen... de mi hijo... de un Orbegoso...”

El sentimiento de la raza, el orgullo tradicional de la familia venía para agravar los dolores del padre, con agudéz tan intensa, que sólo podía soportarla un espíritu del vigoroso temple moral de don Santos. Tuvo, en ese instante supremo, fuerza de alma grande. “¿Cómo puede ser amada vida llena de tantas amarguras, sujeta á tantos casos y miserias? ¿Cómo se puede llamar vida la que engendra tantas muertes y pestilencias? decimos con la “Imitación”. Muchas veces es reprendido el mundo que es engañoso y vano, mas no se deja de ligero cuando los apetitos sensuales señorean: mas unas cosas nos inclinan y atraen á amarlo, y otras á aborrecerlo. A amarle, incítanos el deseo de la carne, el deseo de los ojos, y la soberbia y fausto de la vida. Mas las penas y miserias que se siguen de estas cosas, causan odio y enojo con el mismo mundo.” Aquel hombre fuerte y santo sentía compenetrada su alma con las enseñanzas religiosas, con el anhelo del más allá, con la fe de los tiempos primitivos, de los antiguos conquistadores que llegaron, lanza en mano, á tomar reinos para la fe de Cristo en las regiones desoladas y misteriosas de América, luchando con los elementos y los hombres, con las nieves de las cordilleras y con las tremendas lanzas de los indios araucanos. No solamente les movía la codicia, el afán del oro; movíales también el misticismo de la raza, el espí-

ritu ardiente de un Ignacio de Loyola, con su espiritualismo de combatividad, y el misticismo contemplativo de una Santa Teresa de Jesús. La raza que había producido generales y héroes, entre los Orbegoso, daba ahora como producto atávico, en don Santos, una alma de rigurosa piedad, sometida al deber, complacida en la desgracia como en la expiación necesaria de las faltas humanas, como en estado de perfeccionamiento del ser, como en suprema exaltación de la vida interior.

Pero ahora, esa alma fuerte flaqueaba, traída y llevada de sentimientos de amor paternal; quería condenar con palabras de fuego, con acentos de maldición al hijo que deshonoraba su nombre, y no podía, caídas las alas del corazón al verle humillado y abatido, sin voz, en estado de postración absoluta que trae consigo la pérdida de la energía y el eclipse de la dignidad. Don Santos necesitaba meditar, quedar solo, para recuperarse á sí mismo; despidió á su hijo con gesto mudo. Juan salió; el anciano, con el corazón dolorido, escuchó el ruido de sus pasos que se alejaban y meditó. Lo veía todo confuso; en la inesperada crisis, le parecía que el honor de los Orbegoso, ese orgullo de raza, era ya la burla y la mofa de Santiago entero—cómo gozarían los envidiosos, los advenedizos, al ver que familia tan ilustre dejaba rodar sus antiguos blasones históricos por el cieno del arroyo—ya los recién enriquecidos le eclipsaban con su lujo, y no le daba su puesto la sociedad que le había visto, sin embargo, abandonar su fortuna en un acceso de hidalguía, sin que los preceptos legales le obligaran. Ahora, con esto de Juan, ya no le quedaría ni el armiño de su nombre. Al pensar de esta manera, sobrecogióle una ira inesperada, tuvo un sobresalto de la dignidad herida, y el deseo supremo, la necesidad íntima de mantener intacto el prestigio de su nombre. Abrió el cajón del escritorio, sacó un Smith-Wesson, revisó los tiros y lo echó al bolsillo de su gabán, tomó por el estrecho pasillo que conducía á las habitaciones del segundo patio, y abrió suavemente. La vela estaba encendida en la

palmatoria, sobre una mesa, dando su luz mortecina aspecto lúgubre á la estancia. Juan, echado sobre la cama, sollozaba, en esas convulsiones de los dolores sin remedio, de la vida que se hunde sin reparo, perdida la última esperanza, abrumado por lo irremediable. Don Santos penetró en silencio, llevaba el rostro demacrado, como si hubiera envejecido en unas cuantas horas: los ojos brillaban siniestros en las cuencas reseca, entre los párpados apergaminados; sus dedos sarmentosos sacaron, entre tiritones de los nervios, el revólver que llevaba. Lo depositó, junto á la palmatoria y salió. No había pronunciado una sola palabra, Juan tampoco, pero se habían entendido, sin mirarse, en aquella horrible escena muda, en que el uno, acosado, ya ni siquiera imploraba piedad humana, y el otro señalaba, implacable, al hijo, la reparación suprema al honor de la familia. Salió, don Santos, vaciló la luz de la vela, removiendo la sombra, resonó el golpe seco de la puerta que se cerraba, como la de una tumba y Juan se levantó de la cama con movimiento convulsivo: ya no vacilaba. Su resolución acababa de cristalizarse de una manera implacable—sentíase ligero, casi contento, de salir por fin de aquella agonía que no se acababa nunca. Sacó una cartera de cuero ruso, con monograma de oro—regalo de día de santo hecho por su madre—y suspiró con el recuerdo. Cómo iría á sufrir la pobre señora cuando él ya no existiera. Ya se veía á sí mismo rígido, como estaría dentro de breves instantes, con la mirada vidriosa, y la expresión de la suprema calma. Escribió una carta á su madre en tono sencillo, pidiéndole perdón por lo que iba á realizar; otra á su padre, respetuosa y humilde, encontrándole razón en su consejo, por la insinuación que le hacía.

Acababa de cerrar los sobres y de lacrarlos, cuando se abrió nuevamente la puerta y penetró en el cuarto doña Magdalena, haciendo irrupción súbita. Con una mirada lo comprendió todo, al ver á su hijo, las cartas lacradas, y sobre todo la expresión de aquel rostro que ya no olvidaría nunca; es que semejantes esfuerzos no se

realizan sin una contracción de todo el ser, manifestada por la tensión de la máscara inmóvil, la empañadura de la mirada, la rigidez endurecida de las facciones y un effluvio de resolución definitiva, de supremo esfuerzo que no es posible fingir, ni remedar. Desprendiase del infeliz un mar de amargura sin consuelo.

Doña Magdalena dió un grito ronco, la voz no le salía de la garganta:

—“Santos, Elisa, vengan, apúrense... que el “niño” se mata... socorro... por Dios y por la Virgen Santísima... el “niño” se mata”.

Esa palabra “el niño” que acudía involuntariamente á sus labios en tan supremo trance, lo resumía todo: el cariño engendrado en las entrañas de la madre, la inocencia de otros tiempos, los cuidados de antaño, las enfermedades, las preocupaciones, los cariños, las pobrezas y penurias pasadas por el muchacho. Véalo chico, de vestido corto, luego en el colegio, más tarde ya hombre, tan apuesto y buen mozo, atrayendo las miradas de las jóvenes por su elegancia y su gracia—y todo eso lo iba á perder en un raptó de locura. Don Santos llegó corriendo, venía de zapatillas, luchando consigo mismo, entre llegarse al joven ó dejarle obrar. Ya no podía más—los gritos sordos, el rumor de una silla que caía, le arrastraron sin poderse contener. Y sus fuerzas cedieron, al ver á la pobre señora arrebozada en su pañuelo negro, con el rostro bañado en lágrimas, los cadejos de pelo ceniciento caídos sobre el rostro, desesperada, ofreciendo al cielo su vida en holocausto por su hijo, para que se salvara. Don Santos fué á él y le abrazó.

—“Hijo mío... perdóname... que se haga la voluntad de Dios. Lucharemos juntos, unidos y seremos fuertes. La vanidad humana me arrastró y no supe lo que hice. Consuélate, apártate de ese pecado, de ese nuevo crimen; afirmate, Dios nos guía y nos protege en las caídas y errores propios de la flaqueza humana. Confíemos en Él: Señor, muy de buena gana padeceré todo lo que quisieres que venga sobre mí, lo bueno y lo malo...”

no nos apartes de tí... las tribulaciones son pruebas á que nos sometes. Hijo mío, no pienses en matarte”.

Y todo esto nacía espontáneo de su alma religiosa que vivía encerrada en su vida interior—bastándose á sí misma en las miserias ordinarias de la existencia. El anciano abrazaba estrechamente á su hijo, como para sacarle del peligro en que acababa de verse, como para quitarle de las garras de la muerte, llevándole á nueva vida—en unos horizontes de luz que á él le iluminaban.

CAPITULO VIII

Danzaban las figuras como sombras chinescas, en carrera vertiginosa, inacabable, persiguiéndose las unas á las otras, como si de ellas dependiera la suerte del universo; eran unos hombrecillos enanos que corrían y corrían, como en los cinematógrafos, pisándose los talones, pero sin darse alcance, enloquecidos y anhelantes, por laderas y montes, por abismos sombríos y por llanos inacabables de ilimitados desiertos. Perseguíanles unos gigantes de piernas desmesuradas, dispuestos á darles tormento horrible. Cruzaban unas veces por las regiones del fuego, tal como él recordaba en una fragua, ó bien por las del hielo, como se describe en los viajes á los polos. Y él, Juanito, iba corriendo, corriendo entre los enanos, acosado de una angustia atroz, sin saber por qué causa corría, ni por qué le acosaban. Luego, hacía se un silencio absoluto dentro de su ser, como si hubiese muerto, como si todo hubiera desaparecido para siempre—no le tocaban los rumores mundanos, éranle indiferentes las cosas que antes le sedujeron, el amor, la ambición, el dinero, hasta la familia. Luego volvía á la conciencia de sí mismo, como hubiera podido hacerlo algún extraño. Unos compases de música sentimental volvían y revolvían por su cabeza—frases perdidas de una sonata de

Beethoven, de la Melodía Passionata, escuchada muchas veces en días felices á una mujer que amó en tiempos lejanos, una que besó sus ojos y sus cabellos, hundiendo en ellos los dedos pálidos con la melancolía de las nostalgias de amor y de ensueño. Pasaban en danza inacabable, vestidas de rosa las ninfas de los días dichosos; de violeta la de las horas de crepúsculo, de negro las de los días amargos. Todas ellas cantaban y cantaban, pasaban y pasaban en incesante ronda, irónicas ó joviales, melancólicas ó pensativas—por sus ojos corrían resplandores...

Una mañana, al despertar, reconoció por primera vez á Elisa siempre á su lado en las horas amargas; traía una taza con bebida.

—“Quieres decirme, ¿qué me ha pasado?”

—“Has estado con mucha fiebre; pero ya te veo mejor”.

Ah! ahora le volvía la memoria poco á poco, inundándose de sudor frío, como si viera resucitar la terrible imagen de los días pasados.

Elisa lo adivinó:

—“No pienses más en eso”.

—“Quiero hablar con mi madre”.

—“Más tarde será”.

—“No; inmediatamente”.

—“¿Entonces deseas recaída? Tu asunto está arreglado, pobre Juan. Javier se ha portado muy caballerosamente, contándole al señor Faz, al gerente del Universal, lo que había pasado entre ustedes. Ahí tienes la carta que te mandó Javier, agregó, pasándole una misiva que lo esperaba desde hacía varios días”.

Juan recorrió vivamente las páginas, quedando suspenso. Su amigo le decía que había conseguido el dinero, y depositado á su nombre, declarando que le había sido entregado por Juan, recibéndole sin “visto bueno” un cheque, bajo promesa formal de reintegrarlo en las veinticuatro horas; como su amigo se hallara enfermo, para evitar comentarios desfavorables, no pudiendo llevár-

selos, se los entregaba al propio jefe, pidiéndole excusas, pues á sus oídos había llegado lo que de Juan se decía. Quedaba con grave irregularidad, pero libre de culpa.

—“¿Cómo se habrá conseguido el dinero? ¿de dónde diablos lo sacaría? se preguntaba Juan. Un sentimiento de gratitud le invadía, deseos vehementes de abrazar á su amigo, de llorar en su presencia lágrimas de gratitud infinita. Había llevado su abnegación hasta el punto de quedar en situación personal equívoca, á trueque de salvarlo. Ignoraba que Javier, al recibir la carta, se hallaba precisamente bajo el peso de la ruptura con Elisa, y que su primer movimiento había sido el de negarse redondamente. ¿Por qué se iría á sacrificar cuando le trataba de ese modo la hermana de su amigo? Pero luego había reaccionado. Un Aldana no podía dejar tirado al compañero que tantas veces en la sala de juego le había prestado sumas considerables; por otra parte, ¿no le cabía también responsabilidad moral, á él, que le había metido en aquellos andurriales? Javier se exageraba á sí mismo el sentido de la responsabilidad que le correspondía; era que en el fondo también obraba el amor á Elisa, aún cuando á sí mismo no se lo confesara. Sacó, suspirando, del Banco, los fondos para la “Lechería Modelo”, y agregó á ellos unos cuantos bonos del exiguo resto de su patrimonio personal. Y pagó.

Afuera se oía murmullo de conversaciones; era doña Magdalena que hablaba con el doctor Ortíz.

—“¿Está usted seguro de que se mejorará pronto?” preguntaba por centésima vez la atribulada madre.

—“Sí, señora, no lo dude usted, pronto. Sólo será preciso que se le evite emociones, siempre perjudiciales en su estado, que es el fruto de una fuerte impresión moral; talvez emociones de juego, quizás contrastes de amor”.

Doña Magdalena callaba; un canario cantaba en su jaula con sonoros repiqueteos, esparciendo atmósfera de paz y de confianza, con sus trinos agudos. La primavera

naciente arrojaba alegres bocanadas de efluvios aromáticos. Despuntaban las rosas y morían las camelias, desgranando sus hojas blancas en pétalos que se desplomaban lentamente, con leve, imperceptible ruido. Así también ella había visto deslizarse y caer tantas ilusiones en la vida; había concentrado la suya en aquel muchacho simpático, alegre, buen mozo, querido de las niñas—y si no, ahí estaba para decirlo Pepita Velarde, que se moría por él.

Su pensamiento era evocador—por esa extraña ley de telepatía más frecuente de lo que se cree. Pepita entraba en esos instantes, acompañada de Rafaela y Mercedes Escalante. Venían á saber de Juan, habían oído decir que estaba extremadamente grave y lo sentían en el alma.

—“Mamá está sumamente preocupada con esto, agregó Mercedes, lo mismo que si se tratara de alguna de nosotras; yo no sé qué tiene este muchacho para que todos lo quieran”. Alguien les había dicho, en realidad, que Juan se encontraba enfermo, y ellas, con el afán de exagerarlo todo, que constituía la característica de la familia, casi lo habían dado por muerto.

—“Está mejor, gracias, contestó la señora en tono agridulce; felizmente ha sido sino poca cosa”.

Es que en las familias chilenas existe la costumbre de apocarlo todo cuando de enfermedades se trata; se les figura que así, la cosa es menos seria. Es como deseo de sugestionar el mal, con temor supersticioso de que la cosa empeore.

—“Si no ha sido casi nada, el miedo más que todo, hijita, un susto que nos ha hecho pasar este malvado. Pero nos ha procurado la ocasión de ver que muchas personas lo quieren aún cuando él no lo merezca”.

Al oír estas palabras, Pepita enrojeció como una amapola. Era rubia, pequeña, de ojos verdes y expresivos, que tenían algo de mar. Cuando recibía impresiones fuertes, parecía como que se obscurecían un tanto.

—“Vaya, nosotros que contábamos con él para el paseo á Apoquindo. Será una fiesta íntima, á la cual sólo

asistirán tres ó cuatro familias y dos docenas de jóvenes. Juan, con su buen humor, es indispensable en todas partes.”

—“¿Y no podría dejarse para mejor ocasión?”—preguntó con malicia el doctor Ortiz. Le agradaban esas pequeñas maldades sociales, las frases que permitían transparentar un sentimiento ajeno. “Supongo que no se trata de celebrar todavía el centenario de la independencia con tanta anticipación”.

—“Es que ya se había comenzado á repartir las invitaciones”, contestó Pepita, con ingenuidad deliciosa.

Samuel Ortiz sonrió, y luego liando un cigarrillo:

—“La humanidad será siempre así; unos cuantos pedazos de papel impresos, unas esquelas repartidas bastan para que sacrifiquemos nuestros gustos y nuestras alegrías, y nos pasemos de las personas que más nos agradan. Ahora me hallarán ustedes razón cuando afirmo que sólo debe creerse en el sulfato de quinina.”

—“Jesús, qué barbaridad! miren las herejías que dice este señor”.

—“Y si ustedes lo dudan, ahí está para probarlo Juan, que va saliendo victoriosamente de su crisis, gracias á él—al sulfato”.

Las muchachas protestaban todas á un tiempo; aquello les parecía un contrasentido enorme, sin tomar en cuenta el punto religioso que les parecía fuera de toda discusión ó ataque, y mirándolo sólo desde el fondo de su manera de concebir la vida. Habían recibido educación romántica, y sus padres se hallaban imbuídos en los prejuicios de 1830. Soñaban con Pablo y Virginia—á muchas niñas las llamaban Virginias y á muchos jóvenes Pablos. Vivían en la adoración de la naturaleza, soñaban con amores idílicos en el azul, con almas hermanas y huérfanas que se perseguían. Conocíanse al azar en cualquier fiesta, cambiaban un par de frases y luego otro par de miradas y, sin más, se creían profundamente enamorados y dispuestos á dar la vida el uno por el otro. En las imaginaciones se vivía el sueño de los amantes de Teruel, que

se esperaron años y años. Así también se concertaban matrimonios infantiles que se aguardaban como en los tiempos bíblicos—todo sin fortuna ni esperanzas de tenerla. Se consideraba como el punto más alto de la nobleza de sentimientos—desdeñar el dinero, despreciar á los hombres que se presentan con fortuna, aún cuando fuesen buenos y caballerosos y sanos, si no tenían, además, figura de Adonis, sello de fatalidad sobre la frente y aspecto soñador de poetas de antaño, tal y como los pintaron Byron y Espronceda. Chateaubriand se les aparecía como el prototipo, reclinado muellemente sobre una roca en contemplación del mar, con la mirada perdida en el espacio. Otras lo comprendían de rompe y rasga, á la manera de los Mosqueteros de Dumas y de los antiguos caballeros de la mesa redonda y de los Libros de Caballerías antiguos ó modernos. Por eso el escepticismo frío de Ortíz les daba accesos de furia, contenida por la educación:

—“Me da lástima oírle, doctor, interrumpió Pepita, con su voz clara de niño, usted le quita á la vida todo lo que tiene de más agradable y más hermoso; no valdría la pena de vivir la vida si uno dudara de todo el mundo, si sólo viera tristezas, si creyera que nos vemos rodeados de pícaros. Prefiero creer que me encuentro en medio de gente buena, de almas sanas y que cuantos me rodean sólo buscan el bien y están deseosos de obrar honradamente. No concibo que se pueda ser malo si no por excepción, los desgraciados que han nacido en la miseria y en el vicio, sin padres que velaran por ellos, degradados en la pobreza. Concibo el mal de los míseros que viven en tugurios, en los conventillos de aguas estancadas en los patios, de habitaciones insalubres. Allí donde se revuelven la miseria con el crimen, allí es natural que no haya moralidad, ni sentimiento del bien ó del mal; allí es natural que desconfiemos del ser humano que más parece una fiera. Pero nosotras, que vivimos entre personas cristianas, no tenemos por qué dudar de nadie, sino recibirles por lo que se nos presentan”.

—“¡Ay! qué no daría yo por tener en mi caso esa teoría optimista y ese concepto feliz de la vida. En muchas cosas le encuentro por cierto razón, sobre todo en la justificación ó explicación más bien de los sentimientos criminales en las clases pobres y desvalidas. Pero, como usted comprende, no podría discutir cuestiones filosóficas con niñas, sobre todo siendo tan complicadas esas cosas”.

—“¡Bravo! ¡bravo! el doctor se dá por vencido y se niega á discutir; el gigante ha caído herido por la pedrada certera de David”—exclamaba con entusiasmo Rafaela. Y prorrumpía en grandes voces, sin darle tiempo de contestar al médico y cantaba victoria hablando tupidito, en lo cual consistía su manera de ganar siempre las discusiones, sobre todo cuando llegaba de refresco.

—“Hablen, hablen, hablen no más, contestó el doctor:” nada hay más hermoso que las ilusiones, que el creer en la bondad como ley de la vida y que de todas partes nos cercan corazones sanos y almas limpias; bien está eso, por el momento, pero, ¿no será mejor conocer la realidad de la vida toda despojada de ilusiones, y precaverse contra las acechanzas de los millares de enemigos que nos esperan emboscados entre los matorrales del camino? ó será preferible la ilusión que se nos muestra como el espejismo en el desierto, en el cual el viajero sediento cree contemplar el oasis cercano y anda y anda bajo el sol de fuego hasta encontrar la muerte en busca de los palacios y de las fuentes de agua cristalina y de bosques de plataneros, para lo cual acababa de abandonar el refugio modesto en el cual habría hallado el descanso de sus miembros fatigados y el alivio de la sed y acaso el mendrugo de pan que les permitiera continuar en las horas en que ya no quemase el sol, aún cuando ya no se vieran espejismos encantadores? ¿Qué les parece á ustedes? No será mejor el conocimiento de la realidad, de la vida como es en sí? Qué es triste, que es amarga, que sea doloroso conocerla, no seré yo quien

lo ponga en duda—pero así y todo, prefiero la verdad al engaño.”

—“En eso lo acompaño, doctor, dijo una voz detrás de él; en todo caso prefiero yo el conocimiento de la verdad. Si quisiera á un hombre, me gustaría una explicación franca; nada de coqueterías ni de engaños, ni de hacerles creer á otros cosas falsas. A todo el que se ha presentado alguna vez en mi camino le he dicho siempre la verdad, sinceramente desengañándole desde el primer momento; jamás he querido dar esperanzas irrealizables. Del mismo modo me agradaría saber si el hombre que alguna vez ame me traiciona. Qué quieren si yo soy así.

Era Elisa que se asomaba con un posillo en la mano. Las demás muchachas sonrieron en tono de burla.

—“La fiebre ha disminuido mucho, doctor, Juan acaba de despertar y ha conversado largamente conmigo; tiene la cabeza despejada. Entre á verlo”.

Elisa se mostraba radiante. Era de aquellos seres que difícilmente pueden ocultar sus impresiones, que se muestran todos transparentes, tales como son en las intimidades del alma, sin encubrir sus defectos ó sus antipatías. La hipocresía social era carga demasiado pesada para ella y cuando le pasaba mucho se descargaba diciendo toda la verdad, con tan abrumadora franqueza y risa tan abierta que nadie se atrevía á creerle, á tomar por su verdadero pensamiento aquello que con tanta audacia enunciaba.

Ortíz penetró á la pieza de Juan; marchaba con el paso peculiar que suelen tomar los médicos entre nosotros, y que tiene algo de lento y de hierático—es el andar del sumo sacerdote antiguo— ritmo que trata de sugestionar con el movimiento, así como lo harán en breve el sonido de su voz, la manera de interrogar, la actitud grave, los movimientos acompasados é interrogativos que tratan de llegar hasta el fondo mismo que se les oculta. Ortíz penetró con lentitud, se aproximó al enfermo, le tomó el pulso, á la vez que le saludaba ca-

riñosamente como si no tuviera mucho tiempo que perder:

—“A ver esa lengua—el pulso no anda mal—la fiebre ha desaparecido, la temperatura es bastante buena y se acerca á lo normal. Francamente me engañé, creí que teníamos un caso de tífus, pero ha sido solamente fiebre nerviosa. Gran tuno, talvez has tenido pérdidas de juego, ó fuertes impresiones. Tendrás que confesarte conmigo, yo te absolveré.”

—Juan sonreía. Después de leída la carta en que Javier le refería cómo había arreglado las cosas; cuando le contaron que el señor Faz, el gerente del Territorial había pasado á saber de su salud y hablado con su padre, para tranquilizarle, la confianza había vuelto á él; sin embargo aún se sentía mal, moralmente mal. Su espíritu se había quebrantado. Experimentaba la grande impresión de cansancio que sienten los que han salvado de una caída inminente ó de peligro que vieron encima. Era la la sensación de la catástrofe que le dejaba estremecimientos y vibraciones en todo el ser. Luego, comenzaba á reflexionar ahora en que su amigo Javier se había colocado en mala situación por salvarlo; había confesado al jefe de una poderosa institución bancaria fuertes pérdidas de juego que no había tenido, comprometiendo su crédito futuro, pues claro está que si más tarde necesitaba dinero, hallaría cerrada las puertas.

Y ese muchacho que había dado terrible asalto á la caja confiada á sus manos, exponiéndose á caídas irreparables ahora temblaba y se sentía acongojado ante la idea del mal que hacía involuntariamente al hombre que le había salvado su honor. Era escrúpulo que le sobrecogía atenaceándole las extrañas como si cometiera mala acción.

Era el fondo honrado y sano de aquella familia Orbegoso que salía á la superficie, después del naufragio, renovado por gran dolor, imponiéndose ahora con la fuerza de una delicadeza moral mórbida de carne herida y arrancada de la piel.

Le dolía en lo íntimo, que Javier perdiera su crédito en el Banco, necesario si algún día se empeñaba en negocios; adivinaba el descrédito social que sobre él recaería en cuanto se esparciese la noticia de que había girado cheque por fuerte suma en pago, acaso de deudas de juego—y sin tener fondos ahí. La maledicencia hallaría manera de transformar una acción generosa en el resultado de libertinajes, orgías y juego. Un malestar sordo le hacía sentirse autor del descrédito del hombre á quien debía su propia honra.

Caía la tarde cuando penetraron á la pieza doña Magdalena y Samuel Ortiz; sentíase el olor peculiar de las habitaciones de enfermos, unido á la pestilencia de las casas antiguas que han permanecido cerradas durante largo espacio de tiempo, mezcla de rancio con medicamentos, de botica y de casa húmeda. Por la ventana del fondo aparecía un eucaliptus meciendo melancólicamente sus ramas de largas hojas; un plátano se alzaba junto á él, y más cerca una mimosa de hojas finísimas—sentíase soplo de primavera, algo de resurrección y de renuevo en la naturaleza y en las almas.

—“Señora, estó va bien, prosiguió el médico, después de verificar prolijo examen. ¿Y qué tuviste muchacho, cuestión de amores?”

Al pronunciar estas palabras, experimentó sordo malestar. ¿Por qué? Era que había pasado por sus ojos la imagen de una escena callejera de amor, sorprendida á la hora del crepúsculo, mientras volvía á su casa de recogida. Pasaba Samuel, justamente, por el jardín de la Recoleta cuando vió, sentados en un banco de la parte interior, á Lucinda Cavada, hija de doña Rosenda Aguilar, dueña de la casa en la cual vivía Ortiz, arrendando un departamento. La muchacha había tratado de esconderse pero había podido reconocerla. Tratábase de cita callejera de estilo corriente; de uno de esos amores que se ven á diario y que paran todos en el mismo tris-tísimo desenlace. A pesar de que sacaba el bulto, vió que el acompañante era Javier Aldana. El doctor había

sentido la más honda pena al ver cómo caía la hija de la mujer que tan bondadosa había sido con él en sus días de penurias. Aguardó que pasara, andando lentamente por la calle Dardignac, hasta que la vió deslizarse pegada á la muralla.

—“Lucinda, le dijo, vaya con la pillada que acabo de hacerle. . .”

—“¿Qué pillada será? . . .”

—“No crea que vengo de las chacras; la reconocí perfectamente cuando conversaba, hace rato, con un caballero que conozco bastante.”

—¿Es usted amigo de Olivos? Preguntó ella toda confundida y ruborizada.

—No soy amigo de ningún Olivos, no trate de engañarme, es inútil, usted estaba en compañía de Javier Aldana que es un perdido; y así por la actitud que ustedes tenían como por el temor que les inspiré, comprendí que no andaban en buenos pasos.”

No dejó de observar Ortíz que á medida que hablaba se difundía mortal palidez por el rostro de la niña—era que Aldana le hacía la corte con el falso nombre de Olivos, y que por tal le tenía ella. Lucinda se deshizo en llanto, confesando al médico la historia de sus amores. Aldana la había seguido una vez en el centro comercial, de tienda en tienda, y luego de lejos; la había acompañado á su casa. Después de varios encuentros se le había acercado, en actitud respetuosa, y ella le había hecho retirarse; pero cierto día hablaron, se pintó como estudiante de medicina y hasta entonces solía juntarse con ella cuando volvía del Conservatorio de música en el cual cursaba clase de canto. Había vivido así feliz, creyéndose amada por Javier, sintiéndose mecida en una vida de esperanza y de ensueño—desde ese día se veían en todas partes; habían estado juntos en la Quinta Normal, dando largos paseos á la caída de la tarde por las avenidas desiertas. Solo vivía para Alberto Olivos, como él decía llamarse. Ahora lloraba desesperada. ¿Por qué, si pensaba honradamente en ella, se había presen-

tado con nombre supuesto, hablándole de matrimonio? ¿Por qué se había fingido estudiante y pobre, llegado de provincia para seguir carrera? ¿Por qué había tratado de presentarse como de condición modesta y de familia desconocida, si no era para engañarla, con el propósito frío y deliberado de hacer de ella víctima, una de tantas seducidas infelices que se arrojan á la calle cuando están demás?"

Ahora, al oír hablar á la señora Magdalena de los padecimientos de Juan; al escucharle repetir, por décima vez, la historia tal como contaban había sucedido, del préstamo hecho por Juan, aceptando bajo su responsabilidad un cheque de Javier Aldana, y cómo éste lo había cubierto religiosamente explicando al gerente lo que había ocurrido, con caballerosidad ejemplar, Ortíz ya no pudo contenerse:

—“Hizo usted mal en prestarle, amigo mío, porque no conoce á Javier Aldana; lo que es yo, no le confiaría ni una cabeza de alfiler.”

—“Pues haría usted mal, contestó con acritud Juan;” yo lo tengo por más abnegado que muchos de esos que han sentado plaza de Catones y que no suelen ser sino Fariseos.”

Ortíz era en extremo susceptible, como todos los que sufren de pobreza y que á cada instante se creen mirados en menos. La frase cayó sobre él como una bomba, creyendo que á él se refería.

—“Señora, yo me retiro”, exclamó poniéndose de pie, en ademán airado.

—“Pero, hombre, ¿qué le pasa? Si no he podido referirme á usted ni por asomos...”

Pero el doctor salió con gran dignidad, sintiendo el alma helada y el corazón traspasado de honda pena. Había que decir adiós á todos sus sueños; ya no pensaría más en Elisa, esa visión radiante de primavera. No había sido hecha para él, era picar demasiado alto, si señor; más valía doblar la hoja y continuar su camino que no seguir recibiendo humillaciones que mañana se

repetirían rebajándolo y hundiéndolo á sus propios ojos. El hombre pobre debe hacerse respetar en toda circunstancia." Así discurría estirándose los puños de la camisa, gesto maquinal que practicaba en las ocasiones críticas y cuando se hallaba en extremo preocupado. Debía hacerse respetar en su pobreza. Tosió, la emoción le ahogaba. Y salió de la pieza.

En esos momentos entraba don Santos que le detuvo, asiéndole del brazo; parecía muy contento. Doña Magdalena encendió las luces, poniendo pantallas que les daban tono suavemente dorado, de intimidad agradable. El caballero se dirigió á su hijo con sumo cariño; sentía en la conciencia la necesidad de reparar una injusticia que le remordía—la escena con su hijo le parecía ahora monstruosa, y se juzgaba culpable.

—“Por fin te has mejorado, Juanito; vaya que nos has hecho padecer. Pero ¿qué se va usted, doctor? Espéreme un momento, que tenemos que hablar. Debo á este niño una reparación pública. Hoy volvió á verme el señor Faz, gerente del Universal, y hemos conversado largamente. Creerá usted, doctor, que yo mismo pensé que mi hijo, que Juan, había sacado fondos del Territorial, abusando de su puesto para derrochar dinero en el juego?”

Y en realidad lo que había hecho no era tal delito, sino que había recibido en caja un cheque de Javier Aldana, excedido en su cuenta, como este lo contó al mismo Faz al día siguiente. Fué acto de excesiva confianza, imprudencia para salvar á un amigo afligido... incorrección grave, pero no delito. Y yo que le creí culpable...”

Cada palabra de su padre caía en el alma de Juan como puñalada, como nuevo engaño que se le hacía insoportable, causándole dolor moral que era por momentos insufrible, removiéndole la herida en las entrañas.

—“Faz tuvo palabras cariñosas respecto de tí; faltaste sin duda á tu deber, al dar dinero sin el visto bueno respectivo y sin seguir los trámites reglamentarios,

pero tenías confianza en que te pagarían—y bastantes tormentos sufriste en la incertidumbre—eso ha sido más que suficiente. En cambio, se expresó bastante mal del joven Aldana. ¿Qué significa eso de que haya perdido dieciocho mil pesos en una noche de juego? ¿De dónde saca ese dinero? De la nada, nada se hace. Todo esto me da mucho que sospechar, lo mismo que á él. Francamente, no me agradaría encontrar nuevamente á ese joven en casa... es un personaje equívoco, inmoral, peligroso.”

—Pues por ese personaje equívoco me ha insultado ahora Juan, á mí, que lo he curado en todas sus enfermedades como sólo lo hubiera hecho con un hijo...”

El doctor no había podido contenerse más, en la congoja íntima que le ahogaba.

Juan sintió que dentro de su alma se levantaba una horrible tempestad interior. Un hombre se había sacrificado por él había conseguido dinero quién sabe á costa de cuáles sacrificios para salvarle, y todos se volvían contra ese hombre y le injuriaban y le calumniaban. Eso no podría permitirlo jamás, sin dejar de ser caballero. Era mejor decir la verdad, pensaran de él lo que quisieran; eso le serviría de alivio, sería descargo de su conciencia. Sentía la necesidad del vivir en la verdad de la redención por la verdad.

—“Doctor, le afirmo que nunca pensé en humillarle, pero debía defender á un amigo sobre el cual se arrojaba lodo, cuando acababa de hacer por mí un sacrificio inmenso, de esos que muy pocos hacen, salvándome con generosidad sin límites. Casi me faltan las fuerzas para hacer una confesión que me humilla, que me enrojece la cara ¿Quiéren saber la verdad? Es mejor que la conozcan para que se callen y respeten lo que aún me queda de caballero...”

Don Santos palidecía, á medida que su hijo hablaba sintiendo su frente inundada de sudor helado y pegajoso.

—“La verdad es que yo saqué dinero de la caja, creyendo poder reponerlo, y cuando lo intenté, hallé todas las puertas cerradas; hasta mi tío Hernando, de quien

nunca dudé, me arrojó con ofensas, como si yo no tuviera bastante con mi angustia. Golpeé á todas las puertas solicité préstamos de amigos á quienes había prestado dinero otras veces, y todos me echaron... Pero Javier Aldana, á quienes ustedes insultan y ofenden, fué el único que sacó dinero, Dios sabe de dónde y á costa de qué sacrificios. Lo depositó á mi nombre y me salvó de horrible catástrofe... ese es el hombre que todos insultan, el perdido á quien no se puede recibir en casa, porque la mancha con su presencia. Para mi son las palabras dulces y para él todo el desprecio al vicio. Pues bien, yo les pido que no toquen á ese hombre, pues, sólo yo soy culpable...

Don Santos atravesaba por estado de crisis moral que iba recrudeciendo, por reflejo, la de su hijo, acaso porque tenían la misma sangre; acaso por extraños y ocultos atavismos. Al verle demudado, cadavérico, contraídas las pupilas, hundidos los ojos en las cuencas, por impulso súbito. Ortíz temió por él un ataque, tal vez explosión terrible. Pero le vió acercarse á su hijo con los ojos bajos, encorvado el cuerpo enclenque, y mientras le rodaban las lágrimas hilo á hilo del rostro, sobrecogido de dolor indecible, de esos que no hallan palabras, ni expresiones, extendió la mano hacia Juan:

—Mira, te comprendo, tienes razón, pero yo ignoraba ¿cómo diré? eso... eso... Has hecho bien en decir la verdad, porque junto con la confesión franca, valerosa, bravía, comienza la hora de la redención por el dolor y por el arrepentimiento. Te has confesado reo cuando nadie te acusaba y estabas libre, para salvar el honor de un amigo injustamente acusado. Eso está bien, eso es de hombre, es de Obergoso. Los que no tienen sangre, los que no tienen raza, no comprenderán jamás semejante nobleza en el sacrificio.”

—“Está Ud. equivocado, señor don Santos, dijo á su turno Samuel Ortíz, con la altivez que le caracterizaba; yo, que soy un pobre que no tiene pergaminos de ninguna especie, ni abuelos, ni familia conocida, yo que soy

un mísero que no tiene dónde caerse muerto, le aseguro que ahora aprecio más á su hijo que nunca; que le admiro, habiéndole mirado antes como poca cosa—perdone la franqueza.—Poco me importa la caída, vicio, ó falta, cuando hay también nobles virtudes—el respeto absoluto á la verdad, aunque humille, y mientras más la verdad abata, y mayor haya sido el esfuerzo sobre sí mismo, más extremado será mi respeto. . . Admiro la consecuencia con los que nos han servido. . . la comprensión de honor ajeno. . .”

“Los que hemos sufrido, los que hemos padecido humillaciones, pobreza, desdenes injustos; los que hemos sentido frío alguna vez y llevado la ropa vieja y pasada de moda, créame, señor, que podemos penetrar mejor que nadie en lo más hondo de los padecimientos ajenos y subir también á lo más alto de su nobleza.”

CAPITULO IX

A la una de la tarde, esa parte de la calle de Huérfanos, de ordinario tranquila, estaba sumamente animada con el ruido de carruajes que partían ó que llegaban haciendo saltar las piedras. La calle, en ese rincón, tenía el aspecto algo conventual del antiguo Santiago, un tanto triste y silencioso. Es verdad que el convento de la Merced, muy próximo, contribuía á dar carácter de reposo y de calma á la tal parte de la ciudad que se acerca al antiguo Alto del Puerto. De allí veíase el cerro de Santa Lucía, todo cubierto de verdura, que se alza no lejos, con sus grupos de palmeras y de mimosas, por cima de un contrafuerte de piedra, donde acampara antaño, en tiempo de la conquista, la primera hueste de aventureros que con la lanza en el puño y la tizona al viento, gachas las alas del chambergo se apearon en aquellas alturas en las cuales habían de construir la primera fortaleza, para echar los cimientos de su epopeya cantada por Ércilla en "La Araucana".

Ya habían partido en coches de posta, muy de madrugada, las antiguas sirvientas con los canastos de hambres para el pasec campestre al cual se había dado el nombre de "Pic-Nik", á la inglesa. Los grupos de muçachas y de jóvenes se habían formado en el patio, en

donde se charlaba animadamente. El vasto patio de la Escalante, pavimentado todo de mármol, era bastante espacioso.

Había bancas de hierro, entre las palmas Fénix y las enormes plantas de Jazmín del Cabo que más parecían árboles, y los naranjos chinos, los Seibos y unos árboles japoneses muy valiosos, de retorcidos troncos y de flores rojizas que alternaban con las moradas de los jacarandás, en otra época del año. Los jóvenes iban de polainas blancas—la gran moda entonces—como si se tratara de un día de carreras—y las niñas de trajes claros las más, adelantándose á la primavera que recién comenzaba en aquel hermoso día de Septiembre. El sol prometía ser brillante, inundando el cielo de azul intenso, uno de esos admirables días de nuestra tierra cuya belleza sólo de lejos se comprende en todo su esplendor no igualado. La atmósfera tibia tenía algo de tropical, en su soplo suave; algo de caricia, de savia que sube, de botones que rompen detrás del hielo que huye. Al través de la espaciosa portalada que separa el primero del segundo patio de las Escalante, se veía las flores sonrosadas de los duraznos y la espuma blanca, muy alba que parecía cubrir los cerezos á manera de nevazón toda blanca—y tal blancura, con semejante rosa tenue, bajo el sol de Septiembre, daba exquisita sensación de primavera.

—“Ustedes me dispensarán, señoritas”, decía Julio Rosales á unas muchachas elegantemente vestidas con trajes de paño blanco, irreprochables, como obra de Ruff, pero bien poco apropiados para paseo campestre.—“Ustedes dispensarán, pero se me ha confiado la dirección ¿cómo diré? de la parte *sportiva*; tengo la responsabilidad de los carruajes, que velar porque los *Mailcoachs* y los *breaks*—en una palabra, que todos los “*four-in-hand*”, estén en situación de cumplir con su deber, como Arturo Prat en Iquique... já... já...”

La comparación había parecido sumamente graciosa al joven sportman y la celebraba á mandíbula batiente,

el primero, mientras una de las niñas le acompañaba por mera cortesía, sin hallar maldita la gracia á la tan extraña comparación entre los deberes del joven Rosales en materia de caballerías y el sacrificio del héroe del 21 de Mayo al hundirse en su buque.

—“Ustedes dispensarán, pero los altos deberes de mi cargo me obligan á privarme de tan grata compañía á trueque de que no se vayan á cortar los tiros en el camino, ó á pasar algún desperfecto que perturbe la alegría de la fiesta, en la cual me propongo divertirme como un jabalí... já... já...” “Hay que cuidar los detalles. “Care for the pennis... the pounds take care of them selves” es preciso cuidar los peniques, como dicen tan bien los ingleses, pues las libras se cuidan solas.”

Sin más Julio Rosales salió con paso largo, enteramente británico, los guantes de manejar ya puestos, aún cuando sin abotonarlos, pues lo prohibían los cánones de la moda que él respetaba más que los preceptos religiosos.

—“No se olvide de que Ud. manejará nuestro Mail”, le gritó de lejos Dorotea Escalante, “queremos ir completamente seguras, bajo la dirección del primer sportman de Chile...”

—“Señorita, muy galante; eso se guarda para el príncipe de Gales que es el primer sportman del reino.”

Y cuando se alejaba:

—“Este pobre Julio, dijo Pepita Velarde, á fuerza de leer revistas inglesas de sport y de hablar con jockeys y preparadores, ha llegado á convencerse de que nuestro país forma parte del Reino Unido.”

—“Pero es muchacho elegante y simpático, expresó Mercedes Escalante, saliendo en su defensa.” Nadie se viste como él entre los jóvenes—parece inglés auténtico, de los que se pasean por Regent-Street á las cuatro de la tarde.”

—“Ou-ou-yes... very well” gritó en tono cerrado otra de las chiquillas, con entonación cómica, imitando á los ingleses de zarzuela.

Javier Aldana, en un rincón del corredor, charlaba alegremente con la señora Portal de Watson, elegantísima, con traje azul marino con cuello de encajes crema, sombrero y cinturón del mismo tono, y mangas cortas que le permitían lucir guante crema de gamuza que ceñía su brazo bien torneado. Quería el joven dirigirse á otro grupo, más no se atrevía. Había divisado á Elisa, muy hermosa, vestida sencillamente, con el verdadero traje que corresponde á un paseo campestre, también de azul marino. La mirada de Javier se complacía en la contemplación de aquel cuerpo delicioso, de líneas virginales y llenas, esbelto, vigoroso, con promesas de vida y de salud; era el cuerpo de la raza nueva, sana de cuerpo y de alma, llena el alma de alegría y el cuerpo de fuerza. El paganismo ideó semejante género de belleza y lo transmitió á la posteridad en el mármol de sus estatuas, de Juno y de Minerva y Diana Cazadora. Y cuán deliciosamente se rozaba su mirada con la de ella, que no le rehuía, como en otras ocasiones en que le hiciera sufrir tanto. Ahora experimentaba como un baño de gloria en aquel acuerdo íntimo de las almas que encontraba en ella. Habían pasado las horas negras, las horas desesperadas del invierno último; ahora lucía la primavera con nuevos fulgores de esperanza. Y se complacía en adivinar el alma de Elisa al través de aquellos ojos negros, aterciopelados que fulguraban con dulzura, de aquellos ojos negros que sólo podían decir la verdad, de aquella mujer que había maldecido algunas veces y que ahora bendecía con la mirada, dando gracias á Dios por haber hecho mañanas de sol y días tan brillantes y cielos tan puros y mujeres tan hermosas y tan adoradas. Esa sonrisa no podía compararse con ninguna otra, en su frescura, en su pureza, en su alegría, en su gracia, en su espontaneidad de alma. Sentía que había cambiado completamente respecto de él. Era como si su sér todo atravesara por los oleajes del océano, con esas mareas que unas veces nos elevan á las cumbres, para arrojarnos otras á lo profundo de los abismos. No olvidaba aquella

noche en que tanto le hiciera sufrir á la salida del teatro, con su continente deliberadamente frío y hostil, y luego aquella dolorosa conversación en casa de las Escalante, en donde ahora se habían dado cita para el paseo. Es verdad que Dorotea le había dicho, con una sonrisa misteriosa, que las cosas iban bien:—"Sus "bonos" han mejorado, Javier, creo que tienen premio." Era lenguaje de Bolsa que estuvo de moda en ciertos momentos de agitación bursátil frecuentes en nuestra vida económica. Javier, con esto, había quedado feliz; bien comprendía que en la nueva actitud, en el cambio de frente favorable de Elisa debía entrar por mucho su conducta con Juan, durante los momentos horribles de la crisis. Miraba dentro de sí, y no le agradaba que semejante cambio fuera obra del agradecimiento. "Acaso cree que yo entregué á Juan los restos de mi patrimonio para salvarle por amor de ella, se decía; está en un error—pues andaba precisamente furioso con ella: lo que hice fué servir á un amigo en apuros. Pero Elisa creía, sin duda, que había sido por amor á ella, y semejante prueba de amor, dada precisamente cuando ella lo rechazaba, le parecía baja que le desagradaba hondamente. Y, sin embargo, era esa la verdad—Javier no hubiera ofrecido todo lo que tenía á Juan con tan soberbio y caballeresco desprendimiento, á no ser por la llama interior que le consumía á pesar suyo, pues amaba á Elisa sin poder evitarlo, por fuerza mayor, no porque esperara algo de ella después de su rechazo, sino porque ese amor era en él como fuerza de la naturaleza que se imponía, como se impone el verdadero amor y como se imponen las tempestades y los elementos desencadenados.

Micha y Caco se acercaron á saludarlo como dos viejos amigos:

—"Por qué no vas á casa? ¿Qué te ha pasado que te has perdido?" le dijo Micha, abriendo los ojos azules, inmensos, y corriendo con la mano los rizos de cabellos rubios que rodaban por la frente. Llevaba peinado que le dejaba en la frente corte como los de los pajes de

la Edad Media; su cuerpo esbelto y fino tenía las líneas de una raza—el vestido corto le llegaba á la rodilla, no pensaban bajárselo hasta los catorce años, lo que la tenía furiosa. —“Qué te ha pasado que te has perdido de casa? A mi tía Encarnación y á mi mamá les gustaría que Elisa se casara con mi tío Hernando, pero yo te prefiero porque me llevas dulces. . . el tío Hernando es muy cicatero. . . Dime, ¿es cierto que eres muy tunante? El otro día se lo oí á la tía Micaela. Y cuando yo le pregunté: “Tía ¿qué quiere decir tunante?” me contestó muy fruncida: “Cállate, chiquilla tonta; tunante es el hombre que lleva los bigotes largos. . . pero he notado que los tuyos no son así. . .”

—“Mira, Micha, es verdad que yo tenía los bigotes largos, pero puedes asegurarle á tu tía que me los he cortado, y que por lo tanto, ya no soy lo que ella creía.”

En esto se hizo oír una corneta que resonaba en la puerta: era Julio Rosales llamando á reunión, pues había sonado la hora de la partida. —“Vamos, que ya no se espera más á los atrasados. . .” Las Alvareda llegaban corriendo, poniéndose los guantes la una, abotonándose una manga, la otra, y la menor con un zapato sin abotonar todavía. Pero las tres hablaban á un tiempo. Ellas no tenían la culpa, la costurera se había atrasado con unas chaquetas que debía planchar, pues habían llegado de Europa bastante arrugadas. Se les presentaba ocasión favorable para referir que todo se lo traían de París y ellas no eran personas capaces de desperdiciar. “También la enfermedad de la tía Julia—agregó la Panchita.—“Cállate, tonta”, le dijo una de sus hermanas á media voz: “no vayas á hablar de eso, mira que si se muriera la tía Julia lucidas íbamos á quedar con lo que estás diciendo. . . nosotros paseando mientras ella estaba con el ataque. . . cállate tonta; si no eres capaz de inventar ni los polvos de arroz. . .” La verdad era que las hermanas se habían atrasado porque les había llegado la falsa nueva de la muerte de la tía Julia, pero cuando se supo que se trataba sólo de un ataque

gravísimo, como no querían perder el paseo de ninguna manera, resolvieron, en consejo, hacerse las que no lo sabían. De aquí las miradas furibundas que todas dirigían á la indiscreta. Lucía y Hortensia se echaron á disertar sobre trapos con verbosidad asombrosa: “las últimas capas de Prá eran carísimas, valían un ojo de la cara...”

“Con eso, la señora que compre dos, para sus hijas, se queda ciega”, observó Elisa.

Pero las Alvareda seguían impertérritas hablando sobre trapos, con el propósito deliberado de hacer olvidar la plancha de la hermana, pues eran bastante agudas.

A todo esto, comenzó la salida de los grupos, el desfile de niñas que á toda costa querían lucir sus elegancias á la hora de la partida. Eran muchachas vestidas como figurines, de cuerpos esbeltos—los cuerpos encantadores de las mujeres chilenas antes de casarse y de que las haya deformado la gordura de la vida perezosa, á la turca de nuestros hogares cerrados. Era desfile de la alta sociedad de aquel entonces, unas pocas familias, pero de las mejores, las niñas más hermosas, las más ricas, las de más brillante posición social; presentábase la especie de masonería que existe en todas partes del mundo entre la gente de fortuna y la de abolengo, sea en repúblicas ó en monarquías. Los jóvenes todos parecían figurines, cuya única preocupación era la compostura en el traje, la presentación externa, el aire británico, con polainas blancas y y sobretodos cáscara, muy cortos, como entonces se usaban y algo campanudos. Llevaban guantes rojos y aire frío y tieso, esforzándose en aparecer indiferentes á todo. Contábase que habiéndose desbocado los caballos de un coche en el Parque Cousiño. Rosales, al ver que un guardián trataba de contenerlos, le había sujetado de la manga, diciéndole: “Hombre, deje ese caballo tranquilo... acabo de apostar á que no se mata.”

Ahora, el mismo Rosales aparecía en su trono, en lo alto del pescante de un *Mail-Coach*, tenía las riendas de los cuatro caballos en la mano enguantada, y en la

otra, alzaba la fusta elegante, apoyándola sobre su rodilla derecha, mientras el cochero, de jacquet rojo y gorra de terciopelo, tocaba la corneta con entera corrección. Las invitadas se distribuyeron en los diversos carruajes y breacks, alternándose niñas y jóvenes, trajes claros y trajes oscuros de hombres, notas primaverales, grititos, llamadas de unos á otros, clamor de los niños invitados, entre los cuales figuraban Micha y Caco, resueltos á salir con alguna grande, pero desesperados de que todavía no se presentara la ocasión de hacer alguna diablura. Corrían las niñas, de una parte á otra, con zapatitos nuevos de charol que relucían; repartíanse los asientos, buscaban colocación á sus amigos, alterando el orden establecido y el reparto hecho de antemano por Rosales, que protestaba desde su pescante alto.

Por fin partieron, doblando por la calle de Claras, para desfilas por la plazuela de la Merced, sombreada de pinos enanos y palmeras; dejaron atrás las torres del templo que se perfilaban como agujas rosas y blancas sobre el cielo purísimo y tomaron por Merced, en dirección á la Providencia, cuyo camino polvoriento se diseñaba entre avenidas de árboles oscuros. En alegre algarada llegaron á las "Cajitas de Agua" que forman la entrada á la población por el lado del Oriente. De súbito se presentó á sus ojos un espectáculo maravilloso. La Cordillera de los Andes surgía en el fondo, toda blanca, con el ropaje del invierno, con leves ondulaciones nacaradas en sus crestas, en forma de encajes transparentes sobre fondo azul de ventisqueros. Aparecía, á medida que avanzaban, como si las cadenas de montañas se hubieran recortado las unas sobre las otras, en aplicaciones sucesivas de contrafuertes azulados y sin nieve los que corrían cerca, más tenues y blanquecinos á medida que se alejaban. Eran á manera de velos arrojados los unos encima de los otros, de gasas de varias coloraciones y transparencias, todas en gama azul, como un *leitmotiv* en música. En las alturas lejanas, entre los hielos, se daban los más varios y bellos colores: el amaranto,

el violeta, el ópalo, el gris perla, el anaranjado, el oro otoñal de más soberana opulencia—eran fajas de sombra colorida sobre la blancura de la nieve, dándole vaguedad de ensueño—eran líneas de Cordillera que se dilataban como cinta arrojada en caprichosos recortes, como diamante sin pulir, de exquisitas refulgencias empapadas en luz.

Los carruajes seguían su camino á orillas del “Tajamar” antiguo muro de calicanto construído por los españoles ciento cincuenta años antes para proteger la ciudad contra las avenidas del río Mapocho. El muro, bastante alto, tenía, en la parte superior camino de pietones, por el cual caminaban lentamente las mujeres del pueblo, llevando sobre la cabeza canastos de ropa. Iban arrebozadas en pañuelos de lana de colores, que destacaban manchas rojas, formando pliegues al desgairre—tras ellas iba una chiquilla, tan cansada de tanto caminar, que á cada rato se paraba, mientras su madre, una de aquellas lavanderas—que lo eran sin duda—la llamaba á gritos. Algunos jinetes de mantas vistosas, tendidas por el viento, pasaban echando nubes de polvo á los carruajes, del lado del Parque Forestal. Allí estaba el “Pan de la gente” á donde todos habían ido de niños, en busca de galletas, pasteles ó sabrosos panes de grasa. Javier hizo notar un rótulo famoso que allí había en un tenducho: “Vamos entrando, comiendo, bebiendo, pagando y saliendo”. Un roto, en mangas de camisa, la faz congestionada, y gran “potrillo”, enorme vaso de á litro, lleno de *chicha* en mano, se asomaba en la puerta. En ese instante pasaba una victoria en la cual iban dos muchachos: Pastor Jimenez y Justo Ahumada.

—“Patrón se la hago”—le gritó el roto, alargándole el vaso lleno de licor.

Los otros, por humorada, hicieron parar la victoria, y llevando á sus labios el potrillo:—“Se la pago”... contestaron, bebiendo.

Recordaron que es costumbre en días de fiestas patrias, que al propio Presidente de la República le hagan

beber los hombres del pueblo, en el Parque durante la revista de las tropas.

En seguida, pasó el break en que iban las Alvareda, todo cubierto de trajes claros y de sombrillas celestes y rosas, de sombreros con flores y cintas. Iban comiendo dulces—unos dulces exquisitos de Boissier y charlaban alegremente con sus pololos que habían hallado manera de tomar asiento en el mismo coche. En esto de repartir los carruajes y disponer los asientos había dado prueba de mucho tacto, Julio Rosales, manifestando conocimiento de la vida santiaguina y deseo de complacer á sus amigos y amigas. Rafaela, que era de temperamento algo romántico, se preocupaba del paisaje. El río se abre, á su entrada en Santiago, y se derrama por la hoya espaciosa, toda cubierta de pedregales grises, entre los cuales corren fragmentados esos hilos que suelen convertirse en torrentes de fuerza terrible y luego en brazos de mar que pasan rugiendo y con vertiginosa rapidez, como fieras que salen del cubil. Ahora, sólo parecían hilos de agua, deslizándose inadvertidos en la inmensa hoya gris que se extiende por los “Tajamares” hasta cerca del pie del cerro San Cristobal, todo cubierto de musgo verde, con forma de cono trunco de inmensa base. Unos molinos, á lo lejos, alzaban sus edificios entre alamedas, al pie de los pedregales. Más allá, cerca del Seminario, el río y los árboles daban vuelta inmensa, mostrando nueva faz de las Cordilleras siempre nevadas y siempre hermosas en aquella estación, con picos altísimos encaperuzados en nacar y plata. Otras perspectivas, recortes de cordilleras, nuevos espolones y encadenamientos que no se sospechaba aparecen hacia el camino de la Providencia y de las Condes; el cinturón de carruajes se deslizaba como larga serpiente por el camino, al pie del “Tajamar”, junto á viejas alamedas que en esa época comenzaban á cubrirse de verdura con la renovación primaveral de hojas, de flores y de savia. Al otro lado del camino se alzaban innumerables casas-quintas rodeadas de jardines y de árboles, entre los cuales so-

bresalía la silueta elegante de las araucarias con sus ramas que parecen encarrujados de verdura, y los inmensos pinos de California que tocan el cielo, con múltiples ruedas de ramas; los plátanos de anchas hojas y las palmeras solitarias y perdidas. Y todo ese paisaje semi-tropical se esfumaba entre nieves de montañas y encajes azulados de lejanías. Topábanse, cuando menos lo pensaban, con largos y pesados convoyes de carretas cargadas de leña y tiradas por tres ó cuatro yuntas de bueyes. El carretero, con sandalias de cuero ú “ojotas”, en mangas de camisa, la manta al hombro, el ancho sombrero guarapón echado atrás, con gesto que hace recordar el de los pícaros de la antigua España, “Rincónete y Cortadillo”, el ancho pecho descubierto por entre la camisa entreabierta rotosa, tostado el semblante de ancha nariz y angosta frente, con la expresión altiva y desafiadora de nuestro pueblo. Alguna mujer, arrebozada en pañuelo de lana y tendida en lo alto de la carreta, miraba con curiosidad el desfile de la brillante comitiva del paseo, el rodar de las victorias y de los breaks por el camino de la cordillera, hacia Apoquindo. Luego pasaron por el cacerío de Providencia, con casuchos de tierra y techos de teja descolorida y vetusta, hundidos á trechos, restos de antiguas casas de Hacienda.

“Ahí estaba la casa de los Condes de Quinta Alegre, recordó miseá Magdalena García del Valle, hablando con doña Jimena Sánchez. Iban en carruaje de los llamados coches de “Trompa” que ya han desaparecido, pero que eran sumamente cómodos y suaves y de poco peso. En el mismo coche habían dado asiento á don German del Real, tipo de elegante santiaguino de cuarenta años atrás, un *Vieux-beaux* de la antigua escuela, ahora muy dado al Whisky, del cual era uno de los consumidores más asíduos en el Club: “El alcohol conserva” era su frase favorita, al echarse al cuerpo, de golpe, medio vaso de la bebida usual.—“Talvez sea por eso que parece tan joven—le decía Javier—á no ser por la

nariz, algo rojiza, cualquiera diría que usted es una virgen de Murillo”.

—“Cállate muchacho “opinante”, le contestaba del Real, “los niños de estos tiempos son muy maricas, se conservan con naftalina; si ya nadie sabe beber como se debe.”—Pero si no se vé otra cosa que gente en las cantinas y en los mesones de los bars.—“Calla, niño, pero nadie se echa al cuerpo una botella entera de cognac, como en mi tiempo, y se presenta luego al salón á bailar cuadrilla. Entonces también bailaba el “Pericote” y cuando estamos entre gente alegre, la “Polka de punta y talón”.

Ahora del Real estaba serio, y se mostraba como siempre fino entre señoras. Iba recordando, con las viejas damas, la época de antaño.—“Entonces sí que se vivía; y qué buenas mozas eran las niñas, señor; esas sí que eran mujeres y no muñecas como las de ahora”. Miséa Magdalena le encontró plena razón. “Entonces sí que habían bonitas mujeres”; doña Berta asintió con la cabeza, sin atreverse á grandes gastos de gesticulación pues se pintaba todavía, y tenía miedo de que se descompusiera el esmalte.—“Y para qué digo más, cuando con recordarlas á ustedes tal como las ví en el gran baile del advenimiento de Perez, ya no hay más que hablar...”

—“No se ría del Real, mire que ahora somos viejas; interrumpió miséa Berta”.—“Vamos á ver ¿y por qué no se atrevió á decirnos lo mismo entonces? no hay que demorarse cuarenta años en las declaraciones, mire que uno se murió esperando.”

—“Es que entonces ustedes me hubieran dado calabazas: eran chiquillas tan bonitas... de rechupete, señor”.

—“Ahora tampoco se ven jóvenes, como los de entonces, agregó doña Berta, para devolverle la galantería, tan bien educados, tan finos, siempre detrás de las señoras, en vez de consagrarse exclusivamente á las prendas” como los del día. Nunca salía una de las fiestas sin que la acompañara un joven, llevándole el atadito con las

chirimoyas, los plátanos y las lúcumas. Ahora se hacen los olvidados y las dejan en el asiento. Apenas quedan unos pocos hombres de valer, muy pocos, y esos son reliquias de antaño, como Manuel Recabarren, Ambrosio Montt, los Arteaga, Manuel Blanco; esos sí que valían, y eran elegantes y graciosos, mientras que los de ahora son de una pavería que asusta. Cuando una anda en paseos le parece que asiste á entierros. Mira, niña, el otro día no más, tuve que llevar á mi chiquilla á la Plaza; si vieras qué pena me daba el ver trillar á tanta gente grande, dando vueltas y vueltas, como las mulas en las antiguas eras—las niñas iban de un lado y los hombres del otro—y todos callados...”

Exactamente como en la adivinanza: “Cuatro caballos van para Francia, corre que corre y ninguno se alcanza.”

—“La devanadera...”

—“Eso es. Y todos se pasean tristes como boca de lobo, sin hablar palabra, como si tuvieran que pagar impuesto por decirlas.

—“Ya vendrán esos impuestos, y el del aire que se respira, el único que todavía no cobra el Gobierno.”

Por aquellos tiempos era moda hablar en toda conversación de la libertad electoral y de los excesos del Gobierno, atribuyéndole cuanto sucedía, y echándole la culpa hasta del mal tiempo ó de la falta de lluvia.

Doña Magdalena miraba por la portezuela: era una sucesión de ranchos pobres y cubiertos de paja la que se presentaba ahora en ese poblado de Providencia. Las acequias corrían á tajo abierto; algunos miserables ranchos dejaban ver, en el fondo de un corralito, unos cuantos árboles, duraznos en flor, todos rosados y alegres, junto á los álamos muy altos y feos y un sauce que dejaba caer sus ramas sobre la corriente del canal; más lejos otras líneas de alamedas y prados, con matas de espino y cercas vivas. La cruz de un campanario aparecía lejana, perdida en un vaho luminoso, sobre el cielo brillante por el cual cruzaban, moviendo lentamente las

largas alas, unas aves de rapiña, águilas de alto vuelo que tan pronto se perdían en el espacio como se dejaban caer con la rapidez del rayo sobre la tierra. Habían doblado por la Avenida Pedro de Valdivia, en la cual comenzaban á construirse algunos chalets. Ahora se presentaba á la vista, desnuda, con grandes potreros divididos por cercas de alambre, de verdura triste y terrenos pobres, cubiertos de manto verde de malezas, sobre las cuales se alzaban raquíuticos espinos y pacían unas vacas talando la escasa yerba, ó corrían caballos de mala presencia. Pero el fondo magnífico de los Andes se destacaba mucho mejor allí, con grandiosidades salvajes y cortes abruptos, con el aspecto primitivo é imponente que debió tener para los conquistadores que por primera vez contemplaron el valle de Santiago trecientos años ántes, sin quitarse todavía el acero de sus corazas ni el hierro, de sus yelmos.

La comitiva corría desalada, subían los breaks por las laderas que conducen á Apoquindo, trepando suaves colinas y caminos bordeados de álamos, á una y otra parte, contemplando los humos de las chozas que subían azulados, las yuntas de bueyes que rompían el suelo para sembrar cebada, los labradores que sembraban pequeñas chacras, algún perro sucio que se desperezaba al sol en la puerta de una choza y que saltaba ladrando furioso al paso de algún coche. Más allá regaban unos peones y el taco de la acequia regadora cubría el prado de manchas de agua que parecían trozos de cristal cortados á trechos. Más allá verdeaban unos campos de trigo que prometía darse en buenas condiciones. De cuando en cuando, pasaba á su lado un huaso al rápido galopar de su caballo redondo y sano, pequeño y fuerte, de raza chilena, caballo de montaña, firme y valiente, de resistencia increíble que nunca tienen los caballos de raza inglesa. El jinete llevaba echado atrás el amplio guarapón de grandes alas, el viento llevaba su manta de colores vistosos, brillaban las grandes espuelas de ruedas estrelladas de acero, el andar era seguro, firme, suelto,

con la gentileza nativa del jinete nacido sobre el lomo del caballo.

Las tierras comenzaban á subir; tras el cortinaje de lama de plata de la bruma que se alza en la tarde, véase una banda violeta, regular, por cima del horizonte, que se prolonga, se desarrolla, sube y baja, luego cambia de color, á medida que nos acercamos y se torna verde obscuro. Es mancha apretada que surge por entre los cerros azules. Era el parque de Apoquindo.

Resonaban los gritos de corneta del *Mail-coach* dirigido por Rosales que hacía de cabeza del cortejo. Bajaron por camino que tuerce violentamente y luego trepa, rudo y difícil, pasaron por barrera de madera carcomida, junto á la cual hay una casuca que suda el agua del techo reverdecido por el muzgo. De nuevo subieron cruzando por macizo de árboles hasta llegar á la pequeña plazoleta, frente á la casa vieja, de corredores bajos que sirve de hotel. Luego comenzaron á llegar uno en pos de otro, todos los carruajes. La gente se bajaba, y, formando grupos, se encaminaba al parque delicioso y fresco. Eran prados iluminados que ondulaban, entre macizos de árboles; enormes eucaliptus, encinas y castaños, de hojas verdes y nuevas, lejanos matorrales azules que formaban espolones en los prados. Véase una laguna bordeada de sauces que bañaban en ella sus hojas. Y por los caminos, en un grupo, iba Javier con Hernando García, cerca de Elisa con Dorotea, Rafaela Escalante y Pepa Velarde. A sus pies los prados estaban cubiertos de lirios, sobre todo en la parte que daba á los caminitos del parque. Andando, andando, llegaron á la laguna, en donde los sauces juntan sus ramas formando sombra que sin embargo se mantiene clara. Los árboles aproximan sus ramas, sin que se toquen, de manera que el camino, de ancho, se estrecha, y luego costea las ondulaciones donde la bruma habita y, así, insensiblemente se llega á la capa de agua clara de la laguna, que bajo los árboles se obscurece formando estanque de aguas inquietas, algo claras, que tiemblan en el bosque con tallados de dia-

mante en las partes en que el sol las hiere. Elisa sintió no haber llevado pan para darlo á los cisnes que se allegaban mansos, hasta el punto donde estaban los jóvenes.

—“Daría mi reino por un pedazo de pan para los cisnes,” dijo.

—“Pues nada más fácil que adquirir un reino á tan poca costa” murmuró Javier, y sin más, partió hacia el Hotel, en busca de pan.

Hernando había estado visiblemente inquieto y nervioso durante el paseo. Le había tocado asiento cerca de Elisa, en el *Mail*, pero sólo había tomado parte en la conversación general con unas cuantas palabras que de cuando en cuando introducía. Sentía que tenía algo adentro, algo que le mantenía inquieto. Dorotea dirigía miradas maliciosas á Elisa, que no se daba por entendida, como diciéndole: “esto reza contigo, ponte en guardia, que la declaración se acerca”. Elisa contestaba cortesmente, pero sin entusiasmo visible y miraba con tranquilidad el paisaje. Hernando parecía también embebido en la contemplación de la naturaleza. Las niñas advirtieron, con la suspicacia femenina, que se ponía muy sentimental, con ribetes de poeta, pero la cosa no le sentaba. Estaban acostumbradas á mirarle como á ser de temperamento positivo, de manera que semejante tono, no cuadraba con la imagen que de él se habían formado—era sentimentalismo demasiado postizo que desentonaba como ciertas luces encendidas en pleno día. A ratos se ponía pálido; por momentos enrojecía; estaba unas veces alegre, otras tristes, sin razón justificada, en todos los instantes inquieto y nervioso. Se desbordaba, no podía contenerse y ni siquiera disimulaba ligero castañeteo de dientes que le acometía con leves escalofríos.

—“Mira, Elisa, tengo que hablar contigo, ¿quieres que andemos un poco debajo de los árboles?”

—“Como usted guste.”

Siempre había existido ese curioso tratamiento entre los dos, ocasionado por la diferencia de edad: ella le trataba de usted y él á ella de “Tú”. Era algo impercepti-

ble pero que caracterizaba entre ellos la situación establecida de antiguo.

—“Deseaba hacerte una consulta ligera, murmuró mientras se encaminaban debajo de viejos olmos; instintivamente buscaba la sombra como si de semejante manera le fuera más fácil expresarse. Hacía tiempo que Hernando experimentaba extraña turbación en presencia de la sobrina, á quien miró como chiquilla durante largos años. La vió crecer, y embellecerse día á día, hasta que poco á poco fué perturbándole sin que se diera cuenta. Más de una vez había quedado extasiado ante su belleza, tan sencilla, tan inconciente de si misma. ¿Cuándo y cómo nació aquel deseo vehemente de hacerla suya? ¿Cómo vino á sentir que la amaba? ¿En qué forma fueron cristalizándose las primeras ilusiones? El no lo sabía á punto fijo, ni hubiera atinado á explicárselo á si mismo. Pero todos en familia pudieron comprenderlo sin necesidad de esfuerzo, y lo miraron bien. Doña Encarnación, la de Sanders, conversó más de una vez con doña Magdalena y ambas convinieron en que no podía haber mejor partido para Elisa: era Hernando persona de “buenas costumbres”, cristiano viejo, bastante rico, creíanle millonari, trabajador, dueño de varios fundos y no se le conocía ningún vicio, ni el más pequeño. Era elegante, lujoso en sus coches y sus comidas selectas. Es verdad que ya no era muchacho, pues frizaba su edad con los cuarenta y cinco, pero no se podía negar que estuviese bien conservado—lo que es el *desideratum* en la materia. Muchas veces, conversando á solas, le había dicho miseá Encarnación á Elisa:—“Niña, á ti te conviene un joven maduro, conocedor de la vida, con fortuna hecha, que te dé comodidades desde el principio. Mira, eso de “contigo pan y cebolla” es broma de mal gusto. Pronto se va el amor por la ventana, cuando hay que luchar por las necesidades de la vida y falta dinero para la plaza, ó para el traje ó el sombrero. Estás acostumbrada al lujo, ninguna niña se viste como tú en Santiago. Pero si llegas á casarte contra la voluntad de la familia, por capricho, con

cualesquiera, tendrás que pasar horas amargas. La vida es realidad, no es novela por entregas, en que los héroes viven de ilusiones como quien dice de alpiste, al modo de los canarios. Hay en ella desagradados, desilusiones; el amor que nos llevara al matrimonio en rato de fiebre, pasa sin dejar huellas. Hasta llega momento en que los esposos se aborrecen cuando falta lo esencial, por aquello tan sabido de nuestros padres: "donde no hay harina, todo es mohina". La destrucción de un hogar feliz por pequeñeces y miserias es cosa de todos los días. Por otra parte, la belleza y la juventud se van muy luego; el muchacho que ahora te parece buen mozo, mañana, cuando se mate trabajando para ganarse duramente el pan, se pondrá feo, envejecerá prematuramente, los malos negocios le pondrán el genio desagradable, y la casa será infierno. "Así le hablaba su tía y luego le pintaba la felicidad con señas correspondientes á hombre que jamás nombraba; pero, que no podía ser otro sino Hernando. Nunca la contradecía. Siguiendo su antigua táctica de tan buenos resultados dejaba rodar la bola, mantenía á raya los avances del tío con actitud familiar y cariñosa á un mismo tiempo, que dejaba á los de la casa esperanza de un resultado feliz "dándole tiempo al tiempo" como decía el tío Sanders. Ahora, por la actitud de Hernando comprendía ella que había llegado el momento crítico. Esperimentó extraña turbación, sorpresa que la puso toda encendida; tuvo confusión de sentimientos, atropellados como en instante de grave peligro, que la sobrecogiera en situación apurada. Hubiera querido evitar la explicación pero no hallaba manera. Además, la nerviosidad del tío la contagió á ella misma, así como nos sentimos mal cuando el orador vacila y se corta, ó el actor pierde el hilo de su papel—sentía que sus nervios, de los cuales era dueña de ordinario, la abandonaban ahora á estado en que la voluntad se pierde. En ese instante acudieron á su mente las conversaciones pasadas con la tía, y sintió que la partida decisiva iba á jugarse. Involuntario escalofrió la sobrecogió en aquel punto.

Hubo silencio, durante el cual se oyó canto de gallo lejano, muy lejano y sordo rumor de galope. También sentía Elisa, claros y perceptibles los latidos de su corazón que palpitaba.

—“Hace tiempo que deseaba decirte algo, pero no me atrevía.”—murmuró Hernando; “siento que ya no soy joven—sin ser tampoco viejo—bastante he trabajado en la vida, acaso más de lo preciso, para que al fin me crea con derecho á mi parte de felicidad. Dime ¿me encuentras viejo?”

—“No Hernando, por el contrario, bien conservado; tiene la presencia de cualquier joven.”

—“La verdad es que me siento bien. Cuando uno ya posee fortuna, como yo, que no me cortarían un dedo por menos de un millón de pesos, me parece que uno tiene derecho á hogar feliz, dando á la mujer todas las comodidades y el lujo que quiera, su buen coche, palco en el teatro, encargos á Europa. . . en fin cuanto se le de la real gana. No puedo ver esos seres avaros que viven atesorando. Nó, señor, la plata se ha hecho para gastarla. . . Tengo vivos deseos de casarme ¿hago mal en pensar así?”

—“Muy bien, tío, muy bien.”

—“Mira, yo ¿querría mujer de fortuna; bastante poseo con la heredada y que luego aumenté con mi trabajo.”

Lo que quiero es mujer joven, buena, sobre todo de alma muy noble, y si es bonita como tú, entonces miel sobre buñuelos. La vida es cosa prosaica, ya no hay romanticismo; todo pasa, incluso los caprichos y los “*pololeos*” de la juventud: hasta el amor se gasta. Pero el respeto afectuoso, la admiración, el sentimiento de la virtud y del deber quedan siempre vivos. No necesito que se casen conmigo en raptos de amor como el de Romeo y Julieta; sé que el amor baja, como decía mi madre que en paz descansa. Dime, Elisa, ¿querrías ser mi mujer? ¿Unir tu suerte con mi suerte?

Elisa estaba extremadamente pálida y le tiritaba el

labio inferior; con la sombrilla de seda clara, se golpeaba la punta fina del pie, apoyada á un árbol del camino como si temiera que las fuerzas la traicionaran. Pasó un momento sin hablar. Luego dijo, con voz tranquila, ya dominándose:

—“Le debo franqueza, Hernando; mucho le agradezco que se haya fijado en mí, con pruebas de afecto que seguramente habrían complacido á la familia si lo supiera. Pero... yo soy rara... pertenezco á la antigua escuela, sólo quisiera casarme muy enamorada, pero mucho, de un hombre joven que me quisiese como yo á él. Mire, la cuestión material, no le diré que no me importe nada—eso sería mentir—pero sí que para mí tiene valor muy secundario comparada con la otra; es decir con la cuestión de corazón. Qué quiere... yo soy así... romántica, como mi padre. Entre nosotros existe demasiada familiaridad para que jamás se me hubiera ocurrido quererle de otra manera que como á pariente cercano. Además no pienso en casarme todavía.

—“La esperaré, Elisa, porque la quiero.”

—“Es inútil, me parece que no podré... busque otra, hay tantas mujeres interesantes. Ahí tiene usted á las Escalante, son monísimas, ricas, buenas y mejores que yo talvez.”

En ese instante Javier volvía con su paquete de bizcochos para los cisnes. Al divisar, de lejos, el aparte de Elisa con Hernando, comprendió, con sólo la actitud que ambos observaban, la gravedad de la hora.

Su suerte iba á decidirse. Era verdad que Elisa, parecía haber reaccionado, que estaba más humana respecto de él, pero, al mismo tiempo, no podía negarse que era desigual la partida: Hernando figuraba entre los primeros partidos de Santiago, no era mal parecido, ni viejo; de gran fortuna y posición considerable. En tanto que él, no tenía sino su pésima reputación como capital y una serie de aventuras que parecían haber agotado la paciencia de la niña. Angustia inmensa le atenaceaba las entrañas; deseos locos le asaltaron; hasta pensó en buscar

camorra á Hernando para obligarlo á cambiar un par de tiros, ó amedrentarle. Le perseguiría... le hostigaría... pero ¿qué sacaría con eso sino hacerse más antipático y odioso á Elisa, si llegaba á preferirle? Por espacio de algunos minutos, sintió que la tierra giraba en torno suyo, y sin embargo, les observaba, con angustia, de lejos, tratando de adivinar, de penetrar en lo que decían, en lo que ella contestaba. Creía ver el rostro de su rival iluminado por fugitivo resplandor que á él le sumía en tinieblas y hacía sangrar su corazón gota á gota, con sutil picadura de aguja dolorosa.

Bajo los árboles el diálogo continuaba:

—¡“Qué feliz te haría, Elisa!... ¿Por qué no te casas conmigo? No vez que te quiero desde hace tantos años?...”

Y luego, en vista de su silencio, agregó:

—“¿Quieres á otro? Talvez á ese tunante de Javier á ese badulaque, á ese jugador... ¿No comprendes que es perdido sin oficio ni beneficio, indigno de que una mujer lo quiera, de que nadie se case con él? Sería ya lo último. Nadie te vería en la familia; tu tía Encarnación se desespera con semejante idea, y tu madre no le puede ver. Si es un perdido.”

Elisa sintió que la sangre acudía á su rostro, que todo en ella se subleaba ante diatriba tan odiosa.

—“Eso si que nó, amigo mío; no le permito que siga hablando en ese tono de un hombre de corazón que vale más que usted, pero muchísimo más que usted. Javier será perdido, calavera, tunante, jugador. ¿Y quién le dice á usted que no pueda corregirse, si en el fondo tiene alma de caballero?”

—“Moro viejo no puede ser buen cristiano...”

—“Cállese... cállese; usted no le conoce, ni es capaz de conocerle porque son hombres de distintas razas...”

—“Pero jamás he dado que hablar á nadie de mi conducta ni de mi honorabilidad, contestó, Hernando todo trémulo.

—“Así será; pero á mí no me gustan los hombres sin ningún vicio pero sin virtudes, incapaces de acción gran-

de, de impulso generoso. Cuando mi hermano Juan atravesó por los momentos más amargos de su vida, cuando su honor corría peligro, cuando lo amenazaba la desgracia más terrible que puede aplastar una vida, ¿no le cerró usted la puerta? ¿no se negó á socorrerle, á dar la mano á quien le pedía un pedazo de vida?"

—“Temí entonces que me engañara—que quisiera volver á las andadas y jugar, rodar el vicio.”

—“No, hay momentos en que no se miente, hay caras de agonía que no engañan. . . Pues usted, el hombre correcto, el virtuoso, el buen cristiano que se confiesa y jamás falta á misa, lo echó puerta afuera. Entonces Javier á quien usted tacha de perdido, de tramposo, de jugador, de bueno para nada, pagó la deuda de mi hermano con lo que le habían dado para que trabajase, y agregó los restos de su patrimonio, lo que le quedaba, una miseria sin duda, pero era todo lo que tenía. Y debo advertirle que eso lo hizo cuando esperaba bien poco de mí. . . nada.”

—“Fué acto hábil, quiso ganársela á usted. Bien sabía, además, que don Santos lo devolvería todo. . . fué hábil, si yo no digo que sea tonto.”

—“Nó, nó, nó fué hábil, porque yo acababa de despedirlo y sin duda estaba furioso conmigo, como lo estará usted mañana, porque los hombres son hombres y tienen vanidad. Pero sus sentimientos de caballero y de amigo lo llevaron á una acción muy bella, muy generosa que ni mi hermano, ni mi padre, ni yo, podremos olvidar mientras vivamos. Le pude perdonar á usted su conducta, sin darme por entendida, pero jamás permitiré que ni usted ni nadie hable una sóla palabra del hombre que ha dado pruebas inmensas de nobleza. ¿Con que así?"

Hernando había llegado seguro del éxito; el desenlace le sorprendía como golpe inesperado; tuvo instantes de cobardía moral, de increíble desfallecimiento, inspirado por la vanidad de no salir tan enteramente vencido:

—“Elisa, déjame esperar, murmuró con voz débil.

—“¿Esperar qué? El perdón del pasado, el olvido, que le tome el brazo cuando usted me lo ofrezca en baile, que le trate como á todo el mundo. Eso sí, nada más. Y acabemos de una vez, que esta escena es bastante desagradable. y no podemos exhibirnos antes los ojos de la gente que acaso sospecha lo que está pasando.”

La verdad era que en el grupo se hacían comentarios sobre el suceso. Siempre en fiestas sociales ó bailes se veían pequeños dramas que surgen de repente, inapercibidos, y que tienen toda la intensidad de la tragedia antigua, con sus matices de pasiones, con su movimiento y la fuerza de vida interior. La mayoría les vé llegar con indiferencia; la sociedad se ocupa en ellos breve espacio, y luego pasan—sin dejar huella—á no ser en la vida de los actores, que toma una ú otra dirección según el resultado de aquel momento fugaz é imperceptible. Las jóvenes se dieron cuenta cabal de lo que pasaba.

—“Ha llegado para Elisa el momento crítico. dijo no sin cierta emoción su amiga Pepa.” A lo que parece Hernando ha quemado sus naves y se declara en toda forma. Es matrimonio que se hace.”

—“A que no se hace, expresó con cierto impulso no desprovisto de envidia, Isolda Jimenez. Apuesto á que no se hace.” En el fondo temía que Elisa fuera á casarse con el primer partido de Santiago, y confundía su deseo con la realidad.

—“No me digan que no sería una buena pareja, exclamó Dorotea Escalante. ¿Y qué más se querría Hernando para casarse? Na hay niña más cumplida que Elisa. es buena, sencilla, natural, bastante bonita, elegante y no me dirán que sea tonta.”

Era cierta manera peculiar de alabar, diciendo la verdad, y al mismo tiempo, buscando la expresión que dijese un poco menos, que atenuase, con entonaciones descoloridas, muy usual en sociedad, donde la envidia reina, siempre que en una persona existen condiciones de excepción.

—“Es evidente que nuestro amigo se declara; no hay más que ver la actitud que toma...”

—“Eso sí que no lo entiendo. Ya que es tío suyo y puede ir á la casa cuándo y cómo se le dé la real gana, no comprendo que lo haga ahora, en paseo, y delante de todo el mundo.”

—“Así no más es, hijita, pero á los hombres suelen bajarle timideces bastante divertidas, y de repente se lanzan al asalto con tanta furia como si fueran leones; ni siquiera reparan en que pueden quedar en ridículo. Son tan vanidosos, hijita...”

La que hacía estas observaciones mundanas, con rostro inocente y además de lirio, era Meche Escalante; al mismo tiempo, se sacudía el vestido que había recogido un poco de tierra con la caminata.

—“Mira, ahí viene Javier Aldana, observó otra de las del grupo, al ver que el joven se acercaba con su paquete de bizcochos.” Muy á tiempo ha llegado, le va á tocar mover el abanico para que bailen otros, como en la figura de cotillón.”

En efecto, Aldana se acercaba lentamente, llevaba el paquete de modo maquinal, sin saber lo que hacía, penetrado de intensa emoción, no sentida hasta entonces. Había creído querer á Elisa y ahora veía que la adoraba, á juzgar por la inmensa impresión que acababa de causarle semejante escena. Hernando se dirigía evidentemente á la joven en actitud que no ofrecía duda, iba á pedirle su mano. Tal vez ella se la concediera. ¿Y por qué nó? Los hombres bien se dan cuenta, por la manera de recibir de las madres, del valor social de cada persona, del aprecio en que se la tiene, y del agrado ó disgusto que podría causar una insinuación suya. Hernando era de los recibidos en palmas de manos, partido valioso, eso bien lo sabía Javier que no tenía pelo de tonto. Además era grande su fortuna, “poderoso caballero es don dinero”. Luego, al ver la actitud tranquila, sonriente y plácida de Elisa, se dijo asimismo, con amargura: “¡lo quiere”. Ligeramente temblor agitó su cuerpo todo, y se de-

tuvo en el camino, apoyándose en un árbol, tan fuerte era la emoción. Semejantes palabras "lo quiere, lo quiere" se pronuncian con terrible precisión en momentos tales y son tan dolorosas que el amante siente como si esas sílabas le quemaran el corazón. Javier sufría, sufría, y por eso comprendió que amaba—era como si una luz interior le hubiera iluminado sobre sí mismo, revelándole un ser desconocido, otro Javier capaz de algo serio, purificado por un sufrimiento, un Javier capaz de grandes dolores, que abandonaba la risa para caer en el llanto. La amaba. . . solamente ahora tenía la fuerza de formularse con absoluta precisión semejante idea. La amaba. . . su porvenir dependía de ella. . . sería hombre de bien ó perdido, trabajador, serio y un hombre de hogar ó calavera sin importancia, judío errante sin rumbo.

Pero, de repente vió que Elisa se detenía con el tío, mirándole cara á cara, como adversario. Acaso discutían—semejante expectativa le llenó de esperanza—no se figuraba Javier, que el ataque injusto de Hernando acababa de darle la victoria. Se había exaltado defendiéndole, había pronunciado las palabras irreparables que acaban para siempre con una situación, quitan toda esperanza á un hombre, y dan la estocada última. Era formidable reacción, creada en su interior por el sentimiento innato de justicia y de verdad que formaba el fondo mismo de su ser. Pero luego, cuando Elisa recobró la calma, de golpe, y quedó dueña de sus nervios vino á comprender en toda su extensión, el cariño que sentía por Javier. Lo amaba, estaba dispuesta á todo por amor á él: á la pobreza, á padecimientos desconocidos, á la pérdida de su posición social. Bien sabía que sus padres no tenían fortuna, y que la herencia de su tía tenía la condición precisa de casarse á gusto suyo. Mas ¿cómo podría pensar en intereses materiales una mujer como Elisa en instantes en que se veía iluminada por primera vez con el ardor sentimental de llama interior? Todas las objeciones con que hasta ese instante había combatido su amor naciente, desaparecieron, barridas una á una,

por la acción generosa de Javier para su hermano, y la necesidad de defenderle en que le habían puesto. Era que buscaba pretextos para perdonarle.

Volvieron con paso tranquilo; Hernando traía encendidos los ojos y brillantes;—leve contracción revelaba el esfuerzo poderoso que hacía sobre sí mismo para manifestarse correcto. Las arrugas, tan bien disimuladas de ordinario, surgían ahora, como después de noches de insomnio. Así llegaron al grupo, Elisa pestañeaba como si la plena luz la deslumbrara. Cara á cara se halló con Javier. Sus ojos se buscaron é inmediatamente se evitaron, como si tan sencillo encuentro hubiera faltado á las leyes de la corrección. Ella se ruborizó levemente, de manera furtiva, matizada en tonos sutiles, pues el misterio atrayente de su persona se formaba con no sé qué inquieto y frágil que fulguraba y moría en fluídos reflejos de alma. Luego, sus miradas se buscaron y se encontraron; antes de aquel momento se habían esquivado. Como si corriente sugestiva se estableciera entre ambos, sintieron lo definitivo de un amor, y se hablaron sin decirse palabra alguna, entendiéndose.

Rosales llegaba con su autoridad de maestro de ceremonias.

—“Señores, el lunch está listo, ofrezcan el brazo á las damas y traten de levantar su naturaleza defallecida por la ruda caminata; es preciso mezclar lo útil con lo agradable, los placeres del corazón con los del estómago. *“All Right.—Go On man”*, agregó, poniendo la mano sobre el hombro de Hernando; “Parece que no se ha perdido el tiempo con la primita... Oh, la... la... ¿Y para cuando es el casorio?” dijo á media voz, haciendo todavía más completa la plancha. El otro ponía cara de vinagre, sin que Rosales lo advirtiera, porque la distracción era de sus características y partía siempre de que cuanto hiciera sería del agrado de la gente, de tal manera se hallaba posesionado de si mismo.

—“Está haciendo plancha Rosales, murmuró Pepita, deje tranquilo á Hernando.”

Todas las niñas habían comprendido el alcance de la escena que acababa de pasar á su vista. Era, para ellas, uno de tantos pequeños dramas sociales desarrollados al pasar, en esquinas de salón, en rincón cualquiera, sin gritos, sin gestos, casi sin palabras, y que tienen sin embargo más impresionante intensidad que cualquier drama de teatro. Sobre todos cayó silencio pesado, que duró pocos minutos y luego se echaron á conversar á un mismo tiempo.

En el concierto de voces predominaban las Escalante, llenas y sonoras, imponiendo sus pequeñas cosas familiares: hablaban del “landau” que acababan de recibir de Europa—ese era el coche de más lujo en aquella época. Decían el precio, el vapor en que llegara, el tiempo que había tardado de Valparaíso á Santiago: “Figúrate, hijita, que se ha demorado más en llegar del Puerto que en el viaje de París acá; ha resultado que París está más cerca de Santiago que Santiago de Valparaíso—¡Jesús, qué barbaridad! Ya de nada sirven los ferrocarriles; con razón dijo el senador aquel que no valía la pena de construir ferrocarriles porque se iba á matar con eso la industria nacional de las carretas.”

El grupo caminaba alegremente, restablecida la calma que perturbó la inmensa plancha de Rosales, quien sólo ahora venía á comprenderla, después de muchísimas explicaciones, poniéndose rojo como amapola.

—¿No le parece que bien valdría la pena de hablarle algo á García, que es tan buen muchacho?—“No haga tal, replicó Pepita”, sería muchísimo peor, hundiría todavía más el puñal en ese infeliz—“Experimentaba inconscientemente el sentimiento de crueldad con que las mujeres miran al hombre que acaba de recibir calabazas.

Algunos de los jóvenes, entre otros Pastor Jimenez y Justo Ahumada, cortaban lirios al borde del camino, para dar ramos á las niñas que los pusieron en su cintura, y luego fué como un florecer de lirios perfumados y transparentes, de aquella juventud que pasaba con alegres risas y charlas interminables. En lo alto de una avenida

de pinos, se había colocado las mesitas, bajo la sombra, sin orden ni concierto, cubiertas de flores y de ramas.

Sobresalía la blancura de los platos en que se servía las tajadas de pan negro con caviar ó *Paté de foie*. Sentáronse como mejor les cuadró. Rosales perdió por un momento su gravedad británica para devorar una pierna de pollo:—"Buena cosa con la plancha grande, señor, decía, recordando la barbaridad que acababa de hacer; es cosa de almanaque... ¿Quiénes son esas señoritas tan feas?... Mis primas?... Y las de más allá que todavía son más ridículas?... Mis hermanas... Ja, ja, ja, esa si que es buena; pero la mía es mejor." Sin más Rosales se lanzó á contar la historia de su plancha con García mediante lo cual todos se enteraron del caso muy por lo menudo.

Pastor Jimenez había escogido mesa en buena compañía, sentándose junto con la señora Portal, de lujoso traje malva con encajes negros. Era vividor; pidió al mozo á quien había conocido mucho en el club, una botella de Saint Steph, sirvió á su compañera y con toda tranquilidad puso la botella debajo de la mesa, para que ningún profano intentara llevársela.—"El buen vino, señora, se parece á la música de Wagner; no está al alcance de todo el mundo, se necesita buena educación musical para apreciarlo... quiero decir culinaria..."

—"Usted parece un Petronio."

—"Señora, cuanto honor para un pobre marqués; pero dejando bromas á un lado creo que nadie en Chile ha probado mejores vinos que yo. En la comida que dí el año pasado en casa, al príncipe de Reuz, cuando su viaje á Chile para conocer la cordillera, me dijo entusiasmado: "Francamente, Jimenez, no creía que en América se pudiera servir una comida tan delicada, con vino parecido á este Chateau-Ronsard—bien superior, por cierto al Mouton-Rotschild tan apreciado". La verdad es que la comida no estuvo tan mal presentada. Nada de gas; hice alumbrar con veinte candelabros antiguos, para lo cual puse á contribución todos los de la familia.

“De Viña me mandó un gran canasto de orquídeas el Cachetón. A los sirvientes los vestí de calzón corto y les eché polvos en la cabeza. S. A. estaba encantado; casi no miró á las señoras, entre las cuales había bellezas de primer orden, á trueque de catar los vinos que le parecieron deliciosos.

—“Qué bonitas mujeres hay en Chile, Jiménez, me decía... ¿Pero existe en el mundo nada más delicioso que su Chambertin? El Príncipe de Reus se presentó con todas sus condecoraciones incluso el Toison de oro”.

Carmela Portal escuchaba con visible agrado la descripción de la comida del año anterior, hecha por Jiménez, con sobriedad de gestos en que visiblemente imitaba al ilustre viajero de casa real, que había honrado la mesa con su presencia. El joven, muy correcto, de traje bien cortado y corbata á la moda, orquídea en el hojal, los guantes de gamuza frescos un tanto salidos del bolsillo de su americana, desprendía levísimo perfume de *white rose*; sentíase que el trato con Su Alteza le había dejado inmensa posesión de sí mismo—casi se creía duque. Todo lo hacía á lo grande; al mozo que le servía en ese momento, le pasó discretamente un billete de cincuenta pesos de anticipada propina, para avivar su celo. Jimenez hablaba con la cabeza echada atrás, estirando un poco el labio inferior, gesto que le había parecido el supremo chic en S. A. el Príncipe de Reuz, de quien hablaba cuando quería dejar alta idea de si mismo—eso le daba tono á sus propios ojos.

En ese instante comenzaban á sonar los corchos de campagne en las distintas mesas; cruzaban los mozos con las ensaladas rusas y el pavo, de una parte; con los pastelitos de ostras y los espárragos, de otra; con el *Supreme-de-volaille*, más allá. Unos arreglaban paltas, con atención religiosa, para las niñas; otros condimentaban algún plato de frutas con licores,—algo nuevo. Jimenez detuvo á miseá Berta que pasaba en compañía de doña Magdalena García del Valle, para ofrecerles una copa

de champagne: —“Señoras, ¿por qué no me honran acompañándome á beber esta copa con ustedes?”

—“Con gusto, Jimenez “. . . porque se case pronto. . .” Es el brindis afectuoso, el mayor cariño que nuestras matronas creen hacer á un joven soltero—“porque se case pronto, Jimenez”.

—“Señoras. . . ¿cómo creen ustedes que habrá alguna persona de tan mal gusto, que quiera casarse conmigo?”

“No habría de faltarle con quien, cuando hay tantas niñas buenas en Santiago, que no se casan, replicó, con cierta ingenuidad, doña Berta.

—“¡Qué lástima que usted no sea soltera, doña Berta! á usted me hubiera dirigido. . . es tan bondadosa. . .”

Doña Magdalena tuvo ganas de reirse, comprendiendo la ironía de Jimenez, á quien había herido la respuesta anterior. En ese instante se vió obligada á detenerse Elisa que venía, pues el grupo le impedía pasar. Don Germán del Real tuvo un gesto caballeresco para hacerse á un lado: —“Señorita. . .”

—“¿Qué es eso, don Germán? ¿No prefiere usted las niñas de otro tiempo? ¿No eran mejores las de hace treinta años? le preguntó Jimenez que no ignoraba su inocente manía de hallar mejor lo pasado.

—Me desdigo de lo dicho, repuso del Real, en tono galante, mirando á Elisa que estaba realmente bella en ese momento, con ojos aterciopelados, más brillantes aún que de costumbre, el aire fresco y primaveral; sus mejillas sonrosadas tenían delicada frescura de durazno. Caía ya la tarde cuando Javier y Elisa, precedidos de un grupo de jóvenes y de niñas, echaron á caminar por sendero florido que serpenteaba hacia lo alto de la colina. Divisábase el camino cuajado de almendros en flor, cuya sombra se destacaba graciosa sobre el fondo verde, tan ténue; los duraznos, más abajo, formaban gradación deliciosa de rosa pálido, que parecía dorarse al contacto con macizos de arbustos que aún no habían mudado sus hojas amarillentas por las del intenso verde primaveral. Iban caminando lentamente, en la plenitud

de almas que ya no necesitan de palabras para comprenderse, dejándose llevar de la corriente de la vida, mecidas en suave oleaje de rayos de luna. Era la primera vez que se encontraban al unísono, rotos los velos de reserva y las preocupaciones que mutuamente les separaban. Javier, de ordinario tan audaz, como despreocupado con las mujeres, no sabía qué decir á esa que constituía el sueño de su vida; todo turbado al simple contacto del brazo frágil que reposaba sobre el suyo, ese contacto ligero, vivo, virginal, tan diverso y tan nuevo de aquel que le arrastraba en las horas de pasiones ardientes.

—¡Qué hermosa vista!—exclamó Elisa.

Estaban en lo alto de la colina; desde allí dominaban el valle, de tonos rojizos y suaves, cortado en el fondo del horizonte por cinta de plata de neblina, al pie de los cerros de la costa; la ciudad surgía lejana, más allá de largas alamedas, y de prados verdes que tenían algo de tableros de ajedrez. El Santa Lucía se destacaba como mancha oscura, en el centro, el San Cristóbal más allá. El aire azulado del cielo parecía envolverlo en claridad fresca y dulce. Se veía el mundo desde una altura, y Javier sintió que así debía mirar siempre á Elisa—alma de santidad, fuerte y serena, en que la gracia se unía á la bondad. Sentíase indigno de ella—de tal manera la comprendía en ese instante, en la plenitud de su hermosura moral y su pureza. La contemplaba; miraba esos labios que tantas veces murmuraron frases de severidad que contrastaba con su gracia y creía notar en ellos, como sorprendidos, suspiros suaves—los suspiros más abandonados en que un alma de mujer puede deslizar sus secretos, y en esos secretos, se repetía lo que murmuraban en ese instante mismo los árboles, las flores, la naturaleza toda en ansia de renovación de amor.

Javier estrechó levemente el brazo de Elisa contra su cuerpo, murmurando á media voz esta sencilla palabra:

—“¿Sí?”

—“Sí. . .”

—“¿Mucho?”

Ella inclinó la cabeza, murmurando en voz tan queda que apenas se oía:

—“Mucho... con toda el alma.”

Y siguieron por el sendero florido, admirados de que la vida tuviera para ellos expresión enteramente nueva, y la naturaleza les dijese algo que les hubiera callado hasta entonces con leyes que nos mandan con acento ineludible é imperioso. Oíase canto de aves en el bosque, gritos perdidos en la viña cercana, ladrar de perros, rumor de abejas que daban á ese momento un tono peculiar y penetrante de algo que ahondaba en las almas los pequeños detalles sugestivos que suelen gravarse en la memoria, en horas inolvidables, y que luego quedan flotando en la memoria.

Elisa confiaba ahora en él; nada había cambiado, en apariencia, y, sin embargo tenía en su interior fe profunda, convencimiento de que Javier le sería leal para siempre, y de que sus vidas se unían de manera que ya no podría cambiar, así como no cambia el curso de los planetas. Era el sentimiento de la fatalidad que nos domina en cierta hora.

Nunca debía ya olvidar esa tarde radiante de sol, y de esperanzas, en que abandonó por primera vez su corazón y sintió que ya no se poseía á sí misma.

Javier experimentaba exquisita y sensual satisfacción de orgullo, de vanidad humana, sintiéndose ya dueño, sin necesidad de palabras ni de fórmulas, de aquella mujer hermosísima, de aquel cuerpo de líneas llenas y de curvas deliciosas, de aquellos ojos únicos, de aquella sonrisa delicada é inolvidable. Cuántas veces había llorado, sin lágrimas, por la mujer que ahora era suya, suya para la eternidad, mientras el mundo existiese y la luna brillase y hubiera amores y penas. En esos momentos jamás lejanos á concebir que los amores puedan llegar á su término, y acabarse, y extinguirse y morirse; la creencia en la eternidad del sentimiento les da virginidad eterna, razón de ser y hasta justificación en las horas graves.

—“Elisa... Elisaa...saa”.

Decía una voz á lo lejos, en las extremidades de la viña: era Pepita que la llamaba. Iba en compañía de Rosales. Sentía la necesidad de hablar con la hermana de Juan. Le quería desde hacía tiempo y el muchacho había coqueteado con ella. Esperaba que vendría al paseo, y le había sorprendido su ausencia. Quería ver á su amiga, pero notaba que ésta le sacaba el cuerpo y evitaba la confianza.

—“Quería hablar contigo un momento...” y luego, á media voz agregó: “¿Por qué no ha venido Juan?”

Las amigas se detuvieron á corta distancia de los jóvenes:

—“Juan se va...”

—“¿Sin despedirse? ni siquiera de mí?”

—Sin despedirse... después de lo que ha pasado y de todo lo que han dicho del pobre, quiere irse á trabajar lejos... á soterrarse en el campo, hasta que se haya formado posición. Así es mejor; se deja de malas compañías y abandona para siempre el juego que ha sido el origen de todas sus desgracias... Me encargó que hablara contigo, que te dijera que jamás se olvidaría del cariño que en tí ha encontrado. Cuando murmuraban de él, ¿no le defendiste contra todos? ¿Cómo hubiera sido posible que después de tantas habladurías y de chismes feroces, viniera á presentarse aquí en medio de tantos que le han sacado el cuero?”

Pepita lloraba en silencio, las lágrimas caían y caían quietas, deshaciéndose en una pena callada, mientras sus ilusiones se iban y se alejaban entre las brumas de la tarde. Ambas sintieron el contraste de las situaciones respectivas; algo de envidia debió brotar en el alma buena de Pepita, en tanto que Elisa la consolaba mansamente, pues tenemos bastante fuerza de voluntad para soportar los males ajenos.

La corneta del “Mail-coach” resonaba lejana, llamando á los atrasados; Había llegado la hora de partir. Los invitados se agrupaban en la Plazoleta, charlando ani-

madamente en varios grupos, mientras dos pequeñas sombras se deslizaban debajo del carruaje que había de manejar Rosales: era Meche y Caco que habían hecho la más completa diablura de la temporada. Los amigos de la casa, que les saludaban cariñosamente, para captarse su simpatía, les miraban con inmenso terror, acostumbrados á las jugarretas más pesadas. En balde les castigaba miseá Encarnación ó les daba pellizcos miseá Magdalena; de fijo que habían de salir con alguna de las suyas.

Subieron apresuradamente á los carruajes, pues ya la tarde caía, y un soplo helado de cierzo calaba los huesos á esas alturas. La vuelta era animada, las parejas se buscaban para irse juntas, rota un tanto la estrictez de la vigilancia materna. Los gritos razgaban el aire, confusión de madres que preguntaban por sus hijas, de amigos que organizaban las últimas diversiones para el camino. Pastor Jimenez había descubierto, en las inmediaciones una cantora que debía acompañarles en la carretela para cantarles canciones populares en el camino. Nadie cantaba "El hallullero" como ella. Izáronla en medio del grupo de niñas y jóvenes, junto con su guitarra que comenzaba á afinar, punteando las cuerdas. El cuadro era animado: chasquidos de fustas, relinchos de caballos, gritos de gente que se llamaba ó que tomaba colocación en los carruajes, confusión de trajes y de colores, de sombreros y de sombrillas, de cocheros y de jóvenes. Y luego partieron á todo trote, unos en pos de otros, los varios carruajes. Le había tocado su turno al de Rosales; habíase puesto la manta sobre las rodillas, tenía las cuatro riendas en mano, el cigarro puro encendido, y el sombrero echado atrás; parecía cochero sacado de un bajo relieve, el tipo del automédonte. Levantó la huasca y azotó vigorosamente la pareja delantera, los caballos hicieron esfuerzos y partieron con todo vigor.

Sólo que, de súbito, se cortaron los tiros y los animales salieron disparados, arrojando á Rosales sobre el

hierro del pescante, mientras el cigarro volaba por los aires—sino es por el cochero que le sujeta del chaquet, el apuesto joven habría saltado lejos, haciendo verdadera prueba de trapecio. Los caballos, entretanto, corrían tranquilamente por la carretera, mientras unos mozos le perseguían para sujetarlos. En los coches vecinos todos reían á mandíbula batiente de la desgracia del insigne *sportman*.

Rosales estaba furioso, echaba chispas y casi se creía deshonorado. En vano trataba de dar explicaciones, más se reía la gente:

—“La verdad es que yo no puedo comprender cómo ha pasado esto, pues yo mismo revisé los tiros no hace mucho rato, y se han cortado de una manera inverosímil. Es cosa que jamás pasa en país alguno civilizado, son cosas que solamente se ven en Chile, señor.”

Entre tanto los chiquillos, Meche y Caco, reían á mandíbula batiente, y tan grandes fueron las carcajadas que llegaron á despertar las sospechas de su hermana.

—“Apuesto á que habrá sido alguna barrabasada de estos endiablados chiquillos; en balde le dije á Pepita que no los convidara, acabarían por alguna picardía—mucho me temo que esto sea cosa de ellos.”

—“Así no más debe ser.”

Poco después, cuando volvieron los caballos, con los cáñamos cortados en la punta de los arneses, ya todos comprendieron el negocio: los chicos los habían puesto.

La ira de Rosales no tenía límites.

—“Esta es diablura de Caco—en donde lo pille, voy á sacarle las orejas á tirones.”

Ya se oían lejanos los rumores de cascabeles del break, cuando los del *Mail* se pusieron en camino. El cielo se teñía de naranja, en el ocaso, mientras el sol se ocultaba tras la Cordillera de la Costa, de tinte azul marino. Luego se vieron fajas violáceas y transparencias de sombra. La cordillera de los Andes se teñía de suave rosa, y las nieves se desmayaban y fundían en gradaciones exquisitas de verde nilo, de ágata y de amaranto,

que parecían casi fantásticas. A lo lejos parecía como que las varias cadenas de los contrafuertes andinos se recortaran unas sobre otras en diversas gamas de azul, más tenue ó más hondo según la distancia, hasta parecer, por momentos, como si fueran sombras de velos arrojados al azar del capricho, en recortes extraños.

—“Javier, me parece que no nos olvidaremos de este paseo.”

—“Y yo que vine lleno de temor: ¿de qué? no sabía, pero sin duda era de algo que se relacionaba contigo.”

—“Chit—habla más bajo que pueden oír este tuteo y les llamaría mucho la atención.”

Encontraban deliciosa la niñería de llamarse de tú; todo les parecía nuevo, sus almas estaban radiantes, y sin embargo la melancolía de la tarde les sobrecogía sin que se dieran cuenta, imprimiéndoles sello de gravedad. De súbito se sintieron tristes, como con presentimientos de cosas desconocidas; era la ley de reacción de la inmensa felicidad que casi no cabía en sus almas al revelarse mutuamente—sentíanse tan felices que hasta un leve soplo de luz moribunda les daba tristeza.

CAPITULO X

Se despedían en la esquina de Santo Domingo:

—“¿Adónde vas tan apurado?”

—“A la Lechería Modelo.”

—“Sabes que me da muchísima risa el nombre que le pusiste á tu negocio?”

—“Ríete, no más; en cambio estoy ganando mis buenos pesos fuertes, y la cosa no ha resultado tan mala como creían. Negocio de Javier Aldana, por fuerza tiene que ser algún solemne disparate, se decían; y sin embargo, marcha bastante bien, y pienso en agrandarme un poco á medida que vaya la ganancia en aumento.”

—“Espérate, que pronto te llavaré mi capital que no será corto, y vas á ver cómo al poco tiempo nos casamos,” dijo Elisa sonriendo.

—¿Qué capital es ese que yo no te conocía?”

—“Es que me voy á sacar el premio de la gran rifa de Beneficencia, de la casa legada por doña Mercedes Murueta para los niños pobres. El año último se organizó una gran lotería, con permiso especial del Congreso, y hoy, presisamente debe tirarse. Tengo un número y estoy segura de que voy á sacarme el premio.

—“¿De veras tienes número?” preguntó Javier sonriendo.

—“La pura verdad; fué un número que me encontré botado en la calle y que guardo cuidadosamente en una cajita en compañía de unas reliquias milagrosas de fray Andrésito. Por eso me voy á sacar el premio; una casa bastante buena que valdrá lo menos cien mil pesos. Lo primero que haré será regalarte cartera—vas á ver—con monograma renacimiento. . .”

—“¡Ah! cuánto me alegro que no sea de estilo Luis XV que me tiene loco. Pero qué positiva te has puesto!...”
niña! . . .”

—“Desde que pienso en casarme contigo, hago presupuesto hasta con los alquileres de las casas y con los sueldos de los sirvientes; casi, casi me dan ganas de hacer lo de una amiga mía que. . .”

—“Antes de casarse mandó hacer la cuna ¡Qué barbaridad!”

—“Tonto. . .? Vienes esta noche á casa?”

—“Por supuesto, cómo había de faltar—y me tocarás un poco de música, en la salita de ustedes, para estar léjos de la tía Micaela y de sus perros y loros. En cuanto á miseá Juliana, esa no le hace mal á nadie con sus rezos, pláticas, sermones y procesiones. No se puede negar que es una familia bien curiosa la de ustedes.”

En ese instante Javier, que tenía buena vista, divisó á don Santos por la Calle de Santo Domingo; venía lentamente, envuelto en su capa española de vueltas rojas de terciopelo, el sombrero de copa echado atrás, el rostro macilento, hundidas las mejillas, saliente la barba fina y la nariz de águila recubierta de piel amarilla y apergaminada; los ojuelos brillantes.

—“Ahí viene tu papá, talvez se dirige á misa”.

—“No, la oyó muy de madrugada, según él acostumbra; le gusta levantarse con las gallinas, para marcharse luego á sus devociones. Si vieras el fervor con que reza; el pobre papasito es santo, no sólo de nombre—no le hace mal á nadie, y dentro de sus recursos modestos practica la caridad en forma que sorprende; visita y ayuda á familias pobres. Ahora se vá á los Tri-

bunales, para llegar á la hora fijada por la ley; es verdadero reloj. Me voy; acaso le parecería mal vernos conversando solos en la calle. Es estricto como hombre de otro tiempo, del tiempo viejo.”

Despidiéronse con miradas cariñosas, mientras Javier retenía entre sus manos la de Elisa y la veía alejarse, con paso natural, suelto, elegante, dándole deseos de repetir ante ella la oración: “Bendita eres entre todas las mujeres.” Su mirada se deslizaba por aquellas líneas llenas y mórbidas, por aquellas redondeces que rebozaban salud y fuerza, por aquel manantial de vida y de belleza soberana, y cuando vió perderse á lo lejos la silueta amada, echó á andar por la calle de la Nevería, en dirección á Mapocho. Confusos remordimientos le asaltaban; había seducido á la hija de doña Rosenda Aguilar, la patrona de Ortíz. Las cosas siguieron su curso ordinario, desde aquel momento en que el doctor le sorprendiera. Había sido aventura vulgar, de esas que se ven á la vuelta de cada esquina. Muchas veces había tenido otras semejantes, y por otra parte, no creía tener motivos para reprocharse de cosa alguna, ya que cuando entró en la aventura aquella, sus relaciones con Elisa estaban enteramente rotas. Con los últimos acontecimientos el curso de la vida había cambiado para él. Todo bien mirado no habría tenido remordimiento alguno en continuar en aquellas historias agradables—su conciencia era elástica en materia de amores—pero quería de veras á Elisa y abrigaba temor horrible de que la cosa pudiera llegar á sus oídos y le despidieran. La amaba, y sin embargo acaso no tendría escrúpulos en serle infiel—extraña contradicción de conciencia, fruto de luchas ocultas entre su temperamento y su corazón, realizadas en esas profundidades interiores de las cuales nosotros mismos no nos damos cuenta. Pero al ver pasar un tranvía de la línea Recoleta, sintió vuelco en su corazón y aprensión súbita y terrible de ser descubierto. Entónces tomó la resolución heroica de poner término á la historia con Lucinda, pobre mucha-

cha que cruzaba anónima por su vida como cruzan tantas mujeres por la de tantos hombres, sin dejar en ellos más rastros que las huellas de pasos por la ribera del mar. Don Santos andaba lentamente, á causa del asma que le hacía padecer, acompasado el paso, el cuerpo levemente encorvado; la mano sarmentosa apoyada en el bastón de barba de ballena, con el cual daba golpes regulares. Al pasar saludó á su hija con sonrisa bondadosa:

—“¿Vienes de misa? bueno—bueno—las prácticas religiosas mantienen la disciplina moral, y la frecuentación de los sacramentos fortifica nuestras debilidades.— Si vieras cómo me han servido de alivio en las terribles crujidas que he tenido que atravesar más de una vez. La resignación, la fuerza del alma, viene de mucho meditar y de sumirse en el seno de Dios, una y otra vez, hasta encontrar alivio. Lo primero que el hombre debe hacer es reconciliarse con Dios y restituirse en su amistad. Hecho esto, lo demás es fácilmente llevadero. La vida religiosa, la vida interior es la única sólida y duradera, la única vida en la verdad; lo demás es pura fantasía, cosa de vanidad y de oropel. De los deleites y de las alegrías efímeras que brillaron un momento como fuegos de paja, ¿qué nos queda? A veces el recuerdo, á veces ni eso—á veces tan sólo una congoja, un dejo amargo. Por eso los grandes escritores antiguos, los que sólo buscaban las felicidades paganas, nos hablan de horrible sabor, de la hez, que nos queda en las felicidades de la vida, en el amor, en el goce. Pero ¿cómo podrías entenderme tú, que eres feliz, que te sientes amada, que esperas felicidad soñada y ya próxima, la satisfacción de tantos anhelos? La verdad, en la vida, sólo se conoce después de graves dolores, con la enseñanza de las penas—se purifica en el fuego. Anda, hija, yo sólo después de la muerte de tu hermano Julian, de la ruina y de la pobreza, y de la desgracia de Juan he comprendido que sólo en la vida interior está el descanso...”

Y luego, con sentimiento abnegado del padre, como temiendo que pudieran llegar para ella días de prueba:

—“Anda, hija, anda y que vivas tranquila, y que nuestro Señor te libre del dolor y del mal, y que Dios te bendiga en tu alma de paloma.”

Elisa siguió su camino. Iba feliz; ahora estaba firmemente convencida de que Javier andaba por el buen camino. Ahora ya trabajaba, se ocupaba con seriedad en la famosa “Lechería Modelo”, en la cual ganaba lo bastante para pensar en mayores desarrollos—bien podía ser negocio. Había dejado completamente el juego, y ya no se asomaba por la sala de tapete verde. Tal transformación era debida al amor, semejante cambio era obra de cariño sincero, de firme deseo de acercarse á ella. Y ella, á su turno, comenzaba á confiar en el porvenir. ¿Por qué atormentarse con cosas que acaso jamás sucedan? ¿por qué abrigar temores de que Javier vuelva á las andadas? La fe, intensa fe en la vida, esperanza inmensa, nacida en su alma como las perlas en los mares, la invadía toda con delicioso y sutil optimismo. Los sacrificios que había hecho Javier por su hermano, el darle todo el dinero—que después le fué devuelto por su padre, lo que tenía para su negocio, y hasta los últimos restos de su fortuna ¿qué probaban sino amor generoso, discreto y abnegado, capaz de todo sacrificio por ella? si no la hubiera querido como la quería ¿habría llegado hasta esos extremos? Y recordaba que precisamente en aquellos días era cuando ella había despedido al pobre muchacho, y le acababa de señalar la puerta con palabras que juzgaba irrevocables. Semejantes recuerdos le llevaban las lágrimas á los ojos—se sentía poseída de inmensa ternura—de ternura que secretamente le había llenado la vida entera sin que jamás hallara medio de dar salida á los sentimientos delicados que moraban en ella, ignorados hasta de ella misma. Sentíase amada y con esto redoblaba su necesidad de amar.

Con paso ligero atravesó el zaguán y penetró á la sa-

lita que en ese instante ventilaban. Un canario canturreaba en los corredores; una diuca le respondía en el jardín, corriendo á saltitos á comerse los granos de alpiste que habían caído de la jaula. Oíase el ruido de escoba de la Demofila que barría los corredores. Uno de los loros de la tía Micaela, todo pintado de amarillo y rojo, dentro de su jaula de hojalata colgada de una percha, pedía "Claveles y albacas para las niñas retacas." Y cuando le preguntaban:—"Lorito ¿eres casado?"—Contestaba: "Soy soltero y enamorado..."

Don Santos proseguía su camino, por la vieja calle que le era familiar, hasta en sus menores recodos; estaba acostumbrado á los colores de las diversas casas, á la forma anticuada de la una, en la esquina, con alero saliente y balcón corrido, á la antigua, como ya quedan pocas en la ciudad de Pedro Valdivia. No le disgustaba la arquitectura rara de la otra, de ancho portón y de segundo piso bajo y sin arte; la de más allá, con naranjos en el patio, al estilo andaluz y las frutas doradas entre las hojas verdes, llenábale de contento. A lo lejos, por la antigua calle del Puente, cruzaba un tranvía. En la Plazuela de Santo Domingo charlaban unas viejas en sus puestos de flores, que se ofrecían olorosas á los transeuntes. Trabajadores dormían al sol su ebriedad callada, "la mona", tendidos en el suelo como los *lazzaroni* de Nápoles, mientras mujeres de manto aguardaban la llegada de los carros de Recoleta. Don Santos miró de manera distraída el templo que nunca veía sin sentimiento de culta veneración; no despertaron su atención como otras veces, las piedras doradas y patinadas por el tiempo, los sillares macizos, los santos de piedra embutidos en los muros, en sus nichos que guardan carácter de Edad Media todavía, ni los que coronan el imponente edificio, ni sus altas torres, ni los otros santos que miran de lo alto, ni el estilo plateresco de sus puertas y de sus cornisas, ni sus anchas mamparas obscuras como grandes sombras proyectadas sobre el muro.

Don Santos iba tan preocupado, que en vez de penetrar á la iglesia como solía, antes de irse al tribunal, se limitó á llevarse la mano al sombrero cuando pasaba por la puerta. Había bastado una palabra, ligera conversación al pasar, con su hija, para levantar en su alma un mundo de preocupaciones. De ordinario vivía para adentro más que para la vida exterior; los acontecimientos, no tenían para él tanta importancia como las ideas que por su espíritu cruzaban, ni la vida tanta realidad como su imaginación. Habían bastado vagas reflexiones para resucitar, á sus ojos, el pasado, miserias, la ruina que le había perseguido, acosándolo en su vanidad social que sangraba todavía con el menosprecio de unos y con la posición perdida. Luego, el reciente golpe recibido, le había causado herida que sangraba aún. Había perdonado á Juan su grave falta. ¿Qué padre no perdona al fin y al cabo? Sobre todo al verle padecer como había padecido, pero eso no obstante, creía que sería nuevo motivo de menosprecio, que le empujaba y le abrumaba á los ojos de los demás. No había sabido educar á su hijo; era un hombre sin carácter y sin energía; dejaba decaer su raza—siempre el fantasma de la familia y de la raza, surgido de mundo ya viejo, para perseguirle y acosarle en todo momento, como si la línea de sus antepasados fuera línea de príncipes ó de poderosos magnates, cuya golilla hubiera de mantenerse almidonada con el orgullo de los nietos.

Parecíale que todo el mundo se daba cuenta cabal de la gravísima falta, del delito cometido por su hijo, y que la tal mancha recaía sobre su hija, á quien mirarían en menos los jóvenes, dejándola para vestir santos—pues aún no se acostumbraba á creer que pudiera casarse con Javier Aldana, de tal manera le hería la sola idea de semejante matrimonio. Ahora le toleraba en su casa, nada más, pero no podía concebir que aquello llegara á formalizarse. El delito de Juan—un desfalco, y cometido por el hijo de hombre que todo en su vida lo había sacrificado á la honradez, establecién-

dola sobre altar la cual sacrificaba hasta el reposo de sus últimos días, consagrándose á tareas ingratas y á trabajo duro; ese delito le perseguía. Ahora su vida se hallaba como imantada por la idea de esta falta de su hijo, cuyo peso recaía sobre la familia toda. Afán de sacrificio, ideas de redención, le sobrecogían; deseo de que mediante padecimientos propios él pudiera rescatar las faltas ajenas, y sintió, en lo hondo de su ser, la verdad profunda, la necesidad del símbolo redentor. Y luego, los sentimientos naturales al padre le acosaban, preocupándole la suerte del hijo. Había pagado la deuda de Juan, devolviéndole su dinero á Aldana—y esto le obligaba á cambiar de actitud para con el joven á quien antes no mirara muy bien. ¿Cómo señalar la puerta á hombre que acababa de prestar á su hijo servicios de tanta importancia? Habíase producido naturalmente nueva situación, á la cual Elisa no había permanecido extraña, y parecía ahora posible el matrimonio que don Santos consideraba como la mayor de las calamidades pero ¿qué hacer? ¿cómo impedirlo? los acontecimientos de la vida se eslabonan como anillos de una misma cadena, y la falta de Juan refluía ahora sobre el porvenir de Elisa que su padre veía obscuro. Estaba convencido de que indudablemente, por más que le quisiera—si le quería de veras y no era aquello miraje engañoso de juventud—de todos modos, Elisa sería desgraciada con Javier Aldana. El carácter no cambia y tiene razón el refrán que dice: “Moro viejo no puede ser buen cristiano”. Pero ella le miraba con ojos que decían bien claro á los de un padre que su alma ya no le pertenecía. Su hija se le iba, se le iba para siempre; puesta y obligada á optar entre su padre y el recién llegado. ¿Vacilaría por acaso? Es ley de renovación imperiosa de la existencia la que relega los padres lejos cuando se presenta el hombre que habla por primera vez al corazón. Además la educación nueva, coloca á los padres en situación bien diversa. Mi madre, pensaba entre sí, don Santos se casó sin querer á mi padre, sólo porque se lo orde-

naron, y lo hizo sin replicar, en virtud de un principio de obediencia casi monástica que nuestros padres cumplían sin discutir, porque el padre de la Colonia era como el de Roma dueño y señor de vidas y haciendas, en tanto que la educación nueva suprime del todo, en las ocasiones graves, la autoridad de los padres, dejando el porvenir de los hijos en manos del acaso. Tal vez hubiera podido él, por encima de todo, y salvando obstáculos, adueñarse de la voluntad de su hija, que era dócil, pero la culpa de Juan la había entregado maniatada, y como era natural se había dejado llevar de las inclinaciones que naturalmente la arrastraban y que don Santos se hallaba en la imposibilidad de combatir. Todo eso era fruto de una sola falta, y de falta ajena, de tal manera el quebrantamiento de la ley moral refluye por manera inesperada, no sólo sobre la propia vida, sino sobre la vida de los que nos rodean. Todo eso lo sobrecojía, sintiendo, de repente, como llamas abrasadoras de odio en contra de su hijo, surgidas á manera de ráfagas que tan pronto aparecían como se disipaban en corazón bondadoso é inclinado por instinto al perdón. La falta de ese hijo le perseguía, produciéndose de aquí extraño fenómeno moral, la aspiración al sacrificio, propio y ajeno, que apareció á intervalos regulares como *leit-motiv* de su vida. Había que rescatar ese crimen, había que sufrir por la culpa ajena... ¿En qué forma? él no lo sabía de manera precisa, pero lo presentía por la extraña intuición de iluminado que tantas veces, en su vida, le había conducido á la verdad por caminos ignorados de todos y de él mismo, pero que le mostraban el fondo de las cosas y que le hacían presentir los acontecimientos.

Don Santos proseguía su camino por la calle de Santo Domingo, erguido el cuerpo ahora, por súbita actitud que correspondía á una como sublevación íntima de todo su ser; brillaban sus ojos negros en el rostro apergaminado, bajo las cejas pobladas y grises, el cabello cano y sedoso echado adelante sobre las sienes, á la antigua, airoso el porte, envuelto el cuerpo en una capa—una de esas

capas que ya no se ven, expulsadas por el gabán moderno. Y la nariz aguileña le daba traza de ave de rapiña, desmentida por lo suave y soñador de la mirada de apóstol. No reparaba en cosa alguna; tan abstraído iba que por poco no le atropella un carruaje del servicio público, al cruzar la calle del Puente. Llevado de su imaginación, veía de antemano las desgracias que habrían de acaecerle á su hija con persona tan poco sujeta á leyes morales como Javier Aldana. Imaginaba que le veía en el teatro, sentado tranquilamente en palco, en compañía de damas de reputación dudosa, y luego, cuando súbitamente se topaban en los pasillos, concluída ya la función, no podía contenerse por más tiempo:—"Caballero, usted es un miserable que engaña á mi hija, y que se muestra en compañías escandalosas aún antes de casarse, ¿qué será después? Todo queda concluído entre mi hija y usted; espero que no vuelva á poner los pies en casa!" Notó que los transeuntes le miraban, y escuchó el sonido de su propia voz, lo que le puso en vereda.

En el Tribunal continuaba involuntariamente su soliloquio mientras las partes alegaban. Algunos de los miembros del Tribunal escuchaban con ojos entornados, pensando acaso en negocios particulares mientras los abogados se agitaban, apoyándose en disposiciones del Código ó citando comentadores. En la sala reinaba atmósfera fría, hielo de cansancio y de indiferencia. Sonó el tintineo de la campanilla del presidente del Tribunal, las partes se retiraron mientras los abogados saludaban á la Corte, á los Ministros reclinados en sillones bajo rojo dosel. La luz penetraba pálida, envolviendo en atmósfera nebulosa los rostros cenicientos y cansados. Don Santos no podía conformarse con sucesos que daba de antemano como ciertos; parecíale que su hija no podía ser feliz casándose con Aldana. Luego le venían remordimientos, acusándose á sí mismo de prejuzgar, dando por sentado que sus predicciones pesimistas hubieran de realizarse. No, no tenía derecho á pensar así, atendida la manera cómo Javier se había conducido con su hijo,

salvándole de la deshonra; era ingratitud de su parte. No tenía derecho de juzgarlo mal, después de lo que había pasado. ¿Por qué no habría de ser feliz Elisa si lo quería? ¿Sería dable ser marido de mujer tan buena, de alma tan noble y además tan hermosa, sin quererla? Su experiencia le indicaba que en la historia de los matrimonios existen siempre causas ocultas de las cuales la gente no acierta á darse cuenta cabal; incompatibilidad de humores, resistencias físicas súbitamente despertadas, desencantos, falta de comprensión mutua, y mil otras cosas que siempre quedan ocultas en el misterio de la alcoba conyugal. Su hija era mujer completa, con ella no cabían sino los caminos fáciles: no era posible conocerla sin adorarla. Seguramente sería feliz.

Concluído el trabajo, el ejercicio físico, unos rayos de sol primaveral que calentaban el patio y que le acompañaron por la calle de Bandera, frente al jardín del Congreso; la vista de las palmeras y de las hermosas plantas del jardín reverdecido, le llevaron la calma.

El ir y venir de transeuntes, saludos á los amigos, le distrajeron. Topó con uno, en el camino, que le detuvo cariñosamente:

—“Santos, pero qué bien conservado te veo; si no fuera de tu tiempo, te tomaría casi por niño”.

—“Es verdad, estoy bastante bien, á pesar de las penas y contratiempos que nunca faltan. Como decía Cosme: ahora los chiquillos tienen sesenta años”.

Ambos rieron de buena gana, sentíanse felices de vivir, de tomar el sol en aquella deliciosa tarde de primavera que les borraba las canas rejuveneciéndoles. Don Alvaro Portal, su interlocutor, era antiguo y conspicuo personaje político, que se había abierto camino en el Gobierno, cortejando á los Presidentes á la antigua usanza; así había llegado á Ministro en varias combinaciones, siempre sumiso, adivinando los deseos presidenciales. Don Santos experimentaba placer en que le vieran acompañado de personaje de tantas campanillas, en charla familiar—realzándose á sus propios ojos, con eso, después

de lo de su hijo, era casi una partícula de rehabilitación social.

—“Tú siempre gobiernista, Alvaro... Es lástima que apoyes á Gobiernos tan desprestigiados, tú, persona de tan excelente posición que de nada necesitas para figurar; con prestigio, con nombre...”

—“Qué quieres, soy hombre de convicciones y debo seguir al partido”, replicó el otro, muy convencido de lo que decía, sin fijarse en su ironía involuntaria. “Es preciso apoyar al Presidente. Mira, Santos, contra el Gobierno es inútil luchar; lo mejor es seguir la corriente y así uno puede hacer algo bueno siquiera”.

Despidiéronse, y don Santos cruzó por la Plaza de Armas, pasando entre niños que jugaban al pillar y corrían por las avenidas, dando gritos de placer. En los bancos estaban sentados hombres del pueblo, de manta deshilachada y traje roído, los rostros amarillentos, entre pordioseros y vagos; una mujer pobre, arrebozada en su manto, con el canasto de huevos junto á sí, tomaba el sol, descansando beatamente. Las palmeras se estremecían entre manchas de verdura, al soplo de brisa suave. Y los jardineros iban de un lado á otro, con mangueras, arrojando lluvia sutil sobre el verde césped; era como soplo de paz que tranquilizaba los nervios. Don Santos respiró largamente, y sintió cómo se tranquilizaba, y nuevas imágenes, más tranquilas, se ofrecían á su imaginación, evocadas por sugerencias del paisaje. Las anchas galerías de los portales abrían sus arcos armoniosamente; el edificio de la Municipalidad, de color de rosa, elegante en sus líneas, le produjo sensación de agrado. Se confesó que todos estos edificios nuevos, que sustitúan á las vejeces de antaño, eran más bonitos—pero dejó escaparse involuntariamente un suspiro por el tiempo viejo, el tiempo ya ido y que nunca más volvería. Mucho le placía, en compañía de viejos de su tiempo, la evocación del pasado ya muerto.

Así llegó á casa. Elisa, en el corredor del segundo patio, mudaba el agua de los canarios, que canturreaban

saltando en su jaulas—parecía como que quisieran acompañar la melodía de Denza, cantada por la joven, con voz cristalina, que tenía eco romántico—una de aquellas melodías de salón que dejan meditabundos á los muchachos que buscan amores y sueñan con formar nido.

—“Te veo contenta; bueno, bueno. La alegría es tan necesaria para la vida como el pan; es la expresión de alma sana que ignora todavía las contrariedades del mundo, las acechanzas que por todas partes nos cercan, las tembladeras que pisamos sin saber. Me figuro que la alegría forma parte de la virtud—ríete, no más hija mía, que las horas tristes llegarán demasiado pronto.”

—“Pero qué filosofías se aprenden en los Tribunales, papá; yo creía que sólo se iba á dormir á las audiencias, mientras los abogados alegaban...”

—“Habrás de ser siempre burlona, muchacha... Pero aprovecho la ocasión, como que la pintan calva, para hacerte una pregunta”.

Y poniendo cara seria, agregó don Santos:

“¿Es verdad que te gusta ese muchacho... ese Javier Aldana? Contéstame con franqueza”.

—“Sí, papá.”

—“¿Es seria la cosa?”

—“No puede serlo más; lo quiero y estoy comprometida á casarme con él”.

Don Santos frunció el ceño; para él la palabra era sagrada, inviolable, una vez comprometida. Sentía tristeza profunda de ver ya decidido el porvenir de su hija, mas no se le ocurrió la idea de decirle que faltara á compromiso formal. Y, luego, en tono de tierno reproche:

—“¿Por qué no me consultastes antes de dar ese paso tan grave, hija?”

—“Porque el corazón no se manda, papá; y ya estaba resuelta á darle mi palabra desde que ya le había entregado mi cariño...”

“Una no puede saber cuándo se compromete; la hora llega y nos sorprende sin que nos demos cuenta cabal

de cómo han pasado las cosas. Hay instantes decisivos en la vida de la niña, el momento en que se entrega el corazón—y ese es el más grave y jamás depende de nosotros. ¿Cuál fué la palabra? ¿Cuál fué la mirada? ¿Qué se dijo? ¿Qué se cayó? ¿Cómo vino á cogernos la emoción, de repente? Nunca lo sabemos, esa es la verdad; pero ya estamos cogidas en red misteriosa. Le confieso que al principio desconfiaba de Javier y me porté bastante dura con él; pero llegó instante en que ya no dudé ni de su sinceridad ni de su cariño, y de repente, sin darme cuenta cabal de cómo pasaba, sentí en él fe profunda, le ví de alma noble y extremadamente generosa, llevada hasta el sacrificio por Juan... acaso también por mí. Pero aún no creía quererlo. ¿Sabe usted cuándo supe que le amaba? Una vez que Hernando le atacó con injusticia y con crueldad, delante de mí. Por el odio, por la repulsión, por la cólera que sentí contra Hernando en ese momento, pude medir todo el cariño que sentía por Javier...”

—“Es verdad, nada subleva tanto como la injusticia”.

—“Y cuando sentí que le quería, ya no fué posible negárselo, porque no puedo vivir fuera de la verdad, en el engaño de las convenciones sociales, en el disimulo que las conveniencias aconsejan. Y así pasó todo, sencillamente, sin que yo me diera cuenta de lo que sucedía...”

—“Antes los hijos nunca daban pasos tan graves sin que sus padres lo supieran de antemano, sin contar con su beneplácito”.

—“Es cierto, pero eso era antes; ahora, en la vida moderna, cada mujer es dueña de su corazón, y sus sentimientos se respetan”.

Don Santos la miró largamente, sin decir palabra. Conociendo el carácter firme de Elisa, tenía el hábito de dar por sentado que jamás podría hacer cosa que no fuera irreprochable, pues conocía la rectitud de su alma. Sabía que la voluntad era lo más acentuado en su perso-

nalidad moral. La miró nuevamente, meditó, reconcentrado en sí, y se vió desarmado, pues no podía combatir al hombre que había salvado de la deshonra el nombre de Orbegoso, dando pruebas de innegable nobleza de espíritu.—La falta de su hijo le daba por vencido sin combate. Hombre como don Santos no podía pagar beneficios con desaires, acto grande con golpe,—y suspiró.

Elisa, callando, adivinaba.

Ambos caminaron bajo el emparrado que corría hasta el fondo de la casa. Iban á paso lento, sin mirar la verdura que por todas partes, les cercaba. Acercábanse á los grandes nogales y á las coposas higueras que por las bardas del fondo extendían sus ramas sobre el predio vecino. La primavera hinchaba los brotes, producía explosiones de hojas y de sabia esflorecencia de malezas, allá en el fondo, en la parte más inculta, en tanto que las alcachofas se levantaban florecientes entre guindos y ciruelos, perales y damascos alineados en filas separadas por zanjas, á uno y otro costado del parrón ya cubierto de hojas como bendición de Dios. Las líneas oscuras de algunos árboles atrasados, que tan sólo ahora comenzaban á brotar, aparecían entre innumerables hojas de parras y de arbustos, verdes todas, de varios tonos, intensos y brillantes, y de formas varias, desde la alargada y brillante de los nísperos, con reflejos de cera, hasta la finísima y pequeña de los jacarandás que producen flores violetas. Oíase, en el silencio, el caer lento, gota á gota, del agua de la destiladera de piedra á la vieja y ancha olla de greda de Talagante. Resonó aleteo de ave de corral seguido de grito, y de graznido de pavos; ladró furiosamente el perro amarrado en el fondo del corral, unos caballos hicieron resonar los cascos en la caballeriza, y volvió la paz á la tarde que caía, mientras de la casa vecina llegó el canto de niñitas de la vecindad que entonaban ronda infantil, con melopea dulce y triste á un mismo tiempo:

“... Y aserrín”

“aserrán,”

“los loritos”
 “de San Juan”
 “piden queso”
 “piden pan”
 “los de Roque”
 “Alfandoque”
 “los de Rique”
 “Alfeñique”
 “los de Trique”
 “Triquitrán”.
 “Triqui, triqui, triquitrí, triquitrán...”

Las vocecillas infantiles resonaban acompasadas, en coro delicioso, lleno de melancolías para el que ya comienza á vislumbrar el ocaso de la existencia, fundiéndose en las luces del crepúsculo. La vista de don Santos se perdía en los tonos anaranjados y violáceos del poniente, mientras la cordillera, en el fondo, como inmenso marco, se teñía de rosa, de rosa virginal y nevado.

Elisa quiso hacer las paces, cogió el brazo de su padre, y la dulce presión del brazo querido, el ritmo de su andar y de su cuerpo, todo lozanía y juventud, evocaron en el alma del anciano los tiempos en que era niña, de vestido corto, de largo pelo ondeado y rubio, y se hacía perdonar sus pecadillos con sonrisas y con besos. Emoción involuntaria le agitó dulcemente. Las campanas de la Merced daban lentamente el toque de oraciones, con campanadas vibrantes que hacían surgir en el alma la tristeza infinita del tiempo viejo, de las horas idas, de sentimientos marchitos, de fugitivos amores que se creyeron eternos, de melancolías duraderas, de recuerdos imborrables. Las campanadas se hundían en la sombra.

—“Señorita, ya es la hora del mes de María”, murmuró con voz ronca la Demofila, vieja sirvienta que los había criado á todos desde niños. “No se vaya á atrasar su mercé... mire que ya es l’hora”.

Apuraron el paso. En el fondo del saloncito de doña Encarnación, generalmente utilizado como pieza de costura, se alzaba el altar de la Virgen de Lourdes con ves-

tidura blanca de cintas azules—y surgía entre nimbo de luces encendidas en los antiguos candelabros de familia, con aspecto señorial y noble, —entre innumerables flores colocadas en jarrones y vasos de tamaños diversos. Se había traído, desde los jarrones de Sevres de la sala, hasta los floreros modernos del dormitorio de Elisa. La servidumbre se había agrupado en el espacioso corredor, detrás de las señoras; doña Magdalena, doña Encarnación, miseá Juliana y la Micaela, don Evaristo Sanders, los niños Meche y Caco. Don Santos se arrodilló detrás de todos, embebido en la contemplación de la Virgen, á quien tenía que pedirle tanto, con fe ardorosa de iluminado y de apóstol. Tenía que rogar ante todo por la felicidad de Elisa. Luego, entre perfume de flores y reflejo de luces confundidas en la del crepúsculo que se desmayaba, brotó el coro del Ave María. La voz de la joven llevaba el rezo, en suave melopea que parecía canto y tenía la armonía encantadora de suspiro místico, mientras el coro, grave y profundo—en el cual se mezclaban las voces de todos,—clara en doña Magdalena, ronca en la Demofila—formaba una gran voz de coro antiguo que hacía surgir el pensamiento ingenuo de los primeros cristianos, llenos de fe, de las rancias familias coloniales, de cristianos viejos y de “Encomenderos de añejos pergaminos:

“Santa María, madre de Dios, ruega señora por nosotros los pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte... amén.”

La luz del crepúsculo acababa de morir, en tanto que por el fondo, cruzando al través de las hojas de un gran nispero, comenzaba á filtrarse la luna por los anchos ventanales del vestíbulo con la vibración dolorosa y enfermiza de la música de Chopin.

En el fondo de claridad de lirios que llenaban los vasos y de luces que iluminaban el altar se destacaba la figura de Elisa, con líneas plenas y flexibles de cuerpo, el óvalo suave del rostro, y ojos aterciopelados que se fundían, elevados al cielo, en un ensueño místico.

CAPITULO XI

La comida transcurrió tranquila. La vieja sirvienta llevaba los platos, en silencio, con el modo respetuoso y familiar á un mismo tiempo de los antiguos servidores de casas chilenas, que conservan algo en la actitud de antiguos esclavos de siglos pasados, sin más familia ni otros cariños que sus antiguos amos, que continúan á sus ojos, como raza privilegiada de señores de horca y cuchillo—seres superiores que moran muy alto, en regiones casi inaccesibles. A juzgar por las miradas que de cuando en cuando dirigía á Elisa, estaba al tanto de lo que ocurría. En la cocina, ya hablaba la servidumbre del futuro matrimonio de la señorita: sabíase que había dado calabazas á su tío Hernando y que el preferido era Javier Aldana.—Todos miraban mal la cosa, principalmente porque el novio carecía de fortuna—ellos no acertaban á comprender que fuera posible semejante matrimonio—“el novio no estaba á la altura de la niña”. Demofila, como llavera, les había hecho callar; no podía consentir en que se repitieran semejantes disparates, “eso era de todo punto imposible”. Ahora dirigía á su “Niña” unas miradas investigadoras, como tratando de penetrar en su interior, de tal manera, en la vida de familia patriarcal chilena los servidores se identifican con los amos.

—“¿Cómo estaban las cementeras, Evaristo? interrogó don Santos.

—“No andaban mal... el trigo está del alto de un hombre y parece que vá macollando bien... solamente el precio del ganado tan bajo... hasta que no prohiban la importación de animales de la Argentina la cosa no tiene remedio”.

—“Ustedes los agricultores siempre están descontentos”.

—“Es que uno todo lo mete en la tierra—por eso el proverbio es tan cierto: “El hacendado vive pobre y muere rico”. Además los peones están caros... habrá que pagarles un sentido para las cosechas”.

Al decir estas palabras brillaban los ojos de don Evaristo, mientras empujaba el codo, echándose al cuerpo el contenido de una copa de vino color de rubí.

Circulaban las fuentes humeando; unos se servían, otros las rechazaban con un gesto, en silencio, con actitudes frías, comedidas, correctas, de gente de buen tono. Como el sirviente de mesa estaba enfermo, la Demofila circulaba con los platos, moviéndose á un lado y á otro, agobiada por el peso de los años y no habituada á este género de servicio.

Miseá Juliana, alzando la cabeza, habló de funciones sagradas que pronto se celebrarían en la parroquia; empleaba tono de melopea, monótono, tomado del confesor, pues pasaba la mitad de su vida en la iglesia.

—“Hoy estuve con el padre Núñez donde las Solar. No se hablaba de otra cosa que de la rifa. Decían que yo me la sacaría porque soy la más cumplidora de cuantas amigas ahí nos reunimos, pues he comulgado todo el año, domingos y jueves. El padre Núñez afirmaba que nadie sino yo podía llevarse el premio que de no ser así no habría justicia en este mundo.”

—“¿Qué premio es ese?”

—“Es que hoy debe haberse tirado la lotería de la casa legada al “Asilo de Niños” El premio es bastante bueno. Como son tan baratos,—sólo cuesta cinco pesos el

número,—he tomado cinco, y con seguridad me toca, exclamó miseá Juliana. Y el premio es bueno, nada menos que una casa que valdrá...”

—“La conozco, agregó con autoridad don Evaristo, que consideraba su opinión como la última palabra en materias de dinero. La conozco y valdrá cerca de cien mil pesos.”

Miseá Juliana y su hermana Micaela cambiaron miradas de codicia. Eran ricas y sin embargo el dinero les tentaba.

—“¿Y qué harías con ese dinero? Preguntó doña Encarnación. Tú tienes lo que necesitas.”

—“Me compraría sepultura, mandaría hacer mausoleo de estilo árabe como el de Alonso.”

—“¡Jesús! exclamó miseá Juliana con espanto, si es sepulcro moro... á no ser que quieras enterrarte con “Julio Cesar”, ó con el papagallo; una cristiana sólo cabe bajo la cruz...”

Elisa quiso apaciguar la tempestad naciente, para lo cual intervino:—“Pero no se apuren tanto con el dinero, pues se trata como en el cuento del pájaro vendido y no cazado”.

—“Así no más es, agregó don Evaristo. No hay que disponer de la lotería con tanta anticipación. Esto me recuerda la historia de ese fundo que un huaso de Coquimbo le vendió á un inglés en cien mil pesos, con dos mil huanacos. El otro, de puro barato se animó á comprarlo, era gran fundo de cerros. Al cabo de algún tiempo, el gringo se presentó muy enojado donde el huaso:—Usted... engañarme á mí... no haber ningún ganaco en la fundo.”—Como no, le contesta el otro, si ahí no se vé otra cosa por los cerros; la cuestión es que hay que pillarlos”.

—“Sobre todo cuando quien se habrá de sacar el premio seré yo, agregó Elisa”.

—“¿Que tomaste boleto, tú, que siempre te ríes de las loterías, y que jamás has querido entrar en la de Buenos Aires?”

—“No he tomado boleto, precisamente; pero tengo uno que me encontré en la calle. Al principio quise poner aviso, pero como pensé que el aviso en el diario me costaría más que el boleto, me lo adjudiqué como enviado por la divina Providencia con altos fines, para mi felicidad. Verán como soy yo quien se saca el premio”.

—“¿Por qué causa?”

—“Porque es la primera vez que juego en mi vida; jamás he tocado los naipes ni en broma.”

—“Ojalá pudiera decir lo mismo tu amigo Javier, exclamó doña Encarnación, que jamás perdía ocasión de largar puyas en contra del joven.

Elisa se sonrojó:

—“¿Quién sabe si no se me ocurrirá hacer compañía con ese amigo, replicó; ambos nos haríamos ricos”.

Engañaba con la verdad, lo que pasa en sociedad más frecuentemente de lo que parece, pues en realidad pensaba entregar ese dinero á su amigo para dar importancia á la “Lechería Modelo” que visiblemente prosperaba. ¿De dónde había sacado idea semejante? No lo sabía, pero tenía la convicción de que iba á sacarse el premio; á lo menos, más de una vez había considerado el caso como extremadamente probable. En sus horas muertas se entretenía pensando en lo que haría con el dinero si se sacaba la lotería. Elisa no era codiciosa, lejos de eso. No vaciló en rechazar á Hernando que tenía fortuna, dando preferencia á Aldana que nada tenía, pues la de la tía estaba en tan fatales condiciones como la suya propia. Tampoco era falsa romántica, de esas que rechazarían á un hombre por desigualdad de condición ó de dinero. Era sencillamente muchacha juiciosa, de nobles impulsos, generosa de alma, abnegada, pero de sentido práctico, que vivía en lo real.

—“Pues que destapen champagne por la lotería que le va á tocar á Elisa”, exclamó don Evaristo. Aprovechaba siempre cualquier pretexto para hacer destapar champagne, al cual era aficionado. Brilló el líquido en las copas. Las caras estaban animadas con la broma, y enroje-

cidas al final de la mesa. Caco metía bulla infernal, arrojando pelotillas al rostro de su hermana Meche.

—“Sosiego, cállense de una vez”, exclamó la voz autoritaria de doña Magdalena. La luz de la lámpara, con gran pantalla central, toda blanca, aparecía tamizada y suave sobre aquel cuadro de vida de familia, íntima, sencilla, patriarcal, pero al mismo tiempo señorial y noble, vida de hidalgos que tenían guardados los pergaminos.

Servido el postre, doblaron las servilletas, según antigua costumbre, colocándolas en anillos de plata numerados, y salieron al vestíbulo, en donde se tomaba café. Las tacitas estaban sobre la mesa americana junto á las cajas de cigarros puros abiertas. Elisa lo sirvió con cuidado; á los viejos sólo les gustaba preparado por ella, acaso porque era regalona de la casa entera, talvez porque en realidad supiera prepararlo mejor que nadie. Destapó en seguida los frascos de cristal de roca, de licores, con Kummel y Pisco.

Elisa, encendió las velas del piano Steinway de la salita de su madre, en donde solían pasar la noche en vida íntima. Los niños jugaban en un rincón metiendo bulla, en tanto que su madre los llamaba constantemente al orden. Don Santos fumaba cigarro, comentando los sucesos del día. De algún tiempo á esta parte se hablaba no poco de política, se atacaba la del Gobierno, pues todos en la casa eran opositores.

—“Quién sabe dónde iremos á parar con estas cosas, señor; el Gobierno se nos sube á las barbas como si el país no contara para nada. No hay abuso que no se cometa, y los Intendentes y Gobernadores preparan la elección á sangre y fuego—no habrá más diputados que los que el Gobierno quiera. Y luego llegan en tropel una serie de “siúuticos” y dictan todo género de leyes opresoras de las conciencias, que no nos dejan vivir en paz. Esto ya no es vida, no se puede aguantar. Pero lo que me da más cólera es ver que no faltan Intendentes que vayan á ponerse las “libreas de la Moneda”, en

cuatro pies delante del Presidente, como si fuera fetiche.

Don Santos se paseaba fumando, mientras doña Magdalena sólo pensaba en el ausente, en el pobre Juan que se había dado á trabajar en el campo, en uno de los fundos de don Evaristo. El infeliz debía llevar vida de perro. ¡Ay! señor, los jóvenes se pierden en el campo, pensaba la pobre madre; sálvamelo, señor, y que se corrija”. Le quería más aún desde que había cometido la falta, porque otros lo despreciaban, porque sufría, porque ahora era el abandonado de la familia, y siempre las madres serán iguales mientras el mundo exista. Doña Magdalena recordaba con placer los rápidos encuentros en la iglesia con Pepita—una mirada de inteligencia las unía como secreto lazo, un mismo cariño silencioso. Apenas si se saludaban, pero no necesitaban de palabra para entenderse, unidas en el mismo afecto íntimo y poderoso. Ese encuentro, esa mirada de Pepita, eran para la madre recuerdo grato que volvía complaciente á su memoria. La señora tejía, contaba incesantemente los puntos de unos trajecitos de lana para los niños pobres que tejía por la noche, especie de distracción maquinaal que dejaba su espíritu libre y le permitía pensar en el ausente sin llamar la atención, sin exponerse á preguntas dolorosas.

—“No pienses tanto, Magdalena”, solía decirle por las tardes don Santos, y ella comprendía lo que significaba ese “no pienses tanto”. Bastaba la mera y lejana alusión al ausente para que su corazón de madre sangrara con toda la pena de la vida muerta, del infeliz sacrificado—quién sabe por cuánto tiempo. ¿Volvería; ó se iría á la Argentina como su padre deseaba, en busca de trabajo y de rehabilitación futura? La señora suspiró, rodó el ovillo de lana por el suelo sin que nadie se bajara á cogerlo, y esto le hizo recordar la palabra del ausente en esos casos: “Señora, sus ovillos de lana parece que patinaran, por lo ligero que corren...”

Don Santos paseaba, callado, mientras Elisa tocaba

piano. Sus dedos largos y finos recorrían el teclado con extraordinaria soltura, produciendo acordes rápidos, claros y justos, melodías encantadoras de Grieg, sonatas de Beethoven. La sonata "Passionata" pasaba fundiendo sus notas candentes, verdaderamente apasionadas.

"Sólo ahora comprende bien esa música", decía entre sí el viejo, como observador atento de la vida; "sólo ahora la comprende, y es que debe quererle de veras— el arte sólo vive cuando pasa al través del sentimiento propio". Y luego, acercándose á ella, le dijo al oído: "Me parece que ahora estás comenzando á interpretar esa música, antes no te resultaba".

Elisa enrojció, porque veía, en aquella ligera broma de padre, señal de aceptación de los hechos consumados. Sonó el timbre de la campanilla y penetró Javier. Ahora venía con mayor frecuencia y más de confianza; su situación había cambiado, pero no dejaba de notar, por cierto, las resistencias latentes en las tías, particularmente en doña Encarnación, que había tomado á mal el rechazo de las pretensiones de Hernando, á quien consideraba casi como marido de la sobrina, pues no cabía en su cabeza que pudiera rehusarse partido semejante. Su traje, por sí solo, ya indicaba el cambio de la situación; vestía Javier chaqueta azul marino, de corte irreprochable, de tono severo.

—"¡Qué linda corbata!..." le dijo Elisa al recibirle. Sabía cómo le halagaba con esto y se complacía en pequeñas adulaciones que traían á su boca sonrisa involuntaria de placer.

Los niños dieron gritos de alegría y Caco se colgó del brazo del joven, que saludaba respetuosamente á doña Magdalena:—"Señora, mi padre, que era amigo íntimo del general Blanco y le acompañó á las Tullerías más de una vez, me recomendaba una vieja costumbre que Ud. me permitirá restaurar", dijo, cogiendo la mano de la dama y besándosela:—era una blanca mano de abadesa y de santa, largos los dedos y suaves, terminados finamente.

Don Santos aprobó complacido el gesto y la frase que caían bien con sus maneras de viejo hidalgo.

—“¿Cómo está Ud., amigo, le dijo. ¿Por qué se había perdido de ésta su casa?”

—“Los niños á la cama, que son las nueve”, ordenó doña Magdalena á los suyos, que salieron rezongando, como de ordinario, al dar la hora. “No sean tontos y vengan á despedirse.” Los besó en la frente.

Se respiraba confianza de vida de familia en aquel interior suavemente iluminado por lámpara de parafina, de ancha pantalla crema con encajes negros, colocada sobre mesita de marquetería. El piano abierto mostraba su teclado de marfil luciente, iluminado por las pantallitas de las velas; un cuadro de costumbres holandesas de la escuela de Teniers, traído en la primera mitad del siglo, destacaba su mancha obscura en el marco dorado. Caprichosas figuritas de porcelana de Meitzel y retratos con marcos de plata cubrían las consolas y mesitas de laca, entre jarrones con flores. La mitad de la pieza quedaba en sombra suave. Don Santos iba y venía por un costado, sin tropezar en las mesillas á pesar de la semi-obscuridad que allí reinaba, tan acostumbrado estaba á la atmósfera de la vida de familia.

—“¿Por qué no sigue tocando, Elisa? ¿Acaso la habrá distraído el color de mi corbata?” preguntó Javier con suave ironía. “Nada me agrada á mí como la música.”

—“Es que nada hay comparable á ella”, interrumpió don Santos. En oyendo un poco de piano, me parece que todas las penas del día se van como por encanto. El único remedio para curar la locura del rey David era la música, y Ud. bien sabe que de músicos, de poetas y de locos todos tienen su poco, según decía el refrán”.

—“No hay nada tan contradictorios como los refranes”, observó doña Magdalena. “Ahí tienen Uds. uno que dice: “A enemigo que huya, puente de plata;” en cambio, afirma otro, con igual razón: “A enemigo que

arranca, quebrarle la pata". ¿Cómo podemos entendernos?"

—“Tocando el piano”, expresó Elisa. Y sus dedos ágiles recorrieron el teclado, esbozando una de esas deliciosas fantasías de Cheminade, muy nuevas en aquel tiempo. Era música ligera y sentimental, llena de contrastes imprevistos, de armonías sugestivas.

Don Santos suspiró; á él le agradaban las antiguas melodías, “Linda de Chamounix”, “Los Puritanos”, “La Norma”, todas las piezas que su hija le tocaba siempre, sin necesidad de pedírselas, conociendo sus gustos—era la música suya, la única, la exclusiva. Ahora tocaba para gusto de otro, buscaba lo moderno, los nuevos compases, las armonías en vez de las melodías. Había llegado la hora en que pasaba otro á ocupar el lugar que por tantos años tuvo exclusivamente en el corazón de su hija. “Es la lucha eterna en la cual siempre serán derrotados los padres”, pensó entre sí; “educamos á nuestros hijos, llenamos su corazón de pedazos del nuestro, de nuestra propia vida y llega momento en que el desconocido de la víspera nos lo arrebató”.

Reinaba silencio lleno de cosas graves, mientras las notas surgían con mundo de ensueños. Doña Magdalena recordaba con agradecimiento que ese joven había salvado á su hijo en la hora crítica, y con esto, sentía fundirse las prevenciones todas que abrigara en contra de Aldana. Elisa lo sentía cerca de sí, dentro de sí, le hablaba con sus notas, con el alma de su música, Javier contemplaba enternecido el cuadro del hogar, la dulzura de la vida de familia, que jamás había conocido como hijo de madre que muriera al darle á luz y de padre que lo dejó niño. No veía la vida oculta, las amarguras, las preocupaciones, las pobrezas, los golpes traídos por los hijos, con sus enfermedades y su faltas; veía solamente la paz del hogar, la dulzura de la vida de familia, sintiéndose atraído al nuevo hogar que á su vez formaría con la mujer encantadora que adoraba y que sentía tan cerca de sí, dentro de su alma, en la penumbra. sin mirar-

la siquiera, en las notas que pasaban frágiles y fugitivas.

Una voz resonó ronca en el patio, con entonaciones guturales: “¡La Libertad Electoral” tengo, “con el *gran sorteo de beneficencia, y el número premiado!*”

Sin saber por qué doña Magdalena experimentó la misma sensación de curiosidad punzante de los días de la guerra, cuando se esperaban noticias de batallas.

—“Elisa, anda á recibirla”. No tenía paciencia para tocar la campanilla y mandar sirviente.

La puerta se abrió, la joven habló algunas palabras con el muchacho que llevaba paquetes de diarios bajo el brazo, y volvió con el número fresco aún, oliente á tinta de imprenta, húmedo.

—“No necesitamos verlo”, exclamó Javier en tono de broma. “Estoy seguro de que Elisa es quien se ha sacado el premio gordo—suya es la casa. Saludo á la feliz propietaria y capitalista”.

La joven desdobló el periódico y se acercó á la lámpara que proyectaba su círculo rojizo en torno de la mesa:

—“Aquí está: “Hoy á las cinco de la tarde, en presencia del Intendente de la Provincia, del Presidente de la Junta de Beneficencia y de varios de sus miembros, se tiró la rifa anunciada de “El Asilo de Niños”. Obtuvo premio el número 19,522. Se trató de averiguar el nombre del feliz poseedor, pero por desgracia no lo habían escrito sobre el talonario. Mañana lo comunicaremos á nuestros lectores.”

Elisa palideció levemente y salió de la pieza. Iba en en busca del número suyo. Momentos después regresaba con un papel de color azul que llevaba inscrito el número de orden en la parte superior.

Y muy pálida, intensamente pálida, con el corazón palpitante, lo pasó á su madre:—“Vean, dijo sencillamente.”

Doña Magdalena abrió desmesuradamente los ojos, exclamando con voz levemente agitada:—“Elisa tiene

el número 19,522. *Se ha sacado la lotería; la casa es suya; ¡Vaya con la suerte de esta chiquilla!*"

Don Santos se paró en mitad de su paseo.

Se hallaba estupefacto, de tal manera la cosa le cogía de improviso, pues hasta ese instante sólo había tomado á broma el asunto de la lotería.

Doña Magdalena abrazó estrechamente á su hija, sobrecogida por emoción que no le era dable disimular. Ambas se comprendían, sin necesidad de palabras, unidas por estrechos lazos espirituales, acostumbradas á cambiar impresiones con miradas, con silencios, leyéndose mutuamente cada aspiración, cada repliegue dentro de sí mismas, todas las pequeñas miserias que es menester tragarse en la vida diaria de familia, cuando la necesidad obliga á muchos á vivir en común, como ellos vivían desde tantos años atrás, en la comunión forzosa y tremenda de caracteres desiguales y de situaciones diversas, ocultándolo todo á los ojos del mundo.

Para darse cuenta del choque formidable recibido por Elisa, lo que sacudió su sér como un terremoto, haciendo vibrar sus nervios todos; para comprender la extensión de la sacudida—manifestada por leve temblor de su barba, por la dilatación de sus pupilas, el estremecimiento de las alas de su nariz, la intensa é inesperada palidez—era menester penetrar hondamente en lo interior de aquella vida de familia, en apariencia tranquila, pero que tenía á veces las sacudidas violentas del choque de caracteres, del continuo encontrarse de sentimientos diversos, de pequeñas manías como las de Micaela y Juliana, de tendencias absorbentes como las de doña Encarnación García de Sanders, dueña de gran fortuna, acostumbrada á las adulaciones de la sociedad santiaguina, Presidenta de numerosas sociedades de beneficencia, millonaria varias veces por su marido, propietaria de varios fundos de importancia, que le daban hasta influencias electorales, de las cuales hacía uso en beneficio de los conservadores y de la oposición. Doña Magdalena, junto con las grandes pérdidas de dinero

de su marido, había pasado á una situación secundaria en su propia casa. Don Santos había tenido que entrar en la carrera judicial, con los pobres sueldos que por aquellos años se ganaban duramente y con trabajo de muchas horas, á más de graves responsabilidades. Su mujer se había visto respetada y considerada por sus hermanas; doña Encarnación había llevado su delicadeza hasta tomar por su cuenta á Elisa, á quien encargaba á Europa todos los trajes y sombreros—no se ponía uno que no fuera del gran modisto del día—tenía palco en el Teatro, principalmente para ella, y carruajes admirablemente puestos, espléndida casa en Viña del Mar; daba fiestas y comidas que tenían fama de elegancia y á las cuales asistía lo mejor de lo mejor, “la creme de la creme”. Y sin embargo, ni Magdalena ni Elisa eran felices: es que el roce diario de tantos caracteres diversos, de tan varias ó encontradas tendencias íntimas como allí vivían, sólo podía realizarse de manera permanente mediante sacrificio constante de ideas, de sentimientos, de maneras personales de contemplar la vida, de doblegar los gustos; de modificar constantemente las ideas, atenuándolas ó exaltándolas, y los sentimientos, que era preciso variar en su forma cuando nó en su esencia. En aquella casa, en que todos se querían sin embargo, no existía la franqueza absoluta, la libertad de hacer en todo lo que á cada cual agrada, el parecer que se extiende, el alma que se dilata en súbita expansión en que se da toda entera, manifestándose á sí misma que es libre. ¡Ah! La libertad, la absoluta independencia, habían sido los sueños de misía Magdalena durante largos años—sueños callados que nadie conocía, que constituían la secreta y misteriosa aspiración de su existencia, solamente penetrada por Elisa. Luego, venían pequeños disgustos causados por los sirvientes que transmitían mutuamente chismes á sus patrones respectivos, creyendos halagarles con tales pequeñas miserias; alguna palabra dura pronunciada por las tías solteronas, diabluras y maldades de los niños, fechorías de Meche ó

Caco, ruidos importunos, platos ó vasos quebrados por ellos, una pedrada á un perro, las mil insignificantes perturbaciones, de escasa importancia en apariencia pero que provocan disgustos en la vida diaria de muchos seres que habitan en común. Mucho la querían todos—pero doña Magdalena había sentido, con dolor callado, sin confesarlo, verdadera disminución de su personalidad—eran los ínfimos dolores sin nombre, de la vanidad herida, de las aspiraciones contrariadas, de alfilerazos que rasguñaban apenas la epidermis pero que tomados en conjunto constituyen el fondo mismo, la esencia de la vida. Con mucha razón solía decir á su hija doña Magdalena: “Mira que la vida no se compone de grandes dramas; ya los maridos no matan á sus mujeres cuando tienen celos, como Otelo á Desdémona; ni se consagra la existencia á la venganza, como en el Conde de Monte-Cristo, ni suceden las cosas tremendas de los Libros de Caballerías en que los Caballeros Andantes combatían con los Dragones de Fuego ó con Gigantes y les vencían. Todo pasa de manera normal; los acontecimientos son sencillos y vulgares casi, pero dentro de esa vulgaridad ambiente hay que vivir la vida, compuesta de ese conjunto de pequeñeces y de miserias que la llenan. Es preciso purificarla, elevarla y ennoblecerla, en cuanto cabe, á la medida de nuestras fuerzas. Mas, para eso se necesita independencia...” Al pronunciar estas palabras su rostro resignado caía sobre el tejido que tenía entre manos. Tales cosas veía y escuchaba á diario Elisa; formaban la tela de su vida, tamizada por mimos de las tías, por miradas y actitudes cariñosas que no eran parte á borrar la impresión más duradera de lo que leía en el alma de la madre, en el rudo esfuerzo de trabajo del padre, en el gesto que brota elocuente y sin palabras.

Mas, estos sentimientos antiguos de Elisa se veían injertados ahora con otros nuevos que fluían naturalmente de los sucesos últimos: el amor había llegado á ella, callado, poderoso, dominante, arrasándolo todo co-

mo viento de tempestad. Javier, por quien tuvo siempre secreta simpatía, era dueño de su sér, la había conquistado con su generosidad—pues Elisa era de aquellas mujeres que caen por el alma, que se dejan vencer por palabras, por sentimiento noble, por indefinibles y peculiares actitudes que suelen pasar desapercibidas para el común de los mortales. Obraba en ella, por supuesto, el inconsciente instinto del sexo, el anhelo callado de la especie que actúa sin que nosotros nos demos cuenta cabal de su forma, del momento ó de la causa, pero que actúa en virtud de leyes superiores tan seguras y fijas—aún cuando desconocidas—como las de la gravitación universal. Pero en Elisa predominaba el instinto de alma—si es lícito usar esta expresión contradictoria—impulso reflejo, gesto maquinal que la conmovía profundamente en presencia de actos de ternura ó delicadeza moral—y que la hacía inclinarse naturalmente hacia el bien, como ciertas flores hacia el sol. Javier la hizo suya con una corazonada, entregando á su hermano todo lo que tenía cuando ya nada esperaba de ella—es que también la fibra fraternal era en ella muy fuerte, adoraba al hermano.

Ahora, de repente, este boleto de lotería le procuraba la independenciam—su fortuna sería también de su madre—el bienestar material, aligeraría el peso de la vida para los suyos, permitiría algún descanso á su padre. Además—y esto era lo más importante para ella—con la fortuna que la llegaba de improviso, podría cásarse en breve plazo; Javier tendría base más sólida, punto de apoyo más eficaz para sus esfuerzos. El premio de lotería era la felicidad que se acercaba, era ya el término de las penurias y de los contratiempos. La antipatía de su tía Encarnación hacia Javier era tan visible, que ya no podría esperar su ayuda, ni la protección del tío Sanders. Por otra parte, ella jamás la hubiera aceptado, conociendo como conocía lo que de él pensaban. Su innata naturaleza se hubiera sublevado toda entera á la sola enunciación de semejante propó-

sito, rechazándola si la ofrecieran. El premio inesperado de la lotería solucionaba inesperadamente las dificultades. Por eso, agitada intensamente por la emoción, abrazó nuevamente á su madre, diciéndole con voz entrecortada y ronca:

—“Mamacita, mamacita, la Virgen me ha escuchado, enviándome esta recompensa por el cariño que te tengo y por la fe que abrigo—se lo había pedido tanto, tanto y con tal unción, que no podía negarme esto que ya es el principio de la felicidad, para mí y para éste”, agregó señalando á Javier.

Semejantes palabras hubieran sorprendido y chocado á su madre—señora formulista y de la vieja escuela, sobre todo en vista de que nada oficial existía, pues Javier no había pedido aún la mano de su hija.—En cualquiera otra ocasión se habría indignado, pero ahora, en estos momentos extraordinarios y de excitación nerviosa en que lo inesperado la sobrecogía con tamaña fuerza, no paró mientes, tomándolo como lo más natural del mundo.

—“Hija mía, este es el primer consuelo que tengo después de tantas y tantas penas, de tantos días amargos en que los minutos parecían siglos. Que Dios te bendiga y la Virgen te ampare...”

Don Santos se acercó nerviosamente, agitado más que de ordinario—se había metido las manos en los bolsillos de los pantalones—su gesto habitual en las horas críticas en que se reconcentraba en sí—temblaba ligeramente su barba y le parpadeaba el ojo izquierdo.

—“A ver”, dijo á Elisa, “muéstrame el boleto, no andemos tan de prisa, y como dice el proverbio, despacito por las piedras. Veamos ese boleto, puede que te hayas equivocado y que no sea verdad tanta belleza”.

Pronunciaba estas palabras con tono helado que al contrastar con el ardor de las almas en aquel momento, sorprendió á todos.

—“Aquí lo tienes, papá, ya verás que es el verdadero, el auténtico...”

Don Santos lo cogió entre sus dedos flacos y descarnados que parecían sarmientos de viña retorcidos por los reumatismos; dió vueltas el papel á un lado y á otro: el número era el mismo.

Era el número 19522.

En seguida cogió el diario, y poniéndose las gafas, cotejó. Quería cerciorarse, obedeciendo á la antigua práctica de administración de justicia que le hacía primero verificar la efectividad de los hechos sobre los cuales aplicaría luego las teorías del derecho—era movimiento instintivo, irreflexivo, que ejecutaba maquinalmente. Acaso quiso, también, movido de temor instintivo, evitarse la solución del problema moral que en esos instantes se presentaba á sus ojos con gravedad inesperada y casi trágica. Pero ya no cabía duda: era menester considerarlo cara á cara.

—“Dime, Elisa, mientras tú y otros en la casa hablaban de este asunto de la lotería de beneficencia en favor del Asilo de Niños desvalidos, bien pudiste notar que yo no le daba importancia de ningún género. Pero ahora, en este boleto, está el premio grande, casi una fortuna, y, aún sin casi. Dime, Elisa, ¿cómo lo adquiriste, dónde lo compraste?”

La joven se turbó; la molestaba y la inquietaba semejante actitud inquisidora de su padre; subíale al rostro rubor inesperado, que provenía no sabía de qué causa.

—“Pues la cosa es muy sencilla, papá. Ese boleto lo encontré en la calle, botado, hará cosa de diez meses; lo recogí y lo guardé. Al principio, tuve ganas de anunciarlo en el diario como perdido, para que su dueño lo reclamara...”

—“¡Ojalá lo hubieras hecho!... todo estaría más claro...”

—“Pero se me ocurrió que el aviso iba á costarme casi tan caro como el boleto, que sólo valía cinco pesos. Además, en ese momento no tenía plata...”

Estas palabras enternecieron á don Santos. A su hi-

ja no se le había ocurrido mentir. Por su tono, ya debía comprender que surgían dificultades en el asunto, y sin embargo, no se le había ocurrido borrarlas con una sola palabra que habría bastado evidentemente. Luego, aquel detalle tan sencillo de que “no tenía plata”, confesado sin falso pudor, sencillamente, delante del novio, era sugestivo de su carácter hermoso.

—“Lo siento, lo siento en el alma, hija mía; pero á mí me parece que tú no puedes cobrar ni aceptar ese premio, y que el boleto no te pertenece. ¿Cómo podrías reclamar lo que otro ha pagado con su dinero, que acaso le haya costado sacrificios, alguna privación? Fíjate, además, en el objeto de la rifa: es para el Asilo de Niños. Si nadie lo reclama, ese dinero volverá providencialmente á los desvalidos, á los niños sin amparo, á los abandonados de la vida. á los desprovistos de recursos que no tienen pan, ni abrigo, ni comida, ni fuego en el invierno. Dime: ¿irías tú á disputarles su pan, su esperanza legítima? Y ¿con qué título podrías hacerlo, si el boleto no te pertenece, pues el sólo hecho de habértelo encontrado en la calle no te confiere título de ninguna especie? Pedir el premio, siento mucho decirlo, en semejantes condiciones, no sería honrado. Lo honrado habría sido devolverlo á la Junta de Beneficencia en un sobre cuando te lo encontraste”.

—“¿Y por qué no me lo dijo Ud. entonces, hace diez meses, cuando me lo hallé y lo dije á toda la casa, sin hacer misterios ni tapujos? ¿Por qué no me lo dijo entonces?” exclamó Elisa con violencia que no le conocían.

—Confieso que hice mal en no dar importancia al tal boleto, pues jamás me figuré que pudiera ser premiado; más bien lo tomé como niñería... De todas maneras, yo no podría permitir que una hija mía se presentara ante la Junta de Beneficencia reclamando el premio de boleto que no había pagado, que no había llegado á sus manos de manera legítima. No me dirán que semejante acto sería honrado...”

Elisa rompió á llorar desesperadamente, sacudiéndose en el sofá sobre el cual se hallaba. Sus pies se retorcián uno contra otro, y la media transparente dejaba ver la piel blanca de su tobillo delgado. Doña Magdalena la advirtió: en cualquiera otra circunstancia hubiera hecho gestos á su hija, pero en aquel momento parecían haberse suspendido las reglas de la vida convencional y de pequeños pudores.

—“Repito que no sería honrado”, agregó don Santos con los ojos brillantes, mirando fijamente, “no sería honrado valerse del dinero ajeno para cobrar premio que no nos corresponde, estafar así á una sociedad destinada á proteger la infancia...”

Y después de breve silencio:

—“Mi vida entera ha sido consagrada á la honradez; he pasado toda suerte de calamidades, he perdido mi fortuna, que habría sido la de mis hijos, á trueque de mantener enteramente puro mi honor—que era también el de una familia ilustre,—porque no sólo vivimos del presente sino también del pasado. Todo en el orden social depende de este sentimiento de honor, de este patrimonio de honor que no debemos disminuir: el estado, la familia, el hombre, tienen como lazo la honradez, con la cual no podemos hacer transacciones, pues con esas pequeñas transacciones de conciencia se inician las grandes caídas. Y si nó, ahí está el triste caso de Juan. Principió sacando dinero que no era suyo, para pagar deudas de juego y poder seguir; una primera vez repuso... la segunda con mayor dificultad... y luego no pudo, y siguió sacando”. Las palabras salían dolorosas y lentas de sus labios, quemándole al tocar un recuerdo que evidentemente le era doloroso y amargo.

—“Santos”, interrumpió doña Magdalena, volada de cólera, pero conteniéndose, con la frialdad aparente que le procuraba el gran dominio de sí misma y su mucho mundo—“Santos, no te reconozco, te exaltas sin motivo. si la “niña” está en la razón; todo eso que dices es puro quijotismo... Un boleto perdido, como un bi-

llete que hallamos en la calle pertenece á cualquiera, al primero que lo encuentra..."

—“¿Así lo crees? Pues cuando yo era muchacho, recuerdo que un día, hallándonos en el Teatro, de charla en el *foyer*, unos de los amigos, al ver pasar á un tercero, nos dijo con tono despreciativo, señalándole:—“Ése es un ladrón...” Y como protestáramos todos, agregó friamente: “Pues voy á demostrarlo”. Sacó de su cartera un billete de diez pesos y lo dejó caer al suelo, junto á sí. Luego llamó al tercero:—“Mira, X, se te ha caído un billete, porque el que está en el suelo debe de ser tuyo”. El otro se agachó, lo recogió y lo guardó, retirándose momentos después. Todos nos miramos las caras, espantados—pensábamos lo mismo, que nuestro amigo no era honrado—¿y qué piensan Uds?”

—“Pero Papá, ¿no ves que ese boleto me lo ha enviado la Virgen, á quien tanto le he rogado? ¿No ves que es protección del cielo, de Dios, á quien he rezado tanto?”

—“Crees, por ventura, que soy menos creyente que tú? ¿No comprendes que al emplear este lenguaje me estoy partiendo el corazón? ¿No comprendes todo lo amargo que ha sido para mí evocar el recuerdo de “esa falta de mi hijo que tengo sangrando en las entrañas, con su porvenir perdido? Precisamente por eso quiero evitar transacciones humillantes de conciencia, pues las pequeñas transacciones llevan á las grandes caídas. ¿Qué significa un puñado de dinero en comparación con la paz del alma, con el orgullo de sí mismos, y la satisfacción de la conciencia que hace sacrificios?...”

¿Surgía en el espíritu de don Santos nuevamente la obsesión que le había perseguido en el día? ¿Por qué se representaba sin cesar la idea de “sacrificio para reparar la falta de Juan” que le había cogido en el día? Sentía la aspiración á reparar con inmensa mortificación de todos los miembros de la familia la culpa de uno de ellos? Tales movimientos internos se verifican por asociaciones misteriosas de ideas y por rápidos impulsos

del alma, en forma tal que no es dable seguirlos así como no cabe seguir los movimientos de la electricidad por los alambres conductores en las fuentes generadoras.

—“Papá”, exclamó Elisa desesperadamente, ¿no ves que se trata de mi porvenir, talvez, de mi matrimonio, de tantas cosas importantes que vas á sacrificar por escrúpulos de conciencia?... ¡Ah! veo que tú no me quieres...”

Acudía al terreno sentimental; don Santos vió que allí no podría seguirla:

—“Concluyamos de una vez la discusión”, dijo en tono resuelto, con voz temblorosa, “concluyamos...” Y acercándose á una de las velas encendidas en el piano, quemó en ella el boleto de lotería que ardió rápidamente y luego, transformado en lengua de fuego rojiza, más tarde negra, se quebró en pequeños trozos que rodaron, que flotaron un segundo en el espacio, y luego desaparecieron. El castillo de ilusiones y de esperanzas se desplomaba para siempre. Todos habían quedado sorprendidos, estupefactos, tan rápida fué la acción de don Santos, y luego sintieron dentro de sí la impresión de muerte humana, de vida real que desaparecía, sensación positiva de cadáver: en doña Magdalena era dolor, desencanto, amargura, desprendimiento de una vida entera—movida por impulso de interés aniquilado, llegó hasta dudar de las facultades mentales de su marido... en ese momento le despreciaba. Elisa sintió que se le removían las entrañas, presa de vértigo nervioso, y se retorció sobre el sofá llorando á gritos:

—“¿Por qué me matas, papá? ¿Por qué me has quitado, con tu mano, toda la esperanza que tenía?... Por qué me has arrancado mi matrimonio, la felicidad que guardaba entre mis manos? ¿por qué? por qué? Si no tienes entrañas... si no se juzga al hijo como á un reo.”

Y lo que no pudieron hacer las súplicas, lo que no pudo conmovirse con raciocinios, lo que había permanecido intacto en el alma severa y firme de aquel hombre

de otros tiempos, se dobló ante esas lágrimas, ante el hondo sentimiento de dolor que veía en los seres queridos, ante la inmensa emoción que ahora *palpaba*, con los sentidos, positiva, quemante, hirviente. Y en gran movimiento de súbita vibración de su alma toda, se arrepintió de lo que había hecho, deploró “haber sido honrado”, se arrepintió en un segundo de su pasado entero de vida sin tacha y pura, cuando pudo evitar tantos y tantos sufrimientos y penalidades á los suyos con haber cerrado los ojos en el momento en que el honor hablaba, haciéndole pagar deudas que no tenían escrituras ni sanción legal en los tiempos de Paraff... y ahora, el hombre honrado, el íntegro por excelencia, comprendió el secreto de infinitas caídas humanas. Comprendió que las fuerzas humanas tienen su límite, que la naturaleza es flaca y que hasta el mismo Jesucristo llegó al momento supremo, á la hora crítica en que las tribulaciones le abrumaron y la carne humana habló en él, diciendo: “Padre, ¿por qué me abandonas?” Don Santos tuvo, en ese instante, la única caída de toda su vida, sintió la desesperación de lo irreparable, de su honradez pasada que aplastaba tantos corazones queridos, de aquel boleto que había desaparecido para siempre, y salió con el paso vacilante é incierto del reo—el suelo se hundía debajo de sus pies, puesto que ya no creía en sí mismo. Se arrepentía de haber sido honrado.

Javier Aldana había presenciado aquella escena con la prudencia del hombre de mundo á quien se le revelan cosas de tal naturaleza y de tal intimidad que debe hacer olvidar su presencia inesperada y su asistencia á ella. No había tomado parte, hasta ese instante, en la discusión, ni adelantado ideas. Estaba muy colorado, lo que era frecuente en su temperamento sanguíneo en las horas de emociones, y miraba al techo, contrayendo al mismo tiempo los labios como si fuera á silbar. Al salir don Santos se enderezó:

—“¿Me permite hablar dos palabras, doña Magdalena? Al fin y al cabo hay entre nosotros relaciones de

cariño que creo me autorizan para opinar en este caso. Pues, francamente, yo no creo que haya motivos para tanta excitación: creo que se trata de nervios. Las mujeres hacen un mundo de cualquier cosa. Desde luego, Elisa, si bien se mira, no contaba para nada con el tal boleto de lotería que ha venido á sorprendernos de improviso á todos—lo que es yo, mucho menos. No importa su desaparición; nos quedamos como antes... cuando nada teníamos y éramos felices... Mira, Elisa, quién sabe si no es un bien que no te hayas sacado la lotería; uno jamás sabe si el dinero es suerte ó maldición. De un amigo recuerdo que era muchacho apacible y feliz cuando nada tenía; mas llegó la herencia y adquirió con ella los vicios ignorados y en un decir Jesús se fué al hoyo... Ahora estoy trabajando bastante bien; el negocio me dejará de fijo, este año, sus buenos pesos fuertes... En cuanto al matrimonio, como somos jóvenes, podemos esperar todavía un poco;—la cosas esperadas y deseadas valen mucho más. ¡Con qué ansiedad esperaba yo de niño los regalos del día de mi santo!

Y luego, acercándose á Elisa, que lloraba ahora calladamente: le cogió una mano:—“No llores tanto, niña, mira que el llanto pone á las mujeres feas. Si no hay para qué afligirse; respeta los escrúpulos de tu padre, aún cuando sean descabellados; así quedará contento. Lo que es á nosotros, el tal dinero no nos importa un bledo. ¿Para qué necesitábamos ese par de reales? ¿Vamos á ver? Mi padre perdió trescientos mil francos en una noche de baccarat, sin pestañear, en Monte-Carlo, como caballero.

“Y para más señas, vendió nuestra casa de la calle del Estado, para pagar la deuda. Ayer pasé por ahí, mirándola. Sus puertas estaban cerradas, así como las ventanas. Pintada enteramente de obscuro, tenía el aspecto melancólico que conviene á casa perdida al baccará...”

“Vamos, yo trabajaré: el trabajo me distraerá, dará

campo al exceso de fuerza que hay en mí, no me dejará tiempo para pensar en otras cosas y evitará tentaciones. Guarda que el hombre es flaco y la ocasión es calva; así será más tuyo, mira si te conviene. . .”

Y luego, acercándose más aún, hasta su cabeza reclinada en el sofá, la besó en la frente, con el beso casto y suave del esposo:

—“No llores más, niña; tranquilízate que la cosa no es para tanto. ¿No ves que te quiero con toda el alma? ¿Y eso no te basta?”

Doña Magdalena miraba estupefacta semejante salida; la reacción comenzaba en ella por el respeto á las conveniencias.

Elisa, enternecida, toda de impresiones rápidas y mudables, pasó, de golpe, al tono que su novio le señalaba; y la voz así como el tono serio que en sus labios le parecía nuevo, le dieron tentación de risa:

—“¿Sabes, Javier, que como predicador en misiones de campo no tendrías precio?”

FIN

